

5218  
049  
LUIS ALBERTO SANCHEZ

UNIVERSITY OF ARIZONA



39001008093067

Literatura  
Peruana

TOMO QUINTO

EDITORIAL GUARANIA

La EDITORIAL GUARANIA tiene el honor de ofrecer a los estudiosos americanistas, un libro fundamental de la cultura continental: *La Literatura Peruana* del eminente escritor y ciudadano peruano doctor Luis Alberto Sánchez, ex-Rector de la Universidad de San Marcos.

La obra consta de seis tomos, cuyo conjunto forma el trabajo más denso y completo del autor, quien, al darle término, así corona sus cincuenta años de edad (nació en Lima, en 1900) y treinta de intensa labor de publicista, maestro y combatiente político.

Cree el autor que la literatura es un resultado, una elaboración, un producto, de un largo proceso complejo en que intervienen todas las fuerzas de la naturaleza y el hombre; "flor de la historia de un pueblo, espuma de su dolor y su alegría". Considera que no es posible analizar ninguna personalidad ni obra literaria sin rastrear sus orígenes, afluentes, resonancias y apetencias de índole social. No se trata de las "bellas letras", sino de "las letras", que siempre son poderosamente bellas como todo cuanto contiene vida y a la vida asoma. La nueva forma de considerar la literatura es así una disciplina nueva, una "socioliteratura", expresión múltiple a la que vienen estrechas las denominaciones de "bellas letras" y aún la de "literatura" a secas.

A través de la literatura, Luis Alberto Sánchez examina por lo tanto el proceso social-cultural del Perú, señalando de entrada un distinguido decisivo: "literatura peruana" no es exactamente lo mismo que "literatura del Perú". Ser literato "del Perú" puede ser sólo un hecho eventual o topográfico. Ser "literato peruano" es poseer la calidad literaria esen-



LA  
Literatura  
Peruana

## OBRAS DEL AUTOR

### HISTORIA:

- "*Los Poetas de la Colonia*".—Lima, 1919. (Agotada).  
"La *Literatura Peruana*".—Tomo I, Lima, 1928. 2ª ed., 1946.  
"La *Literatura Peruana*".—Tomo II, Lima, 1929. (Agotada).  
"La *Literatura Peruana*".—Tomo III, vol. 1º—Santiago, 1936.  
"Historia" y "Nueva Historia de la *Literatura Americana*".—Santiago, 1937-1940-42.—Buenos Aires, 1944-1950 (12º millar).  
"Historia General de América", 2 vols. Santiago, 1950, 5ª ed. (11º millar).  
"Los Poetas de la Colonia y de la Revolución".—Lima 1947. 2ª edición.  
"El Pueblo en la Revolución Americana".—Buenos Aires, 1942.

### ENSAYO:

- "Lima y Don Ricardo Palma".—(Premiada en el Concurso Municipal de 1926).—Lima, 1927. (Agotada).  
"Góngora en América".—Lima, 1927; 2ª ed. Quito, 1927. (Agotada).  
"Se han sublevado los indios".—Lima, 1928.  
"América, novela sin novelistas".—Lima, 1933.—Santiago, 1940.  
"Panorama de la literatura actual".—Santiago, 1934.—2ª ed., 1935.—3ª ed., 1936 (8º millar).  
"Vida y Pasión de la cultura en América".—Santiago, 1935. 2ª ed., 1936. (7º millar).  
"Dialéctica y Determinismo".—Santiago, 1938 (2º millar).  
"Balance y Liquidación del Novecientos".—1940.  
"Breve tratado de Literatura General y notas sobre la Literatura Nueva".—Santiago, 1935; 2ª ed., 1936; 3ª ed., 1937; 4ª ed., 1938; 5ª ed., 1939; 6ª ed., 1940; 7ª ed., 1941; 8ª ed., 1942; 9ª ed., 1943; 10ª ed., 1945 (20º millar).  
"La Literatura del Perú".—Buenos Aires, 1939 y 1943.  
"Un Sudamericano en Norteamérica".—Santiago, 1942.  
"Fundamentos de la Historia Americana".—Buenos Aires, 1943.  
"¿Existe América Latina?"—México, 1945.  
"La Universidad latinoamericana".—Guatemala, 1949.  
"La tierra del Quetzal".—Santiago, 1950.

### BIOGRAFIA:

- "Don Manuel".—1ª ed., 1930; 3ª ed., Santiago, 1937.  
"Don Manuel".—2ª ed., traducida al francés por Francis de Miomandre, París, 1931.  
"Haya de la Torre o el Político, Crónica de una vida sin tregua".—Santiago, 1934; 2ª ed., 1936 (5º millar).  
"La Perricholi".—Santiago, 1936; México, 1945 (8º millar).  
"Garcilaso Inca de la Vega".—Santiago, 1939, 1940, 1942, 1945, (6º millar).  
"Valdivia, el Fundador".—Santiago, 1941 (5º millar).  
"Una mujer sola contra el Mundo".—Buenos Aires, 1942.  
"El señor Segura, hombre de teatro".—Lima, 1947.

### CRONICA:

- "Sobre las huellas del Libertador".—Lima, 1925.  
"Reportaje al Paraguay".—Asunción, 1949.

### ANTOLOGIA:

- "Índice de la poesía peruana contemporánea".—Santiago, 1938 (2º millar).

### PROXIMAMENTE:

- "Proceso y contenido de la novela americana".  
"Retrato del Perú".



*LUIS ALBERTO SÁNCHEZ*

# *LA LITERATURA PERUANA*

*DERROTERO PARA UNA  
HISTORIA ESPIRITUAL DEL PERÚ*

**TOMO V**

*DEL COSTUMBRISMO AL ROMANTICISMO*



**EDITORIAL GUARANIA**

ASUNCIÓN DEL PARAGUAY

Queda hecho el depósito  
que marca la ley 11.723

Copyright by  
EDITORIAL GUARANIA





860.985  
521 li  
1949  
0.5

## CAPÍTULO PRIMERO

### INQUIETUD Y REVOLUCION

*"Antes la muerte  
Que consentir jamás ningún tirano".  
Quintana (Citado en el Prospecto de "La  
Abeja Republicana").*

#### I

#### APARICIÓN DE LA MUJER: PRE-ROMANTICISMO

Aún cuando desde la segunda mitad del siglo XVIII, singularmente desde la época del Virrey Amat, y aún antes, desde cuando vinieron Ulloa y Juan, se advirtiera en las Colonias españolas de América, la aparición de elementos hasta ahí ignorados, el principal de ellos, "la calle", es sólo poco más tarde, al plasmarse las nuevas doctrinas jurídicas, filosóficas, económicas y políticas, cuando tales elementos adquieren preponderancia y, abandonando el cuartel de los debates teóricos, invaden el vulgar campo de lo consuetudinario; interesan al hombre común; avasallan a los doctos, inspiran una poesía menos acartabonada; dejan traslucir el trasfondo enciclopedista y afrancesado que las alimenta, y se constituyen en rectores de la vida espiritual. Sería irrisorio pensar que todo ello ocurrió de un día para otro; o que la simple posibilidad de la revolución política emancipadora produjo semejante revuelo. Quizás, al contrario, dicha revo-

lución debiera reconocer como acicates primarios aquella revolución, aquella amalgama de hechos y motivos heterodoxos y previos, uno de ellos, y no el menos definitorio, la beligerancia de la mujer trocada en tema literario, y dueña de su ámbito erótico como hasta entonces no lo fuera.

La mujer, según se ha visto, había participado en la constitución de la sociedad colonial por manera segundona. Concibió hijos blancos o mestizos; rigió el hogar, pero no fué causa de poemas, ni intervino en la vida intelectual, pese a la presencia de unas cuantas monjas sabihondas, una de ellas, Amarilis, dueña de un lirismo absoluto, que provocó admiración y rendimiento en Lope de Vega. La ausencia general de la mujer tiñó de puerilidad la poesía del virreinato. Su presencia sensual, después del siglo XVI, a través de una no por tímida, menos efectiva beligerancia mestiza, logró avivar imaginación y sangre de los enamoradizos y viudos señorones coloniales. Por una parte malhumoró —y entristeció— a Caviedes, torció el vino de Terralla y Landa, adelgazó a suspiros a Toribio Bravo de Lagunas y hasta encendió las mejillas del grave Peralta y Barnuevo. Por la otra, creó el mito de la castidad poética, uno de los peores defectos de cualquier literatura, sobre todo cuando, a falta de permiso para abordar temas colectivos, no quedaba otra libertad que la de ensañarse en los individuales. Los siglos XVI y XVII adolecieron de la ausencia femenina en verso y prosa, salvo los preceptos de la legislación indiana, hecha para regular relaciones sociales, no para estimular arrebatos líricos. El contrabando despertó la fantasía del mercader, primero, y dió vida al amor libre, luego, o al mismo tiempo. Mas, lo cierto es que apenas pudo afirmar su señorío en el lecho, la mujer salió a la calle a ratificar su victoria, buscona de bolsa y trono. Su pecaminosa y velada emancipación se tradujo en incursiones madrigalescas y elegíacas. Definiendo el rumbo de la Colonia hacia playas menos escabrosas, más llanas, como eran las de la Enciclopedia y el Derecho Natural, la mujer se lanza al ataque de la escolástica, y ocupa los puestos antes detentados por Nuestra Señora Ma-



ría y por las deidades mitológicas, confusa mescolanza de sumisa devoción y contenida lujuria en que navegaron los escritores del virreinato. Entonces, no fué ya posible detener a la mujer. Reclamó su nombre propio, en vez del pseudónimo renacentista con que se la solía disimular. Y desatado ya su empaque, anegó con ansias, ahora si confesas —y convictas— la poesía lírica de comienzos del Ochocientos.

Aquello era, sin duda, un violento despertar romántico. Ignorantes del Abbé Prevost y de Bernardin Saint-Pierre; apenas iniciados en el coloquio con Rousseau, los coloniales exhalaban, a toda calle, suspiros y quejas más o menos melodiosos, dispuestos a intentar la gallarda aventura de integrar sus hasta ahí incompletas personalidades de Tenorios de las Musas.

Eso era romanticismo. Ya he tratado de demostrar cómo tal nota fué característica de los más encumbrados escritores indianos, desde principios del Seiscientos. El Inca Garcilaso, lejos de encarnar un principio clásico, como lo pretende Riva Agüero, fué un prototipo romántico. Sus constantes nostalgias; su malcontento de vivir; su melancólica reconstrucción de lo pretérito; su irreductible adhesión a la raza vencida de su madre; su terca convivencia con su yo; su confidencialismo y taimada egolatría, todo ello revela proclividad romántica, a más de su estilo no por rico y armonioso, clásico, sino estremecido de emoción apenas velada, al punto de trocarlo en rebelde implícito y en arrogante exhibidor de vocablos y paisajes desconocidos, anticipo de Chateaubriand, aperitivo de Marmontel y, por tanto, remoto anticipo de Rousseau, a su manera. Cierto que careció del "alcibiadismo" byroniano. Mas, bueno será pensar en la deformación que Lord Byron habría sufrido de vivir no en Grecia e Italia, sino en el Perú del Marqués de Cañete y en la España de Felipe II.

Romántico fué, en su medida, el *Lunarejo*. No emplea su ingenio y su cultura, a diferencia de los escritores de su tiempo y país, en loas a presentes: gasta su ingenio y su cultura en alabar a un ausente. Góngora no era peruano, no



estaba vivo, no recibía unánimes elogios. Era la hora cero del gran cordobés. No se vislumbraba aún si su destino sería el silencio o la luz. Desde su rincón andino, el indígena Espinosa Medrano, toma la defensa del incógnito maestro que había sido amigo de Garcilaso el cusqueño, en su retiro andaluz; y acomete la empresa de iluminar el caos culterano, y de romper lanzas por lo barroco, hazaña incompatible con el clasicismo con que algunos críticos pretenden disimular sus ganas de instaurar cierto orden "lógico" —si lo hay— en todas y cada una de las manifestaciones de la vida intelectual peruana.

En el andaluz alimeñado Caviedes, no obstante lo voceado de la inclinación satírica, surgen, a menudo, notas de la más innegable capa romántica: sus "*Lamentaciones*" a la muerte de su esposa; su atribuído soneto a la muerte; sus mismas violentas reacciones ante el dolor y las enfermedades; sus contradictorios elogios a la mujer y al amor, le colocan al margen del ritualismo conceptual de su tiempo, si es que en ello mismo no se descubren gérmenes diferentes a lo que constituye la esencia racional del clasicismo. Por donde omitiendo decenas de ejemplos, parece menos descabellada de lo usual la hipótesis según la cual sería americano el origen del romanticismo. Como que, pasando del plano de lo español a lo portugués y galo, tenemos que la lujuria paisajista se remonta a la época en que Jean de Léry, de vuelta del Brasil, exhibió a los atónitos ojos de la Corte francesa, a que concurrían Montaigne y Malesherbes, los prodigios de la naturaleza americana, provocando elogios y comentarios, en los que se descubre el lejano origen del indianismo de Marmontel y, por tanto, del naturalismo roussoniano. Habría que evocar también a los jesuitas Anchieta y Acosta, de Portugal el uno y el otro de España, ambos decididos voceros de la magia de la naturaleza del Nuevo Mundo, es decir, suscitadores de uno de los más definitivos rasgos del romanticismo de fines del siglo XVIII.

Si los principios originarios y normativos del romanticismo se reducen al amor por la naturaleza, la exacerbación



individualista, la tendencia a la confesión o confidencia, cierta predilección por lo lejano (pasado o simplemente ausente), goce en las antítesis y disfrute de cierta libertad formal, pues entonces nada tan orgánicamente americano como el romanticismo. Ese predominio deliberado del paisaje en "*Les Natchez*", "*Pablo y Virginia*", "*Atala*", "*Manón Lescaut*", y su languidez tropical, son nuestros. Nuestro también el fiero caudillismo de cada personaje romántico. Napoleón y Bolívar acuñan sus efigies como emblemas de sus respectivos mundos (1).

Paradoja, exasperación, individualismo (caudillismo), figuran como notas determinantes del carácter americano. Además, los románticos franceses, en quienes se inspiró nuestro romanticismo criollo, directa e indirectamente, acudieron a nosotros para abreviar sus ansias de novedad. La Condamine, De Jussieu, Bonpland aprendieron a saborear los encantos de la Creación en nuestro suelo. Bonpland volvió emisario de Humboldt, y concluyó sus días, confinado en las ardientes tierras paraguayas, por voluntad del misántropo y xenófobo doctor Gaspar Rodríguez de Francia, a quien elogiaría Thomas Carlyle. Los propios tudescos, Haenke y Humboldt, llegados con fines científicos, caen presa del embrujo americano: el primero no saldría más de Cochabamba; el segundo estuvo a punto de encallar para siempre en el amor de una mexicana. Los enciclopedistas, hijos y hermanos de Rousseau, buscan a menudo sus temas en los viejos cronistas de Indias, sobre todo en el Inca Garcilaso, de quien extrae el académico Marmontel el argumento de "*Les Incas*". Este mismo Marmontel, y Diderot elogian, según se vió, al limeño Olavide, cuyo arribo a París es saludado por la Convención jubilosamente. Para los fisiócratas, entonces amos de la economía política, el mundo americano constituye una afirmación de sus teorías, especialmente el mundo anterior

---

(1).—Sobre las diferentes acepciones del "romanticismo", véase "*Romanticism and Modern Ego*" por Jacques Barzum, "*The Atlantic Monthly Press*", 1943.

a la conquista hispánica. Voltaire mismo escruta los relatos del siglo XVI para inventar novísimas alegorías: ni Zadig, ni Micrómegas, ni Pangloss, ni Gulliver existirían sin el contrapunto americano. Francisco de Miranda, el genial venezolano, comparte los sufrimientos y goces de la Revolución Francesa. Al Nuevo Mundo llegan los amantes del Abate Prevost, sedientos de libertad. Para tejer su interminable idilio, no encuentran Pablo y Virginia mejor atmósfera que los bosques de América. Aquí aprende René, a través de Atala, lecciones de angustia y asordada sensualidad, que Chateaubriand convertirá en ingredientes principales de su fama. Sin América, ¿qué sería la fama del general Lafayette, paladín de Francia? El mayor amor de Bonaparte reconoce cuarteles en la capitosa isla de Martinica, de donde sale aquella sensual y hermosísima criolla, Josefina Beauharnais, aroma y acicate de la primera parte de la gloria napoleónica. El americano Franklin interesa a los franceses con sus levitas, su pararrayos, su austeridad y sus alegatos en pro de la independencia de las Middle Colonies. Otro americano, Fulton, ofrece el invento de la máquina a vapor, a Bonaparte, que no lo estima. Cuando, más tarde, surge el movimiento proletarista en Francia e Inglaterra, una hija de peruano, nacida en París, Flora Tristán, insigne criolla, infunde impulso tropical a la campaña en que, por algún instante, coincide con el entonces joven Karl Marx. En cambio, los escolares de Lima aprendían francés leyendo "*Les Méditations et Harmonies*" del romántico Lamartine. Lord Byron vaciló entre Grecia y América, para entregarles su vida o, mejor, su muerte. El más exacto discípulo del ya desmelenado Quintana había nacido en Guayaquil y fué estudiante y diputado del Perú: José Joaquín de Olmedo. Vale la pena recordar aquí cómo, mucho antes, al finalizar el siglo el jesuíta arequipeño Vizcardo y Guzmán conspiraba en Londres, de acuerdo con el masón Pitt, y se entendió hasta el punto de cederle sus papeles al ocurrir su muerte, con otro masón y protestante, Rufus King, representante de los Estados Unidos de Norteamérica, en la capital inglesa; y, suerte irónica, los importan-



tes papeles del jesuíta fueron a dar a manos del masón Miranda, precursor de la independencia del Continente. América resultaba así la atracción máxima de aquella época. Plazaleta donde se cruzaban los más encontrados caminos. Sede pintoresca y utilizable de lo viejo y lo nuevo. Refugio de retrasados clasicistas y de adelantados románticos. Se interesaban por ella Juan Jacobo Rousseau y Jeremías Bentham, el Derecho Natural y la Utilidad práctica. Del primero tomaban sus orientaciones filosóficas los intelectuales; del segundo, sanos consejos los proyectistas de constituciones. Si Rousseau hubiese sobrevivido a la independencia americana, habría recibido, como Bentham respecto de las cartas políticas del Nuevo Mundo, más de una consulta apremiante para dictar fórmulas acerca de cuestiones pedagógicas y doctrinales. Despierta la curiosidad europea, como a fines del Cuatrocientos, ahora, en virtud del sacudimiento de la Revolución Francesa, tomaba de donde podía ingredientes para renovar ideas y modos de conducta. Por esto último no carece de importancia la resonancia callejera que tuvo Franklin con sus exóticas levitas, y Bolívar a través de los muy a la moda "Chapeau a lo Bolívar", con que decoraban sus cabezas los petimetres de París al concluir la segunda y comenzar la tercera década del siglo XIX (2).

Estos elementos extraños, esta temperatura sensibilísima que poseía a América en aquel instante se reflejó en mil

---

(2).—Consúltese respecto de lo dicho en el texto: Martinenche, Ernest, *"L'Espagne et le romantisme français"*, París, 1922; — Menéndez y Pelayo, *"Antología..."* cit., tomo III, cap. Perú, en el prólogo; — Lorwin, L., *"Historia del Internacionalismo obrero"*, trad., Editorial Ercilla, Santiago, 1934, p. 28; — Mancini, Jules, *"Bolívar y la emancipación de la América Española"*, París, 1912, p. 68; — Vargas Ugarte, P. Rubén, *"Jesuitas peruanos desterrados en Italia"*, cit.; Ibid., *"El P. Juan Pablo Vizcardo y Guzmán"*, en *"Revista Histórica"*, Lima, 1925, tomo VIII, p. 5; — Robertson, W., *"Vida de don Francisco de Miranda"*, Buenos Aires, 1938; — Rojas, R., *"El Santo de la Espada"*, Buenos Aires, 1933; — Riva Agüero, *"Elogio del Inca Garcilaso"*, Lima, 1916; — Sánchez, L. A., *"La literatura peruana"*, tomo II, Lima, 1929, p. 216 (ampliado en el tomo IV de esta nueva edición). — Sánchez, L. A., *"Alciadiadismo y Narcisismo, dos formas americanas"*, en *"La Nueva Democracia"*, Nueva York, febrero de 1935; — Maurois, André, *"Chateaubriand"*, ed. Grasset, París, 1938; — Barzum, ob. cit.

formas pero, sobre todo, en el cambio de actitud de la mujer y respecto de la mujer. Se explica también que, en Europa, la *anécdota* o *episodio* americanos reforzaran por modo evidente lo que las guerras napoleónicas, el redescubrimiento de la naturaleza humana y del paisaje, y el individualismo hirsuto habían conseguido. Criollas lánguidas e ideas turbulentas; insatisfacción de colonos por una demasiada larga y pesada sujeción; inquietos jesuitas criollos, enfermos de mal de ausencia, como los antiguos *mitimaes* del Imperio incaico; pródiga leyenda de un paisaje ubérrimo, recién descubierto a pesar de tan largamente recorrido; mujeres de ojos profundos, tez de capulí y almas de suspiro; bosques tupidos, impenetrables, en donde, según la frase del naturalista de París, La Condamine, “todo es agua, verdor y nada más”; engarfiados puños de protesta y cansino aire al propio tiempo, bajo el hiriente sol del trópico; tenaz conflicto de razas y subrazas, dilatado feudalismo y no menos prolongada servidumbre; multiseccular historia, oriunda en las antiquísimas leyendas de Atlantes y Lemures; tales, y otros muchos, los elementos primordiales de un nuevo espíritu americano, cuya expresión concreta se llamó “Romanticismo”. Y como, en aquellos días, acrecía la inquietud política, se acentuaba la desigualdad económica, se definía una radical diferencia de origen (patria o raza); y como el Poder constituido representaba una actitud racional, conservadora, clásica, se explica que todo lo que contra él se alzara fuese teñido de romanticismo. Un hecho lo aclara mejor: el tenaz e impermeable Arzobispo González de Reguera, encargó, como se vió, al Presbítero Matías Maestro, al comenzar el siglo XIX, un libro, “*Orden Sacro*”, para atacar y desmentir las teorías enciclopedistas (cartesianismo, leibnicianismo, newtonianismo, heinecianismo, baconismo, etc.) en boga. Si el “orden sacro” se fundaba en un retorno o permanencia en lo clásico, lógico es que quienes se alzaran contra dicho “orden sacro”, en nombre de un “orden natural” o profano hicieran justamente lo opuesto a lo que aquel defendía. El romanticismo encarnaba no sólo una moda, sino que refle-



jaba una nueva *actitud* ante la vida individual y colectiva. Era la respuesta criolla a lo peninsular. Se fundaba en las propias esencias. Si coincidía con enseñanzas francesas, no por eso era menos propia. Para derrotar el absolutismo, pues la rebeldía romántica. Contra la sumisión, la insumisión. Contra la regla, la negativa. Contra el orden constituido, la constitución de un nuevo orden. No el caos, sino otro orden. Así se explica que, lejos de florecer entonces, una multiplicidad de tendencias, todas se ordenaron dentro de cauces distintos a los vigentes, pero, se ordenaron: la nueva pauta recibió, luego, el nombre de romanticismo. Mas, el Perú —y América— eran románticos, antes de que se diera mote oficial a una actitud tan evidentemente natural y antigua (3).

Aunque sea de paso, conviene insistir, por eso, en que pocos movimientos literarios han presentado tan nítidamente la paradójal figura de apariencias confusas y hasta heteróclitas, al par que un fondo tan compacto y homogéneo, como el romanticismo. No bien se lo examina, se viene a caer en la cuenta de que existe una correspondencia cabal entre las obras de los precursores y realizadores del romanticismo, cualquiera sea el campo en que se muevan. Así, "*El Contrato Social*" representa, en su órbita, algo análogo a "*Las Noches*" de Musset; y las "*Confesiones*" del primero, a la "*Confession d'un enfant du siècle*" del segundo; igualmente, las canciones patrióticas de Körner y las "*Odas*" de Quintana traducen idéntico espíritu. Igual pasa respecto al hasta ahí contrapuesto tema de la mujer, a que me refería antes.

Europa nos brindó todas sus esencias, excepto las definitorias. Entre ellas, mantuvo alejada de nuestra vida pública a la mujer. Mientras la mujer ejerce decisivo señorío en las cortes europeas, especialmente Francia, en las colonias americanas se la mantuvo acallada, salvo excepcionales

---

(3).—Sánchez, L. A., "*Nueva Historia de la Literatura Americana*", Buenos Aires, 1950; — Daireaux, Max, "*Panorama de la Littérature hispano-américaine*", París, 1930; — Fernández Almagro, "*Orígenes del régimen constitucional*", Ed. Labor, Madrid, 1929; — Mathiez, Albert, "*La Révolution Française*", París, 1929.

casos como el de Sor Juana Inés de la Cruz, (perseguida por eso) y Amarilis (anónima por lo mismo). Ciertamente: España no fué muy favorable a la actuación abierta de la mujer en la vida pública. Si tolera a Teresa de Jesús, es a título de emisaria de Dios. En cambio, en Francia, tanto las Preciosas de Rambouillet, bajo los Luises, como las fatídicas tejedoras de calceta de la guillotina y la hermosa y violenta Théroigne de Méricourt, bajo la Revolución, y Josefina, María Luisa o Paulina, bajo el Imperio, siempre la mujer desempeñó un papel primordial. Al concluirse el "Orden Sacro" colonial, lógicamente se inició una era en que, por ser todo distinto, se quiso dar al elemento femenino una actividad que hasta entonces no tenía. Por de pronto, se la despojó de la careta del pseudónimo, para admitirse el hecho de que ella influía sin necesidad de tales embelecios.

La mujer aparece, por eso, acoplada a la revolución emancipadora. No es casual la circunstancia por lo que surja, al lado de Bolívar, burlándose de los prejuicios de la época, una mujer tan eminente como fué Manuelita Saenz, la amante de nuestro Epónimo. Ni es tampoco casualidad que, medio siglo antes, al operarse el cambio mental del coloniaje, otra mujer, siempre en papel de amante, es decir, de amor irregular, imprima el sello de su nombre al pecado de pensar y actuar sin prejuicios: la Perricholi. Estos dos episodios bastarían para despertar la sospecha de historiador desprevenido, si no concurrieran con ellos tantos otros casos. Agregaré uno de que me ocuparé enseguida: Melgar, el "poeta de los yaravíes", confiesa entonces, en verso, su amor a una mujer, superando la ahumatizante hipocresía de su tiempo. Silvia es el nombre de la musa juvenil y castísima de nuestro primer romántico. Desde luego, la presencia de la mujer contribuye a exaltar públicamente el erotismo literario y personal, y a dar realce al individualismo. No hay galán que no pretenda singularizarse ante la dama de sus sueños. El alcibiadismo se junta al amor. Los románticos todos fueron alcibiadescos, por tal causa. Después confundieron mujer y fama, o, acaso, buscaron ésta para ofrecerla a aquélla. Por



otra parte, dentro del terreno de los justificativos teóricos, la mujer presenta perfiles casi siempre anticlásicos. Para ella el racionalismo vale menos que el sentimentalismo. Es, por tanto, intrínsecamente anticartesiana. En tal aspecto pugnaba con el cartesianismo de los reformadores de fines del XVIII; pero, coincidía con ellos en su exaltación de las bellezas naturales del mundo objetivo y en su acalorada defensa de un Derecho innato o natural propio de todo hombre para disponer de su albedrío. Por último, la retrasada moda francesa hizo lo que restaba. Puesto que París se había convertido en el centro intelectual del mundo, había que actuar como París. Y, puesto que el pecado tenía allí pista más ancha para desarrollar sus peligrosas gracias, había que preferir a París.

Ha escrito el fino Bouvier que nada señala mejor la diferencia de inspiración y tono de una literatura, que las metáforas en uso. El hombre compara con lo que más conoce. No utiliza elementos ignorados o que no le interesen. Aplicando este concepto, Bouvier divide la literatura moderna europea en dos grandes casilleros: (a) la que, arrancando del Renacimiento, emplea constantemente figuras propias de la antigüedad grecorromana y se encamina hacia el clasicismo (lo cual se advierte en nuestra literatura colonial; (b) la que, partiendo del romanticismo, echa mano a figuras o metáforas extraídas de la naturaleza inmediata, no de la antigüedad grecolatina, y, establecido el imperio de la espontaneidad, del frenesí, si se quiere, sepulta el eruditismo y exalta la improvisación y la naturalidad sobre la reglamentación y el fingimiento (4).

Podría añadirse que, en la primera etapa, la mujer también fué usada como elemento decorativo, a modo de elemento de un friso grecorromano, rehuendo nombrarla por su nombre, a fin de velar hasta donde fuese posible su reali-

---

(4).—Bouvier, A., *“Introduction á la littérature d’aujourd’hui”*, París, 1928.

dad vital; en la segunda, la mujer se convirtió en centro de interés y actividad literaria, directamente.

Ni más ni menos ocurrió entre nosotros. La etapa de las enclaustradas o encastilladas y Violante de Cisneros, Manuela de Carrillo, etc., cedió el paso, con el advenimiento de las nuevas ideas, a Silvia, nuestra primera heroína romántica. Desde ese punto, dos nuevas notas señalan su avance en nuestra literatura: *lirismo* y *frenesí*. Mientras, al comienzo de la Colonia, la ausencia de la mujer justifica un chafado epicismo; al expirar el Virreinato, la presencia de la mujer abre las compuertas del lirismo. Habría sido absurdo concebir la revolución emancipadora, sin ese antecedente, en apariencia meramente poético e inconexo. La mujer representa uno de los cimientos líricos más característicos e importantes, sin el cual mal podría entenderse la obra literaria en general: por algo, Elena, Nausicaa, Penélope, Dido, Clorinda, Margarita, Ofelia, Dulcinea, Desdémona, Beatriz, Laura, encarnan insignes momentos de la literatura mundial. Por algo también, Isabel, Juana, Carlota, Catalina, Manuelita, representan instantes decisivos de la historia política. En la nuestra también fué así.

## II

### DOS CRIOLLOS: EL POETA DE LOS YARAVÍES Y EL TRADUCTOR DEL SALMISTA

Antes de Melgar, es decir, antes de Silvia, ¿cuál la mujer cuyo nombre recoja la historia literaria, salvo el de doña Manuela de Carrillo Sotomayor y alguna monja fabricante de acrósticos y ovillejos? Amarilis no es nombre, sino pseudónimo. La supuesta Clorinda del "*Discurso en elogio de la poesía*", ni siquiera sabemos si fué de sexo femenino, e ignoramos totalmente su nombre. Salvo las pecadoras que procesó el Santo Oficio, y salvo una virreina y algunas damas empingoretadas, y, ¡siempre el pecado!, la Perricholi,



la mujer en la Colonia vivió en una atmósfera de misterio y recato excesivos. Santa Rosa de Lima pertenece a otra esfera celeste, insexuada, paradigmática y alegórica.

Uno de los primeros escritores que mencionan a la mujer, como tal, sin artilugios de pseudónimos renacentistas, es Caviedes, cuando se queja de algunos desengaños y, el peor de todos, la muerte de su propia esposa (5). Mas, el primero en nombrar al objeto de sus ensueños con un nombre concreto, aunque siempre artificial, fué Melgar. Caviedes escribía en 1680 aproximadamente; éste en 1812; fué preciso el transcurso de 132 años para que el literato colonial se atreviera a aludir directamente al objeto de sus preocupaciones. Desde entonces, las alusiones serán cada vez más concretas. El fantástico Manuel Lorenzo de Vidaurre, ligeramente posterior a Melgar, se hará lenguas de sus conquistas amorosas y de su adoración a la mujer.

Mariano Melgar (1791-1815) nació en Arequipa, en cuyo Seminario estudió. Coincide su natalicio con la aparición del "*Mercurio Peruano*", y la actividad de la Sociedad de los Amantes del País. Le toca, pues, actuar en época de transformación. Sus maestros le instruyen en letras clásicas. Devoto de ellas, traduce a Virgilio y a Ovidio, con bastante soltura. Al borde de los 20 años hace un viaje a Lima, donde ya reina un ambiente conspirativo. Fué entonces cuando decidió cambiar el rumbo de su existencia. Colgó los hábitos, se lanzó a la vida civil y "descubrió" el mar. Este último episodio le inspira una bastante robusta oda "*Al Autor del Mar*", en que expresa su agradecimiento y asombro por el don que ello significa. Interesa recalcar que su canto es en estilo quintanesco, o sea que su educación clasicista no había aún abierto las puertas para que penetrasen los modos y acentos indios que, después, caracterizarían su arte. En Lima se discute acaloradamente sobre las Cortes de Cádiz.

---

(5).—Caviedes, Juan del Valle, "*Obras de...*" (introducción y notas del P. R. Vargas Ugarte), Lima, 1947.

El ilustre Baquíjano y Carrillo, el héroe de la jornada universitaria de 1781, cuando el recibimiento al Virrey Jáuregui, es foco de las persecuciones del virrey Abascal. Acabará sus días confinado en España. Melgar se admira de aquel temple, y escribe una oda "*A la libertad*" y "*Al Conde de Vista Florida*", o sea a Baquíjano.

Desde luego, en torno a ésta y otras actitudes de Melgar existen versiones e interpretaciones rayanas en lo mítico. Se dice, por ejemplo, que a los 3 años sabía leer; que a los 8 conocía el latín; que era adverso a los juegos infantiles; y que, estudiante en el Seminario de San Jerónimo, el obispo Pedro José Chávez de la Rosa le hizo la primera tonsura siendo aún niño. Se agrega que, enamorado de "Silvia", es decir, de María Santos del Corral, quien tenía entonces 11 años, Melgar abandonó los hábitos y se dirigió a Lima, antes de cumplir los 20. Resulta algo exótico que un joven de 20 se enamore tan profundamente de una chica de 11, pero así lo exige la leyenda contra la cual puede muy poco la historia, y quizás sea mejor así. Después de su visita a Lima, regresa a Arequipa. Lleva en la retina indeleblemente impreso, el espectáculo de las conjuras limeñas, dirigidas por los aristócratas criollos. Ya habían estallado varios conatos de insurrección, y ya eran libres los Virreinos de Buenos Aires y, parcialmente, de Santa Fe de Bogotá, y la Capitanía General de Caracas, y el Virreinato de Nueva España. Ocurre el levantamiento del Brigadier indio Mateo García Pumacahua, quien llevaba en su conciencia el peso de haber comandado algunas fuerzas de las que aniquilaron la revolución de Tupac Amarú, en 1781. Pumacahua, secundado por los curas patriotas Béjar y Muñecas, y por los hermanos Angulo, se subleva en Cuzco el 3 de agosto de 1814. Se extiende el movimiento al sur del Perú. Pero las fuerzas del virrey, muy poderosas, al mando del Brigadier Ramírez, derrotan y acorralan a los revolucionarios. El último grupo de éstos, fuerte en Arequipa, resiste hasta el fin. Con ellos milita el joven Mariano Melgar. Triunfan los ejércitos realistas en Uma-



chiri, y Melgar, tomado prisionero, es ejecutado por un pelotón sobre el campo de batalla, en 1815. Tenía 23 años (6).

Tal es la historia personal del poeta. Su obra literaria tiene que sufrir las inevitables limitaciones de la corta edad del autor, y de las contingencias que le rodean. Por eso, ha sido tan mal interpretado por exceso y por defecto.

Por defecto, incurren en yerro crítico, Menéndez y Pelayo y, naturalmente, Riva Agüero, que suele seguir casi siempre al santanderino (7). Menéndez y Pelayo considera que "este trágico y prematuro fin ha salvado del olvido al nombre del poeta". Riva Agüero lo clasifica como un "momento curioso" de la literatura nacional. En cambio, Mariátegui, exalta sus valores autóctonos. Tamayo Vargas y Tauro expresan semejante criterio, aunque sin mayores aclaraciones (8). He defendido la posición de que Melgar representa la cancelación de la poesía colonial, que ahora ratifico. En toda circunstancia, lejos de ser un "momento curioso", constituye más bien un "momento decisivo". Sus fallas estilísticas no invalidan el valor emblemático de su obra entera. Tal vez, precisamente, en sus errores se destaque mejor la índole indígena, vernácula de semejante poeta.

Analizándolo con cierta prolijidad, aunque dejando para un ensayo especial otros aspectos, resulta que Melgar inicia en la poesía peruana: (a) la tendencia erótica; (b) la fábula; (c) la incorporación oficial del elemento indígena;

---

(6).—Eguiguren, "La revolución de 1814", Lima, 1914, passim; — San Cristóbal, Evaristo, "Mariano Melgar", Lima, 1946; — Wiese, María (Myriam), "Mariano Melgar"; — García Calderón, F., "Prólogo a 'Poesías de Mariano Melgar'", Nancy, 1878; — Cúneo Vidal, Rómulo, "Reminiscencias de María Santos Corral" en "Revista Histórica", Lima, 1921, tomo VII, pág. 5-16; — Wiese, María (Myriam), "La romántica vida de Mariano Melgar", Lima, 1939.

(7).—Menéndez y Pelayo, M., "Antología...", cit., tomo III, p. CCLV; — Riva Agüero, J. de la, "Carácter de la literatura del Perú independiente", Lima, 1905.

(8).—Mariátegui, José Carlos, "Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana", El Proceso de nuestra literatura, Lima, 1928; — Tauro, A., "Elementos de literatura peruana", Lima, 1946, p. 57; — Tamayo Vargas, A., "Apuntes para un estudio de la literatura peruana", Lima, 1947, p. 156, etc.; — Sánchez, L. A., "La literatura peruana", tomo III, Santiago, 1936, p. 13, etc.

(ch) el sentimentalismo franco, y (d) rinde culto directo a una mujer. Notas adicionales son (e) su clasicismo inicial, y (f) ciertos atisbos paisajistas, esto último no tan nuevo, pues, aunque, en tono distinto había aparecido ya en el Conde de la Granja, cuya descripción de Lima merece recordación.

(a) He aquí de qué manera reacciona el ex-seminarista ante el amor, prematuro amor, por cierto, desleído en también prematuros desengaños.

*No nació la mujer para querida,  
Por esquivá, por falsa, por mudable;  
Y porque es bella, falsa, miserable,  
No nació para ser aborrecida.*

*No nació para verse sometida,  
Porque tiene carácter indomable;  
Y pues prudencia en ella nunca es dable,  
No nació para ser obedecida.*

*Porque es flaca, no puede ser soltera;  
Porque es infiel, no puede ser casada;  
Por mudable, no es fácil que bien quiera.*

*Si no es, pues, para amar o ser amada,  
Sola, casada, súbdita o primera,  
La mujer no ha nacido para nada (9).*

Este Leopardi andino y adolescente se desahoga así probablemente, después de un desengaño amoroso, quizás cuando le separaron de Silvia, o, mejor aún, por causa de algún otro amor supletorio; aunque, realmente sorprende este soneto en él, disuena dentro de su obra entera, que, por haber sido recogida de modo irregular, mucho de oídas, admite la sospecha de haber sido adulterada por los recopiladores y copistas.

Mas los rasgos de su erotismo se enfocan todos sobre Silvia, por quien experimentó Melgar la única pasión de su breve existencia.

(b) Por razones psicológicas y sociales muy claras, el indio, o los que mayor porcentaje de sangre indígena poseen,

---

(9).—Melgar, M., "Poesías", Nancy, 1878, p. 120.



son quienes se destacan como *fabulistas* en la literatura americana. Podría hasta decirse que constituye una nota característica del alma india. Sospecho que ello obedece a lo siguiente: (1) el frecuentamiento de los animales, eso que L. E. Valcárcel llama "franciscanismo" indio, por tanto aquellos se convierten en accesibilísima fuente de metáforas; (2) la tendencia a la alegoría, propia de todo pueblo con rezagos primitivos y de origen oriental; (3) una larga servidumbre, que ha creado el hábito de recatar la crítica, y cuando se le ejerce, hacerlo a través de medios velados, para no atraer castigos de los poderosos: o sea una sátira disimulada, como se vió en el caso de Montesquieu y sus célebres "*Cartas Persas*", etc. Melgar llena así los requisitos de auténtico representativo indígena hasta en el modo de expresar su malcontento. También los muestra en su forma quejumbrosa de expresar amor. Veamos este ejemplo:

## EL CANTERO Y EL ASNO

*Nos dice cierta gente  
que es incapaz el indio:  
yo voy a contestarle  
con este cuentecillo.  
Bajaba una mañana  
un cantero rollizo,  
repartiendo y lanzando  
latigazos y gritos,  
de cargados borricos  
sobre una infeliz tropa.  
"¡Qué demonios de brutos!  
¡Qué pachorra! ¡me indigno!  
Los caballos son otros:  
tienen viveza y brío:  
Pero, a éstos no les mueve  
ni el vigor más activo".*

*Así clamaba el hombre;  
mas, volviendo el hocico,  
el más martagón de ellos,  
en buena paz le dijo:*

*"¿Tras cuernos, palos? ¡Vaya!  
Nos tienes mal comidos,  
siempre bajo la carga,  
¿y exiges así bríos?  
Y con azote y palo,  
¿pretendes conducirnos  
y aún nos culpas de lerdos  
estando en ti el motivo?  
Con comida y sin carga,  
como se ve el rocino,  
aprendiéramos luego  
sus corcovos y brincos;  
pero, mientras subsista  
nuestro infeliz destino,  
¡bestia el que se alentara!  
¡luevan azotes, lindo;  
sorna y cachaza, vamos:  
¡para esto hemos nacido!"*

*Un indio, si pudiera,  
¿no diría lo mismo? (10).*

(10).—Melgar, ob. cit., p. 211.

Difícilmente se da más clara expresión de disgusto y rebeldía. De rebeldía como *raza*, que es ya importante. Es el indio el que así clama y critica, comparándose él, con el cargado borrico, y al español, con el rocín bien comido. Melgar escribió otras fábulas, una de ellas, "*Las aves domésticas*", en que los gallos destrozan a un orgulloso pavo real. La rebeldía triunfa. El pavo, símbolo del poder, está abatido. Melgar comenta intencionadamente:

*Yo en los gallos no encuentro malicia...*

*—¿Y en los pavos?*

*—Mejor es callar.*

(c) Melgar no diluye sus emociones en figuras retóricas. Al contrario, las huye para decir sin ambages lo que aqueja su corazón. Le acompaña en tal empresa, su propia naturaleza indígena o mestiza. Como se sabe, la poesía quechua usa metro corto, análogo a la seguidilla español'a. Melgar es maestro en este género de composiciones de estructura popular y expresión directa.

*Por más que quiero  
de la memoria  
borrar la gloria  
que poseí,  
por todas partes,  
cruel, me persigue,  
siempre me sigue,  
siempre ¡ay de mí!*

*Procuro en vano  
no dar oído,  
a aquel sonido  
que un día oí,  
cuando mi prenda  
juró ser mía,  
y me decía:  
"Seré de tí".*

(Yaraví, II)



*Vuelve, que ya no puedo  
vivir sin tus caricias;  
vuelve, mi palomita,  
vuelve a tu dulce nido.*

*Mira que hay cazadores,  
que, con afán maligno,  
te pondrán en sus redes  
mortales atractivos;  
y, cuando te hayan preso,  
te darán cruel martirio;  
no sea que te cacen:  
huye tanto peligro;  
vuelve, mi palomita,  
vuelve a tu dulce nido.*

(Yaraví, VI)

El nombre de *yaraví*, como se sabe, es el que corresponde a las piezas líricas quechuas, y proviene de *haravec* o *arabicus* nombre que se daba al poeta (o creador) en el Imperio Incaico. Generalmente, los yaravíes se acompañaban de música de quena o vihuela, o ambas a la vez. Melgar supo captar tan ajustadamente el alma popular, a través de esta composición, que recibió el nombre, con que, por antonomasia se le conoce, de "poeta de los yaravíes".

Otra nota típica del sentimentalismo Melgariano es la frecuencia con que acude a las "despedidas". Se trata de un tema repetido en todas las literaturas. "Partir c'est mourir un peu", dice el poeta romántico francés. Ahí reside la originalidad del imperfecto metro de Melgar. Para el europeo, partir es "morir un poco"; para el indio, partir es morir del todo. El indio sabe que cuando lo alejan de su territorio (entonces él no se alejaba; lo alejaban), se hace ya difícil el retorno. La partida indígena era en aquel tiempo trasunto de una de dos: o viaje de *mitimae*, es decir, de desterrado o confinado por móviles y con fines de equilibrio colectivo político; o viaje de *mitayo*, es decir, de trabajador forzado en regiones a donde iría a morir, a fuerza de esquilamiento. La despedida del indio, o *cacharpape*, tiene, por eso, un tono definitivo. Melgar acierta en ese tono, y se distingue

una voz más de la literatura de su país y de su tiempo. En el Perú "irse con sus cacharpas" (con su hato, con sus trabajos o utensilios, con todo lo que tiene) es irse definitivamente: el cacharpateo o "despedida" representa la ausencia terrenal sin remedio. El acento de las despedidas indígenas es desgarrador. Suena a lamentación antes de la muerte. No se habla de retorno; sino de melancolía irrestañable. Repito: aunque imperfecto y hasta burdo, Melgar acierta en el tono, aunque decaiga en el modo.

(ch) Toda la poesía erótica de Melgar se desarrolla en torno del amor de una mujer. La conoció cuando ella tenía once años. María Santos del Corral se dió cuenta del amor que había despertado en el joven seminarista arequipeño? Dudo, aunque María Wiesse lo afirma. Parece haber sido un amor unilateral. El poeta soñaba con su amada, por lo que creo poco la versión de que sus padres lo enviaran a Lima para curarlo de esa pasión. Las pasiones de adolescentes se curaban entonces con reprimendas o enclaustramientos o burlas, pero no con viajes tan dilatados como el de Arequipa a la capital del virreinato, y tan costosos. Todo lo que se sabe de tal amor es por simples inferencias, y a través del poeta. Después, surge la anécdota precisa e impiadosa. El auditor de guerra del tribunal que condenó a muerte a Melgar, en 1815, se llamaba Manuel de Amat y León, hijo del Virrey Amat, pero no de la Perricholi, de quien el gobernante tuvo otro hijo, también Manuel. Pues, el hijo del amante de la Perricholi, que condenó a muerte a Melgar, se casó con Silvia, es decir, con María Santos del Corral, en 1819, cuatro años después de que el poeta se deshacía en polvo, bajo el suelo. Macabra ironía, digno colofón de peripecia tan de veras romántica como fué la corta vida de Melgar.

*Silvia* constituye el foco de la poesía del arequipeño. La amó tierna y desesperadamente, y silenciosamente acaso. Tal clase de amor no aparece en la literatura colonial. Sólo cuando se trata de Dios, mas no de un ser terreno. De ahí que Melgar sea tan extracolonia, tan absolutamente renovador.



Y tan personal fué Melgar que él introdujo en la literatura peruana un sentimiento apenas apuntado en Caviedes: la tristeza. A ella arribó por medio de su chafado amor. Sería absurdo, y confieso el error de haberlo hecho, referir a Melgar a Lord Byron, a quien ni conoció ni sospechó. Igualmente, nada tiene que ver en este caso André Chénier, salvo la luctuosa coincidencia de la prematura y trágica muerte de ambos. Melgar, desde su modestia, cifrará "toda su historia" en el amor de Silvia, a quien sólo vió tres veces en su vida, y quien, de juro, no oyó, no conoció o no entendió el amor de su poeta. En su famosa "*Carta a Silvia*", dice Melgar:

*Por si logro mostrarte mi firmeza,  
Por si, al fin, tus recelos se disipan,  
La historia de mi amor, toda mi historia,  
Voy a contarte, mi querida Silvia.*

"¿Por si al fin, tus recelos se disipan"?... La frase indicaría que Silvia no confiaba en las promesas de su enamorado, mas ¿cómo confiar si era una chiquilla; si no las entendió, o si, meramente, el poeta no llegó a pronunciarlas sino *in mente*? Saturado de funestos presentimientos, escribe:

*no hay más: para llorar sólo he nacido.*

Tan palmaria declaración escapa al estilo colonial. Se advierte la transformación operada. Tampoco es colonial la confianza que sigue, referente a la situación económica de los padres del escritor:

*porque ya la fortuna que vacila  
robó a mis padres,*

expresión que pudiera entenderse como alusiva a un fracaso económico o a la muerte de los progenitores del poeta, aunque, su prologuista afirma que, en 1815, estaban vivos, y asistieron a la despedida del vate trocado en guerrero, en marcha ya hacia la muerte.

Las alternativas de su pasión inspiran contradictorios acentos. En un yaraví exclamará, por ejemplo:

*Amor, amor, no quiero,  
no quiero más amar...*

Nada de ello detiene ni borra su indeclinable y triste amor a Silvia. De ello ofrece patente testimonio la "Elegía I". Su acento rompe la monotonía claustral de la Colonia, y abre el romántico arcano de un estilo inesperado:

*¿Por qué a verte volví, Silvia querida?  
¡Ay triste! ¿Para qué? ¡Para trocarse  
Mi dolor en más triste despedida!  
Quiere en mi mal, mi suerte deleitarse;  
Me presenta más dulce el bien que pierdo;  
¡Ay bien, que va tan pronto a disiparse!  
¡Oh memoria infeliz!... ¡Triste recuerdo!  
¡Te vil,... ¡qué gloria! Pero, ¡dura pena!  
Ya sufro el daño de que no hice acuerdo.*

*Mi amor ansioso, mi fatal cadena,  
A ti me trajo con influjo fuerte.  
Dije: "Ya soy feliz; mi dicha es plena".*

*Pero ¡ay! de ti me arranca cruda suerte;  
Este es mi gran dolor; éste es mi duelo;  
En verte busqué vida y hallo muerte.*

*Mejor hubiera sido que este cielo  
No volviera a mirar; y sólo el llanto  
Fuese en mi ausencia todo mi consuelo.*

*Cerca del ancho mar, ya mi quebranto  
En lágrimas deshizo el triste pecho;  
Ya pené, ya gemí, ya lloré tanto...*

*¿Para qué, pues, por verme satisfecho  
Vine a hacer más agudos mis dolores,  
Y a herir de nuevo el corazón deshecho?*

*Encumbradas montañas, ¡quién me diera  
La dicha de que al lado de mi dueño,  
Cual vosotros, inmóvil subsistiera!*

*¡Acaba, bravo, mar, tu fuerte guerra;  
Islas sin puerto, vuelve las ciudades;  
Y en una sola a mí con Silvia encierra!*



*¡Favor, tinieblas, vientos, tempestades,  
Pero, vil goblo, profanado suelo,  
¡es imposible que de mí te apiades!*

*¡Silvia!, ¡Silvia!, tú dime ¿a quién apelo?  
No puede ser cruel quien todo cría!  
Pongamos nuestras quejas en el cielo!*

.....

*Lloro, sí, pero mi alma así llorosa,  
Unida a ti con plácida cadena,  
En la dulce esperanza se reposa,  
Y ya presente el fin de nuestra pena.*

No se requiere mayor glosa para resaltar (1) que ningún poeta peruano, y quizás ningún americano, salvo en el campo religioso, usó acento erótico semejante antes de 1810; (2) que la tristeza y el abandono amoroso como temas centrales, anuncian un despertar romántico; (3) que la extremada juventud de Melgar anunciaba imprevisibles logros poéticos para su madurez; (4) que la pasión a Silvia fué más retórica que real, más motivo literario que coyuntura vital.

(d) Discípulo de maestros clasicistas, traductor de Ovidio y Virgilio, como fuera Melgar, conserva en su estilo la indudable huella de tales lecturas y ejercicios. El empleo del heptasílabo y el endecasílabo al modo de Fray Luis de León, indica la presencia de éste en su formación literaria. Ello resalta más cuando se lo advierte justamente en las estrofas dedicadas a cantar la libertad, trasunto de su incipiente inquietud política.

Dejando de lado las traducciones propiamente dichas, conviene destacar la forma como Melgar ingresa en la órbita de las inquietudes políticas y la forma cómo las expresa. Es su llegada a Lima y su contacto con los medios universitarios, lo que provoca en Melgar el despertamiento de conciencia de americano. Repito: en ese momento se ha planteado ya pugna entre los virreinales y los renovadores. Si hasta los jesuitas desterrados, como Vizcardo, experimentan la ten-

tación de lo propio, a nadie puede extrañar que en ello se interese el adolescente de Arequipa.

*Ilustre americano,  
Honor del Perúano suelo,*

es el saludo que presenta "*Al Conde de Vista Florida*". Más preciso es aún en su "*Oda a la Libertad*", en donde destila su fervor por las glorias y excelencias patrias.

*Oíd: cese ya el llanto;  
levantad esos rostros abatidos,  
Indios, que con espanto,  
Esclavos oprimidos,  
Del cielo y de la tierra sin consuelo,  
Cautivos habéis sido en vuestro suelo...*

*.....*  
*Compatriotas queridos,  
Oíd, también, amigos europeos...*

Dentro de una tersura clásica, en metro que evoca las tersas estrofas de Fray Luis, las silvas de Herrera, discurre acerca de la libertad americana, y, como tiene un temperamento explosivo, acaso más encendido aún por su insatisfecho amor a Silvia, pronto une la palabra a la acción, de suerte que no bien halla la oportunidad de poner en práctica los sentimientos que le sobrecogen, se arroja a la contienda, en defensa de los "indios... cautivos... en vuestro suelo", de sus "compatriotas queridos", en obediencia de quienes como aquel "ilustre americano" han tratado de convencer a los "amigos europeos" de la necesidad de libertar a las Colonias.

El sacrificio de Melgar es la dignísima coronación de una vida de arte y fervor. El friso romántico de un edificio también romántico. Si, consideradas estas realidades, se insiste en menospreciar al poeta por imperfecto y balbuceante, se comete craso error. Cualquiera fuese su torpeza expresiva, le salva y enaltece su riqueza temática, su independencia insobornable. El rompe las trabas coloniales. Exalta a la mujer. Se entrega a la Patria. Reivindica el cano indí-

gena. Intenta todos los rumbos con tal de realizar el suyo, fundamental, urgido por un corazón insaciable, antes que por un cerebro cauteloso. En otros términos, el romanticismo peruano se inicia en 1812. No en Lima, ciudad de corte, sino en Arequipa, ciudad rural. El "poeta de los yaravíes" llega a la expresión romántica a costa de una tenaz depuración de su alma y de un valeroso encaramiento de la realidad que le circunda. Melgar es el primer poeta republicano y romántico del Perú.

Otro mestizo asoma, con distintos caracteres, en aquel tiempo. No posee el sortilegio deslumbrador de Melgar. Decidido a sobresalir en una disciplina menos vistosa, pero efectiva, paga su tributo a las musas. Se trata de Don José Manuel Valdés (1767-1843), oriundo de Lima, de la unión de un indígena y de una mulata liberta. Es la primera expresión del mestizo auténtico. En él, en su color, en su psicología, hasta en sus gustos literarios se advierte la presencia de elementos hasta ahí ignorados. Estudió Latinidad en el Colegio de San Ildefonso, él, nacido el mismo año en que se expulsó a los jesuítas. Don Cosme Bueno, el magnífico polígrafo y médico español, le tomó bajo su protección. Eran ya los tiempos en que se perfilaba la reforma intelectual, descrita en otro capítulo. A los 21 años, esto es, en 1788, Valdés era "cirujano latino". En 1801, por Real Orden aprobó las pruebas académicas pertinentes en la Universidad de San Marcos. Optó los grados de Bachiller y Doctor en Medicina, y fué Catedrático de Clínica y de Patología en la naciente Escuela de San Fernando, fundada por Hipólito Unanue. Ya ganada la Independencia, ocupa un cargo en el Primer Congreso, el de Diputado Suplente, Protomédico General del Perú, Director de la Escuela de Medicina, ocupa sus ocios en escribir poesías patrióticas, no muy afortunadas que digamos, notables por la mano que las escribió. Se explica que, dadas las circunstancias anotadas, Valdés fuese un devoto y que su principal culto religioso fuese el del Beato Martín de Porres, el lego negro, que llenó de asombro a los coloniales del siglo XVII. Dos son los libros que prueban es-



ta actitud del doctor Valdés: el "*Salterio Peruano*" (1833) y la "*Vida de Martín de Porres*" (1840), obra que publica, ya lograda la fama y vencido su largo batallar (11).

Menéndez y Pelayo, tan descontentadizo para con los poetas ultramarinos, aunque quizás su disgusto se atemperase en este caso por la índole religiosa de la obra de Valdés, no vacila en calificar la versión de éste como "notable por la pureza de lengua y por la sencillez y dulzura del estilo, que sabe a Fray Luis de León en muchos trozos... noble y decorosa versión del Salterio que es, sin duda, la mejor que ha salido de América, y una de las mejores que tenemos en castellano" (12). José Joaquín de Mora la elogió en una vibrante oda. Riva Agüero le dedica atinados elogios y hace notar sus diferencias con la versión de Olavide, en la que seguramente pensaba Valdés al dar a la suya el dictado de "Peruano" en contraposición al "*Salterio Español*" de don Pablo. La biografía de Martín de Porres la emprendió, a su turno, inspirado sobre todo en "la ínfima clase y humilde nacimiento" del beato. O sea que Valdés dió rienda suelta, en su obra, a contenidos sentimientos de su corazón.

Sería excesivo pretender descubrir en la traducción, alusiones a su propia condición. La tentación es, sin embargo, irresistible. He aquí un fragmento, al cual podría atribuirse intención distinta a la mera versión fiel del insigne original, si no fuera porque la traducción es de todo el texto del Salterio:

*¡Tú, Señor, por ventura nos condenas  
A ser el blanco de tu eterna saña?*

---

(11).—Valdés, José Manuel, "*El Salterio Peruano*", o. Paráfrasis de los ciento cincuenta salmos de David, etc., por D. José Manuel Valdés... Lima, 1833. Imprenta de J. Masías. — 2ª ed., París, 1833.

(12).—Menéndez y Pelayo, "*Antología*", cit., tomo III, p. CCLXI-II; — Riva Agüero, "*Carácter de la literatura...*", cit.; — Lavalle, J. A., "*El Doctor Don José Manuel Valdés*", Lima, 1863; — Romero, Fernando, "*Don José Manuel Valdés, gran mulato del Perú*", en "*Revista Bi-mestre Cubana*", N.º XLIII, p. 178-209, Habana, 1939.

*¿Y será tu furor tan implacable  
Que se cebe también en nuestra raza?*

(Salmo LXXXIV: Benedixiste  
Don Domine)

Más significativo es que tanto Olavide como Valdés escogieron los Salmos, una de las partes más patéticas y doli-das del Antiguo Testamento como tema de sus actividades de traductores. En otras circunstancias, quizás habrían preferido otro libro sagrado, mas tanto Olavide, por las persecuciones religiosas en España, como Valdés, por su humilde cuna y oscuro color de tez, en Perú, sentíanse necesitados de consuelo, y prefirieron aquello en donde el hombre demanda el insustituible auxilio de la Divinidad. Por cierto, que el acento de la traducción, a veces paráfrasis, de Valdés, aunque más ajustada al original que la de Olavide, posee una innegable nobleza. El médico mestizo tenía alma de poeta. No se arriesga uno en semejante ventura y, sobre todo, no sale limpio de ella sin poseer una dosis de elevación, cultura y buen gusto como los que luce Valdés.

El endecasílabo alcanza en la versión del ilustre Protomédico General una majestad propia de estructura y digna de la que alcanzó a manos de eminentes poetas peninsulares. Utiliza, también, una mezcla de endecasílabos y heptasílabos muy característicos, aunque a veces, como cuando emplea el último metro sólo en el cuarto verso de sus cuartetos, produce un efecto de caída o desgano reñido con la robustez de la estrofa.

Como quiera que sea, es indudablemente importante que Valdés prefiera los temas sacros, en plena época de enciclopedismo y siendo él mismo miembro de la naciente República. En ello influirá acaso un complejo de razones étnicas y dolorosas experiencias especiales, que, lejos de inclinarlo a la soberbia cual suele ocurrir en análogos casos, lo movió a la humildad y el recogimiento. Por esto, creo que el doctor Valdés debiera, con más derecho que Olavide, figurar entre

nuestros místicos, ya que en él la devoción no fué efecto de impotencia o decepción, sino fiel compañera del éxito y eficaz contrapeso de la arrogancia.

### III

#### EL FRENESÍ REVOLUCIONARIO: MANUEL LORENZO DE VIDAURRE

Melgar se dejó arrastrar por el lirismo y el frenesí propios del amor. A ello unió la pasión por la libertad de su patria. Todo el sur del Perú hallábase en aquel momento encendido de entusiasmo emancipador. En 1811 había estallado la insurgencia en Tacna, con Zela. En 1814, la de Pumacahua, en Cusco. Desde 1780 convulsionaba aquella zona el ímpetu revolucionario. Próxima al Alto Perú, en donde acababa de pronunciarse el pueblo contra el Virreinato, y a Buenos Aires y Santiago, también sacudidos por fiebre insurrecta, el Sur peruano representaba la fracción febril, encendida, levantisca y ardorosa del país. Tan lo sabían fuera, que en Buenos Aires circulaba la siguiente copla alusiva:

*Arequipa ha dado el sí;  
La Indiecita seguirá;  
La Zamba Vieja ¿qué hará?  
—¡Sufrir jeringas de ahí! (13).*

Resultaría ocioso aclarar que la "Indiecita" era la ciudad de Cusco y "la Zamba vieja", la de Lima.

Existía tan estrecho intercambio de cantos e impresiones respecto a la guerra, que, desde 1808, no obstante la severa represión del virrey Abascal, las prensas de don Guillermo del Río, en Lima, pusieron en circulación los romances "*La Defensa de Buenos Aires*" y "*La Reconquista de Buenos Aires*", por el romancista de ciegos, Pantaleón Riverola".

---

(13).—Zeballos, "*Cancionero Popular*", p. 165, cit. por Rojas, R., "*La Literatura Argentina*", 2ª ed., Buenos Aires, 1934, tomo II, págs. 509-510.



Naturalmente, versaban dichas composiciones sobre la resistencia porteña a la invasión inglesa de Whitelocke y Beresford, la cual sirvió para estimular la conciencia de sí propios que no habían llegado aún a tener los americanos.

Todo se convierte en materia explosiva. La poesía y la didáctica, el periodismo y la oratoria sagrada: por cualquier camino se llega a la Libertad, y eso basta. Así ocurrió en toda literatura, llegados los momentos definitivos. Durante décadas, la novela rusa, por ejemplo, fué cátedra, tribuna, escuela y arte (14). La hora impone su tono. Nadie se libra, cualquiera fuese su posición, de la obsesionante influencia del momento en que se vive. Así, en la mismísima Universidad Mayor de San Marcos, al brindarse el ritual recibimiento al nuevo Virrey, general don Joaquín de la Pezuela y Sánchez, en vez de mantener el discurso y las versainas circunscritas a la fidelidad de los criollos y la grandeza de España, o a los aspectos políticos, se apeló a los éxitos militares del vencedor de Viluma y Vilcapugio, Pezuela.

He aquí lo que le dice I. P. de V., iniciales que seguramente correspondieron a don José Pérez de Vargas:

*Y si la insurrección se vió extinguida  
Que a pueblos infelices devoraba,  
Y la chusma enemiga confundida  
Sólo en la muerte un triste asilo hallaba...* (15).

No es una alusión muy laudatoria al pueblo peruano, ni a los patriotas en general. Por el contrario, les denigra y menosprecia. Ello no impidió que, andando el tiempo, el mismo I. P. de V., publicara versos de alabanza al Libertador Bolívar.

---

(14).—Brückner, A., "Historia de la literatura rusa", Ed. Labor, Barcelona, p. 7.

(15).—"Colección de las composiciones de Elocuencia y Poesía con que la Real Universidad de San Marcos... celebró... el recibimiento de su esclarecido vicepatrono, señor don Joaquín de la Pezuela", Lima, 1816, p. XLI; — Véase: Tauro, Alberto, "José Pérez de Vargas, maestro y poeta" en la revista "Fénix", números 1 y 2, Lima, 1944-45; — Tauro, A., "Elementos de literatura peruana", cit., p. 66; — Sánchez, L. A., "Los Poetas de la revolución", Lima, 1919, p. 58-59; — "El Comercio", Lima, 1855.

Era este don José Pérez de Vargas (1776-1855) hombre de vasta cultura y de aficiones clásicas. Nacido en Italia, sorprende este hecho por coincidir con la presencia entonces en dicho país del jesuíta del mismo nombre, a quien he mencionado en capítulo anterior y al cual se refiere el P. Vargas Ugarte en su libro sobre los "Jesuítas peruanos desterrados en Italia". Pérez de Vargas fué profesor del Colegio del Príncipe y del famoso Museo Latino. Al regresar al Perú, naufragó. Sus principales composiciones fueron panegíricos de Bolívar, Unanue y también de Larriva con quien tuvo las más cordiales relaciones. Correcto, pero de inspiración sumamente restringida, fué, ante todo, un animador de cultura. Gran profesor de Retórica, su influencia en los escritores de su tiempo no es de las menos apreciables. De ahí a reconocer que fuese un verdadero escritor y gozara de inspiración elevada, hay distancia.

En ese mismo folleto a Pezuela, aparecen unas poesías firmadas por F. Ll., quien fué, probablemente, Llediez, allegado al grupo del "*Mercurio Peruano*".

Esta actitud de homenaje al Virrey es compartida por todos, sin excluir a futuros escritores patriotas. Olmedo y Larriva compiten en alabanzas a Abascal, en 1808. Los dos, se esfuerzan en destacar su canto, en loor de la princesa María Antonia de Borbón. Ciertamente, se hace difícil afirmar si ello se debió a imposición de las autoridades universitarias, a abdicación ante la moda, o a deseos de bienquistarse. En todo caso, así fué.

Al revés de ello, en la misma época, las *mujeres* y los *estudiantes* combinaron sus esfuerzos en pro de la causa libertadora, proveyéndola de cantos e incentivos líricos. Valiéndose del "funesto arte de la imprenta" —según dice Valle Inclán— se encarnizaron en propagar noticias. No pienso, como algunos, que fuera ésa la primera vez que las mujeres se lanzaron a la vida política. De una manera u otra, siempre ejercieron influencia en ella; mas, no desde el punto de vista literario. Por ejemplo, a principios del siglo XIX, al anunciarse las victorias del ejército de los Andes en Chile

y, por tanto, la inminente invasión del Virreinato de Lima, circuló profusamente un libelo o arenga en verso, titulado "Las limeñas a las santiaguinas". Empezaba así:

*Hermosas hijas de Chile,  
que de San Martín gozáis,  
tened lástima de nos:  
decidle que venga acá.*

*Si, avaras de tanto bien,  
solas le queréis gozar,  
mirad que somos hermanas:  
decidle que venga acá...*

Y proseguía:

*Si estuviera en nuestro arbitrio  
el podernos trasladar,  
no estuviéramos aquí:  
decidle que venga acá (16).*

Naturalmente, aunque San Martín apareciera como un semidiós, lo cual despertaba el entusiasmo de las damas, mal podría afirmarse enfáticamente que dicha composición fuese en realidad fruto de femenina musa. Nada tiene de raro que la escribiera varón. De todos modos, debemos admitir, mientras no haya prueba en contrario, la versión que se nos brinda. Las mujeres se enfervorizan con los héroes guerreros, sean Libertadores o Dictadores. ¿No sobresalen acaso, en la Revolución Francesa, por contradictorio modo, Théroigne de Méricourt, la belicosa, y Madame Rolland, la reflexiva? En las revoluciones contemporáneas, pese a la aparente frialdad lógica del marxismo, sería incompleta la historia de la Revolución Rusa, si prescindiéramos de Rosa Luxemburgo y Alejandra Kollantay.

A mayor abundamiento, hubo mujeres tangibles y convictas que participaron en la guerra de la independencia peruana: Andrea Parado de Bellido, en el sacrificio heroico;

---

(16).—Bulnes, Gonzalo, "Historia de la Expedición Libertadora del Perú", Santiago, 1887, tomo I, p. 392.



la Condesa de Gislas, la Marquesa de Tagle, Pepita Ferreyros, las Iturreguí, en la conjura. Y si estas damas operaban en las altas esferas, pues, en las modestas ocurrió que el elemento femenino se esforzó por subrayar su aporte, apoyando el batallón *Numancia*, formado por pardos y mulatos peruanos, los cuales desertaron del ejército real para cooperar con el de San Martín, no bien se supo el desembarco de éste en Paracas, en setiembre de 1820. Comprueba esta actitud, una curiosa proclama de "Las mulatas patriotas de esta capital" (17) al Pueblo de Lima, suplicándole que concurriera "a la Mesa que recibirá públicamente el domingo 19 del presente agosto, en la Plazuela de los Desamparados, lo que dictare a V. su patriotismo, para el fin que se expresa en el convite", el cual era pedir vestidos para presentar adecuadamente al batallón *Numancia*, parte de cuyos efectivos "es de nuestra clase".

La última expresión lo dice todo, sin mayores comentarios.

Por otra parte, apenas proclamada la Independencia, el 28 de julio de 1821, se constituyó una "Liga de Damas Patriotas", especie de Orden del Sol femenina, en que se agruparon las más entusiastas mujeres partidarias de la Libertad. Igual había ocurrido en toda América. Sobresaliente ejemplo de ello fué, sin duda, Manuelita Sáenz, la amante de Bolívar, quien, después de abandonar a su esposo, el médico inglés Thorne, en Quito, contestó a las insinuaciones de éste, que prefería ser la querida del Libertador a ser esposa de aquél (18). Comprendiendo todas estas circunstancias, el general San Martín halagó a las mujeres y una de sus primeras proclamas en Lima se dirigió "al bello sexo peruano".

---

(17).—Martínez, Mariano R., "*San Martín íntimo*", París, s/a (¿1912?), p. 156. Este documento figura en el Archivo San Martín, etc.

(18).—Gil Fortoul, J., "*Historia Constitucional de Venezuela*", Berlín, 1908, tomo I, p. 332-333; — "*Gaceta de Gobierno*", Lima, julio-agosto, 1821; — Herrera, "*El Album de Ayacucho*", Lima, 1862, p. 41 y siguientes; — Sánchez, L. A., "*Las limeñas y San Martín*", en "*Mundial*", Lima, julio, 1921.

Bolívar, que apreciaba igualmente semejante aliado, sancionó el decreto del Congreso, de 12 de febrero de 1825, por el cual se creó la medalla cívica femenina (19).

No se puede estudiar esta época sin considerar el aporte de las mujeres, el cual, como tenía que ser, alcanzó a la literatura. Algunos de los próceres, Bolívar, Monteagudo, etc., quizás sobrestimaron tal ingerencia, por razones extrapolíticas, más bien sentimentales y sensuales. Ello se hace literariamente inequívoco en Manuel Lorenzo de Vidaurre (1722-1814), prototipo del romántico desmelenado, alma tempestuosa, verbo de lava, Don Juan de las letras, abogado de paradojas y antagonismos, a quien ha dedicado hermoso estudio Jorge Guillermo Leguía (20).

Vidaurre perteneció al grupo de alumnos de Rodríguez de Mendoza y admiradores de Baquíjano; por tanto fué uno de los estudiantes levantiscos de fines de la Colonia. Viajó a España, y ahí en Cádiz, escribió a los 38 años de su edad, cierto "*Plan del Perú*" que sólo fué publicado en Filadelfia, el año de 1823, esto es cuando el autor tenía 51 y el Perú había proclamado ya su Independencia de España. No sabría decir hasta qué punto es cierta la afirmación de que compuso tal libro por orden de un ministro español, y si realmente es obra anterior a la emancipación peruana o posterior. Vidaurre nunca fué de los muy veraces. Mezclaba en sus obras imaginación y realidad, en proporciones inescrutables. Antes de que ocurriera la Revolución, dudó de sus resultados y objetivos. No obstante, en sus "*Cartas Americanas*" (1823) trata de probar que fué un partidario decidido de la emancipación. Como le sobraban talento y fantasía, no le fué difícil vincularse a los nuevos señores del Perú, má-

(19).—Herrera, "*El Album de Ayacucho*", ed. cit., p. 279.

(20).—Leguía, Jorge G., "*Vidaurre*", Ed. Rosay, Lima, 1934; — Leguía, J. G., "*Apuntes psicológicos sobre Vidaurre*", en "*Boletín Bibliográfico de la Universidad de San Marcos*", Lima, 1928; — Porras, Raúl, "*El Congreso de Panamá*", Introducción, Lima, 1930; — Riva Agüero, J. de la, "*Carácter de la literatura del Perú independiente*", cit. p. 48; — Paz Soldán, J. P., "*Cartas históricas del Perú*", Lima, 1922, tomo II, *passim*.

xime por cuanto él había sido objeto de persecución de parte del Santo Oficio, cuando estudiante, por leer libros prohibidos. Bolívar gustó de este hombre apasionado, verboso, turbulento, traducción criolla del romanticismo. En 1826 le designó representante del Perú al fracasado Congreso anfictiónico de Panamá. Los años siguientes al retiro del Libertador, fueron propicios para Vidaurre. Mas, sin embargo, en 1828, época de crisis bolivariana, redacta un proyecto de Código Penal, y en 1830, publica en París, otro de Código Eclesiástico. En 1834 lanzará uno más, de Código Civil Esta labor codificadora, de suyo pesada por mucho que se inspirara en preceptos vigentes en España y Francia, no le impidió dedicarse a tareas políticas, como lo prueban sus "*Discursos contra el proyecto de Constitución vitalicia*" (1827) en que se pronuncia contra las ideas políticas del Libertador, y su Defensa de la Soberanía Nacional (1831), a raíz de la guerra con la Gran Colombia. Gran orador, caudaloso escritor, apasionado doctrinario, espíritu cambiante, hubo de justificar su cambio de actitud total en un folleto, célebre en los anales del pensamiento peruano, titulado "*Vidaurre contra Vidaurre*" (1839), lanzado a los 67 años, cuando en el país triunfaban las ideas conservadoras que darían como fruto la Constitución de Huancayo, a poco de producirse la derrota de Santa Cruz y la Confederación Perúboliviana.

Manuel Lorenzo de Vidaurre y Encalada fué siempre un hombre contradictorio. En el magnífico ensayo de Jorge G. Leguía (21) se destaca cierta versatilidad, poca lealtad a los principios, un pronunciado narcisismo, una verbosidad y facundia sin contrapeso, mal gusto expresivo, mucha lectura, no siempre bien digerida, vanidad de donjuán y de caudillo. Desde el punto de vista literario, todo ello aparece con notoria claridad en el libro "*Cartas Americanas*", que,

---

(21).—El ensayo de Jorge Guillermo Leguía, citado en la nota anterior, se reproduce en el libro del mismo autor, "*Historia y Biografía*", Ediciones Ercilla, Santiago, Chile, 1936, Prólogo de L. A. Sánchez.



como siempre, dijo haber escrito mucho antes de su aparición: escrito en 1820, publicado en 1823 (22).

El libro está dedicado "Al serenísimo señor don Francisco de Paula, Infante de España", y lleva fecha de 1820. Se trata, según eso, de una obra anterior a la Independencia del Perú, y, por tanto, cuanto en ella se relaciona con los hechos acaecidos con posterioridad a dicha data, adquieren un tono profético al cual era sumamente adicto Vidaurre. Desde el punto de la misma dedicatoria se confirma el yoísmo de este atrabiliario señor. "Si mi carácter me distingue del "común de las gentes" —escribe— mi dedicatoria no puede convenir con "las que hasta el presente se han escrito" (pág. 3). Libro político e informativo, se ameniza con la historia de un chafado amor, que orgullosamente ostenta el autor. El mismo declara que ha unido "en la historia de las dulzuras del amor, porque un corazón sensible sufriría con tormento la lectura de un libro lleno de sangre".

Nada pinta mejor a Vidaurre que el prólogo de "*Cartas Americanas*". Es un trozo antológico del más acabado gerundianismo románticoide. Precisa oírle:

"Las primeras de estas cartas manifiestan el objeto con que se escribieron: Yo tengo la gloria de haber inspirado a los cuarenta y un años de mi edad, una pasión violenta a la joven más hermosa de mi país. Aún la tengo mayor en haberla dirigido por el camino de la virtud. Este esfuerzo quasi contrario a las leyes de la naturaleza, me acercó a los bordes del sepulcro... En el secreto de mi gabinete siguió escribiendo sobre hechos todos ciertos, sobre máximas políticas y sobre puntos dudosos de la Escritura. Fué mi designio únicamente distraerme de las penas que abatían mi espíritu y destrozaban mi corazón. Jamás pensé que se publicasen, a

---

(22).—"*Cartas Americanas, / Políticas y Morales / que contienen muchas reflexiones / sobre / la Guerra Civil de las Américas, / escritas por el ciudadano / Manuel Lorenzo de Vidaurre / Tomo I / Impreso en Filadelfia / Por Juan F. Hustel, al volver la calle segunda, la primera puerta de ella de Dock / 1823.* El tomo II tiene la misma carátula. Consulté el ejemplar número 0439 de la antigua Biblioteca Nacional de Lima, destruída por el incendio del 10 de mayo de 1943.

pesar de las instancias repetidas de mis amigos. El bien que puede resultar a la patria, me obliga hoy a darlas a la prensa... Adoro a la verdad y la justicia; el defender con entusiasmo estos ídolos hollados por personas poderosas, fué la causa de mi ruina y dilatadas peregrinaciones. ¡Posteridad, posteridad! ¡Tú serás mi juez!" (23).

Después de estos párrafos en que resalta el carácter arrebatado y las aficiones declamatorias de Vidaurre, la emprende con su amor, cubriéndolo de moralismos y reflexiones oratorias:

"Ya llegó el momento terrible, sí... es preciso. Rómpase el vínculo que une nuestras almas. ¿Qué digo? ¿Dejar de amarte? ¿La naturaleza que dictando suaves leyes, nos impele a amarnos, será desobedecida? ¿Por qué sus mandatos son dulces y producen el placer, serán por nosotros desatendidos? ¿Los decretos fuertes de un poderoso que se explica con la espada y el fuego, no se resistirán? ¿Y la encantadora voz que nos convida a ser eternamente felices, será brutalmente desechada? ¡Ah! ¡Eternamente felices! No lo podemos ser, amada mía. La religión, la religión no es un fantasma. No es una máxima política que inventaron los tiranos para sujetar en sus iguales. Ella existe en nuestros corazones y a nuestros espíritus... ¿Y ni siquiera un fruto de ese amor no existirá? Manuela Narcisa... ¿dónde estás? ¿dónde está, amada mía, ese fruto de nosotros mismos, en cuyo espejo prometimos vernos para siempre?" (24).

Se advierten en dichos párrafos varios elementos dignos de consideración, pues explican la personalidad de quien los escribió. Primero: la influencia de una pasión amorosa, pasión de mujer por tanto, allá por 1813, cuando Vidaurre tenía 41 años, esto es, que su recuerdo se prolonga hasta 1820, en que redacta las "*Cartas*" y, mejor aún, hasta 1823, en que las imprime. Segundo: la alusión a que "la naturaleza" debe ser respetada en sus impulsos, confirma la filiación roussoniana de quien intentaba reproducir, en Perú, los arrebatos de "*La Nouvelle Héloïse*" y la descarnada sinceridad de las

(23).—Vidaurre, "*Cartas Americanas*", ed. cit., p. 6.

(24).—Vidaurre, ob. cit., p. 7.

"*Confesiones*". Tercero: el giro "y ni siquiera un fruto de este amor no existirá", con sus dos negaciones, revela al lector asiduo del francés. De manera que todo conduce a localizar a Vidaurre entre los protorrománticos, casi tres lustros antes de que Esteban Echeverría proclamara el credo romántico en "*La Cautiva*". Vidaurre completa, pues, el ciclo iniciado por Mariano Melgar, en el sentido de conceder a la mujer una influencia decisiva. Hasta ellos, y por eso los uno en este capítulo, no obstante de que Vidaurre debería aparearse con Pando, más adelante, hasta ellos el amor fué sentimiento retórico, si cabe; nunca pasión desbocada y abierta. La Revolución surge con la insurgencia literaria femenina, y ambas desembocan en el romanticismo. Aunque sea litúrgico repetir, con Ricardo Palma, que nuestro romanticismo empieza en 1848, me atrevo a afirmar que fué muy anterior, y que, si en el lapso 1848-1860, llega a adquirir cierto acento de uniformidad, sus primeros brotes son contemporáneos de la Independencia.

Vidaurre, pleno furor declamatorio, se entrometerá en toda clase de temas y ensayará todo tipo de acentos. Ora ataca al Arzobispo Las Heras, a quien acusa de haber sostenido la guerra civil (p. 31); ora censura el divorcio (p. 38); ora, en paradójica actitud, execra y alaba el suicidio (p. 42); ora censura tibiamente a la Inquisición, que le sometiera a juvenil proceso, y ataca al Virrey Abascal. Su posición contra la esclavitud se cubre de vistoso embeleco oratorio: "negros, blancos, amarillos, nombres más o menos oscuros, todos somos de una misma especie; nuestras necesidades y pasiones no se diversifican sino por la educación y las costumbres" (p. 71). Llama al ginebrino: "Juan Jacobo Rousseau, amigo mío...", y le equipara a Maquiavelo, lo que no impide que, luego, elogie al clero, debido a los consejos de su confesor (p. 133). Sus propios raptos de religiosidad se resienten de retórica: "Como somos cristianos, amiga mía, y por consiguiente, "nietos de la sinagoga...", escribe en alguna parte (p. 166). Pero, más significativa aún es su egolatría cuando exclama con deliciosa impudicia: "Manes de Vidaurre,



acompañadme fuera de España, donde hemos habitado más de dos mil años" (25) pues que su casa, "octava de los ricos homes de Navarra, fué fundada treinta años antes de la venida de Jesucristo".

Después de haber rendido tributo admirativo a "Juan Jacobo Rousseau, amigo mío", le considera adversario de la Revolución. No obstante haber alabado la abolición de la esclavitud, censura la libertad lograda por Chile, dentro de la cual "un negro debe ser admitido en la mesa y en la tertulia de una familia benemérita y antigua" (I, p. 213). De pronto, se proclama monarquista y español: "soy español, decidido por el gobierno monárquico" (I, 268). No extraña entonces que califique a los soldados de la libertad de "bandidos libertos" (II, 13), lo cual no impide que alabe sin trabas a San Martín y a Bolívar (II, p. 58 y 179). Al "amigo mío", Rousseau, le ensarta en cierta página un elogio nada envidiable: "Rousseau y Vidaurre serán perseguidos aunque tengan los mismos sentimientos" (II, 63). Apenas cabe puerilidad más atractiva. La egolatría y la inestabilidad presiden la obra de don Manuel Lorenzo, quien, según propia confesión —y hace prueba plena— escribe incesantemente considerando el escribir como un "frívolo entretenimiento".

La mujer y la excesiva estimación de sí mismo guían el pensamiento y la expresión de Vidaurre, en forma y proporción mucho más visible que en otros próceres o adelantados de la independencia. No es, hay que repetirlo, una actitud galante. Muy lejos de la pleitesía salonera virreinal, aquí la pasión quema los tuétanos, pone en carne viva la sensibilidad, acucia los sentimientos, excierba la esperanza, desemboca en una forma abigarrada, contradictoria, tumultuosa, que es, como generalmente se manifiestan las pasiones verdaderas. Tal frenesí, aunque declamatorio, indica mucha novedad. La mayor de todas, la aparición de una escuela literaria distinta a las vigentes. Esa escuela o, mejor, ese movimiento, no es otro que el romanticismo.

---

(25).—Vidaurre, "*Cartas Americanas*", ed. cit., p. 156.

## CAPÍTULO SEGUNDO

### EL FERVOR REVOLUCIONARIO

#### I

#### ESTUDIANTES, PERIODISTAS Y MÁRTIRES

Otro elemento lírico y juvenil —¡dos veces lírico, por tanto!— los estudiantes, contribuyeron poderosamente a adelantar tanto la Revolución política como la sentimental, o romántica. Surgió, al par, un belicoso periodismo doctrinario que, unido a la mujer-naturaleza, constituye la decisiva trilogía de rebelión, polemismo y amor, o sea, frenesí, crítica y lirismo, distintivo de esa nueva época.

En uno de los capítulos anteriores he insinuado solamente lo indispensable acerca de la participación de los estudiantes y sus maestros, en la vida pública de fines del siglo XVIII, actividad que dió como resultado el triunfo de la Independencia del Perú en 1821. Según he dicho, casi todos los colegiales notables de San Carlos y no pocos de San Marcos, fueron procesados por el Tribunal del Santo Oficio, a causa de leer libros prohibidos, proporcionados generalmente por el libérrimo P. Diego de Cisneros. La literatura se había convertido en delito predilecto de jóvenes curiosos. En las nóminas de procesados por la Inquisición figuran nombres tan eminentes como los de José Joaquín de Olmedo, José Joaquín de Larriva, José Faustino Sánchez

Carrión, Francisco Javier de Luna Pizarro, Francisco Javier Mariátegui, Mariano José de Arce, Manuel Pérez de Tudela, entre los más jóvenes; y José de Baquijano y Carrillo, Toribio Rodríguez de Mendoza, Hipólito Unanue, entre los maestros. El poeta español preferido para imitaciones y recitaciones en las fiestas universitarias, era ya el torrenoso Manuel José Quintana, calvo en efigie y cabelludo en verso. Aunque dentro de los moldes clásicos, su inspiración cívica lo había vuelto numen de una generación sedienta de hallar modelo o guía para su expresión aún tartajosa, y para su pensamiento aún indeciso. Todo ello desembocaba en una típicamente exaltada, umbral del romanticismo. Así cuando, en 1808, el colegial José Joaquín de Olmedo recibe su nombramiento de Catedrático de Digesto, hubo "ruido", es decir, fiesta en la Universidad, donde se representó "*El Duque de Viseo*", de Quintana, al par que el novel profesor recitaba campanudos versos en homenaje del Virrey Abascal, quien sujetaba con férrea mano el Perú (1).

La poesía de la época se alimenta de cierto fervor cívico, visible hasta en quienes menos permeables se mostraban a tales tendencias. Ya sabemos que Melgar, adolescente, consagra "*A la Libertad*" y "*Al Conde Vista Florida*" dos de sus mejores cantos. En ellos campea inequívoco sentimiento de malcontento y rebeldía. La inspiración provinciana y rural de Melgar se distingue de las otras, tal vez porque el vulgo era —o es— más propicio a la alabanza, mientras el campo se enardece y solivianta con mayor facilidad. La comparación de las tendencias en boga lo esclarece muy bien. Bernardino Ruiz, impresor de la Casa de Huérfanos, el diligente "Anticiro" de la "Sociedad de los Amantes del País" (1790), había elogiado sin tasa a Carlos IV y a la liviana

---

(1).—Palma, R., "*Anales de la Inquisición de Lima*", en "*Apéndice a Mis Últimas Tradiciones Peruanas*". Barcelona, 1910, p. 492-513; — Medina, J. T., "*Historia del Santo Oficio de la Inquisición en Lima*", Santiago, 1887, tomo II, passim; — Mera, J. de D., "*Ojeada histórico-crítica de la poesía ecuatoriana*", Barcelona, 1893, p. 458; — Sánchez, L. A., "*Los Poetas de la Revolución*", 1ª ed., p. 64.



María Luisa (1775), al mismo tiempo que al retardatario y terco Arzobispo González de la Reguera, clasicista, americanóphobo, anticriollo, inspirador de una sistemática campaña contra los reformadores del pensamiento colonial limeño. Sin embargo, años más tarde, entrado ya el siglo XIX, Ruiz emplearía el metro de Fray Luis para deplorar la defunción del intransigente prelado:

*Y ¡qué!, Padre, ¿así dejas  
tus ovejas amadas,  
tan míseras ovejas,  
tristes, descarriadas,  
en duelo y soledad abandonadas?*

lo cual recuerda aquello del poeta español:

*¿Y dejas, Pastor Santo,  
tu grey en este valle hondo, oscuro  
en soledad y llanto...*

El propio Bernardino Ruiz (aunque no saldría yo por fiador de la autenticidad de tales versos, atribuidos a él por su conspicuo, pero desacertado compilador José Toribio Polo), al celebrar una victoria de los soldados españoles sobre los franceses, alude a los americanos en la siguiente despectiva forma:

*Haced, Señor, también, que participen  
de tu inmensa bondad, los tristes pueblos  
que a su angustiada madre desconocen (2).*

Sería irrisorio atribuir al Ruiz de tales años, un afán libertario muy nítido, si éste alcanzó a expresarse alguna vez.

En la prosa, Larriva y, en el verso, Olmedo, coinciden para producir manifestaciones semejantes. La oda "A María Antonia de Borbón" de éste, y el panegírico a Abascal, de

---

(2).—Polo, José Toribio, "El Parnaso Peruano" o "repertorio de poesías nacionales antiguas y modernas", Lima, 1862; — Sánchez, L. A., "Los Poetas de la Revolución", 1ª ed., p. 50-51. Véase la segunda edición, Lima, 1947, en el volumen "Los Poetas de la Colonia y la Revolución".

aquél, no otorgan credenciales de librepensamiento ni muchísimo menos, a quienes los escribieron.

Sin embargo, la nueva generación, aunque bajo la fé-  
rula universitaria, cada vez más cercana a las corrientes  
renovadoras, se define por diversa manera. Los lectores de-  
votos de las historias de la Revolución Francesa, caracteri-  
zan, por eso, a Melgar como un criollo Chénier, porque llega  
al patíbulo cantando; como un Byron rural y desmañado, a  
quien no asusta el pelotón de fusilamiento. Mas, si apuramos  
paralelos y similares, el verdadero Chénier criollo, inseguro,  
afónico y balbuceante, fué Gabriel Aguilar.

José Gabriel Aguilar era un minero del Cuzco, dado a  
las divagaciones. En uno de sus sueños, vió una extraña a'e-  
goría en la que el Perú lograba su Independencia. Comunicó  
su fantasía al doctor Ubalde, también cusqueño, quien, en  
compañía del regidor Manuel Valverde, que se decía des-  
cendiente de los Incas, y de don Carlos Mejía, de vastas  
relaciones sociales, decidieron al médico Justo Justiniani, al  
Cacique de Ilave, al R. P. Diego Barranco y otros, a formar  
una conspiración libertadora. Así anduvieron las cosas, pero,  
el 25 de junio de 1805, el Oidor Berriozábal recibió una  
denuncia sobre tan descabellado plan, de boca de un tal  
"Lechuga". Mediante una burda trama, se descubrió plena-  
mente todo lo ocurrido. Y el 5 de diciembre del mismo año,  
Aguilar y Ubalde subían al cadalso, en la Plaza Mayor de  
la Ciudad Imperial.

Aguilar, como el justo don José de Antequera en 1731,  
entretuvo sus ocios carcelarios, escribiendo versos. Una de  
sus composiciones fué la glosa en décimas de una cuarteta,  
alusiva a su propio deceso:

*¡Qué largas las horas son  
en mi reloj desdichado!  
¡Parece que se ha parado  
al ver mi tribulación!*

se quejaba el cuitado Aguilar. En otro lugar decía:

*Alce el reloj su gatillo  
y acábeme de matar.  
¿Para qué quiero la vida  
en un continuo penar?*

La última estrofa de esta glosa es la más patética:

*Al fin, reloj desgraciado,  
que das las diez sin cautela,  
ya a las once, estando en vela  
tus pesas habrás doblado,  
y en mi cárcel, encerrado,  
tus cuartos me han de pesar:  
a las diez han de tocar  
a exequias por quien murió:  
aquel Gabriel que vivió  
en un continuo penar (3).*

Por las muestras, Aguilar no era desafortunado repentista, y hasta se podría otorgarle calidades poéticas, siempre que fuesen auténticos los versos que se le atribuyen.

De tal suerte, en él, como en Melgar, poco más tarde, como en Antequera, casi un siglo atrás, se mezclaban rebeldías y cantos. Otros, de igual o superior categoría no emplearon el verso, sino la prosa; literatura y revolución andan mezcladas. Mariano Moreno desde Buenos Aires escribe en 1809 el "*Memorial de los Estancieros*" y compone lo que se conoce después como "*Dogma democrático*"; Antonio Nariño, en Nueva Granada traduce la "*Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano*"; Rodríguez de Mendoza, en Lima, propaga las enseñanzas de Rousseau, al cual traduce Moreno. Sin embargo, otros, a quienes se verá más tarde militando en los movimientos libertadores, ceden en aquellos días precursores a la tendencia oficialista, a la moda colonial de los panegíricos de pie forzado. En 1815, no obstante haber sido fusilado Melgar, oscuro rimador provinciano según los limeños virreinalistas, la Universidad de San Marcos

---

(3).—Herrera, "*Album de Ayacucho*", cit., p. 324; — Bulnes, ob. cit., tomo I, p. 372; — Mendiburu, ob. cit., Tomo I, Lima, 1876.



festeja las victorias del General Pezuela sobre las patriotas del Alto Perú. Los versificadores que más se encienden de alegría por ello son José Pérez de Vargas y F. Llediez, el primero de los cuales celebrará luego a Bolívar. Hay derroche de ditirambos al triunfador, porque

..... en Viluma,  
 Ayohuma y Vilcapugio  
 a innumerables huestes  
 a la razón redujo.

Mas, los estudiantes y sus mejores maestros viven en otro clima, ajenos al rito palaciego a que se someten muchos poetas. Tanto es así que, apenas llegado al Gobierno, Pezuela se ve obligado a clausurar el Convictorio Carolino (1816), donde campean Rodríguez de Mendoza y sus huestes juveniles. No se reabre sino bajo el rectorado del Presbítero Carlos Pedemonte, también alumno de Rodríguez de Mendoza: Pedemonte era hombre de ideas realistas, pero no muy exaltado y hasta bastante amigo del Precursor. El propio Sánchez Carrión transige con el virrey, pero de nada le vale. Su elogio pronunciado en la ceremonia universitaria del 4 de noviembre de 1817, no convence al Virrey Pezuela, que ya ha reemplazado a Abascal. A poco, el inoportuno panegirista parte confinado a Huamachuco y pierde su cátedra de Digesto a causa de ser sospechoso de "insurgencia". Olvidado ese traspíes, Sánchez Carrión se convertirá en el más vehemente propagandista de las nuevas ideas, en roussonianamente convicto, tanto desde su tribuna del Primer Congreso republicano, como desde su periódico "*La Abeja Republicana*", donde sobresale por un sobrio doctrinarismo (4).

No tarda mucho en profundizarse el antagonismo entre

---

(4).—Leguía, J. G., "*El Precursor*", Lima, 1922, p. 82; — Polo, J. T., "*Toribio Rodríguez de Mendoza*" en "*El Tiempo*", Lima, 22 de sept. 1864; — Rebaza, N., "*Anales de la Libertad*", p. 163; — Barreda, Felipe, "*La Vida Intelectual de la Colonia*", ed. cit., 1909, p. 327-381; — "*Anales Universitarios*", Tomo I, Lima, 1878; — Sánchez, L. A., "*Breve Historia de la Fundación y Transformaciones de la Facultad de Letras*", Lima, 1918.

el poder y el saber. El Virrey descubre una conspiración en Lima y alrededores, en la que participan el prestigioso médico Alcázar, y los abnegados patriotas Espejo y Gómez, "el empecinado". Los tres cabecillas condenados a muerte, son ejecutados públicamente en la plaza mayor de Lima. La musa popular se encrespa y canta dolorida:

*¡Oh, cara Patria! No en el campo solo  
Del furibundo Marte han derramado  
Su purpúreo licor tus dignos hijos  
Por liberarte de dominio extraño.  
Los pueblos, las ciudades están llenas  
De víctimas ilustres, que inmolaron  
A la ambición de dominar, los Gejes  
Del antiguo sistema; esos tiranos  
Que jamás, sin horror, nombrar podremos (5).*

Y agrega, refiriéndose a la crueldad de la represión:

*Que nunca olvidaremos sin espanto...*

La Musa popular, como siempre generosa y rebelde, divulga la fama y el valor de

*Gómez, Espejo y el amable Alcázar (6).*

## II

### SALONES, CAFÉS, PERIÓDICOS Y CONSPIRACIONES

Había aparecido una nueva diosa: la Libertad. Aún los menos permeables a su influjo, cedían ante ella. Si no por convicción, por moda todos le rendían culto en los mentideros de las calles, las esquinas, los cafés, las plazuelas, y hasta los salones. Si mujer y estudiante fueron los primeros, ahora el pueblo mestizo y la aristocracia criolla los alentaban con fervor. No se debe olvidar aquí, aunque no sea tí-

(5).—Herrera, "Album de Ayacucho", cit., p. 290.

(6).—Valdizán, "Diccionario de la Medicina Peruana", tomo I, Lima, 1929.

picamente asunto literario, que la Independencia fué por muchos conceptos, “una guerra civil” (7), y que los terratenientes criollos la tomaron a pechos, venciendo naturales prejuicios y temores del pueblo, que no veía con claridad los beneficios por obtener.

Como ocurre en circunstancias análogas, en todos los países, las letras parecen, en aquel momento, más “publicidad” o “propaganda” que arte. Abundan libelos y pasquines, algunos de buen corte literario. La imaginación anónima se desborda en cuartetos y carteles. En el “*Diario*” del patriota Remigio Silva, uno de los mártires del año 1820, se lee la siguiente anotación:

“5 de marzo. Ha amanecido hoy un pasquín en varias calles, publicado en esta forma:

*Nació David para Rey,  
Para sabio, Salomón,  
La Serna, para soldado,  
Pezuela, para ladrón* (8).

Alude a La Serna, general español que sucedería a Pezuela en el solio de Virrey, impuesto por un motín cuartelario en Aznapuquio (1821).

Manifestación de simpatía popular es, también, la proclama de las “mulatas patriotas” anteriormente mencionada. Desde Buenos Aires envían al Perú rimados refuerzos los repentistas más célebres. Esteban de Luca lanza una oda “*Al Triunfo del vicealmirante Lord Cochrane sobre el Callao, el 6 de diciembre de 1820*”. Circulan los vibrantes versos y la entusiasta música de *La Chicha*, tan popular, o más, que el *Himno Nacional* y original de los mismos autores: el músico José Bernardo de Alcedo, y el repentista José de la Torre Ugarte. Alcedo había estudiado en Chile. *La Chicha* alcanzó una difusión incomparable, tanto por su ímpetu bélico, cuanto por su carácter descriptivo y vernáculo.

---

(7).—Vallenilla Lanz, Laureano, “*Cesarismo democrático*”, Caracas, 1919, p. 1 a 50.

(8).—Bulnes, ob. cit., tomo I, p. 421.



*Patriotas; el mate  
de chicha llenad,  
y alegres brindemos  
por la libertad.*

*Cubran nuestras mesas  
el chupe y quesillo,  
el ají amarillo  
y el rosado ají.  
Y a nuestras cabezas  
la chicha se vuela  
la que hacer se suele  
de maíz o maní.*

*Esta es más sabrosa  
que el vino y la cidra,  
que nos trajo la hidra  
para envenenar.  
Es muy espumosa  
y yo la prefiero  
a cuanto el Ibero  
pudo codiciar.*

*El Inca la usaba  
en su regia mesa:  
ahora no empieza,  
que es inmemorial.  
Bien puede el que acaba  
pedir se renueve,  
el pote en que bebe  
o el gran capotal.*

*El sabiche venga,  
la guatía en seguida,  
que también convida  
y excita a beber.  
Todo indio sostenga,  
con el pote en mano,  
que a todo tirano  
hay que aborrecer.*

*¡Oh, licor precioso!  
¡Tú, licor peruano!  
Licor sobrehumano,  
mitiga mi sed.*

*¡Oh, néctar sabroso  
de color de oro,  
del indio tesoro,  
patriotas, bebed! (9).*

Así continúan desarrollándose las estrofas, en una verdadera afirmación de culinario nacionalismo, en la cual aparece el indio como el antípoda natural del español. Por su colorido y sabor vernáculo, esta canción se convirtió en una especie de "*La Carmagnole*" de los patriotas del año 20.

La inspiración cívica llena los ámbitos del Continente. El gobierno de Buenos Aires, cuya mirada sigue atenta a la expedición del general San Martín, ordena al ya nombrado Esteban de Luca, escribir un "*Canto lírico a la Libertad de Lima*", en donde insiste en las metáforas solares características de dicho período:

*Salud, ínclita Heliópolis...  
.....  
Salud, hijos de Febo... (10).*

No escaparon al imperio de dicha moda fébica ninguno de los capitanes de la Emancipación. De un modo u otro, agentes o pacientes, Bolívar, San Martín, Monteagudo, Sucre, Olmedo, Pando, todos pagan su tributo solar a la causa patriota. *Orden del Sol* es el nombre de la congregación de beneméritos que organizan San Martín y Monteagudo. *Hijos del Sol* se denomina a los peruanos, en homenaje al Dios de los Incas. Llama la atención que sólo a los tres siglos de político eclipse, el sol, hace un lustro, volviera a alumbrar tutelar y brevemente en el Perú, al menos para legisladores, guerreros y poetas.

Otro versificador platense, el célebre Bartolomé Hidalgo, heterodoxa voz de la revolución emancipadora de aquella

---

(9).—Herrera, "*Album de Ayacucho*", p. 325. — Conviene, acaso, anotar algunos significados: *mate* y *poto* son sinónimos, equivalen a calabaza para beber; *chicha* es una bebida fermentada de maíz, maní o aún bizcocho; *sebiche*, *cebiche* o *seviches* un plato del pescado cocido en limón, sal y ají, acompañado de camote cocido y choelo o mazorca hervida.

(10).—Rojas, R., ob. cit., 2ª ed., tomo IV, p. 895-906.

región, consagró algunos de sus populares "cielitos" a Lima y su insurgencia. Mas, no por eso, deberá considerarse que la capital del virreinato del Perú hubiese trocado total y fervorosamente su vieja adhesión monárquica por una súbita pasión libertaria. Pesaba demasiado el poder hispano sobre ella, para que lograrse eliminarlo de golpe. Cierto: menudeaban las conjuras, episodios y chismes. Los cafés de *El Comercio* y *El Caballo Blanco* se veían concurridos por misteriosos personajes que distribuían subrepticamente impresos y murmuraciones. La fantasía criolla inventa ollas de doble fondo, para hacer viajar la literatura insurgente. El verso fácil e intencionado se anticipa a la proclama doctrinaria. Por novelería, más que por convicción, cunde el afán revolucionario. Antiguos panegiristas de Virreyes truécense, de la noche a la mañana, en tenaces conspiradores. En medio de aquella tormenta mantiénese vivo el ingenio limeño. Una, entre muchas anécdotas, refleja aquel estado de ánimo tan *sui géneris*. Lo refiere, con su gracejo habitual, don Ricardo Palma. Los protagonistas fueron dos clérigos, el cojo Larriva, agudo autor de elogios virreinales y de epigramas de todo tipo, y el panzudo Echegaray, también ducho en el arte de disparar saetas rimadas. En cierta oportunidad, Larriva ataja una vehemente argumentación de su colega, con el dicho latino de "Nihil difícil est". De corrido, Echegaray replica con un cuarteto:

*Si nihil difícil est,  
según tu lengua relata,  
enderézate esa pata  
que la llevas al revés*

Hubo carcajadas generales en el recinto. Echegaray se pavoneaba, ostentoso de su triunfo. Entonces, Larriva, recuperándose con prontitud y poniendo una mano sobre el hombro de su contrincante, improvisó como sigue:

*Cuando Dios hizo esta alhaja,  
tan ancha de vientre y lomo,*



*no dijo: "faciamus homo"  
sino: "faciamus Tinaja" (11).*

Aludía así al apodo de Tinaja con que era conocido Eche-  
garay.

Tan notorio acento festivo imprime a la Revolución de la Independencia en Lima, carácter distinto que en el resto del continente. Faltó patetismo, austeridad. Quizás, por eso, se confabularon tan lindamente damas y señoritos, y no se decidieron al golpe final sino cuando recibieron el estímulo numeroso y tangible de un ejército expedicionario argentino-chileno. La beligerancia fué más de salón y café, que de cuartel; antes de ingenio que de puño. Linajudas casas como las del Conde de la Vega del Rén; el Marqués de Torre Tagle (que era funcionario virreinal); Riva Agüero, Marqués de Aulestia; Baquíjano, Conde Vista Florida; el Conde de Montemar; la Condesa de Gislas, etc., se convirtieron en centros de conspiración.

El más intrigante entre todos parece haber sido José Mariano de la Riva Agüero y Sánchez Boquete, Marqués de Montealegre de Aulestia, noble criollo, nacido y fallecido en Lima (1783-1858). Rico propietario, se educó en la Península de donde regresó en 1808 a los 25 años de edad. A causa de sus agitaciones en pro de la causa patriota, fué confinado en Tarma, el año de 1810, por orden del Virrey Abascal (12). Durante su estada en Europa se había contagiado de las ideas de los enciclopedistas y entrado a la Masonería. Ambicioso, audaz, penetrante y activo, se consagró a propagar aquellos principios. Hacia 1820, en vísperas de la proclamación de la Independencia, tenía una bien ganada reputación de revolucionario. Se le atribuía, y él así lo confesó más tarde, la paternidad de cierto folleto, cuya circulación ganó muchos adeptos para la causa emancipadora. Se titu-

---

(11).—Palma, R., "*De gallo a gallo*", en "*Mis últimas tradiciones peruanas*", Barcelona, 1906.

(12).—Vicuña Mackenna, B., "*La Revolución de la Independencia en el Perú*", Lima, 1860; 2ª ed., Lima, 1925, *passim*.

laba "*Manifestación histórica y política de la Revolución de América*", y aparecía como escrita en Lima, en 1816, pero publicada en Buenos Aires, en 1818 (13). Era contemporánea del "*Plan del Perú*" de Vidaurre.

La "*Manifestación histórica y política*", conocida también como "el folleto de las 28 causas", impresiona al lector desde el comienzo: "cada frase pudo costar a su autor un suplicio", declara en el prefacio. Para librarse de lo cual, Riva Agüero, atribuyó el librito a un escritor chileno entonces ya fallecido.

No demuestra Riva Agüero dotes literarias, pero, sin embargo, sí, claridad. Insiste en que carece de vínculos con los indios peruanos, signo muy elocuente. Excusa su desmaño de composición diciendo que como escribía "en el centro de la opresión", "el estilo debe ser lánguido". El origen de su folleto fué el siguiente: el Rey solicitó a las Universidades de América que expresaran "las causas que han motivado la revolución americana". Riva Agüero tercia espontánea y anónimamente. Su alegato acierta en el detalle trivial, pero falla en el cuadro panorámico. Sus "causas" carecen de jerarquía. Son más bien los pretextos y circunstancias coadyuvantes. Se le adivina fisgón, tendencioso y un tanto amargo. Igual ocurrirá, 40 años más tarde, en sus célebres "*Memorias de Pruvonena*" (1858).

He aquí, en resumen, sus "28 causas" de la revolución americana:

(1) el odio de castas entre españoles y criollos "nombre con que se conoce a los negros (*sic*) nacidos en América, e hijos de los negros de Guinea" (concepto erróneo sobre el criollaje); (2) la afición al oro: monopolio y despotismo de Fernando VII (aquí hay una vivacísima pintura del pul-

---

(13).—*Manifestación / histórica y política / de la / Revolución / de la América / y / más especialmente / de la parte que corresponde / al / Perú y Río de la Plata. / Obra escrita en Lima, / Centro de la Opresión / y del / despotismo, / en el año de 1816 / E impresa en Buenos Aires / Imprenta de los Expósitos / 1818. Es un folleto en octavo menor.*

pero chapetón); Dentro de estos dos grandes rubros (*racismo y monopolio*) caben las 28 causas o *pretextos*, a saber: (1) Intereses opuestos entre España y América; (2) maltrato a los americanos; (3) monopolio comercial; (4) explotación en los precios; (5) favoritismo en los empleos; (6) venalidad e inepticia de los empleados españoles; (7) excesivos impuestos para cubrir el derroche; (8) déficit de 12 millones con la consiguiente situación de cuasi bancarrota; (9) abusos contra la libertad individual; (10) "que la nobleza está igualmente estropeada por los déspotas y sus satélites"; (11) persecución a la gente instruída y meritoria; (12) prohibición de ilustrarse; (13) coacción de la opinión pública; (14) aprobación a todo cuanto decían y hacían los españoles en España o en América, y reprobación a todo lo dicho y hecho por los americanos; (15) negativa del derecho de reunión a los americanos; (16) amedrentamiento de los americanos; (18) indebida prolongación del mandato de virreyes y gobernadores; (19) fomento de rencillas locales para dividir los pueblos; (20) humillación general a causa de la venalidad, soberbia e ignorancia de los funcionarios; (21) desacatamiento a las Cortes de Cádiz y befa de las libertades de elección y prensa estatuídas en ellas; (22) violación de correspondencia; (23) sistemática posposición de los americanos de real valía, y encumbramiento de los ineptos con el objeto de desacreditar al elemento nativo; (24) latrocinios de los jefes militares; (25) inobservancia del derecho de gentes para con los patriotas vencidos y sus propiedades; (26) abusos en las contribuciones; (27) sistemático insulto a los americanos, y (28) desoimiento de las quejas de éstos (14).

Inspira toda la "*Manifestación*" de Riva Agüero, un criterio individualista, teñido de cierto liberalismo. Las citas de Montesquieu, Rousseau, Helvecio, Maquiavelo, más San

---

(14).—Riva Agüero, "*Manifestación histórica y política*", cit., p. 17 a 22.



Pablo, el P. Las Casas y el testamento del conquistador Manco Sierra de Leguizamo; el agudo desarrollo de los puntos (4) y (8): las "*Reflexiones sobre el antiguo cumplimiento de las Ordenes Reales de España*" (p. 65-69); el punzante diálogo "*Lo que es la Constitución española en Lima*", etc., revelan la mentalidad de este rico home limeño, conspirador y publicista por derivación natural. Las críticas al gobierno hispánico; la protesta porque 17 millones de americanos se hallen representados sólo por diputados suplentes; las exposiciones contra la actitud de Abascal y de Goyeneche, la intervención de Gran Bretaña, los Estados Unidos y Haití, etc., la defensa de la tesis de que "estos dos últimos países" tienen igual interés en la independencia de la América española, porque de lo contrario la suya estaría amenazada y expuesta no solamente a continuas convulsiones políticas, sino también a ser la presa de cualquier nación europea (15) confieren a este folleto verdadera importancia.

Riva Agüero, como se sabe, participó en la campaña de San Martín, pero, apenas ausente el Protector, se rebeló con un grupo del ejército, en Balconcillo (febrero de 1823), y se apoderó de la Presidencia de la República, siendo así el primer presidente del Perú y el autor del primer cuartelazo. Se opuso a la venida de Bolívar, dividió el Congreso y prefirió negociar con los españoles, a aceptar la autoridad del Libertador, por lo cual fué condenado a muerte (octubre 1823), de la que se salvó porque el Vicealmirante Guisse lo condujo a Guayaquil. Riva Agüero se casó en Europa con una princesa belga, de poca fortuna personal: Catalina de Looz Coswaren. Regresó al Perú, después de haber publicado muchos folletos políticos, y apoyó al boliviano Santa Cruz a establecer la confederación peruboliviana (1836). Aceptó la presidencia de uno de los Estados en que Santa Cruz dividió el Perú. Vencida la Confederación, partió al exilio nuevamente. En 1858, bajo el pseudónimo anagramático de *Pru-*

---

(15).—Riva Agüero, "*Manifestación histórica y política*", cit., p. 173.

vonena (Un peruano) publicó las "*Memorias de las guerras de la Independencia*", sumamente hostiles y hasta insultantes para San Martín y Bolívar, a quienes describe como ebrios consuetudinarios. Fué la suya una vida tempestuosa, cegada por una incontrollable ambición de mando, capaz de sobreponerse a todo otro criterio y toda otra mira (16).

Fué así como, entre bromas y veras, entre poesías y panfletos, se propaga el ánimo emancipador en el Perú. Ya hemos visto que Melgar utiliza la fábula con el mismo propósito. "*El Cantero y el asno*", transcrito ya, tiene una impar elocuencia al respecto. La provincia actúa con menos ingenio, más nítidamente que Lima. Corre la sangre, desde 1805, en Cusco, Arequipa, Tacna, Huánuco, Puno, en tanto que, en Lima, corría más tinta que sangre. Alcázar, Gómez y Espejo son de las pocas excepciones.

San Martín, al llegar a Lima, se contagia del ambiente y sus métodos. Emprende una guerra publicitaria, antes que armada. "Palomas mensajeras de la libertad" llamaría Bulnes a las numerosas cartas que el general argentino dispara sobre los indecisos peruanos. El Capitán inglés Basilio Hall, testigo presencial de la entrada de San Martín en Lima, apuntará elogiosamente que la tomó sin violencia (17). Es un modo de proceder intransferible. Alcanza a todos. Con opinión y conjura, había derrocado el general La Serna, al Virrey Pezuela, y héchose proclamar él mismo Virrey, en su reemplazo. Antes de resolverse a un paso bélico, los emisarios de La Serna y San Martín discuten de palabra y por escrito, en Punchauca, las posibilidades de un entendimiento satisfactorio. Basta recorrer los relatos de Miller, García Camba, Valdez, y las historias de Paz Soldán, Vargas, Bulnes, etc.,

---

(16).—Cejador, "*Historia de la lengua y la literatura española*", Tomo VII, p. 128-131, Madrid, 1917; — "*Boletín del Museo Bolivariano*", número 14, Enero-Mayo 1930, p. 53-56, Magdalena Vieja, Lima, 1930.

(17).—Hall, Basilio, "*El General San Martín en el Perú*", Buenos Aires, 1920, p. 120 y siguientes.

para percatarse de la significación que la propaganda y la intriga tuvieron en la emancipación del Perú (18).

En Lima, los periódicos resultan más persuasivos, más eficaces que los fusiles y pistolas. Por consiguiente, las letras adquieren singular importancia. Gracias a la libertad de prensa decretada por las Cortes de Cádiz en 1813 —aunque, en la práctica, se incumpliese con el precepto— aparecían ya varios periódicos en Lima. Ellos son “*El Cometa*”, “*El Verdadero Peruano*”, “*El Peruano*”, “*El Argos Constitucional*”, “*El Investigador*”, a los que seguirán “*El Depositario*” y “*El Nuevo Depositario*”.

Gran animador de varios de esos periódicos fué el clérigo Larriva. Don Gaspar Rico y Angulo, aprovechándose de la favorable coyuntura de haberse decretado la libertad de imprenta, apoya las ideas liberales en “*El Peruano*”. Larriva, que era admirador y valido del Virrey Abascal, lanza contra él los venablos de “*El Cometa*” (1811-1814) (19). Más tarde, como “*El Peruano*” sigue desarrollando su campaña, aparece “*El Nuevo Peruano*”, en que también se ve la mano de Larriva. Sólo siete números salen de “*El Argos Constitucional*”, pesado y “doctrinario”, según le califica Porras. Lo dirigen Félix Devotti y el clérigo Larriva. Contra él, en 1813 también, se lanza el mordaz “*Anti Argos*”. Poco más tarde, en el mismo 1813, sale “*El Investigador*”, que dura hasta 1814. Porras concede gran importancia anecdótica y moralizante a este periódico, al cual califica de espejo de la sociedad limeña. “*El Investigador*”, que llegó a publicarse como diario hasta el 1º de marzo de 1814, se hizo después interdiario, para tornar a su condición de cotidiano tres meses después hasta que murió. Larriva, que dió alma a dicho periódico, no perdió su humor ni bríos cuando en “*El Nuevo*

---

(18).—Paz Soldán, Mariano Felipe, “*Historia del Perú Independiente*”, Primer período, Lima, 1868. — Vargas, Nemesio, “*Historia del Perú Independiente*”, tomo I, p. 41, 205, 293 y 268, Lima, 1903. — Miller, “*Memorias*”, Londres.

(19).—Porras, Raúl, “*Don José Joaquín de Larriva*”, II conferencia del Conversatorio Universitario, 15 de agosto de 1919, p. 22-25.



*Depositario*" atacó a Rico y Angulo, periodista veleidoso, quien, a pesar de haber sido expulsado por el virrey Abascal, la había dado en vísperas de la Independencia por apoyar al gobierno español. Contra éste lanzó, en 1821, Larriva toda la artillería pesada de su ingenio, haciéndole héroe de una epopeya burlesca, "*La Angulada*" (20).

No se podría afirmar con certeza qué sobresalió más en el periodismo peruano —que era sólo limeño, en aquel momento— si la picardía o la pasión. Dominado por ingenios aficionados a la sátira, se caracteriza al comienzo por una franca derivación ironista. Al descubrir que las ideas pueden contraponerse impunemente, salvo la intempestiva y soportable sanción de un puñetazo o una paliza más o menos contundente, los escritores amigos de fisgar vidas ajenas, se dedican a ello con visible regocijo. Así ocurrirá hasta mucho más tarde. La alusión y el personalismo serán los más efectivos ingredientes en la retorta de la realidad política y periodística de entonces (21). Y así es como, en medio de una atmósfera de intencionadas canciones, proclamas subrepticias y agresivas estrofas anónimas, entre roussonianismo doctrinal, frenético jacobinismo y sátira endiablada, se robustece la República en el Perú.

### III

#### HACIA LA POESÍA REPUBLICANA

Se atribuye la redacción del Acta de la Independencia del Perú, jurada en Lima, el 28 de julio de 1821, a don Manuel Pérez de Tudela, más tarde delegado de Bolívar al Congreso de Panamá. Es un documento sobrio, preciso, cuya austeridad no puede dejar de conmovér. San Martín había hecho

(20).—Obras de Larriva, en: Odriozola, Manuel de, "*Documentos literarios del Perú*", tomo II, Lima, 1864, *passim*.

(21).—Porras, Raúl, "*El Periodismo en el Perú*", en la revista "*Mundial*", Lima, 28 de julio de 1921; — Romero, Carlos A., "*El Periodismo en el Perú*", en "*Revista Histórica*", y separata, Lima, 1939.

su entrada a Lima el 9 del mismo mes. El 15, en Cabildo abierto se aceptó el nuevo estado de cosas. Presidía el mencionado Cabildo el Conde de San Isidro; lo integraban Monseñor Bartolomé de las Heras, Arzobispo de Lima; el Conde de la Vega del Ren; el Marqués de Villafuerte; el Conde de las Lagunas; el Marqués de Monte Alegre; los vecinos Francisco de Zárate, Simón de Rávago, Francisco Vallés, Francisco Javier de Echagüe, Manuel de Arias, Francisco Javier de Luna Pizarro, Hipólito Unanue, y otros no menos notables criollos (22).

Después de la Jura, el día 29, según refiere Basilio Hall, hubo nuevas festividades y juramentos. Apenas organizados ciertos menesteres, el 7 de agosto se abrió un concurso literario y musical para una "*Marcha Nacional del Perú*". La literatura y la música debía cooperar a la definitiva instauración del nuevo Estado. En la convocatoria respectiva se fijaba el 18 de septiembre como fecha de clausura del concurso, pero se prorrogó por diez días más. Tal vez, aquella fecha se escogió como homenaje a Chile, cuya fiesta nacional se conmemoraba en dicho día (23). Sin embargo, según refiere Moncloa, y así aparece de la prensa de entonces, el himno premiado "se estrenó en el teatro de Lima, la noche del 24 de septiembre de 1821, en una función organizada para celebrar la capitulación del general La Mar, en las fortalezas del Callao" (24). La nueva fecha era la de la Virgen de las Mercedes, erigida después en Patrona de las Armas del Perú. Los autores de la pieza premiada fueron el músico José Bernardo de Alcedo y el versificador José Benigno de la Torre Ugarte, ambos autores de la ya mencionada popular canción "*La Chicha*".

---

(22).—Herrera, "*Album de Ayacucho*", cit., p. 36-37; — Paz Soldan, M. F., ob. cit., primer período; — Gamio Palacios, Fdo., "*La Municipalidad de Lima y la Emancipación*", Lima, 1945, passim.

(23).—"Gaceta de Gobierno", N° 11, p. 46, Lima, 15 de agosto de 1821; — Id., N° 21, p. 92, Lima, 19 de septiembre de 1821.

(24).—Moncloa y Covarrubias, Manuel (Cloamón), "*Diccionario Teatral del Perú*", Lima, 1905, p. 83.

Exactamente al mes de la Jura de la Independencia, el Protector San Martín y su ministro García del Río, expedían un decreto creando la Biblioteca Nacional, cuyo fondo inicial sería la biblioteca del insigne jeronimiano Fray Diego de Cisneros. El 13 de octubre, siguiendo en su programa de culturización, se promulgaban reglas para normar la libertad de imprenta, verdad que sin mucha eficacia futura, por carencia de disposiciones concretas. Poco después, el 31 de diciembre, se declaraba, oficialmente, contraviniendo ciertos prejuicios coloniales y conceptos de la Iglesia, que el arte escénico no rebajaba ni infamaba a quien lo ejerciera y que “todo individuo que contribuye a la prosperidad y lustre del país en que se hallara, era digno de consideración pública”. De tal suerte se estimulaban las actividades intelectuales y se cooperaba a dar amplitud y realce al periodismo y a la comedia (25).

Ahora bien, una de las más elocuentes muestras del espíritu de la época fué, sin duda, la “*Canción Nacional*”, nombre que se dió al himno de Alcedo y Torre Ugarte. El “pobre lago de Santo Domingo, el peruano Bernardo de Alcedo”, como dice Paz Soldán, era un músico consumado, no un ignorante como cree este historiador. Lo revelan así su obra y, además, los datos reunidos en torno a su persona por los exégetas de su persona (26). Desde luego, es también inexacta la versión de Paz Soldán, respecto a que el “pobre lago” compuso su Canción el 7 de agosto de 1821; esta fecha corresponde a la convocatoria del concurso.

Es, sin duda, la Canción Nacional peruana, obra de épico aliento. Su verso está cortado en tres pies de acentuaciones agudas, trímetros ternarios agudos; su música posee invencible majestad, más que empuje bélico. Consta el mismo de

---

(25).—Gaceta de Gobierno, N° 15, p. 68, 29 de agosto de 1821; — Ibid., N° 29, p. 125, Lima, 17 de octubre de 1821; — Paz Soldán, M. F., ob. cit., 1er. período, p. 233-244, Lima, 1868.

(26).—Raygada, Carlos, “*El Himno Nacional*”, libro sobre el maestro Alcedo publicado en Lima a fines de 1948 y comienzos del 1949; no lo he podido conseguir, ni por tanto, leer.



un coro y seis estrofas; la primera en ritmo ternario agudo, o trímetros anapésticos, o sea, decasilabos asonantados; las otras, en el mismo metro, pero con ocho versos en lugar de los cuatro de que consta el coro. Este rompe así:

*¡Somos libres, seámoslo siempre!  
Y antes niegue sus luces el sol,  
Que faltemos al voto solemne  
Que la Patria al Eterno elevó!*

El trímetro anapéstico se presta a maravilla para el propósito guerrero y majestuoso, al mismo tiempo, de los autores de la Canción Nacional. El *leit motif* de casi todas las estrofas es el cansancio y rechazo a la opresión reinante, cierta implícita y explícita odiosidad contra los españoles, que habían mantenido tal situación. Aunque la independencia había sido capitaneada por los ricos criollos, ya empezaban a sentir cierto sobresalto, vista la generalizada actitud de malcontento con los terratenientes, que empezaba a extenderse en todas las capas sociales. Con razón escribe Basilio Hall que los peruanos, después de tan prolongada servidumbre, desconcertados ante una situación de estrechez, tan distinta al aparatoso lujo precedente, demostraban, a la vez, egoísmo y sobresalto "muy excusables" (27).

Bastaría para entenderlo así, transcribir la siguiente estrofa del Himno:

*Lima cumple su voto solemne,  
y, severa, su enojo mostró  
al tirano impotente, lanzando,  
que intentaba alargar su opresión.  
A su esfuerzo saltaron los grillos,  
y los surcos que en sí reparó,  
le atizaron el odio y venganza  
que heredara de su Inca y Señor.*

La trasposición, el bárbaro hipérbaton que liga los versos tercero y cuarto de dicha estrofa, son dignos de la más encen-

---

(27).—Hall, Basilio, ob. cit., p. 132.

dida hora culterana. Menos mal que hay otras estrofas, por ejemplo la primera, de menos alambicamiento:

*Largo tiempo el peruano oprimido  
la ominosa cadena arrastró;  
condenado a una cruel servidumbre,  
largo tiempo en silencio gimió;  
mas apenas el grito sagrado  
"Libertad" en sus costas se oyó,  
la indolencia de esclavo sacude,  
la humillada cerviz levantó.*

Música y verso desprovistos de pretensiones, retrato del ardor guerrero y del descontento de su día, pronto ganaron la memoria del pueblo y prendieron en su corazón. La bien timbrada voz de Rosa Merino, afamada cantatriz criolla de esos tiempos, fué la primera en entonar públicamente, en el teatro, la inolvidable noche del 24 de septiembre de 1821, la "*Canción Nacional*" de Alcedo y Torre Ugarte.

Multiplíquense, como suele ocurrir en tales circunstancias, los rimadores. Surgen repentistas saloneros, al par que de plazuela. En "*El Album de Ayacucho*", de Herrera, "*La Lira Patriótica*" de Corpancho y el "*Parnaso Peruano*" de Polo, varias veces citados, se reúnen muchas composiciones de ocasión. De Buenos Aires y Santiago llegan ecos de otras. Aparte de las mencionadas estrofas de De Luca, se debe recordar el popular "*Cielito al Triunfo de Lima y El Callao*", por Bartolomé Hidalgo, que comienza:

*Descolgaré mi changango  
para cantar sin reveses  
el triunfo de los patriotas  
en la ciudad de los Reyes.*

*Cielito, cielo que sí,  
están los sanmartinistas  
tan amargos y ganosos  
que no hay quien se les resista (28).*

---

(28).—Rojas, Ricardo, ob. cit., ed. cit., tomo I, p. 483-484.

Obsérvese el adjetivo “amargos” y el curioso significado que le otorga el popular rimador platense cuya muerte ocurrió muy poco después, el 28 de noviembre de 1822.

Súmanse a la manía versista hasta algunos graves funcionarios, que aprovechan la coyuntura para “descolgar el changango” (o “charango” según se dice en Perú). El circunspecto burócrata don Manuel B. Ferreyros, más tarde Director de Estudios y traductor del “*Chile Harold*”, produce una pesada “*Oda a Lima Independiente*” (1821); el doctor José Manuel Valdés, a quien he hecho ya mención, compara en otra oda “*A San Martín*”, a éste con Washington. Don F. Llanos, firmante del acta de la independencia se atreve a pergeñar una canción también “*A San Martín*” (1822), que no constituye ningún título de inmortalidad. Poco antes, el más tarde célebre don Benito Lazo, había publicado unos versos “de índole revolucionaria” con el título de “*El Perú esclavizado*” (1821). En un banquete ofrecido por el Protector al Comisario Regio, don Manuel Abreu, ese mismo 1821, el Ministro don Juan García del Río improvisó un largo brindis en verso, cuyos dos últimos renglones decían patética y, tal vez, inoportunamente:

*¡Bajemos a la tumba!  
Allá no habrá tiranos! (29).*

Indudablemente, el clima en que se vivía entonces era de frenesí, casi de delirio...

#### IV

##### LA ORATORIA Y EL PERIODISMO: EL SOLITARIO DE SAYÁN

Abierto, en absoluta y plena vigencia, un ciclo político y politizado, pocos géneros tenían que ser tan atendidos como la oratoria y el periodismo. Después de un prolongado

---

(29).—Sánchez, L. A., “*Los Poetas de la Revolución*”, 1ª ed., p. 58; — Herrera, “*Album de Ayacucho*”, cit, p. 293.



eclipse de la opinión pública, ésta se expresaba por sus medios más naturales. Se advertía, por lo demás, la hegemonía de las doctrinas en uso en los Estados Unidos y Francia, según lo denunciara el autor de la "*Manifestación histórica y política*". No sólo eran Rousseau y Montesquieu los mentores, aunque la de aquél sería innegable; sino que se añadían las de Locke, Hobbes, Franklin y Jefferson. La arquitectura de los gobiernos denunciaba el impacto del "*Bill of Rights*" de Norteamérica. El Derecho, acusaba el influjo de Helvecio: la ciencia, el de la Enciclopedia; la filosofía, el de Leibnitz y Bacon; la física, el de Newton; la poesía, el de Quintana; la prosa, los de Juan Jacobo, St. Pierre y, a ratos, Moratín... Como tenía que suceder era el de entonces un estilo patético, que se desfogaba en la *confesión*, cuanto a contenido, y en la *declamación*, cuanto a modo. ¿No reside en tal antítesis una de las bases del romanticismo? Forma brumosa, enmarañada y sonora, para emociones primarias, egocéntricas, simplistas. Los escritores empezaban a considerar el corazón, el privado corazón de cada cual, como una plaza pública de libre acceso a todo confidente. Se bosquejaba una suerte de ecumenicidad de lo intransferible, disparate aparente, pero realidad indudable. Las pasiones iban y venían por las calles, de los gabinetes a las plazas, a manera de transeuntes ebrios. Por eso, todo se trocó en grito, y el grito, en literatura. La fórmula de semejante época es simplísima: al principio, la política absorbió a las letras, haciéndolas su instrumento; pero después, las letras, en un lindo retruque, colorearon, moldearon y se apoderaron de la política. Sería permisible decir, pues, que se iniciaba la era literaria de la política peruana, o sea que hasta la política se tiñó con ese hirsuto y vocinglero pasionismo romántico. La literatura.—verbo o letra— asume el preponderante y vistoso papel de maestro de ceremonias. Examinar las obras políticas de esos días es una práctica contribución a la historia literaria. Los peruanos traban más íntimas relaciones con el Sur, es decir con Argentina y Chile. La influencia del Norte —la Gran Colombia —surgirá después de 1823.

En las "*Memorias*" del Mariscal Toribio de Luzuriaga, nacido en Huarás, Perú, pero desarrollado en Argentina; en las del General Rudecindo Alvarado, otro peruano argentino; en las del irlandés-peruano Miller, que luchó en Chile, Argentina y el Perú, aparece tal ambiente claramente reflejado. Un alto peruano, Vicente Silva Pazos (1779-1851?), cuya obra pertenece más bien a Bolivia, combatió literariamente por los platenses desde las columnas de "*El Censor*" y "*La Crónica Argentina*", en donde fué compañero del ínclito Mariano Moreno, prócer de la independencia de Buenos Aires, pero educado en Chuquisaca, entonces parte del virreinato del Perú. Desde 1816, en que abrió campaña contra Belgrano, Silva Pazos usó el nombre de Vicente Pazos Kanki. Así publicó en Londres, el año de 1834, sus célebres "*Memorias Histórico-Políticas*" (30).

Moreno y Monteagudo, ambos argentinos, trasladaron a América del Sur las ideas de Rousseau y Jefferson. Este último, platense, de padres españoles, fué el boletínero del ejército de San Martín y, luego, su doctrinario, hasta que le suprimió el puñal de un asesino, en Lima. En 1820 y 1821 redactó "*El Censor de la Revolución*" y "*El Diario de la Campaña del Pacífico*", poco después, una obra alegórica "*Mártir o Libre*". Su obra entera ha sido reunida en dos volúmenes, ya que lo mejor de ella fué la acción misma. Erótico y aristocratista preconizó, como San Martín, el implantamiento de una monarquía peruana con príncipe español, variante del primitivo proyecto del Conde de Aranda. Creía en la libertad moderada, en el paulatino crecimiento de la democracia. Contribuyó a dictar, en 1822, la reglamentación a la libertad de prensa, una de cuyas penas consistía en enterrar a los muertos. Hombre vehemente, pasional, Monteagudo atrajo infinitas animadversiones, lo cual explica por qué, no bien

---

(30).—Rojas, R., ob. cit., ed. cit., tomo V, p. 170 y 185. — Sánchez, L. A., "*Nueva Historia de la Literatura Americana*", Buenos Aires, 1944, p. 114 (nueva edición, Buenos Aires, 1950). — Pazos Kanki, "*Memorias*", reed. en la Biblioteca Boliviana, publicada por el Ministerio de Educación Pública, La Paz, 1939.

San Martín se dirigió a Guayaquil, a la entrevista con Bolívar, su ministro, Monteagudo, cayó en medio de la más enconada grito popular en su contra (31).

Es entonces cuando aparece la célebre publicación periódica "*La Abeja Republicana*" de tan profunda influencia en el pensamiento de nuestra protorrepública, y en cuyas páginas se revelaría el primer teórico del Derecho Peruano, el joven polemista jacobino José Faustino Sánchez Carrión.

Había sido éste colegial de San Carlos, bajo el rectorado de Rodríguez de Mendoza, y, como tal, sufrido persecución de parte del Santo Oficio. Nacido en Huamachuco, sobresalió muy pronto por su talento. Era muy joven aún cuando sobrevino la independencia, a la cual sirvió denodadamente. No bien triunfante el movimiento, fué preciso discutir la forma de gobierno, sobre lo que tenía Sánchez Carrión ideas muy definidas. Pertenece a la escuela del más puro jacobinismo. De ahí que, como lema de "*La Abeja Republicana*", que, en diminuto formato aparecía los jueves y domingos, inscribió los tajantes versos de Quintana:

*Antes la muerte  
que consentir jamás ningún tirano.*

El periódico, temeroso de una supuesta tiranía de cualquiera, había reunido a un grupo de redactores, "convencidos de que el medio para contener a los déspotas y para dirigir la opinión de los ciudadanos es la imprenta". "*La Abeja*" era un vocero "republicano representativo", enemigo tenaz de Monteagudo, por cuya caída abogaba. Las suscripciones las recibía el entonces futuro hombre público don Mariano Tarmarría, en la calle de Bodegones; los suscritores debían pagar 3 pesos cada cuatrimestre. Primero la imprenta que se usaba era la de José Masías; después, la de Guillermo del Río, a la que tanto debe la literatura peruana de esos días.

---

(31).—Monteagudo, B. de, "*Vida y Escritos de...*", 2 vols., Buenos Aires, 1880; — Rojas, R., ob. cit., ed. cit., tomo V, p. 51; — Anónimo, "*Lima Justificada*", Lima, 1822 (folleto).



La tendencia roussoniana de "*La Abeja*" fué ostensible y hasta ostentosa desde el primer instante. Bajo el pseudónimo de "Un amigo de sus conciudadanos", alguien escribiría, por ejemplo, ahí, que la libertad es "*inherente*" a la naturaleza humana, aún en su estado primitivo, vivo eco de "*El Emilió*" y la tesis sobre la influencia perniciosa de la civilización en la evolución de los pueblos. "No es, pues, necesaria la civilización para el gobierno republicano... La libertad es el ídolo de los peruanos".

En el número 2, el mismo escritor afirmaría que la instrucción sofrena al despotismo, y que "una Constitución bien ordenada es un baluarte de la libertad pública".

En el número 3, hay una disertación sobre el origen de las sociedades, a más de un epitafio mordaz y figurado de don Bernardo de Monteagudo, a quien se califica de "el honorable inquisidor de Estado".

Sólo en el número 4 es cuando se empieza a insertar las celebérrimas "*Cartas remitidas por el Solitario de Sayán*", pseudónimo bajo el cual se ocultaba la cautivadora personalidad de Sánchez Carrión, aquel que ejerciera la Cátedra de Digesto Viejo en el Convictorio Carolino, y a quien el Virrey Pezuela desterró de Lima, no obstante haberle rendido homenaje en la Universidad, en 1815.

Pocos documentos hay tan ideológica y literariamente compendiosos como dichas "*Cartas*", fechadas en el pueblo de Sayán, cercano a Lima, el 6 de agosto de 1822. En la primera menciona otra Carta, dirigida el 1º de marzo del mismo año a "*El Correo Mercantil*", y a una consulta sobre sistema de gobierno en Perú, inserta en la "*Gaceta de Gobierno*" del 23 de febrero. Sánchez Carrión se confiesa roussoniano radical. Llama al "*Contrato Social*", pequeño folleto a la verdad, pero tan prodigioso como la piedrezuela que derribó la gigantesca estatua del Rey de Asiria (32). Admirador ferviente de la Revolución Francesa, antimonárquico decidido, dirá: "Desengañémonos: nada escarmienta a los Reyes, ni nada será capaz

---

(32).—"*La Abeja Republicana*", Lima, 1822, p. 35.

de persuadirlos que son hombres como los demás". La libertad le parece un "coelemento de nuestra existencia racional, sin la cual los pueblos son rebaños, y toda institución inútil". Como las realidades y los principios no se acompañan, exclama: "Quisiera que el gobierno del Perú fuera la misma cosa que la sociedad peruana". Y añade:

"Conocida es la blandura del carácter peruano... de lo cual, como de la larga opresión, en que hemos vivido, depende la falta de energía y celo por la libertad, sin que neguemos nuestra aptitud reactiva contra el despotismo".

Por esta condición, Sánchez Carrión se pronunciaba contra cualquier posibilidad de erigir una Monarquía en el Perú, cuyos pobladores se convertirían en "excelentes vasallos y nunca ciudadanos". "Un trono en el Perú", dijo, "sería acaso más despótico que en Asia, y, asentada la paz, se disputarían los mandatarios la palma de la tiranía"... "ser rey e imaginarse dueño de vidas y haciendas, todo es uno"... "Al proclamarse independiente el Perú, no se propuso sólo el acto material de no pertenecer ya a lo que fué su metrópoli, ni de decir *alta voce*, ya soy independiente, sería pueril tal contentamiento. Lo que quiso y lo que quiere decir es: que esa pequeña población se centuple; que esas costumbres se descolonicen; que esa ilustración toque a su máximo; y que, al concurso simultáneo de estas medidas, no sólo vea nuestra tierra empedradas sus calles con oro y plata, sino que de cementerio se convierta en patria de vivientes".

Así con estas antítesis un poco violentas, en la forma, pero evidentes en los hechos, resultó el "Solitario de Saván" anticipándose a Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento, en las ilustres afirmaciones de éstos sobre que "gobernar es poblar" y "poblar es educar". El mero hecho de haber señalado el riesgo de seguir siendo colonia a pesar del rótulo de república, bastaría para confirmar la gloriosa clarividencia del ilustre hijo de Huamachuco (33).

---

(33).—*"La Abeja Republicana"*. Lima. 1822, p. 54. — Véase Alberdi, J. B., *"Bases"*, Valparaíso, 1853; — Sarmiento, D. F., *"Facundo"*, 1845, *"La Educación Popular"*, etc.

Discípulo remoto del fenecido Francisco de Miranda, aboga por la unión del Perú con Chile y Argentina, y alaba mucho a los Estados Unidos de Norteamérica. Para lo primero se funda en que nuestros "intereses públicos son los mismos", y "nuestra concordia y fraternidad no deben exponerse por sólo la imprudencia de establecerse en manera opuesta"; *previsión del plan bolivariano*.

La segunda carta de "*El Solitario de Sayán*" apareció en "*El Correo Mercantil*" del 6 de septiembre de 1822. En ella se confiesa Sánchez Carrión rotundamente republicano, según el modo de Roma: "república queremos, que sólo esta forma nos conviene. Tal es, según entiende la voz general de los moradores del Perú". A renglón seguido examina la teoría de los tres Poderes del Estado, el dogma de la igualdad entre los ciudadanos, los aspectos del régimen electoral, todo ello con viveza y hasta patetismo (34).

"*La Abeja Republicana*" siguió publicándose hasta el número 36, del 5 de diciembre de 1822. Fué invariablemente adversaria de Monteagudo, a quien acusaba de monarquista y despótico. Defendió el sistema republicano. Censuró con acritud el espionaje político y la policía secreta (N<sup>os</sup> 5, 6 y 7). Alabó a San Martín (N<sup>o</sup> 16), al general Santa Cruz y a la cantatriz Rosa Merino (N<sup>o</sup> 29), a quien he mencionado antes; atacó duramente a la Orden del Sol, llamándola "hija primogénita de los delirios monárquicos de Monteagudo" (N<sup>o</sup> 25 y 26), y censuró acremente a Bolívar por haber confiscado los bienes de los que emigraron a Guayaquil sin pasaportes (N<sup>o</sup> 34). Pero, algo de lo más típico de "*La Abeja Republicana*", aparte la Carta del "*Solitario de Sayán*", son sus conceptos sobre el congreso y sobre el indio.

---

(34).—"*El Correo Mercantil*", Lima, 6 de septiembre de 1822. Ver también todas las "*Cartas del Solitario de Sayán*" en el "*Boletín del Museo Bolivariano*", Tomo I, N<sup>o</sup> 3, pág. 37, Magdalena Vieja, (Lima), noviembre de 1928, donde las reprodujo el director de aquel Museo, reputado historiador Jorge Guillermo Leguía, fallecido a temprana edad en 1934. Leguía es autor de numerosos ensayos sobre esta época de la vida peruana, reunidos en su mayor parte, en 3 volúmenes, publicados póstumamente: "*Historia y Biografía*", "*Hombres e ideas en el Perú*", "*Vidaurre*", etc.



De éste dice que "jamás será un obstáculo para la elección de un gobierno sabio, paternal. Patriota por naturaleza, (el indio) ha procurado siempre aunque con mal suceso, recobrar la antigua independencia del Perú. Con su "continua agitación, ha comprobado que el pueblo conquistado permanece constantemente en revolución. En su desgracia, ha conservado su idioma, sus usos, un odio eterno al nombre español, el llanto y traje lúgubre por la pérdida de su libertad (35).

Acerca del Congreso, *La Abeja* publicó encendido elogio, a propósito de su inauguración el 20 de septiembre de 1822. Igualmente se pronuncia en favor del teatro, considerándolo parte integrante de una sana organización democrática (36).

El papel de "*La Abeja Republicana*" se asemeja, aunque con mayor combatividad al del *Mercurio Peruano* de 1791. Sus redactores también ocuparon situaciones respetables, no por vanidades de alcurnia, sino por sus propios merecimientos. No se debe olvidar que la "ilustración" se consideraba entonces un factor de aristocracia. Bajo la égida del "despotismo ilustrado" hasta las mujeres más frívolas consideraron un deber suyo interesarse, aunque fuera de palabra, por los temas económicos y políticos (37).

Los redactores de "*La Abeja*" fueron antiguos lectores y admiradores de "*El Mercurio*". Sus ideas y su estilo se confunden con el más nítido roussonianismo. Si bien respetaban enardecidamente a Adam Smith, no por eso amenguaba su devoción por Juan Jacobo. La diferencia sustancial entre ambos periódicos reside en que en "*La Abeja*" predominaba el clima político, mientras que en el "*Mercurio*" era más patente la influencia universitaria, netamente intelectual. "*La Abeja*" acaba siendo eficazísimo censor del congreso constitu-

---

(35).—"*La Abeja Republicana*", número 10.

(36).—"*La Abeja Republicana*", números 29 y 31.

(37).—Gide y Rist, "*Historia de las doctrinas económicas*", trad. Barcelona, 1926, cap. I. En este libro se cuenta cómo las damas de la corte de Francia solían interrumpir sus conversaciones y bailes para preguntar a su pareja qué opinaba sobre la entonces recién descubierta Economía Política.

yente de 1822, cuyos debates giraron, a menudo, en torno de asuntos propuestos por dicho periódico.

El Primer Congreso del Perú lo instaló San Martín el 20 de septiembre de 1822. Ante él dimitió el Protector su cargo y anunció su resolución de abandonar Poder y territorio peruanos. La historia externa de aquel certamen cívico fué muy accidentada. A poco de empezar su funcionamiento, se vió forzado a trasladarse al Callao (19 de junio de 1823). El 23 del mismo mes de junio, una fracción congresal viajaba a Trujillo, con Riva Agüero, como jefe de Estado,alzada contra la fracción que apoyaba al otro presidente, Torre Tagle. El 19 de julio era disuelta la fracción trujillana. El 6 de agosto tornaba a funcionar, restablecido, el Congreso. Fué éste quien otorgó a Bolívar plenitud de poderes, después de lo cual declaró su propio receso, el 10 de febrero de 1824. Después del triunfo de Ayacucho (8 de diciembre de 1824), en que el Virrey La Serna capituló ante el general Sucre, se convocó al cuerpo Legislativo, el cual se reunió de nuevo el 10 de febrero de 1825. Sesionó unas cuantas semanas, hasta el 10 de marzo del mencionado año. Bolívar se había dirigido al Alto Perú, donde creó la República de Bolivia (6 de agosto de 1825). No volvió a reunirse el Congreso Constituyente sino después de la reforma constitucional impuesta por el Libertador, la cual consistió en la famosa Constitución Vitalicia.

Entre los miembros del Primer Congreso figuraron como diputados propietarios 58 peruanos, y como suplentes, 19. El resto lo integraron 3 neogranadinos como propietarios; 5 ecuatorianos; 1 altoperuano (boliviano a raíz de la creación de 1825); 1 chileno y 1 argentino. Hubo un suplente argentino. Los neogranadinos se llamaron Tenorio, Alcázar y Argote; los ecuatorianos, J. Paredez, Ortiz de Zevallos, el general La Mar, Crespo y el poeta Olmedo; el altoperuano, Padilla; el chileno, Agüero; los argentinos, Forcada, Otero y Alvarado (38).

---

(38).—Obin, Manuel Jesús, y Aranda, Ricardo, "*Anales Parlamentarios del Perú*", Lima, 1895, p. 43.

La ideología de dicho Congreso fué, como se sabe, ampliamente roussoniana. Su corte, jacobino, contrasta con dicha actitud, y medida de ella por su elevación y mesura, es la dimisión de San Martín, documento rebosante de dignidad. Los discursos de los oradores parlamentarios del 23 dejan mucho que desear en cuanto a corte literario. Sumamente dubitativo y a ratos versátil, el Congreso del 22-23 refleja las vacilaciones de la época. No podría llamar a ésto antítesis romántica; bastaría denominarla, contradicción criolla. Comenzaron arrogándose todos los poderes, y acabaron entregándoselos a un jefe surgido de un motín militar (Riva Agüero); éste se convirtió, a poco, en "el tirano de Trujillo" y contra él votaron pena de muerte sus adoradores de ayer. La oratoria parlamentaria peruana nació frenada por el temor al autócrata; y el espanto ante los prejuicios. Díctase la Constitución el 12 de noviembre de 1823, cuyo texto proclama a todo viento las más absolutas libertades. En seguida, sus propios autores la declaran en suspenso y erigen dictador a Bolívar, quien había llegado a Lima el 1º de septiembre de aquel año. Sánchez Carrión, el enérgico "Solitario de Sayán" se opone airadamente en el Congreso a que se invite al Libertador a acudir con su ejército, en socorro de la independencia nacional, pues considera que todo general victorioso y todo poder individual son nocivos para la salud de la república, anticipos de despotismo. Sin embargo, llegado el caso, el propio Sánchez Carrión viaja a Quito a invitar al Libertador (39).

Los principales conductores del Congreso fueron antiguos miembros de la Sociedad de los Amantes del País, ex-redactores de "*Mercurio Peruano*", animadores de la reforma universitaria e ideológica de fines del setecientos. Figuran en él Rodríguez de Mendoza, Luna Pizarro, Unanue, Sánchez Carrión, Mariátegui, Arce, Olmedo, quienes, ora como profesores, ora como estudiantes habían dirigido la campaña en

---

(39).—Obin y Aranda, ob. cit., p. XIII y XIV.



pro de la renovación pedagógica e intelectual del Virreinato. Algunos de ellos por ejemplo, Unanue, el creador de la Escuela de Medicina, fué consejero de los virreyes Abascal y La Serna; lo que no impediría que fuese comisionado semimonarquista de San Martín, en Punchauca, y Ministro del Libertador Bolívar. Por estas circunstancias, las credenciales de Unanue fueron tachadas por el Congreso, el cual lo admitió en su seno tan sólo después de oír la acalorada defensa de Sánchez Carrión y de Francisco Javier Mariátegui, republicanos intachables.

El ambiente del Congreso, repito, fué propicio a la demagogia, saturado de frenesí romántico. En cierta oportunidad, acuerda devolver un oficio al Poder Ejecutivo por haber omitido éste en el encabezamiento, la fórmula de "Excelentísimo" y "Soberano" referentes al Presidente del Congreso, aquélla, y al Congreso en sí, ésta (19 de febrero de 1823). Como muestra el lenguaje oratorio a la moda, bastaría recordar que el doctor Justo Figuerola declaró que la pretensión de sujetar a los espíritus "es una tiranía mayor que la de esclavizar los cuerpos", y que, seguro de su razón sólo admitiría resignarla ante Dios (2 de noviembre de 1823). Una vez unos mercenarios atacan a garrotazos a los diputados Mariátegui, Ferreyros, Argote y Colmenares; se sabe que los matones obedecen al intrigantísimo Riva Agüero. En realidad es la respuesta inevitable a los desahogos jacobinos en una sociedad acostumbrada al acatamiento y la complicidad con el poderoso; eterno episodio de don Quijote y los yangüeses (40).

En ciertas ocasiones, saltando sobre inútiles minucias, se recupera la altura propia del cuerpo legislativo. Por ejemplo, ello ocurre, al darse cuenta del retiro del Protector San

---

(40).—Obin y Aranda, ob. cit., p. 60, 63, 72 y 145-158. — Sánchez, L. A., "*Los Poetas de la Revolución*", 1ª ed., p. 66-68. En la 2ª edición, inserta en "*Los Poetas de la Colonia y la Revolución*", Lima, 1947, reproduzco una mención de Cristóbal de Gangotena y Jijón, que arroja luz sobre el episodio de la invitación a Bolívar, y la actuación en ello, de Olmedo y Sánchez Carrión.

Martín y discutirse a quién se debería delegar el Poder Ejecutivo. Los jacobinos se oponen a la delegación formulada por el argentino, pero Luna Pizarro —“ce petit Lammenais péruvien”, como lo llamaría después Flora Tristán (41)— apoya al Protector. Sánchez Carrión pronunciará entonces uno de los mejores discursos de la Asamblea, repitiendo argumentos centrales de la “*Segunda Carta del Solitario de Sayón*”. Dirá:

“Señor: la libertad es mi ídolo, y lo es del pueblo; sin ella no quiero nada; la presencia de uno sólo en el mando me ofrece la imagen de un rey, de esa palabra que significa herencia de la tiranía”.

Triunfó la tesis del gobierno plural, sostenida por los jacobinos (42).

Los miembros del Primer Congreso usaban, pues, un lenguaje melencólico; impresionaban el corazón, como los románticos; herían o trataban de herir el sentimiento, antes que la razón. Fué, hay que repetirlo, la hora literaria de la política peruana, el amanecer del romanticismo nacional. La política se sometía al gusto literario; se inventaba a menudo una realidad a fuerza de palabras. La busca de nuevos rumbos solía confundirse a través de espesa niebla de metáforas, antítesis, deprecaciones, apóstrofes, hipérbolos y metátesis. Con una cultura más vieja y sólida, sin el lastre de tres siglos de oscurantismo colonial, acaso los congresales del 22 hubieran podido intentar la hazaña de levantar una *Civita Solis* aunque regida por feudelistas criollos y ensordecida por detonantes retóricos. Tal contradicción despierta ironías y pasmos. No sería tanto si reflexionásemos que estamos hablando de una realidad muy romanticoide, muy ochocientista, muy criolla, muy sudamericana.

---

(41).—Tristán, Flora, “*Pérégrinations d'une Paria*”, París, 1837, tomo I, p. 297.

(42).—Obin y Aranda, ob. cit., p. 158-170.

## CAPÍTULO TERCERO

### BOLIVAR Y LA EXALTACION ROMANTICA

Con la llegada de Bolívar al Perú (septiembre de 1823), se acentúa más el romanticismo hasta ahí incipiente. Sin embargo, no se piense que Bolívar fuese sólo un promotor y practicante de aquella tendencia. Inspiró, a la vez, cierto atenuado retorno al clasicismo (Pando, Olmedo, Ferreyros, Figuerola, Pérez de Vargas) y él mismo fué certero crítico, adicto a las normas retóricas consagradas.

El Libertador no se decidió a venir sino cuando estuvo seguro de que todos los sectores del país le requerían. Si Riva Agüero, representante de la aristocracia criolla le fué desde el principio hostil y prefirió entenderse con los realistas antes que someterse al caraqueño, eso mismo estaba en los planes más recónditos e implícitos de Bolívar. La reunión de españoles y ricos criollos significaba a contrapelo, una perfecta definición del propósito colonial que inspiraba a ambos. La conversión del jacobino Sánchez Carrión y del versátil Olmedo, quienes de adversarios se volvieron ardorosos simpatizantes del vencedor de Carabobo, significaba a su turno, una especie de conjunción sentimental, demagógica, jacobina en suma romántica, en derredor de quien, al par que guerrero, sabía manejar con tan singular finura la pluma del prosista y hasta la del versificador.

Llegó Bolívar a Lima, y fué como si hubiese arribado el pálido y sitibundo Renato. Como si Pablo se lanzara a la ciudad, desde la pintoresca selva en que lo radicara St.



Pierre. Como si Manfredo, abandonando toda tentación de Europa, quisiera perfumarse de aromas peruanos.

En efecto, Bolívar acababa de salir triunfante de la "guerra a muerte". Además venía nimbado de una aureola donjuanesca, trayendo en su cortejo a la enamorada Manue-lita Saenz. Se repetía de labio en labio la audacia con que desafiara al caudaloso y temible Tequendama, en gesto byroniano. Se sabía de su delirio frente al Chimborazo, donde encaró, en altisonante verbo, un destino impar de Nibelungo. Pequeño, menudo, nervioso, atezado, pretendía llevar a cabo las ideas de Juan Jacobo, pero traducidas por Bonaparte. Su maestro, el atrabiliario Simón Rodríguez, le había inculcado el amor a la Naturaleza y a la desenfrenada espontaneidad. Su prematura viudez de Teresa —¡nombre esproncediano!— y sus amores platónicos con la novelesca y bachillera Fanny du Villars, contribuían a dar encanto a su leyenda. La gente liberal repetía su famoso juramento en el Aventino, de muy mozo, cuando prometió entregar su vida a la libertad de la Patria. Hasta se rumoraba de cierto pintoresco incidente con el entonces futuro rey Fernando VII, durante un juego de pelota, en Madrid. Algunas mujeres que él sedujera, le salvaron la existencia, como en el episodio de Luisa, la de Jamaica. Se hablaba de misteriosas aventuras en la jungla haitiana bajo la protectora mirada de Petión. Si Napoleón cargaba con el espectro del Duque de Enghien, Bolívar no le iba en zaga, pues se le reprochaba el ajusticiamiento del vehemente mulato Piar.

Era Bolívar un personaje tempestuoso y contradictorio. Después de su triunfo en Boyacá, saltó a Quito, y, al llegar a Guayaquil, cuya Junta Revolucionaria desconociera, mandó sin embargo, saludar a Olmedo, uno de sus miembros, porque respetaba en éste al poeta, aunque destituyera al gobernante. Posiblemente, la espada del Libertador era tan recia como la épica Durandel de Rolando, pero nadie colgó de su cuello el decisivo Olifante de las horas amargas. Su rostro era cetrino; sus ojos, de fuego; rebelde, el rizo que le sombreaba la frente; pobladas las patillas a la española, que

hacia más largo aún su rostro patético; tenía alta y despejada la frente, curva la nariz, voluntarioso el mentón, esbelto y ágil el cuerpo, menudos los pies, chicas las manos. Vestía con pulcritud, y se mostraba insolente y dadivoso. Amaba el amor y el poder. Sus proyectos siempre fueron gigantescos, porque era un poeta que rimaba cansinamente hazaña con hazaña, en busca de un epílogo de Apoteosis o de Apocalipsis. Su ambición estaba donde pusieron la suya Alejandro, Napoleón y Washington. Gustaba del lujo, de la recargada decoración y de la severa soledad y el aire siti-bundo de las románticas. Preparaba sus batallas con la prolijidad y, al par, la vehemencia con que un artista elabora sus poemas. Antes de todo combate, lanzaba arengas, ardo-rosas arengas, para oírse y ser oído. Cuando no hubo oca-sión o tiempo, dejó escrita la proclama para después de la refriega, como ocurrió en Junín. El "Húsar" de esta batalla, el "Húsar de Junín", fué lo que debieron ser los Caballeros de la Orden del Sol sanmartiniana. Lohengrin y los paladi-nes del Santo Grial reemplazaban así, en la wagneriana epopeya de la libertad de América, a los tersos Eupátridas que soñó el honesto, mesurado, tenaz y armonioso San Martín.

Fácil es de comprender cómo ardió la fantasía popular —en especial la femenina—, al entrar solemnemente en Lima tal personaje, el primer día de septiembre de 1823. No tardó la fiebre en apoderarse del hasta ahí lúcido epónimo. En horas de terrible desencanto, vecina la derrota, herido en la salud y su orgullo, refugiado en la inclemencia de un aris-tado paraje de la costa peruana, en Paramonga, renace el ánimo de sus tenientes al responder con un tonante "Triun-far" a la angustiosa pregunta que le dirigen los descorazo-nados: "¿Y ahora qué hacemos, general?". "Triunfar" es la respuesta del espectro para quien parece haber sonado la hora crepuscular de un Hamlet criollo.

Aunque, desde un punto de vista estrictamente literario, no sea preciso que se mencionen los versificadores repentis-tas de entonces, sería imposible prescindir del clima o tem-peratura poética en que todo aquello se mueve. Política y

literatura resultaron, quizás, mal paradas con la llegada de Bolívar; pero estrategia militar y pericia poética, sí, salieron gananciosos. Una de las escasas excepciones en medio de turbia y numerosa prole de improvisadores, fué la de José Joaquín de Olmedo. En realidad, pese a que Pando también escribe versos en aquel tiempo, y que Larriva luce su inconstante humor, Olmedo es quien encarna la poesía del tiempo bolivariano, junto con el propio héroe, Bolívar.

\* \* \*

José Joaquín de Olmedo había nacido en Guayaquil, el 19 de marzo de 1780, cuando dicho puerto se hallaba bajo la autoridad del Virrey de Lima. Estudió en el Colegio de San Fernando, de Quito, hasta 1792; en el 94 pasó a la capital del Perú, a matricularse en el inquieto Convictorio de San Carlos. Cursaba cuarto año de Leyes, cuando, en 1802, el Santo Oficio de la Inquisición le denuncia como lector de la "*Zaira*" de Voltaire, libro prohibido. Un año después, se repite la acusación, a causa de "*La Henriada*". Se advierte que el joven estudiante ama la disciplina clásica y el genio escéptico de Arouet, antes que la turbulencia y el patetismo de Juan Jacobo. Así será su obra.

Olmedo se doctora poco más tarde, pero sin dejar de escribir versos. Estos le sirven para cimentar sus logros universitarios. En 1807, con ocasión del fallecimiento de un miembro de la familia real española, escribe la admirable "*Elegía a la muerte de Doña María Antonia de Borbón*" (1).

---

(1).—Sobre Olmedo, su persona y sus obras, he utilizado lo siguiente: Mera, Juan León, "*Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana*", 2ª ed., Barcelona, 1893, p. 457, etc.; — Mendiburu, "*Diccionario...*", cit., 1ª ed., Lima, 1885, tomo VI, p. 147; — Academia Ecuatoriana, "*Antología Ecuatoriana*", Quito, 1892, p. 59; — Cejador y Frauca, Julio, "*Historia de la lengua y la literatura castellana*", Madrid, 1913, tomo VI, p. 329; — Polit, P. Guillermo, "*Obras completas de Olmedo*", Quito, 1944; — Sánchez, L. A., "*Los Poetas de la Revolución*", cit., 2ª parte; — Gutiérrez, J. M., "*América Poética*", Valparaíso, 1848; — Riva Agüero, J. de la, "*Carácter de la literatura del*



*¡Señor, señor! El pueblo que te adora  
bajo el peso oprimido  
de tu cólera santa, gime y llora.  
Ya no hay más resistir: la débil caña  
que fácil va y se mece,  
cuando sus alas bate el manso viento,  
se sacude, se quiebra, desaparece,  
al recio soplo de huracán violento:  
así tu ira, Señor, bajo las formas  
de asoladora peste, y hambre, y guerra,  
se derramó por la infeliz España.  
Y aquella que llenó toda la tierra  
con hazañas tan dignas de memoria,  
en sus débiles hombros ya ni puede  
sostener el cadáver de su gloria...*

Sería inútil negar que la robustez de estas estrofas evoca las cimas de la poesía civil y épica de España. No se trata de una servil imitación de Quintana, aunque tanto se lo repita; ni de una reminiscencia cabal del "divino" Herrera. En Olmedo hay austeridad, al par que contenida emoción, reveladoras de un poeta auténtico y de un versificador experto y cuidadoso.

Catedrático de Digesto en 1808, el guayaquileño accede a participar en la ceremonia universitaria celebrada en honor del Virrey, a quien dedica su composición "A Abascal", leída el mismo día que se representaba en la Universidad de San Marcos "El Duque de Visco", de Quintana. Hasta ahí, Olmedo era un clasicista convicto y confeso. Sus lecturas, muy variadas, acreditaban el predominio de los clásicos, Homero, Píndaro, Virgilio, Horacio y Ovidio habían sido sus autores predilectos, a los que se agregaban Quintana y Meléndez Valdez, entre los españoles; Pope y Richardson, entre los ingleses. Poco más tarde, Olmedo escribe su famosa

---

*Perú independiente*", Lima, 1905, p. 23; — Piñeyro, E., "José Joaquín de Olmedo", en "Bulletin Hispanique", Bordeaux, 1905, tomo VII; — Cañete, Manuel, "Escritores españoles e hispanoamericanos", Madrid, 1884; — Menéndez y Pelayo, M., "Antología...", cit., tomo III; — Caro, J. E., "Repertorio colombiano", Bogotá, tomos II y III.

composición "Al Arbol", en que se proclama furiosamente fernandista y contra Bonaparte. La "perjura Francia" recibe sus invectivas; en cambio elogia a los Reyes de España contra quienes se ha desatado la ira de Napoleón por

*el crimen de ser Reyes y Borbones*

Después de un iracundo embate a Francia, aconseja a su bien adiestrada Musa ir a guarecerse

*a la sombra del árbol del desierto.*

En 1809, Olmedo se incorporó a la Universidad de Santo Tomás de Quito. Pasó a Guayaquil a ejercer actividades abogadiles y literarias. Se dirige a España, pero tiene que detenerse en México. Torna a Guayaquil, que le designa diputado suyo ante las Cortes de Cádiz, donde abogó por la abolición de la mita. De nuevo regresa a Lima y, en seguida, torna a Guayaquil. Al pronunciarse la independencia de su ciudad nativa, Olmedo formó parte del triunvirato que se encarga del gobierno (9 de octubre de 1820). Su experiencia estaba enriquecida por los viajes y el contacto con prominentes personajes, como los poetas Quintana, Gallego y Martínez de la Rosa, compañeros suyos en Cádiz. Ya había escrito (1817) la tierna y vigorosa "Silva a un amigo en el nacimiento de su primogénito". Es ahí donde exclama aquello de:

*el indigno espectáculo te espera  
de una patria en mil partes lacerada,  
sangre filial brotando por do quiera.*

evidente alusión al estado de América.

Acababa de morir la madre del poeta, hecho que le arranca amargas quejas.

Mientras tanto, Bolívar, vencedor de los españoles en Nueva Granada, llega a Quito, y pasa a Guayaquil. Los triunviros comprenden las intenciones del Libertador. Jimena y Roca no reciben ningún homenaje del recién arribado. En cambio, a Olmedo le visita un ayudante del Héroe:

El edecán —refiere O'Leary, secretario de Bolívar— preguntó si daría las mismas explicaciones a los demás miembros de la Junta. “No” —respondió Bolívar— “Es el genio de Olmedo, y no su cargo lo que respeto” (2).

A pesar de ello, Olmedo no se rinde al Libertador. Prefiere dirigirse al Perú. Ahí es electo diputado al Primer Congreso de 1822. En la sesión del 23 de octubre de dicho año, el poeta, uniendo sus voces a las de Unanue, Ortiz de Zevallos (también ecuatoriano) y Sánchez Carrión, fué “uno de los que más declamaron contra la ambición de Bolívar”.

Pérez de Tudela defendió a éste (3). Sin embargo, ocho meses después, Olmedo y Sánchez Carrión aceptaron el encargo del Congreso, de entrevistar al Libertador. El 24 de julio de 1823 lo hallaron en Quito —y no en Guayaquil, como dice Larrazábal. Fué entonces cuando se decidió el viaje de Bolívar al Perú (4). En esos días publicaba Olmedo su traducción de la “*Epístola Primera*” del “*Ensayo Sobre el Hombre*” de Pope (Lima, 1823).

El arribo de Bolívar a Lima encandiló a los rimadores. El doctor Justo J. Figuerola, más tarde fugacísimo presidente de la república peruana, consagró una larga tirada en rima al “nuevo Sol del Perú”, mechándola con citas y alusiones muy coloniales y reminiscentes de Peralta y Barnuevo. Don Manuel Ferreyros, Llediez, López Lissón, Corbacho, se fatigan buscando metáforas fébricas para contribuir a la apoteosis del vencedor de Carabobo. Ningún tema más socorrido que “los trescientos años de lloro y de ignominia”, a que acuden forzados rimadores, galeotes del verso (5). Mas,

---

(2).—O'Leary, “*Bolívar y la emancipación de Suramérica*”, ed. Biblioteca Ayacucho, Madrid, s/a., tomo II, p. 139 y 177.

(3).—Paz Soldán, M. F., ob. cit., Segundo período, tomo I, p. 15 y 17.

(4).—Gangotena y Jijón, C. de, “*Bolívar y Olmedo en Quito*”, artículo en la revista “*El ejército nacional*”, año II, Nº 13, Quito, 1923, p. 1066; — Mera, ob. cit., p. 486; — Sánchez, L. A., “*Los Poetas de la Revolución*”, 2ª ed.

(5).—Porrás, Raúl, “*La literatura en los días de Ayacucho*”, en “*Varietades*”, Lima, 6 de diciembre de 1924, p. 3072-3078; — Mould Távora, F., “*Bolívar y la Literatura (del Perú)*”, estudio inédito; — Herrera, “*Album*” cit.; — Corpancho, “*La Lira Patriótica*”, Lima, 1853.



sobrevienen los desastres de principios de 1824. Luego, por fin se produce la magnífica victoria de Junín, el 6 de agosto. No tarda en sellarse la decisiva victoria de Ayacucho, el 9 de diciembre. En medio de mil cantos ramplones, sobresale Olmedo con su estupendo impulso épico. Es entonces cuando el poeta se encuentra a sí mismo. Pero, no obstante, es el propio Bolívar quien descubre el más acertado tono de conmemorar el desenlace. Al conocer la noticia de la capitulación del Virrey en Ayacucho, escribe, desde Lima, con estilo más sobrio y lapidario que todos sus loadores:

“La paz ha sucedido a la guerra; la unión, a la discordia; el orden a la anarquía, y la dicha, al infortunio; pero no olvidemos jamás, os ruego, que a los ínclitos vencedores de Ayacucho lo debéis todo. ...Peruanos: El día en que se reúna vuestro Congreso será el día de mi gloria, el día en que se colmarán los más vehementes deseos de mi ambición: ¡no mandar más!”.

Y a los soldados de su ejército:

“La América del Sur está cubierta con los trofeos de vuestro valor, pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguido sobre todo... Soldados colombianos: centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del Mundo” (6).

Así, en estas últimas palabras, anticipa Bolívar la figura literaria que Choquehuanca le dedicaría en su inmortal saludo de Pucara. A riesgo de interrumpir la reseña sobre Olmedo, como parte integrante de la influencia bolivariana en la literatura del Perú en ese entonces, conviene aludir aquí a dicha pieza literaria —la de Choquehuanca— original de un modesto cacique provinciano.

Se dirigía el Libertador al Sur, con el objeto de fortalecer la creación de Bolivia, y pensando en amagar, si posible, a Buenos Aires. Había dejado ya atrás el Cuzco y se encaminaba al Altoperú, cuando le salió al encuentro una

---

(6).—Bolívar, Simón, *Discursos y Proclamas*, París, s/a., (ed. Garnier), Proclama del 25 de diciembre de 1824.

comitiva de lugareños, encabezada por un indígena llamado José Domingo Choquehuanca.

Era Choquehuanca hijo del cacique de la región, Roque Choquehuanca, y de doña Melchora Béjar, de estirpe imperial descendiente de los Incas. Había nacido en Azángaro (Puno) en 1792. Su educación primera tuvo por escenario la ciudad de Arequipa, en donde vivió hasta los 10 años. A los 12, quedó huérfano. A los 17, esto es en 1809, se graduó en Teología y Filosofía. Consagrado a la carrera sacerdotal, empero optó el doctorado en Derecho el año de 1812. Simpatizó ostensiblemente con la rebelión de Pumacahua, en que perdió la vida el poeta Melgar. Regresó a su comarca nativa en 1817, y por esos días se graduó de doctor en Teología. Choquehuanca era un hombre culto, a quien apasionó fervorosamente la causa emancipadora, aunque no se atrevió a seguir las huellas de los heroicos curas Béjar y Muñecas, el primero de los cuales era quizás pariente suyo por línea materna (7). Esta última circunstancia no ha sido explorada hasta hoy, que yo sepa.

Al tener noticias de que Bolívar iba a cruzar por su región, Choquehuanca escribió un largo discurso panegírico, al estilo de los que se dedicaban a los Virreyes. Las palabras finales de dicha arenga, han quedado para siempre en la historia literaria y política del Perú, por su estilo admirable, su poder sintético y su clarividencia crítica. Helas aquí:

“Quiso Dios de salvajes hacer un gran imperio, y creó a Manco Capac. Pecó su raza, y lanzó a Pizarro. Después de tres siglos de expiación, ha tenido piedad de la América, y os ha creado. Sois, pues, el hombre de un designio providencial. Nada de lo hecho atrás se parece a lo que habéis hecho; y para que alguno os imite, será preciso que haya otro mundo por libertar. Habéis fundado cinco repúblicas, que en el inmenso desarrollo a que están llamadas, llevarán vuestra grandeza a

---

(7).—Zegarra Araujo, Uladislao, “José Domingo Choquehuanca” en el Boletín Bibliográfico de la Universidad de San Marcos, Lima, 1929, tomo III, p. 117 y 180 y siguientes.

donde ninguna ha llegado. Vuestra gloria crecerá con los siglos, como la sombra cuando el sol declina”.

Huelga el comentario a tan lapidarias palabras.

Con el correr del tiempo, Choquehuanca ocupó una curul en el Congreso del Perú (1825, 1826 y 1828), como diputado por Azángaro. Naturalmente, allí defendió la Constitución bolivariana o vitalicia. En 1833 escribió un Tratado de Estadística; en 1846, otro sobre el régimen representativo. Tenía unos 62 años cuando ocurrió su muerte, hacia 1854.

\* \* \*

Pues, poco antes de que Bolívar emprendiera el viaje al Sur, aquel viaje en que encontró a Choquehuanca (enero de 1825), pidió a Olmedo que compusiera un poema celebrando la victoria de Ayacucho. El poeta le dijo entonces:

“Siento que usted me recomiende cantar nuestro último triunfo. Mucho tiempo ha, mucho tiempo ha, que revuelvo en la mente este pensamiento. ...Vino Junín, y empecé mi canto. Digo mal, empecé a formar planes y jardines, pero nada adelanté en un mes... Vino Ayacucho, y desperté iracundo, *lanzando un trueno...*” (8).

En junio de 1825, o sea, seis meses más tarde, quedaba terminado el *“Canto a la Victoria de Junín”*.

Al componerlo, Olmedo había utilizado uno de los recursos retóricos más comunes en obras de aquel género. El mismo que usara Virgilio e imitaran de éste, Tasso, Ariosto, Ercilla y Peralta Barnuevo: introducir una figura prócer, nimbada de cierta luz alegórica, la cual tendría que profetizar los sucesos futuros, a fin de unir el pasado con el presente y el porvenir. Olmedo escogió a Huayna Capac, el último Inca poderoso. El representaría la tendencia anti-española, indispensable dentro del clima de la época. “Amazona fiera”, “bacante ardiendo en ira”, la musa de Olmedo

---

(8).—Olmedo. Cartas a Bolívar en *“Repertorio Colombiano”*, tomo II y III; — Sánchez, L. A., *“Los Poetas de la Revolución”*, 1ª ed., p. 68.



lanzaría denuestos contra el poder real. Por eso empezó con frenesí, en una tesitura cuya conservación requería muchos requisitos y cualidades, que Olmedo poseía y lució sin duda.

*El trueno horrendo que en fragor revienta,  
y, sordo, retumbando se dilata  
por la inflamada esfera,  
al Dios anuncia que en el cielo impera.*

*Y el rayo que en Junín rompe y ahuyenta  
la hispana muchedumbre,  
que más feroz que nunca amenazaba  
a sangre y fuego eterna servidumbre;  
y el canto de victoria  
que en ecos mil discurre, enardeciendo  
el hondo valle y enriscada cumbre,  
proclaman a Bolívar en la tierra,  
árbitro de la paz y de la guerra...*

El aliento épico no abandona un instante a Olmedo, quien se pronuncia resueltamente hispanófobo, como, por ejemplo, al decir:

*¡Guerra al usurpador! ¿qué le debemos?  
¡Luces, costumbres, religión, o leyes?  
¡Si ellos fueron, estúpidos, viciosos,  
feroces y, por fin, supersticiosos!  
¿Qué religión? ¿La de Jesús? ¡Blasfemos!  
¡Sangre, plomo veloz, cadenas fueron  
Los sacramentos santos que trajeron!*

No llega Olmedo en este poema a la serenidad de "Al Arbol", ni al ardimiento de "A Miñarica". No obstante, sería absurdo negar la majestad de las estrofas con que celebra al Libertador. La hay de óptima clase, como aquella en que, siempre dentro del molde fábico, propio de la era bolivariana, exclama:

*¡Oh, Padre, oh claro Sol, no desampares  
esta tierra jamás: ni estos altares.*

Y resaltan, por su especialísimo significado, la estrofa en que se refiere a los blandos limeños:

*¡Son esos los garzones delicados  
 entre sedas y aromas arrullados?  
 ¡Los hijos del placer son esos fieros?  
 Si: que los que antes desatar no osaban  
 los dulces lazos de jazmín y rosa  
 con que el amor y placer les enredaban,  
 hoy ya, con mano fuerte,  
 la cadena quebrantan poderosa  
 que ató sus pies, y vuelan denodados  
 a los campos de muerte y gloria cierta.*

Y repite, confirmando su bolivarismo:

*¡Tuya será, Bolívar, esta gloria,  
 tuyo el romper el yugo de los reyes,  
 y, a su despecho, entronizar las leyes...*

Aunque, por lo general, este "Canto" de Olmedo se considera como la cumbre de su arte, el propio Bolívar, que era un fino catador literario, expresó, con ingenio, su disconformidad. He aquí su jugoso comentario al recibir copia del poema:

"Si yo no fuese tan bueno, y usted no fuese tan poeta, me avanzaría a creer que V. ha querido hacer una parodia de la *Iliada* con los héroes de nuestra pobre farsa. Mas, no; no lo creo. V. es poeta, y sabe bien, tanto como Bonaparte, que de lo heroico a lo ridículo no hay más que un paso, y que Manolo y Cid son hermanos, aunque hijos de distinto padre...

"Usted dispara ..... donde no se ha disparado un tiro (9); usted abrasa la tierra con las ascuas del eje de las ruedas del carro de Aquiles, que no rodó jamás en Junín; usted se hace dueño de todos los personajes: de mí forma un Júpiter; de Sucre, un Marte; de La Mar, un Agamenón y un Menelao; de Córdoba... un Aquiles; de Necochea, un Patroclo y un Ajax; de Miller, un Diómedes, y de Lara, Uli-ses" (10).

En otra carta, el Libertador agrega que Huayna Capac

(9).—Alusión a la batalla de Junín, que fué a arma blanca, sin que sonase un tiro en ella. Olmedo falta a la verdad histórica en su poema.

(10).—Bolívar, "Cartas", corresponde al 12 de julio de 1825.

le parece “un poco hablador y embrollón” y, aludiendo al próximo viaje de Olmedo a Londres, le dice: “Con las sombras de muchos ínclitos poetas, Ud. se hallará mejor inspirado que por el Inca, que a la verdad no sabía cantar más que yaravíes”.

Olmedo respondió a Bolívar, desde Londres, el 19 de abril de 1826. Pero, antes, desde agosto de 1825, expresaba ya su desaliento, Olmedo, como se ve en el siguiente párrafo.

“Voy a pasar dos o tres años en inquietud porque ya pasó la edad de las ilusiones. Me parece que volveré como me voy... De todos modos, parto resignado, y en cierto modo contento, porque voy a obedecer y complacer a Ud. y porque voy a servir a la Patria” (11).

En este cambio de opiniones, resalta la certeza crítica del Libertador y la modestia y sencillez del poeta para admitir los comentarios del Libertador.

Olmedo pasó de Londres a París, ciudad en la que trabó amistad con José Fernández Madrid, expresidente de la flamante república colombiana. Olmedo y Bello mantuvieron una constante y ejemplar correspondencia, de que da cuenta Amunátegui en su libro sobre éste último. En junio de 1826, Bolívar escribió a Olmedo pidiéndole su dictamen acerca de la Constitución Vitalicia. Olmedo expresó que ella “no cuadraba bien con la idea de República”, a lo que replicó Bolívar diciendo que “no somos capaces de mantener repúblicas, digo más, ni gobiernos constitucionales”.

Olmedo solicitó entonces permiso para regresar a Perú. Bolívar accedió sólo en enero de 1827. El regreso no se cumpliría sino hasta marzo de 1828.

Al llegar a Valparaíso, el poeta recibió la noticia de la muerte de su esposa y de una de sus hijas. Escribió a Bello: “Yo soy el hombre más insensible del mundo, cuando no me muero de este dolor”. En compensación, Bolívar le ofreció

---

(11).—Bolívar, “*Cartas*”, corresponde al 12 de julio de 1825. Estas cartas han sido reproducidas en diversas ediciones. Recomiendo la de Caracas, por don Vicente Lecuna, y la de “*Obras de Bolívar*”, Caracas, 1947.



(o le otorgó) la cartera de Relaciones Exteriores. La reacción de Olmedo, según documento generalmente ignorado, fué espantosa. Pero, es que habían ocurrido sucesos extraordinarios, sobrevinientes a la victoria de Ayacucho —o “Ayax-cuco”, como le gustaba decir a Olmedo, por mencionar a un héroe homérico y evitar el feo sonido de dicha toponimia. Los hechos eran sucintamente los que siguen: el Perú se había resistido al comienzo a adoptar la Constitución Vitalicia, a la que se opuso también Olmedo desde Londres; impuesta por el Libertador, despertó un estado de irritación latente contra él. El general Páez, por otra parte, se sublevó en Venezuela contra Santander y Bolívar, con el propósito de romper la Gran Colombia y formar estado aparte. Santander rechazaba en Bogotá la nueva Constitución. Bolívar tuvo que abandonar el Perú precipitadamente y dirigirse a Bogotá. En Bolivia se sublevaron entonces contra Sucre, su segundo y presidente de dicha república, sublevación agitada desde el Perú por el general Gamarra, quien había sido Jefe de Estado Mayor en Ayacucho. Lima se levantó contra el régimen implantado por Bolívar y se eligió presidente de la República al general La Mar (agosto de 1827), nacido, como Olmedo, en lo que hoy es Ecuador. Fué entonces cuando Gamarra intervino en Bolivia, obligando a Sucre a dimitir y marcharse al Norte. Indignado Bolívar por estos sucesos, declaró la guerra al Perú en nombre de la Gran Colombia (junio, 1828). Esta primera guerra fratricida indignó a Olmedo, quien se sentía unido, por mil vínculos al Perú y a La Mar, su compañero en el Congreso de 1822, y además su coterráneo. La carta en que se consta esta indignación fué publicada, según parece, en un periódico mexicano, de donde la reprodujo “*El Telégrafo*” de Lima, el 20 de junio de 1929 (12); aunque la fecha de la epístola es de casi un año antes: Lima, 20 de noviembre de 1828. Empieza así:

---

(12).—La carta, fechada en Lima el 20 de noviembre de 1828, aparece dirigida a un señor I. F. M. Está inserta, como tomada de un periódico mexicano, en el número 647 de “*El Telégrafo*” de Lima, 20

“Mi apreciable amigo: Ya U. sabrá que el dictador D. Simón Bolívar me nombró secretario de estado en el departamento de relaciones exteriores, que también me ha llenado de indignación semejante nombramiento, y por último habrá visto con asombro las acusaciones inicuas que me fulminan los viles agentes de la tiranía, haciéndome enemigo de la República de Colombia, que siempre ha sido el ídolo de mi corazón...”.

En otros párrafos dice Olmedo:

“Un pueblo guerrero, encorvada la cerviz bajo el peso de la cimitarra del Poder Absoluto; que hace esfuerzos por recobrar sus derechos: esta es la nación colombiana.....

“...Yo le adoré (a Bolívar) como si fuera una divinidad cuando le contemplaba con entusiasmo el héroe de los liberales del mundo. Entonces creí que mi corto numen debiera dedicarle sus primicias, y que mejor Apolo no pudieran encontrar mis musas; canté sus glorias en las memorables jornadas de Junín y Ayacucho; le detesto sentado sobre el trono sangriento del despotismo. Por estas razones poderosas, he renunciado un puesto que, lejos de considerar honorífico, lo miro con horror. No quiero postrarme cada día a la presencia de este visir, besar las manos ensangrentadas con la tiranía, y, en fin, merecer justamente la execración de mis hermanos, siendo el móvil de las venganzas de un soberano más que absoluto.....

“...Bolívar no tiene otra regla que su capricho... Bolívar tiene fincado su poder sólo en la astucia y la fuerza. La espada es su legislación y la punta de las bayonetas el origen de su autoridad...”.

La carta es toda de semejante tono, larga epístola acusatoria, apasionada, a ratos insultante. ¿Por qué se la omite en todos, o casi todos los estudios sobre Olmedo? ¿Por ser apócrifa? En tal caso, mencionarla y desmentirla es lo científico y leal. ¿Cuáles son las razones para negar su

---

de junio de 1829. La publiqué fragmentariamente en mi folleto “*Los Poetas de la Revolución*”, en Lima, 1919. p. 73-74. Está re producida en la segunda edición citada de este trabajo, Lima, 1947. Los problemas acerca de su autenticidad son abordados en el texto. Véase también en “*Cuadernos Americanos*”, Núm. 6, México, 1949.

autenticidad? Yo no veo sino una: el que no haya circulado tanto como otros documentos de Olmedo ni haya sido recogida en los epistolarios del poeta, lo cual indicaría tan sólo omisión voluntaria o involuntaria. Ahora bien: lo más probable es (a) que se trata de una carta *privada*, violada por alguien y enviada a un periódico mexicano; (b) que se trate de una carta particular violada, publicada directamente en Lima, y que la mención de un periódico mexicano — por lo demás, impreciso— sea con el objeto de despistar acerca de la forma como llegó a manos del periodista de “*El Telégrafo*”; ardid en uso en todos los tiempos; (c) la fecha, noviembre de 1823, en plena guerra entre el Perú y la Gran Colombia, y estando Olmedo de regreso a Perú, como funcionario llamado por Bolívar, colocaba al poeta en una situación difícil en Lima, por lo que se explicaría el exceso de su repudio a su “ídolo” de ayer; (ch) la mención de la “cimitarra del poder absoluto” rima cabalmente con el mote de “los Persas” que se dió entonces a los congresales peruanos, solícitos ejecutores de los deseos de Bolívar; (d) el haberla publicado sólo en 1829 parece indicar el propósito de que Olmedo rompiera con su ciudad de origen, la cual fué capturada por las fuerzas peruanas, al mando del peruano-ecuatoriano La Mar, en 1826, y recuperada por la Gran Colombia, cuando Sucre acudió con refuerzos logrando la victoria de Portete de Tarqui (1829); (e) Olmedo permaneció en Perú durante toda la guerra aquella, y sólo se dirigió a Guayaquil, en 1830, para ocupar la vicepresidencia de Ecuador, estado nacido de la disolución de la Gran Colombia, ese mismo año, que es también el de la muerte del Libertador.

Olmedo renunció la vicepresidencia de su patria poco más tarde, para desempeñar la prefectura de Guayaquil (1º de marzo-28 de julio, 1830; 1º de mayo 1831-17 de mayo 1832). Una carta dirigida a Andrés Bello, en 1833, confirma el desencanto del poeta ante la obra de la Revolución, y corrobora indirectamente la autenticidad del documento arriba comentado. Más tarde, Olmedo interrumpió su silencio literario para cantar al general Flores, vencedor en la batalla



de Miñarica en una "Oda" de este nombre ("A Miñarica"), que es lo más hermoso de la obra del poeta, aunque no pertenece ya a nuestra literatura, sino a la de Ecuador, país al que consagra aquél todos sus esfuerzos desde 1830 hasta el 19 de febrero de 1847, en que ocurrió su muerte, en la ciudad de Guayaquil (13). Durante este lapso estuvo en Perú dos veces. En una de ellas, escribió cierta melancólica composición en el álbum de Grimanesa Althaus, de la familia del poeta Clemente Althaus, sobre quien se hablará más adelante:

*Yo cumplí no sin gloria, mi destino  
cuando mi corazón y el alma mía  
en vivo amor y juventud ardía,  
y en premio de haber sido  
siempre fiel al dulce ministerio,  
el Dios a cuyo imperio  
se rinden voluntarios  
la tierra, el cielo, el mar, ha concedido  
su antiguo amor, su inspiración divina  
a un genio, que fallece oscurecido,  
como el sol que a su ocaso se avecina.*

\* \* \*

Mientras Bolívar permaneció en el Perú, y, sobre todo, a raíz de sus victorias en Junín y Ayacucho, batallas en las que estuvo representado por Necochea y Sucre, jefes de la caballería patriota, el primero, y del ejército entero, el segundo —no hubo hombre capaz de menear el turíbulo y pulsar la lira que no lo hiciera en alabanza del Libertador. Sería interminable enumerar los atentados métricos que suscitó el gran hombre. Entre ellos, son excepción algunos no sólo bien entonados, sino hasta de indudable vuelo poético.

---

(13).—*"El Comercio"*, Lima, 9 de marzo de 1847. Cañete, Mendi-  
buru y otros creyeron que la muerte de Olmedo ocurrió el 17 de febre-  
ro; fué el 19. Véase, también para otros pormenores: Amunátegui, M.  
L., *"Vida de Andrés Bello"*, Santiago; — *"Obras de J. J. Olmedo, or-  
denadas por J. M. G."*, Valparaíso, 1848, (edición de Juan María Gu-  
tiérrez); — *"Poesías inéditas de Olmedo"*, publicadas por Manuel Ni-  
colás Corpancho en *"La Revista de Lima"*, Lima, 1861, tomo VI.

Desde Buenos Aires, Hilario Ascasubi, futuro insigne cantor gauchesco, uno de los más típicos representantes de tal género, consagró al Libertador un "*Canto a la Victoria de Ayacucho*", inserto en "*La Revista de Salta*". Don José Pérez de Vargas, atildado y correcto, a quien se mencionó antes, hizo imprimir en Lima "*El Vaticinio, epopeya al Febo Peruano*", precedida de un soneto en italiano, dedicado a Bolívar, y con grande copia de recuerdos de "*La Eneida*", con lo cual, dicho sea de paso, no agregó mucho a la gloria del héroe ni a la suya propia (14). Mas, quien, sí, dió muestras de robusta inspiración y dominio evidente en el arte de versificar, a propósito del Libertador, fué don José María Pando, y, en prosa, don Manuel Lorenzo de Vidaurre, ambos delegados del Perú —o de Bolívar— ante el Congreso de Panamá de 1826.

Pando era limeño. Había nacido en la capital del virreinato peruano en 1787, pero se educó en el Seminario de Nobles de Madrid. Su juventud entera transcurre en la Península, en atmósfera gubernativa. Respira el mismo aire que Olavide y Llano Zapata, es decir, que se nutre directamente de las ideas enciclopedistas, sólo que, a diferencia de aquéllos, le seduce más el brillo de la política y la diplomacia, por lo que no afina su sensibilidad para las nuevas corrientes como sus otros dos compatriotas. Mientras Olavide sufría los altibajos de la Revolución Francesa, Pando se preparaba a servir a la Corona, olvidado de su país nativo. Era un español, un criollo que trataba de hacer olvidar su origen americano. Menos mal que, ya, en esos días la suerte de los criollos en la Península no era la del tiempo del Inca Garcilaso, y se podía hasta dirigir una colonia en Sierra Morena. Diplomático de vocación, Pando representa a España en Roma, en 1812, y en los Países Bajos, en 1815.

---

(14).—Sánchez, ob. cit., p. 58 y 59; — Riva Agüero, J. de la, "*Carácter...*" etc., cit., p. 51; — Porras, Raúl, artículo citado; — Menéndez y Pelayo, "*Historia de la poesía hispanoamericana*", Madrid, 1913, tomo II, p. 240.

Gustó de la Corte y no rechazó el despotismo de Fernando VII; al contrario, lo secundó como oficial primero de su Secretaría, en 1818; y aún más, llegó a ser Secretario de dicho Monarca, con la facultad de dictar decretos. Su influencia política no admite dudas. En 1822 formaba parte de la Secretaría de Estado de Madrid. No volvió al Perú sino en 1823, cuando la independencia no estaba aún consolidada, y el sol de España bogaba a su ocaso, al menos, en su ámbito ultramarino. Empero, como era un instante de vacilación, mantuvo una actitud de expectativa. Fué de los que se asilaron en los Castillos del Callao, durante las amargas vicisitudes de 1823-24. Estuvo ahí con Torre Tagle, quien de Presidente provisional de la República se convirtió en refugiado bajo la protección de los españoles. Pando logró salir de El Callao, en 1824, merced a un salvoconducto del general Rodil, jefe de la guarnición realista. Curiosa circunstancia dado el carácter de Rodil y el perfil de los sucesos.

Aprovechando el hecho de haber conocido a Bolívar en Roma, se acercó a él y abandonó la causa del Rey. Había escasés de técnicos, problema muy común en las revoluciones. Seguramente, la presencia de Pando cerca del Libertador influyó en la decisión de éste de imponer una Constitución de corte conservador y duración vitalicia. Lo cierto es que, en 1827, o sea al aprobarse la mencionada Constitución vitalicia, Pando fué nombrado Ministro de Bolívar. Por esos días escribió su *"Epístola a Próspero"*, y lanzó un nuevo *"Mercurio Peruano"*, periódico de ideas, muy difundido. Después de la guerra con la Gran Colombia, Pando apoyó al autoritario Gamarra, de quien fué Ministro en 1833. Ese mismo año redactó la *"Reclamación de los vulnerados derechos de los hacendados de las provincias litorales del Departamento de Lima"*, en que defiende los intereses de los ricos contra la posibilidad de que se manumitiera a los negros esclavos.

Los nuevos tiempos se le presentaron hostiles. Entonces, sin más ni más, regresó a España, seguro de que podría incorporarse de nuevo a las actividades políticas. En la Península le esperaban amargos desengaños. No le perdonarían sus



veleidades ni haber servido a gobiernos americanos, antiespañoles. Fué un duro revés. Ello se trasluce en los "*Pensamientos*" que publicó en Cádiz en 1837. También escribió por aquel entonces sus "*Elementos de Derecho Internacional*" (Madrid, 1843), del cual depende su fama. Murió en 1840, amargadísimo (15).

La constancia de la conversión de Pando al partido patriota, es la mencionada "*Epístola a Próspero*". Por cierto, este Próspero, maestro de la Humanidad, señor de los secretos del porvenir no era otro que Bolívar. Publicada en 1826, precisamente cuando el Libertador viraba en redondo hacia una mal disimulada autocracia, en ella se destaca, como apunta Menéndez y Pelayo, "más elocuente que poética". Los consejos de Pando a Próspero lo dicen todo, de suyo:

*Deja ladrar a la calumnia infame  
que, en todo tiempo, vierte su ponzoña  
sobre la alba virtud. ¿Vivir no quieres  
en los siglos futuros? Pues, desprecia  
ruines clamores, miramientos vanos,  
acaso ingratitud; tu misión cumple;  
el duro casco y la coraza arroja;  
y la cándida toga revistiendo,  
dócil a las inspiraciones de Minerva,  
sabias, justas, estables, dando leyes.*

Pando, que había optado por la ciudadanía peruana el año de Ayacucho, para ir en busca de la española, a Madrid, en 1835, organizó en Lima, el año de su "*Epístola*" una asociación en que se rendía constante homenaje a Bolívar. Además, encabezó una especie de partido conservador, y se hizo personero de los "Persas", o sea de los congresales que obedecían los dictados del Poder Ejecutivo. En 1829, el grupo, al

---

(15).—Arona, Juan de (J. P. Paz Soldán y Unanue), "*Páginas diplomáticas del Perú*", Lima, 1891, p. 92 y 97; — "*Carta de Pando a Felipe Pardo*", en el "*Boletín del Museo Bolivariano*", Lima, 1929, tomo I, p. 356; — Pazos Varela, J. F., "*José María Pando*" en el mismo "*Boletín*", tomo I, p. 221; — Menéndez y Pelayo, "*Antología...*", cit., tomo III, p. CCLXII y CCLXIII.

principio formado por Unanue, Vidaurre, Olmedo, José Cervero y Salazar, Andrés Martínez, etc., se vió reforzado con el joven escritor Felipe Pardo y Aliaga, limeño, recién regresado de España. A ellos se sumó don Manuel Ignacio de Vivanco, otro joven aristócrata, como Pardo y Aliaga, de suerte que, pronto, aquello fué un reducto de gustos clásicos y doctrinas conservadoras. Sin embargo, en 1831, admitieron a un vibrante e inquieto espíritu, el gaditano don José Joaquín de Mora, expulsado de Chile por el ultraconservador y todopoderoso Ministro don Diego Portales.

Mora era un hombre lleno de vitalidad y de indisciplina. En Chile había contendido intelectualmente con don Andrés Bello, entonces recién incorporado a dicho país (1829), en donde realizaría una labor hasta hoy en pie. Bello fundó la Universidad de Chile en 1843; redactó el Código Civil chileno y educó a lo más granado de la juventud de dicha nación. Mora, menos adicto a los modelos clásicos y a la tendencia autocrática de Bello, en lo primero, y Portales, en lo segundo, no pudo vencer a la animosidad de ambos, y tuvo que refugiarse en Lima, lugar en donde fundó el Ateneo del Perú. Mora, que era un eximio versificador, ejerció una innegable tutoría literaria en el Perú. Era dueño de una imaginación exuberante, pero frenada por una estupenda maestría técnica. Pardo y Aliaga fué uno de los más conspicuos discípulos del gaditano, cuya aventurera existencia no le impidió consagrar a la literatura lo mejor de su talento. Más aún, a él se debe en gran parte el despertar oficial del romanticismo peruano, y de no pocos países de América, con su extraño poema "*Don Juan*", con sus "*Leyendas Españolas*" y con sus diversas poesías, dos de las cuales constituyen dos largos consejos a don Felipe Pardo y Aliaga sobre lo que pudiera llamarse "método de composición literaria" (16).

---

(16).—Mora, J. J. de, "*Poesías de Don...*", Madrid, 1853; — Amunátegui, M. L., D. José Joaquín de Mora..., "*Apuntes biográficos*", Santiago, 1888.

Juntáronse, pues, en dicha tertulia o grupo los valores más heterogéneos de la intelectualidad peruana, unidos por su fe en la clarividencia del Libertador. Dos de aquella asociación serían de los más decididos sustentadores de la más genial y reiterada idea de Bolívar: conseguir la unidad americana, la anficionía continental, de acuerdo con los sueños de Miranda, esto es, sin excluir a los Estados Unidos de Norteamérica. Era lo que, desde 1822, por lo menos, venía proclamando Sánchez Carrión en "*La Abeja Republicana*". Bolívar nombró a Pérez de Tudela, a Pando y a Vidaurre plenipotenciarios del Perú al Congreso de Panamá. No tuvo éxito, por cuanto se abstuvieron varios países. Los esclavistas del Sur de los Estados Unidos temían que se aprobasen las tesis antiesclavistas de Rousseau, de que era entusiasta admirador Bolívar, y forzaron a su país a no intervenir. El Paraguay, dentro de la órbita aislacionista del doctor Francia, no quería comprometerse a ninguna empresa solidaria. Las Provincias Unidas del Plata se hallaban en guerra con el Brasil, a causa de la posesión de la Banda Oriental, de lo que nacería el Uruguay, como estado independiente. Chile sufría aguda crisis. El Brasil era una monarquía. La presencia de observadores ingleses y holandeses resultaba enojosa. A pesar de los encendidos discursos de Vidaurre y la sagaz campaña de Pando, aquello fué un fracaso. Comentándolo, escribe Raúl Porras:

"El Congreso de Panamá no fué el preludio, sino el epílogo de la fraternidad continental... Ya en la época de la reunión de éste, Bolívar se había decepcionado de la eficacia de éste. Su misma idea inicial de una reunión de pueblos de la misma raza, lengua, religión y costumbres, tal como lo enunció en la carta de Jamaica, había sido desnaturalizada por la invitación de Colombia a Inglaterra, y de México a Estados Unidos, y por la exigencia de Canning de que se invitase al Imperio del Brasil... Convencido de la excesiva grandeza de su sueño, Bolívar empezaba también, como dúctil político que era, a reducir el tamaño de su ideal; sus más adictos partidarios forjaban sociedades secretas para propiciar un imperio menos iluso que el soñado por el héroe, y Pando susurraba al oído



del Libertador el plan más realizable de la Federación de los Andes" (17).

Sucumbió, pues, con pena y sin gloria la esperanza de Bolívar. Todo se derrumbaba ya en torno suyo. Una especie de realismo a ras de tierra reemplazaba el empenachado idealismo romántico de años antes. Esperaban al Libertador en Bogotá, los puñales de la "noche nefanda"; en Caracas, el decreto de ostracismo; en San Pedro Alejandrino, la generosa acogida del español Mier; en la fama, el doloroso precio de su ingreso a ella, a través de una prematura muerte, a los 47 años de su edad, en 1830.

No bien se alejara del Perú rompió a reír, sardónica, zafiamente, la musa de los letrilleros. Uno de ellos el fraile Larriva, sintetizó el estado de ánimo de entonces, en una octava punzante cual pocas:

*Cuando de Españas las trabas  
en Ayacucho rompimos  
otra cosa más no hicimos  
que cambiar mocos por babas:  
Nuestras provincias esclavas  
quedaron de otra nación;  
mudamos de condición,  
pero sólo fué pasando  
del poder de Don Fernando  
al poder de Don Simón* (18).

## II

### EL NACIONALISMO DESCRIPTIVO

Como se sabe, la naturaleza fué uno de los grandes temas de los románticos. Desde el punto de vista económico, los fi-

(17).—Porrás, Raúl, "El Congreso de Panamá", Lima, 1930, p. XCVI-XCVII.

(18).—Larriva, J. J. de, obras en: Odriozola, "Documentos literarios del Perú", tomo II, p. 132, Lima, 1864; — Porrás, R., "D. José Joaquín Larriva", ed. cit., p. 31; — Sánchez, L. A., ob. cit., p. 73; — Riva Agüero, J. de la, ob. cit., p. 37.

siócratas reivindicaron el valor de la tierra como origen de la riqueza, y sostuvieron que el orden social proviene de un orden natural, y que el "producto neto" de la agricultura era lo fundamental en todo *valor* económico. Rousseau, tanto en su tesis del "contrato social" como en la de la pedagogía natural del "*Emilio*" daba primacía a la espontaneidad y al influjo de la naturaleza subjetiva y objetivamente considerada. El paisaje apareció a los ojos de los hombres de aquel tiempo aureolado de insospechados prestigios. Entre nosotros se realizó la misma evolución que Bouvier ha señalado en la literatura europea: de las metáforas de inspiración clásica renacentista, se pasó a las de origen botánico, geográfico o simplemente natural. De ahí la importancia de la generación del "*Mercurio Peruano*", cuyo impulso científico representó una radical oposición al nominalismo colonial.

En efecto, durante el virreinato, los poetas y prosadores concedieron muy poca atención a los elementos externos, proporcionados por la naturaleza. Uno que otro rasgo descriptivo en el "*Apologético*" del "Lunarejo" y en la "*Vida de Santa Rosa*" del Conde de la Granja, no salvan el vacío perceptible en el lapso transcurrido desde los "*Comentarios Reales*" (1609) del Inca Garcilaso, flor de sensibilidad del paisaje y del nombre, hasta la oda "*Al Autor del Mar*" (1810), descontando, claro está, los párrafos necesariamente enumerativos de los cronistas, dedicados a revelar un mundo inédito. En cambio, Bolívar y sus contemporáneos, cuando no aciertan en la exactitud gráfica, al menos, sí, en la sugestión, en lo que proponen o entrevén. El propio Libertador rinde culto al paisaje en mil oportunidades. De manera palmaria, se advierte en la escenografía con que rodea su juramento en el Monte Aventino. Nada hace falta allí para rubricar un carácter entre melodramático y sencillamente romántico. Años después, pasada ya la mocedad, en la ceja misma del triunfo, se detiene ante otra cumbre, la del Chimborazo, y delira lúcida y dramáticamente ante el espectáculo:

"Yo venía envuelto con el manto del iris, desde donde paga su tributo el caudaloso Orinoco al Dios de las aguas. Había

visitado las encantadoras fuentes amazónicas, y quise subir a la atalaya del Universo. Busqué las huellas de La Condamine y de Humboldt; seguías, audaz; nada me detuvo; llegué a la región glacial, y el éter sofocaba mi aliento. Ninguna planta humana había hollado la corona diamantina que pusieron las manos excelsas de la Eternidad, en las sienes excelsas del dominador de los Andes”.

Así escribe y describe Bolívar en “*Mi delirio sobre el Chimborazo*”, lírica página de frenética beatitud. Cierta que mezcla los espectros objetivos a los subjetivos, quizás con excesivo predominio de éstos, pero, de todos modos, pinta con deleite.

Desde antes, unos doce años, Mariano Melgar había ya dejado su nota de curiosidad paisajista en la célebre Oda “*Al Autor del Mar*”:

*El mar inmenso viene todo entero,  
ya parece tragarse el continente,  
aviva su corriente,  
y en eterno hervidero,  
choca, vuelve a chocar; ya sobre el mundo  
mayor que el primer golpe da el segundo (19).*

No cabe duda de que en este fragmento, y los que le preceden y continúan, aparece un claro sentimiento de amor a la naturaleza. El mar vive porque vive, sin mezclas ajenas a su esencia. Lejos de hincarse a rezar, prefiere el poeta alabar al Creador, pintando lo mejor que puede la hermosura de lo creado. Y es tan profundo este sentimiento y tan visible tal actitud, que Melgar será el único poeta de su tiempo que cante “*A la soledad*”, mas no con tonos de Fray Luis, sino con los propios.

De cuando en cuando, en las “*Cartas Americanas*”, se asiste al espectáculo de un Vidaurre pugnando por afinarse y cumplir la difícil hazaña de entregarse a la contemplación de algo que no fuese él mismo. Fracasa. Su espíritu no estaba hecho sino al vocerío y frenesí del poseído.

---

(19).—Melgar; ob. cit., p. 108.



Me atrevería aquí a insinuar una consideración algo audaz. En el culto a la Libertad, propio de esos días, se evidencia una mezcla de sentimiento de la naturaleza y de emoción religiosa. No se expresan los escritores con tono de mesura, sino que divinizan o hiperbolizan cuanto rozan. Igual montes que océanos, valles que istmos, o libertad y tiranía. Pero, a la Libertad, —“mi ídolo”, la llama Sánchez Carrión— como a la República, suelen adorarla por manera singular, religiosamente. Tal vez, no sea una religiosidad profunda, sino superficial y decorativa, pero, como se la juzga, es la primera expresión general de ese tipo, en el sentido de buscar motivaciones, sobrepasando las apariencias litúrgicas. En tan inesperado y cívico *“Cantar de los Cantares”*, el Esposo será Bolívar o San Martín; la Esposa, nadie más que la Libertad. Existe una relación tan estrecha entre la política y todo cuanto cae bajo el dominio del hombre, que inclusive al tratarse de traducir piezas bíblicas, por ejemplo, los Salmos de David, el Doctor Valdés, mulato y sabio, como se vió antes, dejaría filtrar alusiones al momento en que vivía como si el Salmista pudiera ser, también, de alguna manera, correligionario o capataz de meznadas bolivarianas o antibolivarianas.

De tan repentina y febril exaltación fácilmente se pasa al tibio conformismo. Las necesidades económicas, con su terca impertinencia, consiguen volver al orden a los soñadores, por contumaces que sean. Los Poetas politiqueros acaban escuchando a las conveniencias que los acerquen al Poder, antes que a las Musas. Como todavía no se había perfeccionado la “división del trabajo” en la flamante República, los más inteligentes son los que más suenan; los que más suenan, son los que más publican; los que más publican son los más ambiciosos o, a veces, más aptos; o sea que los que más suenan deben ser los más aptos y ambiciosos, y, por tanto, quienes se mezclen con mayor asiduidad en la “cosa pública”. Olmedo empezará como poeta; se torcerá hacia el parlamento; se recuperará a la poesía nacional; pero acabará cantando una hazaña política (Flores y Miñarica) y sometido al pro-

toloco diplomático. Pando, ya se dijo, empieza y acaba siendo secuaz de autocracias, de las que anhela ser el servidor por antonomasia, para lo cual emplea la poesía —“*Epístola a Próspero*”— a modo de escabel.

El problema literario de entonces se reduce, en realidad, a muy poco. Roto el vínculo colonial, el Perú, como los otros países de América, ha buscado ajustar su paso a un nuevo ritmo, inencontrado entonces. La identidad de idioma y la ausencia de tradición estética propia, pues la que hubo antes del Virreinato, se expresaba en distinta lengua, obliga a volver, malhumoradamente, a lo español, que en aquella fecha, por readquirir su forma, se ha replegado en un neoclasicismo menos de fondo que de apariencia. Así se explica por qué Moratín y Lista ejerzan tanta influencia por manera directa o por la vía de sus discípulos, en la literatura americana. Felipe Pardo y Ventura de la Vega serán dos de los agentes mejor provistos de aquella mercancía espiritual.

Oigamos lo que el Doctor Valdés, el tantas veces mentado médico mulato traductor de David, expone en el prólogo de su “*Salterio Peruano*”, en 1833:

“Ojalá los sublimes genios peruanos de toda clase, estado y condición, desechen para siempre a las musas profanas e invoquen el divino numen para cantar con David, la grandeza, maravilla y beneficio del Omnipotente”.

Pues bien, a pesar de esos términos y de que la obra está dedicada “A María Santísima”, no evita cierto acento alusivo cada vez que se lo permite el texto. He aquí como “parafrasea” el Salmo I:

*Feliz el hombre que jamás admite  
De los necios impíos el consejo;  
Que de los pecadores, el camino  
Anchuroso y florido deja presto;  
Que nunca se sentó en la pestilente  
Cátedra donde enseñan los perversos  
Dogmas erróneos y doctrinas falsas,  
Que la virtud corrompen de los pueblos.*

Trasluce esta estrofa algo que debiera de haber alarmado a

los políticos, de haber sido capaces de ver más adentro de la superficie. El frenesí revolucionario había alborotado en demasía y levantado escoria, en lugar de espuma, con frecuencia. Tratábase —y así lo pretendió Bolívar, a través de su Constitución Vitalicia— de ajustar un orden nuevo. Coincidió en cierta medida con lo que el Arzobispo González de la Reguera pretendiera llevar a cabo, utilizando al Presbítero Matías Maestro y su libro “*Orden Sacro*”. De ahí, también, repito, el auge de Lista y Moratín, a través de Pardo y Aliaga y del propio Mora. De ahí, el apogeo del severo Gamarra.

Las meras descripciones y paráfrasis traducen, como expresiones menos recusables, semejante estado de ánimo.

Pero, el romanticismo interrumpido, vuelve a poco a la carga. Carecerá ahora del soplo heroico de Bolívar y su tiempo, pero recibe la inspiración más bien aventurera y ya bohemia de Byron, a través de sus versiones criollas de nuestro 1848, y sentirá el aguijón de Fernando Velarde, español incansable, a quien tanto debieron las letras del continente. No obstante, mientras despierta el romanticismo adormecido, nuevos y viejos escritores practicarán, quizás como contrapeso a la exaltación bolivariana, una suerte de clasicismo de contenido o forma nacionalista; contribuirán a ello extranjeros como J. J. de Mora; semiextranjeros como Pardo y Olmedo; peruanos extranjerizantes como Pardo y Aliaga. Casi todos se deslizan, de un modo u otro a una especie de “nacionalismo descriptivo”, pictórico, casi puro costumbrismo, uno de cuyos exponentes será el clérigo Larriva, el más leal a su índole, pues, cultor del chiste, el sarcasmo y la murmuración criollas les rendirá pleitesía sin ninguna intermitencia:

*El tal don Simón  
nunca ha sido santo  
de mi devoción,*

dirá en una letrilla destinada a zaherir al Libertador en derrota, al par que a justificar las veleidades del autor.

Se inicia el *costumbrismo*, caricatura del nacionalismo,



su más animada y servil excrecencia. Larra —romántico de fondo, pero realista por el método— dictará, desde España, impresionante cátedra de individualismo y costumbrismo. A través de ésta última tendencia, la costumbrista, se pactará una tregua entre los protorrománticos bolivarianos y los románticos confesos de más tarde. Por la escala del individualismo, nuestros postclásicos treparán ávidamente a los balcones del romanticismo. El caso de Pardo y Aliaga es ejemplarizante. Nuestros protorrománticos se deslíen en zumba criolla; el afán clasicoide, en anticriollismo que, a contrapelo, resulta sólo otra faz del criollismo. En medio de tales distingos, unos sutiles, otros gruesos; en medio de clásicos y protorrománticos, de costumbristas y académicos, de criollistas y anticriollistas ¿cuál fué realmente nacional? Cuando Pardo y Aliaga haga representar sus "*Frutos de Educación*", de tendencia costumbrista y anticriolla, Larriva le atacará en nombre del costumbrismo criollo. No se podría decir quién tiene la razón, si es que la razón se busca en literatura. Ambos expresan modos diversos de una realidad confusa.

Para aquel entonces, ya sólo quedaba del primitivo y hermoso ímpetu emancipador, la bastarda ambición de cuantos, por haber cooperado de algún modo a la independencia, creíanse llamados, por derecho divino, a disfrutar de los réditos del poder político. Como único airón, se mantendrá el ansia de poder. Tras de haber vencido a España, los generales de la Independencia, como los del Bajo Imperio, en Roma, se arrojan a luchas intestinas, a despedazarse en contiendas feudales. En medio de aquel tumulto, un remanso intelectual, se convierte en adiestramiento para restaurar lo viejo y tornar a lo indeseado. El costumbrismo en cambio contiene los gérmenes de un quizás frustrado intento de escudriñar lo propio, de descubrir una riqueza genuina. A nadie extrañe, pues, que la *costumbre*, en vez de ser un punto de llegada, sea un punto de partida, y, en todo caso, una referencia ineludible para establecer cualquier juicio sobre esta época árida, apasionada, confusa, en insatisfecho e inacabable anhelo de hallarse a sí misma.



## CAPÍTULO CUARTO

### DE LA REGION AL UNIVERSO

*“La Revolución de la Independencia había quedado reducida al cambio de personas; había venido a ser una burla a la República, y, sin aventurarnos mucho, podemos asegurar que había empeorado la condición material del país y aún las garantías del individuo... Eramos una monarquía en el fondo, con el traje indeciso de la República”.*

*Manuel Bilbao, “Historia de Salaverry”, Lima, 1858, p. 199-200.*

#### I

#### EL COSTUMBRISMO: LARRIVA

Para muchos, la personalidad de Mariano José de Larra se vincula, aunque indirectamente, a uno de los períodos más importantes de la historia literaria del Perú. No es tanto por lo que coinciden cronológicamente, sino porque Larra encarna un proceso intelectual análogo al producido en aquella época entre nosotros. No pretendo que hubiera una imitación servil. Sostengo que, por ejemplo, la mezcla de realismo y romanticismo encarnada por aquel costumbrista es una consecuencia inmediata de los sucesos externos e internos que acompañan toda evolución hacia la independencia política. Por algo coinciden tan de veras en el tiempo el costumbris-



mo norteamericano y el suramericano, apenas ambas partes del continente se proclaman autónomas de sus respectivas metrópolis. Washington Irving personifica algo semejante a lo que Larriva, Segura y Pardo en el Perú apenas emancipado. Sobre esto cabe meditar mucho.

El suicidio de Larra es la resultante de la combinación de realismo y romanticismo a que he aludido; ella constituye una de las características de aquel amanecer costumbrista, con que, a través de los rasgos externos, se trata de tipificar un fenómeno internamente distinto a los precedentes. La deificación de la *costumbre local* traduce un amor romántico a lo inmediato, martirizado y vejado por una realidad inferior.

La tragedia de Larra se reproduce, parcialmente, en la vida intelectual peruana de 1828-1848. Son veinte años durante los cuales se plantea y agita la misma antinomia entre tradición y costumbre, entre el lirismo ancestral y los hechos opresores. De ahí no se escapa sino riendo... o suicidándose. Los nuestros optaron por lo primero; Larra, por lo segundo. Larra quería que la literatura reflejase *verdades*, antes que formas, y afirmó que aquellas se encuentran en las circunstancias que moldean el medio social donde vive un escritor. Decía así en 1836 en su artículo titulado "Literatura":

"Rehusamos, pues, lo que se llama en el día literatura entre nosotros; no queremos esa literatura reducida a las galas del decir, al son de la rima, a entonar sonetos y odas de circunstancias, que concede todo a la expresión y nada a la idea; sino una literatura hija de la experiencia y de la historia, y faro, por tanto, del porvenir, estudiosa, analizadora, filosófica, profunda, pensándolo todo, diciéndolo todo en prosa, en verso, al alcance de la multitud ignorante aun; apostólica y de propaganda; enseñando *verdades*, a aquellos a quienes interesa saberlas, mostrando al hombre, no como debe ser, sino *como es*; para conocerle; literatura, en fin, expresión toda de la ciencia de la época, del progreso intelectual del siglo" (1).

---

(1).—Larra, M. J. de, "Artículos críticos", edición "La Lectura", Madrid, 1923, p. 197.

De acuerdo con el ímpetu romántico, Larra se colocaba así contra el clasicismo formalista. En España y sus excolonias ultramarinas, los escritores sin saberlo ni quererlo se aproximaban al anhelo de "Fígaro". Martínez de la Rosa y Meléndez Valdés alternaban la poesía con graves tareas de estadistas. El Duque de Rivas era, a la vez que autor de dramas romancescos, hombre de gobierno. Quintana cedía a la tentación política de su hora.

La restauración borbónica evidenció numerosas contradicciones. El "Vivan las cadenas" de los fernandistas peninsulares trascendió a América. Atravesábamos por una etapa de reacción antibolivariana, pero, sin embargo, autocrática. Al extinguirse los próceres de la Independencia, surgieron —albaceas espontáneos— generales ambiciosos y doctores voraces, tras de cuyo rastro se alinearon los escritores. De las "Gacetas" más o menos oficiales, y de los salones más o menos literarios, zarparon, en procura de mando, publicistas y poetas: Olmedo, Pando; más tarde, Pardo y Aliaga, Herrera, Vígil, Lazo, Casós, los Cisneros, Lavalle, Paz Soldán, Palma.

Inhábiles aún para juzgar los temas profundos, se regodeaban en las apariencias, no por superficialidad, sino por inadaptación o falta de adiestramiento. Esa es la causa por la que, tocante a los asuntos de presente, caen en el *costumbrismo*, y tocante a los del pasado, en el *tradicionalismo* o *leyendismo*. Con ambos elementos bien se pudo fortalecer las bases de un romanticismo quizás muy local; mas supervivían excesivos elementos coloniales, predominaba demasiado la retórica, y entre la Iglesia, con sus aspectos litúrgicos, y las supervivencias virreinales con su tendencia a la etiqueta, frustraron la aparición instantánea del romanticismo peruano, ya anunciado y preludiado por el Inca Garcilaso, en el Seiscientos; por el clima prerrevolucionario de nuestros enciclopedistas de fines del Setecientos y por Melgar en el Ocho-cientos. En cambio, Argentina, donde los rezagos virreinales y la influencia de la Iglesia fueron menos poderosos, asistió a un florecimiento cuasi pleno de la tendencia romántica desde 1830, quizás inspirado y fortalecido por el ambiente

patético propio de la sangrienta tiranía de don Juan Manuel de Rosas y de la correspondiente oposición de sus ilustres adversarios.

A pesar del frenesí característico de la época de la Independencia, el romanticismo incipiente entonces sufre un brusco retroceso o estancamiento. Sin duda, la importancia de la tradición académico-clerical pesaba mucho. Por eso, preséntanse entonces tan dispares movimientos, lo cual, por otra parte, enriquece la vida intelectual del país, aunque le resta el ímpetu pleno que tal vez le hubiera dado primacía entre los movimientos románticos, nunca más propicios que entonces. Me atrevo a esbozar una síntesis de aquellas encontradas corrientes de la manera que sigue:

- (A) Hacia lo inmediato o local: *costumbrismo*;
- (B) Hacia lo remoto en el espacio o universo: *humanitarismo*;
- (C) Hacia lo remoto en el tiempo, o pretérito: *tradicionalismo*.

La corriente (A) a su turno se subdivide en:

- (a) criollista, y
- (b) anticriollista;

La corriente (B) se subdivide en:

- (c) liberalismo, y
- (ch) conservantismo.

La corriente (C) se subdivide en:

- (d) historicismo, y
- (e) leyendismo.

En general, salvo la primera de estas tendencias que trató de nutrirse de los hechos nacionales inmediatos, las otras cultivaron, más bien, algo que podría denominarse provisoriamente *lejanismo*, o sea, afición a todo lo remoto bien fuera en el *espacio* o bien en el *tiempo*, y es ahí donde mejor se define y encuentra a nuestros románticos.



Antes de entrar de lleno en el estudio de nuestros clásicos del (A) costumbrismo, conviene examinar aunque sea someramente la figura de uno de sus más prominentes precursores, a quien le tocaría batallar, valiéndose de fisgas y bromas, contra el más caracterizado de los anticriollos. Me refiero al varias veces mencionado clérigo Larriva (2).

Había nacido don José Joaquín de Larriva y Ruiz en Lima, en 1780, y murió en la misma ciudad el 21 de febrero de 1832. Se educó en el Colegio de San Carlos, teniendo como orientador al probo don Toribio Rodríguez de Mendoza, maestro de la juventud peruana de su época. La Inquisición denunció a Larriva por leer libros prohibidos, de aquellos que había llevado a Lima el infatigable Padre Jeronimiano, Diego de Cisneros. Coronó don José Joaquín sus estudios con el doctorado en Cánones y Leyes, y llegó a ser catedrático de Prima de Psicología. Al par seguía estudios eclesiásticos, que también concluyó con éxito. La verdad es que, a juzgar por el carácter de los frutos de su ingenio, Larriva no tuvo mucha vocación religiosa. Tampoco le entusiasmó la Independencia. En 1807, el Virrey Abascal, quien no tardó en protegerle abiertamente, fué saludado en la Universidad por Larriva, cuyo discurso panegírico es una pieza de verdadera elevación y belleza formales. Junto con Olmedo tomó parte en la ceremonia oficial para deplorar la muerte de la princesa María Antonia de Borbón, oportunidad en la cual, mientras el guayaquileño leyera sus famosos versos, el limeño se hacía cargo de la correspondiente Oración Fúnebre, por encargo del Virrey. Se cree que, también por encargo gubernativo, viajó a España en 1809, a colaborar con la Junta Cen-

---

(2).—El mejor trabajo sobre Larriva es la conferencia que dictó Raúl Porras en el Conversatorio Universitario organizado por la Federación de estudiantes del Perú, en 1919. Se publicó en un folleto ya citado: "*Don José Joaquín de Larriva*" (Lima, 1919; pp. 17-44). Puede consultarse, además, el tomo II de los "*Documentos Literarios del Perú*" por don Manuel de Odrizola, Lima, 1864; — "*Vida Intelectual de la Colonia*" por Felipe Barreda y Laos, Lima, 1909, p. 392 y siguientes; — los periódicos "*El Investigador*", "*El Argos Constitucional*", "*El Nuevo Depositario*", citados en el texto, capítulo anterior.

tral de Madrid, contra Bonaparte. Poco después, en 1812, Abascal, siempre Abascal, le nombraba Capellán del Regimiento de la Concordia, llamado así en honor del Virrey quien era Marqués de la Concordia. Valido de tal apoyo, y aprovechando de las libertades nacidas de la Constitución de Cádiz, Larriva se dedicó al periodismo satírico en *"El Cometa"* (1811-14) en que atacó al atrabiliario y vanidoso español Gaspar Rico y Angulo, sostenedor del periódico liberal *"El Peruano"*. También parece que contribuyó a redactar *"El Verdadero Peruano"*. Mas donde luce eso que Porras llama el "don limeño de saber burlarse" al par que justifica el calificativo de "nuestro primer poeta cómico", que el mismo crítico le otorga, es en las páginas de *"El Investigador"* (1813-1814) y en su poema jocoso *"La angulada"*, enderezado contra Rico y Angulo.

He aquí una animada síntesis de dicho diario, espejo de las costumbres limeñas, justificativo del dictado de "costumbrista", bien ganado por Larriva:

*"El Investigador"* revive pormenorísticamente la vida de la ciudad, y merece que le dedique alguna atención. La vida limeña de esos días está reflejada en sus páginas. Reviven los tipos característicos y las costumbres inveteradas. Una sensación de flojedad, de holgazanería burocrática, de ñoñería espiritual se exhala en la Lima de entonces a través de las páginas de este diario diminuto. En una sensación semejante a la que Azorín ha reflejado de los jardines de Castilla. Sensación de abandono, de vejez, y de laxitud. Como en el cuadro de Azorín, fuentes de piedra con el agua verdosa y estancada; faroles retorcidos y polvorientos con los cristales rotos; jardines abandonados, invadidos por la maleza; el suelo guijaroso, desigual. Por todas partes, la exhibición muda de la pereza castellana.

"No era Lima la ciudad encantada, mística y olorosa que nos pinta la colorista historia de Vicuña Mackenna. La ciudad que brota de estas páginas era pobre, sucia, destartalada y oscura. El incienso no era suficiente para dominar el hedor de las calles, convertidas en muladares por la falta de vigilancia y la indiferencia de todos. Las acequias malolientes se desbordaban a menudo. Una bestia de carga, un famélico

can expiraba en la vía pública y no había por muchos días quien retirara de ella los fétidos despojos. Alguno construía una casa y los materiales y los desperdicios invadían la calle. En la noche, la ciudad quedaba en tinieblas. Los vecinos no obedecían las ordenanzas que imponían la obligación de mantener una luz en los muros de sus casas. Los transeúntes nocturnos eran atacados por los bandoleros... Idéntico abandono en el orden moral... La enseñanza ofrecía idéntico decaimiento... Esta es la Lima que refleja "*El Investigador*"... (3).

Larriva no sintió ninguna inquietud revolucionaria. Su amistad y adhesión al Virrey Abascal, le alejaba de tales tentaciones. Después del retiro del Marqués de la Concordia, tampoco varió su conducta. En los precisos instantes en que se acababa de proclamar la Independencia, se entretuvo, desde las páginas de "*El Nuevo Depositario*" (13 de agosto a 16 de diciembre de 1821) en atacar al mismo Rico y Angulo objeto de sus preocupaciones e iracundias. Rico y Angulo publicaba "*El Depositario*" calificado por Vicuña Mackenna como de "especie de cloaca ambulante". Pero, la verdad es que Rico y Angulo no se hallaba en Lima, sino que se había retirado con los españoles de Lima, a comienzos de julio del mencionado año de 1821. Sin embargo, Larriva no se manifestaba decidido partidario de la Independencia. Esperó hasta 1824, ya definida la victoria de ésta, para aparecer en Huamanga, pronunciando un sermón en homenaje a los caídos en la batalla de Junín. La presencia en dicho acto de Sánchez Carrión, Ministro del Libertador, hace pensar en cierta intervención del "Solitario de Sayán", a favor de quien fuera su discípulo y amigo en los claustros del Colegio de San Carlos. En 1826, indiscutible el apogeo de Bolívar, Larriva pronuncia el elogio de éste en la ceremonia con que le recibió la Universidad de San Marcos.

Esta conducta suya la explicaba Larriva diciendo que, en los primeros días de la guerra emancipadora, no encontraba diferencia entre el absolutismo virreinal y la naciente

---

(3).—Porras, Raúl, folleto citado, p. 23-24.

autocracia republicana. Bolívar le había revelado el trasfondo nobilísimo de la causa emancipadora. Sin embargo, fué vana excusa, porque apenas Bolívar perdió influencia, Larri-va le endilgó, entre otros, los populares venablos de dos composiciones suyas, en las cuales dice:

*Pero aun fuera de ésto  
el tal don Simón  
nunca ha sido santo  
de mi devoción;*

y la ya transcrita:

*Cuando de España, las trabas  
en Ayacucho rompimos, ..  
otra cosa más no hicimos  
que cambiar mocos por babas!  
Nuestras provincias esclavas  
quedaron de otra Nación,  
Mudamos de condición,  
pero sólo fué pasando  
del poder de Don Fernando  
al poder de Don Simón (4).*

El "cojo" Larriva se había hecho famoso por su repentismo y mordacidad. Ya he referido el episodio con el canónigo Echegaray. Más tarde, en 1828, empezó a satirizar la tendencia anticriolla, y en 1830, desde el nuevo "*Mercurio Peruano*" atacó duramente a don Felipe Pardo y Aliaga, quien, recién llegado de Europa, estrenaba "*Frutos de Educación*". Tal polémica, a la que luego me referiré con mayores detalles, dió campo a Larriva para lucir el esplendor de su ingenio. Fué, en realidad, lo último que hizo, pues aparte de una paliza que le propinaran por Pardo y Aliaga, no se conocen otros incidentes en aquellos dos últimos años de su existencia, concluída, según queda dicho, en 1832.

De "espíritu inquieto y desadaptado", de "irritable" e "hipocondríaco" le tilda Porras, quien, sin embargo, le salu-

---

(4).—Odriozola, M. de, ob. cit., tomo II, p. 132.



da como un "precursor del peruanismo literario". Tal vez sea esta última una connotación un tanto excesiva. Si, por su cultivo del costumbrismo, en realidad fué un precursor del criollismo literario, en cambio, su versatilidad impenitente, su mordacidad insanable, su prontitud para el arañazo, su afición a cebarse en los pequeños detalles risibles, su entrañable falta de caridad están muy lejos de recomendarlo como prototipo del espíritu peruano que posee tantas y tan múltiples facetas, y en el cual se mezclan melancolías indias, exaltaciones mestizas, prudencias tradicionales. Larri-va, además, distaba mucho de las características aficiones a lo clásico con que Riva Agüero pretende distinguir el genio literario del Perú (salvo en los sermones); y en cambio se dejaba arrastrar por la improvisación, por el sonsonete, por la perturbada y aguda visión del defecto chico, del detalle chistoso, por cruel que fuese. "Poeta cómico", sí, y poeta satírico, desde luego, pero ¿hasta qué punto y en qué medida es la sátira expresión predominante del carácter literario peruano? Una revisión de nuestra huella en las letras, desde el Inca Garcilaso hasta César Vallejo, desde Espinosa Medrano hasta José María Eguren, desde Peralta hasta Chocano, desde "Amarilis" hasta "Martín Adán", desde González-Prada hasta Mariátegui, señalan algo más, mucho más que comicidad y humor satírico en el genio literario del Perú.

## II

### EL DEBATE DEL CRIOLLISMO: PARDO Y SEGURA

Riva Agüero, crítico en una época bastante objetivo, y, en todo caso, insospechable de preferencias por los elementos populares de la literatura, escribe lo siguiente, respecto al ambiente literario de la sociedad *limeña* —centro único de la actividad intelectual peruana— entre los años de 1824 y 1845:

"En la literatura clásica peruana de los dos primeros decenios posteriores a la independencia, el español que tuvo más

directo influjo fué el ilustre gaditano don José Joaquín de Mora, tan fácil y diestro versificador. Principalísimo concurrente a la tertulia conservadora de Pando, colaborador del nuevo "*Mercurio Peruano*", director de un afamado colegio, fundador del "Ateneo del Perú", y sustentador de sus conferencias, secretario y consejero muy escuchado del Protector Santa Cruz durante la Confederación, adquirió considerable importancia en la vida política e intelectual de ese período... Con todo su clasicismo, abrió la puerta al romanticismo histórico y al subjetivo, por los asuntos de sus "*Leyendas Españolas*", por sus versiones de las novelas de Walter Scott y por sus elogios e imitaciones de los poemas de Byron. Igual cosa puede decirse del atildado satírico limeño Felipe Pardo, que fué de los más queridos discípulos de Lista y de complexión moratiana.....

...Apartado del grupo académico de Mora y Pardo, mucho más en contacto con la vida popular, y embebido en los costumbristas españoles, aparece Manuel Ascencio Segura, que produjo un teatro regional, pintoresco y sabrosísimo, digno de competir con los mejores sainetes de don Ramón de la Cruz" (5).

Dos hechos fluyen de esta larga cita, cuyo origen, repito, elimina toda sospecha de parcialidad en favor de la tendencia popular encabezada por Segura: (a) coexistían entonces, de un lado el "atildado satírico limeño", Felipe Pardo y su grupo, y (b) del otro, Segura, padre de un teatro "regional, pintoresco y sabrosísimo", "más en contacto con la vida popular". En otros términos, se plantea la alternativa, a veces dilema, entre el academismo y el popularismo literarios, ya patentes desde fines del siglo XVIII.

Desde luego, Pardo y Segura, es decir, el hispano colonialismo y el criollismo mestizo, coinciden en su campo de aplicación: *la costumbre*. Esta se convierte en algo así como la piedra de toque de la literatura. Tal es como Pardo y Segura ganan en importancia, no ya por sus biografías — documentos demasiado personales— sino por el significado de las tendencias que representan. Los academistas se aproximaron a la costumbre, es decir, al aspecto exterior y pin-

---

(5).—Riva Agüero, J. de la, "*El Perú histórico y artístico*", Santander, 1921, p. 164 y 165.

toresco de la realidad nacional, en actitud patronal, de captores; los criollistas zarparon de la costumbre como alborozados propagandistas. Pardo y sus discípulos consideran a la costumbre como algo por corregir y aprovechar; Segura, como algo para corregir y servir. Alguna vez escribí que ambos podrían ser comparados con Cieza de León y el Inca Garcilaso, por cuanto mientras el primero describe el Perú para utilizarlo mejor, el segundo lo evoca y pinta porque se deleita con su imagen y recuerdo. No suscribiría íntegramente ahora tal juicio. Desde que lo publiqué he tenido oportunidad de estudiar con muchísima más atención las obras de Pardo y Segura, y no podría eliminar de ellas, cual denominador común, el ánimo crítico. De todos modos, surge, por ejemplo con respecto al Carnaval, una diferencia radical entre los dos: mientras Pardo sólo ve en esa fiesta motivos de oprobio, Segura no encuentra sino razones que a buen humor convidan. Ciertamente, en pequeño y a la sordina, se reproduce allí el espectáculo de los emigrados franceses y los "sans-culotte". Pardo fué algo así como un "emigrado en su propia tierra". Segura un, paradójicamente, enlevitado "sans-culotte".

La peripecia biográfica de estos dos escritores ofrece mejor fundamento para entender sus obras y juzgarlos a ellos mismos.

\* \* \*

Manuel Ascensio Segura y Cordero nació en Lima, a lo que parece, el 23 de junio de 1805. Su padre fué el teniente del ejército español don Juan Segura, probablemente nacido en Huancavelica (Perú), hijo de padres peninsulares; y su madre, doña Manuela Cordero, oriunda de Lima o también de Huancavelica (6). Manuel Ascensio, como vástago de militar del Rey, recibió juvenil grado de cadete. Combatió en

---

(6).—Sánchez, L. A., *"El Señor Segura, hombre de teatro"*, Lima, 1947. Debo referirme siempre a este libro mío, en el cual se encuentra compendiado todo cuanto se conoce acerca de Segura, a base de documentos originales y obras inéditas.

Ayacucho contra las tropas libertadoras, al lado de su padre. Más tarde habría de ocultar celosamente este hecho. Sin embargo, en su comedia "*La Espía*" (1851) evoca aquellos sucesos y, casi repitiendo a Larriva en sus dos veces citada décima, escribe Segura:

*Ya del cañón de Ayacucho  
no se oía el estampido,  
ya hasta el último cartucho  
se había allí consumido,  
ganando renombre mucho  
el gran ejército unido,  
y Bolívar en el mando  
reemplazaba al Rey Fernando.*

La familia Segura-Cordero era adicta a la iglesia, como casi todas las de su tiempo. El padre, el teniente don Juan, sufrió molestias a causa de su monarquismo durante algunos años. Después se lo perdonaron. Manuel Ascensio siguió la carrera militar. Fué devoto del autocrático Gamarra. En 1831 ganó el grado de capitán. Hacia 1833 ó 34 escribió su primera comedia, "*La Pepa*", que no llegó a representarse, pero en la cual se ataca duramente a los militares, que tenían el privilegio

*de romper impunemente  
de un paisano la cabeza  
por quitame allá esas pajas.*

Cuando la Confederación Peruboliviana, Segura abrazó la causa peruanista personificada por el joven y audaz general Salaverry. Le destinaron como administrador de la Aduana de Huacho. Pero, le encontramos, después, entre los prisioneros tomados por los bolivianos en Camaná. Se libró de la muerte, difícilmente. Después de vencida la Confederación, por el combinado ejército chileno-peruano, el nuevo presidente Gamarra llamó a filas a Segura. El 12 de setiembre de 1839, estrenaba su primer juguete escénico "*Amor y Política*", cuyo texto se ha perdido. No obstante, esas dos palabras, amor y política, definen la obra entera de Segura,



siempre girando en torno de ambos asuntos. Como en aquel tiempo se había fundado "*El Comercio*", periódico del chileno Amunátegui y el peruano Villota, Segura se hizo miembro de su redacción, o, al menos, de su tertulia. En esos días, quizás al mismo tiempo que "*Amor y Política*" estrenó su primera comedia seria: "*El Sargento Canuto*", fuerte ataque al militarismo, entonces dominante en el Perú. Poco después inició la publicación de "*La Bolsa*" donde se insertaron muchos de sus artículos de costumbres (7).

Después del clamoroso éxito de "*El Sargento Canuto*", Segura se lanzó a escribir "*Blasco Núñez de Vela*", drama histórico en 6 actos, estrenado el 5 de enero de 1840, pero cuyo original se ha perdido. El teatro limeño atravesaba entonces dura crisis por escasez de público y falta de utilidades de los empresarios. La Compañía de Carlos Fedriani se negó a trabajar, y aunque Segura intervino, provisto de autorización gubernativa ad hoc, el hecho es que poco a poco fué extinguiéndose el entusiasmo por el arte escénico, y hubo de encarar la ausencia de elementos para desarrollarlo.

Don Felipe Pardo, que ya había incursionado en la comedia, y había sostenido violenta polémica con Larriva, publicó "*El Espejo de mi Tierra*", hoja eventual destinada a criticar los usos y costumbres criollos (1840). El coronel Bernardo Soffia, compañero de Segura en sus lides teatrales, decidió publicar "*Lima contra el Espejo de mi Tierra*", a raíz de lo cual se entabló pintoresco cambio de letrillas entre Pardo y Segura, ninguno de los cuales firmó las correspondientes (8). Segura se entregaba a preparar los primeros números de "*La Bolsa*", tácita respuesta al anticostumbrismo de Pardo. El 5 de enero de 1841, estrenó en el Coliseo de Comedias dos obras a un mismo tiempo: "*La Saya*

---

(7).—Segura, "*Artículos, poesías y comedias*", Lima, 1885. Ahí se dice que "*El Sargento Canuto*" fué estrenada el 12 de septiembre de 1839, aunque no he podido compulsar, como en otros caso, el dato, a mi juicio erróneo. Pero, días más o menos, carece de importancia.

(8).—He reproducido este material jocopolémico en mi citado libro "*El señor Segura, hombre de teatro*", p. 60 a 63.

y *Manto*" y el entremés "*La Mozamala*" nombre éste último de un baile muy popular. En "*La Saya y Manto*", Segura hace su propia defensa, pues, parece, le acusaban de plagiarlo o algo así. Se desprende de lo siguiente:

*Dos o tres comedias más,  
se me ha dicho que ha compuesto...*

*Dicen también que, en un tiempo,  
fué militar no sé donde...*

*Un militar que es lo mismo  
que si dijéramos ahora  
un borrico o un podenco...*

*...Toma un retazo de Lope,  
de Zamora o de Morato,  
y otro de Corneille, y otro  
de Moratín o Trigueros,  
y está el negocio concluido...*

*Mejor me voy a un café  
y paso la noche viendo  
jugar (al) billar, que no  
rabiando en el Coliseo.*

El argumento trata sobre lo consabido: el uso de los encantos femeninos para conseguir un empleo público, y la pérdida de éste por represalias políticas.

Lima se había, al fin, aficionado nuevamente al teatro, a lo cual contribuía la presencia de una compañía de Opera Lírica, tema de un artículo de Pardo: "*Opera y nacionalismo*". Segura estaba muy ocupado en escribir artículos de costumbres y letrillas contra el mariscal boliviano Santa Cruz (1841). En 1842, siendo Sargento Mayor, se retiraba Segura del ejército. Al año siguiente se casaba con doña María Josefa Fernández de Viana. Poco después, estrenó "*Ña Catita*", hecho que se realizó la noche del 24 de enero de 1845, en la misma función que la petipieza "*Nadie me la pega*". Tenía "*Ña Catita*", entonces, 3 actos. La obra que ha llegado a nosotros consta de 4, y corresponde a la refundición hecha por Segura durante su permanencia en Piura, refundición estrenada en Lima el 7 de septiembre de 1856,

fecha del reestreno, no del estreno como equivocadamente apunta el colector de las obras del comediógrafo. Durante los once años transcurridos entre una y otra versión de la máxima producción de don Manuel Ascensio, éste vivió en Piura, publicó el periódico "El Moscón" y compuso "La Pelimuertada" (9), cuyo texto completo apareció en un folleto, pero no fué recogido, sino fragmentariamente, en la colección de "Artículos, poesías y comedias".

Evidentemente, esta "Epopeya de última moda", como la subtitula su autor es de lo más característico de su ingenio. Muéstrase allí buen versificador, agudo comentarista de los hechos actuales, lleno de picardía, temiblemente alusivo y dueño de un desembarazo crítico digno del contendor del agudísimo Felipe Pardo y Aliaga. He aquí unas muestras:

*Cantó Ercilla al araucano,  
Tasso cantó a Godofredo,  
cantó a Bolívar Olmedo,  
y a César cantó Lucano;  
vate del codo a la mano,  
como me suelen llamar,  
yo también voy a cantar  
más que alborote el cotarro,  
y aunque estoy con un catarro  
que no puedo resollar.*

*Si epopeyas hacen cien,  
aun los que van a la escuela,  
sobre el muerto y quien lo vela,  
he de hacerla yo también.  
Con un três bon o un três bien  
no es Béranger quien me ofusca;  
y aunque la gente parduzca  
después se devane el seso,*

---

(9).—"La Pelimuertada, Epopeya de última moda" se publicó en un folleto de 84 páginas, en Piura, en 1851. Consta de 16 cantos, el último inconcluso, con un total de 2194 versos: octavillas, sextillas, quintillas y romances. En "Artículos, poesías y comedias" (1885) sólo se insertaron 5 cantos. La calidad alusiva y quizás alguna tácita procacidad impresionaron al compilador. Véase mi libro "El Señor Segura, hombre de teatro", cit., pp. 99 a 108.

*he de soltar la sin-hueso  
más recio que la Cuyusca.*

Las alusiones son netas: Pardo y Aliaga había traducido a Béranger; el término "gente parduzca" etc., revela contra quien se dirigía. La "Cuyusca" diz que era una meretriz de Piura. Y sigue:

*Unas veces hago décimas,  
otras formo redondillas,  
otras compongo quintillas,  
aunque salgan todas pésimas;  
y si me pone en apuros  
el maldito consonante,  
me agarro del asonante  
que es más fácil y seguro.*

Otra alusión:

*Y al que me diga que es crítico  
y ortográfico y ecónomo,  
y calígrafo, y astrónomo,  
diplomático y político,  
le contesto: voto al chápiro!  
que es un cándido, un gaznápiro.*

El 9 de diciembre de 1854, aniversario de Avacucho, estrenó la mencionada comedia "*La Espía*". Al año siguiente, produce "*El Resignado*", lleno de alusiones políticas, éxito formidable que le atraio la admiración de los jóvenes románticos de "la bohemia", entre ellos la de Clemente Althaus, Manuel Nicolás Corpancho, Carlos Augusto Salaverry y Ricardo Palma. Pero, su triunfo verdadero ocurrió con la reposición de "*Ña Catita*", especie de Celestina criolla, llena de chispa, cuadro de costumbres auténtico, de verso fácil y gran animación. Luego "*Un Juguete*", estrenada en enero del 58, a mi juicio pieza que junto con "*Las Tres Viudas*" es la mejor del teatro peruano. En enero de 1859, y en colaboración con el joven Ricardo Palma, presentó el sainete "*El Santo de Panchita*", pretexto para poner en el tinglado algunas usanzas criollas. Ya era diputado suplente por Lo-



reto, cuando en 1861 estrena "*Percances de un remitido*", aguda crítica a la licencia de la prensa limeña, que no respetaba honras; en septiembre de 1862 puso "*Las Tres Viudas*", en donde luce el ingenio de Segura mucho más reposado, con atisbos psicológicos, desconocidos casi en su obra anterior.

Ya no escribía casi. Hasta que el 18 de octubre de 1871 le recogió la muerte.

Dejaba una estela de honestidad personal, de pobreza material y de comicidad literaria, aunque, a la verdad, el balance de su obra ofrece dos características esenciales: moralismo y gracejo. Buen padre de familia, utilizó su dominio literario para zaherir ciertas malas costumbres y al burlarse de ellas, propone otras más sanas, menos crueles (10).

\* \* \*

Don Felipe Pardo y Aliaga nació en Lima, el 11 de junio de 1806, según el testimonio de don Manuel Pardo y Osma, su hijo y biógrafo, aunque Raúl Porras insinúa que este natalicio pudo haberse producido un año antes (11).

El padre de don Felipe fué don Manuel Pardo, funcionario virreinal, que intervino, según se ha visto, en la campaña contra los reformadores del Convictorio Carolino, es decir, contra Rodríguez de Mendoza. Don Manuel Pardo fué Regente de la Audiencia del Cuzco y "más tarde en España, Ministro de los Consejos Supremos de Guerra y Hacienda y del Tribunal Supremo de Justicia". La madre se llamó

---

(10).—Cf.: Además de mi citado libro: Moncloa, "*Diccionario Teatral del Perú*", ed. cit.; Arona, Juan de, "*Diccionario de Peruanismos*", Buenos Aires, 1883-1884; — Cortés, "*Parnaso Peruano*", Valparaíso, 1871, p. 733; — González Prada, Manuel, "*El Tonel de Diógenes*", México, 1945, p. 126; — Riva Agüero, J. de la, "*Carácter etc.*" cit., p. 74-76; — García Calderón, V., "*Del Romanticismo al Modernismo*", París, 1910, p. 6 a 14; — Martín Adán, "*Segura*" en "*Mercurio Peruano*", Lima, octubre de 1942, p. 439-503.

(11).—"*Poesías y escritos en prosa de don Felipe Pardo*", París, 1869, prólogo; — Porras, Raúl, "*Don Felipe Pardo y Aliaga*", en "*Boletín Bibliográfico de la Universidad de San Marcos*", junio, 1926, Lima, p. 166, etc.

doña Mariana de Aliaga, "segunda hija de los Marqueses de Fuente Hermosa". Cuando la Revolución de Pumacahua, el año de 1814, en Cuzco, el Regente y su hijo se vieron perseguidos por los insurgentes. Don Manuel tomó parte en la represión, encabezada por el general Ramírez. En 1821, al declararse la Independencia del Perú, la familia Pardo y Aliaga, adversa al nuevo sistema, se embarcó con rumbo a España, a fin de vivir sin temor. Tenía entonces don Felipe, 15 años, aunque, repito, Porras sospecha que era un año mayor. José, hermano menor del poeta, iba a cumplir su primer año de vida.

Recibió don Felipe esmerada instrucción en la Península. Sus estudios literarios los realizó en la célebre Academia del Mirto, bajo la dirección del célebre don Alberto Lista, cuya excesivamente voceada influencia en las letras americanas de entonces, despierta el desagrado de Menéndez y Pelayo, renuente a aceptarla tan sin tasa. Entre los discípulos de Pardo y Aliaga, figuraron nada menos que Espronceda y Ventura de la Vega. Don Felipe aprendió concienzudamente el francés, lengua de la que tradujo versos de Víctor Hugo y, después, de Béranger y otros. No sobresalía, pese al tempestuoso tono de la época, por su enardecimiento. Pese a la contagiosa compañía del futuro autor de "*El Diablo Mundo*", descollaba por su corrección un tanto fría y deshumanizada.

En 1828, completada ya su educación, decidió regresar al Perú, su patria nativa. Llegó cuando ya gobernaba el mariscal Gamarra, quien había derrocado al probo La Mar, a raíz del descalabro del Portete de Tarqui, frente a la Gran Colombia. Era un ambiente autocrático, propicio a quien recibiera tan aristocrática educación como Pardo. Al pisar suelo peruano, don Felipe escribió una insólita "*Oda de un peruano al regresar a su patria*", en que alaba encendidamente a la libertad. Tal vez quiso, de tal manera, que se olvidara su origen aristocrático y la conducta de franco realismo observada por su padre, así como su propio viaje a España, en momentos decisivos para la emancipación nacio-

nal. Poco después, inició su colaboración en “*La Miscelánea*”. Su perspicacia y finura le abrieron las puertas de la “Academia” de Mora y el salón de José María Pando, que eran casi una sola cosa. Se consagró a observar la realidad circundante. Sus ideas conservadoras hallaron inmediata correspondencia en las de Pando, Martínez, Olmedo, Ferreyros; y para ampliar la órbita de sus conocimientos y prepararse a la vida pública, inició estudios jurídicos. Confiesa el prologoísta de sus “*Obras*”, su propio hijo, que en don Felipe “las ideas europeas... dominaban”. A él también pertenece el dato sobre “las relaciones de familia entre las cuales se movía”.

El 6 de agosto de 1829, el joven Sagitario, que ya había iniciado una campaña contra ciertas costumbres criollas (esto, en colaboración con don Antolín Rodulfo), estrenaba su comedia “*Frutos de Educación*”. En la obra sobresalen dos personajes: don Feliciano, rezongón y oportunista, y el calvatrueno Bernardo Perales (“Bernardito”), en quien se caracterizan los vicios, debilidades y fruslerías de los pisaverdes limeños. No sabía Pardo que el “cojo” Larriva iría a identificarle con su hechura literaria, y a aplicarle a él mismo el remoquete de Bernardito. Para ello urdió una imaginaria segunda parte de “*Frutos de Educación*”, en que Bernardito viaja a España, razón única para que vuelva orondo de la ciencia adquirida con sólo cruzar el océano. Diría Larriva, lleno de malicia:

*Ven, Bernardito, a regar  
el patrio suelo querido  
con las luces que has bebido  
en el Atlántico mar.*

*Ven, Bernardito, a abismar  
al que estudió en el Perú  
con lo que estudiaste tú  
en el Atlántico mar.*

*Ven, Bernardito, a enseñar  
nuevas costumbres y usos.  
con tus talentos infusos  
en el Atlántico mar.*

*Ven, Bernardo, a desterrar  
añejas preocupaciones  
con las que oíste lecciones  
en el Atlántico mar (12).*

Esto ocurría en 1830. Pardo trató de explicarse al público, pero éste se hallaba eficazmente “trabajado” por Larriva, quien, dos meses antes, en julio, había atacado otra obra de don Felipe, su hermosa “*Elegía a Joaquina*”, consagrada a la muerte de una pariente suya, dama de alcurnia (13).

La polémica literaria degeneró en frases gruesas y, finalmente, en un entrevero contundente, en que el clérigo llevó, como era natural, la peor parte.

Don Felipe había ingresado ya a la carrera diplomática—recuérdese la alusión de Segura en “*La Pelimuertada*”. Era Secretario de Legación en Bolivia, sobre la cual operaba la irrestañable iracundia de Gamarra. Se casó con doña Francisca de Osma, mujer de vieja prosapia colonial. También en esto se destaca su diferencia de Segura, quien contrajo matrimonio con una señora pobre, cuyo padre, cierto, rec’amaba un empolvado título nobiliario que, al fin, le acordaron infructuosamente en Apellaniz de Alava, su tierra nativa. Por esos días, Pardo es ascendido a Oficial Mayor de Hacienda. Entra a colaborar en “*Mercurio Peruano*”, en donde ya no aparece la firma de Larriva, a quien la muerte ha venido a librar de sus amarguras (1832). En 1833, estrena “*Don Leocadio o El Triunfo de Ayacucho*”, pieza de corte e inspiración francesas, y estrena también “*Una huérfana en Chorrillos*”, comedia entre costumbrista y sentimental. En 1834, le nace su hijo Manuel, quien había de ser su prologuista y compilador, y, además, Presidente de la República (14). Cuando sobreviene la Confederación Peruboliviana,

---

(12).—“*Mercurio Peruano*”, N<sup>o</sup> 910, Lima, 15 de septiembre de 1830.

(13).—“*La Miscelánea*”, N<sup>o</sup> 35, Lima, 27 de julio de 1830, y “*Mercurio Peruano*”, N<sup>o</sup> 871, Lima, 29 de julio de 1830.

(14).—(Sin autor), “*El asesinato de don Manuel Pardo*”, compilación, Lima, 1868.



coincidiendo con Segura al menos en esto, abraza el partido del joven caudillo nacionalista Felipe Santiago Salaverry. El 1º de junio de 1835, Salaverry nombró a Pardo Ministro Plenipotenciario del Perú en España... y Chile. La geografía contaba poco, a lo que parece en ciertas circunstancias. Pardo, que anhelaba regresar a Europa, hizo una larga parada en Santiago, en donde el ambicioso José Mariano de la Riva Agüero y Sánchez Boquete representaba oficialmente al derrocado gobierno del mariscal Orbegoso. Vencido y fusilado Salaverry por el boliviano Santa Cruz, aliado de Orbegoso, se declaró destituido a Pardo (marzo de 1836), y Riva Agüero le reclamó la devolución del dinero recibido para su viaje a Europa. Fué una enojosa polémica que duró hasta diciembre y que sólo tuvo fin por la sagaz intervención del gobierno chileno. Pardo lleno de ira y despecho promovió una intensa y divertida campaña periodística y literaria contra Santa Cruz (15). Las letrillas y epigramas con que zahirió al vencedor de Socabaya, haciendo blanco de sus pullas la "jeta" del mariscal, han sido eliminadas de la colección de poesías que editó el hijo del poeta. Una de ellas se titulaba: "*La Jeta, meditaciones poéticas por Monsieur Alphonse Chunca Capac Yupanqui, Bachiller en Sagrados Cánones en la Universidad de Chuquisaca y membre de l'Institut de Paris*". Resaltan las intencionadas alusiones: el subtítulo y el nombre de "Alphonse" indican que se quiere vincular a Lamartine y sus "*Meditaciones poéticas*" en la burla al afrancesamiento de Santa Cruz, boliviano de origen e indígena de raza. La parodia bilingüe empieza así:

*Yo te estoy dedicando, señoracha,  
los vers que usté va li ver sur la queta,  
grata dirás, pues no más vós la pueta  
car bon vasallo deván vú s'agacha,  
medio quechua yo estar, medio gabacho...*

---

(15).—Basadre, Jorge, "*La Iniciación de la República*", Lima, 1929, tomo II, p. 23-53. — Sánchez, L. A., "*El Señor Segura, hombre de teatro*", cit., p. 36-38.

En otra, "*La Jeta del guerrero*", exclama Pardo:

*Lleva caballos, cañones,  
lleva cinco mil guanacos,  
lleva turcos y polacos  
y abundantes municiones.  
Pero, lo que más inquieta  
su marcha penosa y larga  
es la carga  
de su jeta.*

En seguida, o al mismo tiempo, colaborador asiduo de "*El Intérprete*" de Santiago, se enreda en amena polémica con un diplomático boliviano. Sus saetas circulan profusamente en Lima. Santa Cruz dispone que se le ataque con sus propias armas. Así se publica la "*Filípica Parda*" contra "el melifluo Bernardito Barón del Rapio". Segura coincide en esta faz de la actividad literaria de la *jeta* del mariscal boliviano. Segura escribió "*La Santa-Cruzada*", hacia 1840; y aludirá al mismo personaje en el Canto V de "*La Peli-muertada*" y en varias de sus comedias y artículos.

De regreso al Perú, acompañando a la expedición de Bulnes, junto con el grupo de peruanos antisantacrucistas que colaboraron eficazmente con aquél, Pardo se lanza de nuevo a satirizar los usos de sus compatriotas. Acababa de fracasar el empeño de restaurar el teatro nacional, dirigido por Segura y el coronel Soffia, y encarnado por el actor Fedriani. Era éste el sector criollista de nuevas letras. Pardo, más extraño aún después de su nueva ausencia, volvía con la aljaba cargada de dardos contra el criollismo. El 16 de septiembre de 1840 publicó el "Prospecto" de "*El Espejo de mi Tierra*", periódico destinado a corregir las costumbres y acicatear el buen gusto con el ejemplo de las europeas (16). Lema de la publicación era una cuarteta de Quevedo:

---

(16).—Tauro, Alberto, "*El Espejo de mi tierra*", estudio crítico de este periódico, en "*Revista Iberoamericana*", México, febrero de 1942, N<sup>o</sup> 8, pp. 333-354. — Véase, "*Revista Peruana*", Lima, 1879, tomo II, p. 232.

*Señoras, si aquesto propio  
no llegara a suceder,  
arrojar la cara importa  
que el espejo no hay por qué.*

Escribía Pardo:

“Tanto se puede hablar de mi tierra, y tan poco se puede hablar en mi tierra, que, con todas las veras de mi corazón, confieso que me he visto comido de gusanos para imaginar el prólogo de mi obra...”.

“Las costumbres nuevas se hallan todavía en aquel estado de vacilación y de incertidumbre, que caracteriza toda innovación reciente”.

Pero, donde se define mejor su concepto es en el artículo “*Opera y Nacionalismo*”, inserto también en “*El Espejo de mi Tierra*”:

“Entre la multitud de ideas nuevas que la revolución ha transportado al Perú, pocas han tenido una aclimatación menos feliz que la idea de *nacionalismo*... El apodo de extranjeros que damos como por denuesto a los Hispano-Americanos, no se emplea en todas las ocasiones. Está reservado únicamente a los casos en que se trata del empleito, del pleitecito, de la pitanza”.

El origen de la polémica fué que algunos protestaron porque se iba a pagar 600 pesos a la Pantanelli y a la Rossi, afamadas cantatrices italianas.

En ese mismo número de “*El Espejo*...” se inserta el admirable artículo “*Un Viaje*”, cuyo protagonista, estupendamente caracterizado en fondo y forma, ha pasado a ser el equivalente del petimetre o niño bien, o joven engreído de Lima. Es una pieza de antología.

Como se ha dicho, Segura y Soffia contestaron y atacaron en las páginas de “*Lima contra el espejo de mi tierra*” y “*La Bolsa*”. Menos mal que la sangre no llegó al río.

Pardo secunda a su amigo y compañero de tareas en Chile, el general Manuel Ignacio de Vivanco (1844). A él le había dedicado, desde momentáneo retiro, la célebre com-

posición "*La Lámpara*", en que se llama a sí mismo "*Lámpara solitaria*":

*Lámpara solitaria, ardí en el templo,  
y, aunque con luz escasa, ardí constante,  
y, por siete años que bramó incesante,  
no me apagó una vez el huracán.*

Estaba enfermo. Retirado en Yura, encuentra fuerzas para vencer sus dolencias y seguir escribiendo. Muchos honores visitaron sus vigiliás. En 1849, Ministro de Relaciones Exteriores; luego, Vicepresidente del Consejo de Estado; antes, nombrado por el presidente Castilla, ha regresado a Chile por poco tiempo. Cuando su hijo Manuel en 1855, cumple los 21 años, le dedica una composición llena de amarga ironía. Tal actitud no hace sino confirmar la revelada en sus agudas estrofas sobre "*La Constitución Peruana*" y "*Al Perú*", en esta última luce brillantes aciertos descriptivos. Su obra es varia, según veremos en seguida. Finalmente, le asaltan los males físicos. Paralítico y ciego, tiene que dictar sus últimas obras a su hija Paca. Muere, en medio de generales lamentaciones y de fúnebre boato, el 24 de diciembre de 1868. Segura le sobrevivirá aún 3 años, pero también enmudecido. Es absurda la aserción de Menéndez y Pelayo cuando pretende que Segura "heredó" la "vena satírica de Pardo" (17).

Ambos se complementaron.

\* \* \*

Reunamos algunos testimonios ajenos antes de pretender el examen personal de las tendencias encarnadas por Segura y Pardo.

Para don Ricardo Palma, quien fué discípulo de Segura, pero admirador de Pardo, aquél, "después de don Felipe ha sido el que con más naturalidad y aticismo ha pintado cos-

---

(17).—Menéndez y Pelayo, "*Antología...*", cit., tomo III, página CCLXIX.



tumbres limeñas" (18). Para Riva Agüero, don Manuel Ascencio se caracteriza por "sobra de gracia y falta de gusto"; sus versos son "pesados e insulsos"; sus obras tienen "el aire de las de Palma" (19). Estas opiniones se atemperan en libro posterior. De todos modos, apenas cabe concebir como pudo la obra de Segura (1806-1871) tener "el aire de las de Palma" (1833-1919). Justamente ocurrió lo contrario: las obras de Palma tienen "el aire" de las de Segura. Riva Agüero juzga, en cambio, a Pardo con explicable mejor información y espíritu. Presenta con sobriedad las "ideas conservadoras" y antidemocráticas; propias de las circunstancias de "su nacimiento"; el ambiente literario tan "discreto" y académico que respiró "durante su adolescencia y su primera mocedad", etc. Subraya el predominio del ingenio sobre el sentimiento, de lo cual fluye el satírico; la flojedad de su teatro; el "chiste culto" y la "naturalidad y amenidad de la forma". "Si Pardo no hubiera compuesto sus sátiras políticas, sería un literato elegante y apreciable, y nada más; por haberlas compuesto, es un poeta de fisonomía propia, original, muy interesante y de pinceladas a veces magistrales", escribe Riva Agüero, lo cual repite el juicio siguiente de Menéndez y Pelayo, emitido en 1893: "Ha de confesarse que Pardo, más bien que poeta cómico espontáneo y original, es un satírico y moralista en forma dramática" (20). Javier Prado y Ugarteche elogia por igual a Segura y a Pardo (21). Ventura García Calderón emplea un giro expresivo para diferenciarlos: "mientras Segura se complace visiblemente en la descripción de costumbres y caracteres,

---

(18).—Palma, Ricardo, "Prólogo", a "Artículos, poesías y comedias" por Segura, Lima, 1885

(19).—Riva Agüero, J. de la, "Carácter de la literatura... etc.", ed. cit., p. 253; cf. pp. 55-63, y 73 y siguientes. — Riva Agüero, J. de la, "El Perú histórico y artístico", ed. cit., p. 164-165.

(20).—Menéndez y Pelayo, "Antología...", cit., tomo III, página CCLXVII.

(21).—Prado, Javier, "El genio de la lengua y de la literatura castellana y sus caracteres en la historia intelectual del Perú", Lima, 1918, pp. 127 y 130.

Pardo *esconde* intenciones de moralista... Cuando Segura critica es de pasada o por veleidad de criollo displicente o burlón; pero con devoción a sus personajes. Pardo se irrita fácilmente. Todo le choca a este *extranjero de buen gusto y mejor cultura*" (22). Cabe objetar sin embargo que Segura moraliza directa y abiertamente en muchas de sus obras como "*Percances de un remitido*", "*Un juguete*", "*El Sargento Canuto*", "*La Pepa*". Sería inexacto negar el carácter predominantemente moralizador de la mayoría de los parlamentos de tales obras, en donde ataca con acritud a algunas de sus propias criaturas. Es igualmente discutible que "*La Constitución Peruana*", "*Señor Ministro*", "*Un viaje*", "*Opera y Nacionalismo*", "*A Salvagio*" de Pardo, pretenden "esconder" sus propósitos correctivos y edificantes. García Calderón reconoce, ciertamente, que el verso de Pardo "no iguala el fácil heptámetro (?) de todas las comedias de Segura", aseveración recusable, porque ni las comedias de Segura están escritas en heptámetros, sino en corrientes octosílabos, ni se puede desconocer la maestría métrica de Pardo.

Don Marcelino Menéndez y Pelayo, en su prólogo al tomo III de la tantas veces citada "*Antología de Poetas Hispano-Americanos*", conceptos que transcribe ad integrum en su "*Historia de la Poesía hispanoamericana*" (1913), califica a Pardo y Aliaga de "verdadero representante de nuestra escuela clásica en el antiguo virreinato del Perú...". "Su poesía es fruto legítimo de la escuela culta y severa del siglo XVIII". Sobre Segura escribe que fué "poeta festivo y articulista de costumbres, pero sobre todo, poeta dramático"; que "sus piezas abundan en saladas ocurrencias del más puro criollismo", y que "El Perú le debe un repertorio cómico, superior en cantidad y calidad, al que puede ofrecer ninguna otra sección de América" (23). Trabuca fechas cuan-

---

(22).—García Calderón, V., "*Del Romanticismo al Modernismo*" París, (¿1910?), 1. 11.

(23).—Menéndez y Pelayo, "*Antología...*", cit., tomo III, página CCLXIX. — "*Historia de la poesía Hispanoamericana*", Madrid, 1913, tomo II, pp. 249-255.

do, según he dicho, apunta que Segura "heredó" la vena satírica de Pardo, aunque no su aticismo ni su cultura ni su delicado gusto". No cabe herencia entre contemporáneos, ni mucho menos cuando existe una comprobable discrepancia de orientaciones. Max Daireaux pretende que ambos, Segura y Pardo, descienden directamente de los escritores del siglo XVIII, lo cual es lógico, puesto que producen a mediados del XIX (24). González-Prada, en notas póstumas, corroborando su rechazo a todo localismo —y a la tradición de Palma, tan vinculada a la obra de Segura— y su adhesión a cierto clasicismo, escribe: "Segura no conoció la índole de su ingenio, pues pudiendo haber sido un eximio escritor de sainetes, tuvo la pretensión de ser un autor de comedias... Todo lo contrario de Pardo que, en la más insignificante de sus composiciones, descubre el desvelo y el trabajo. Segura es un poeta que debe más a su talento natural que al estudio... Es lo que se llama un maestro del criollismo, y no creemos que su lectura sea fácil para ningún hombre fuera de Lima: tantos son los provincianismos que emplea" (25). Parecido es el criterio de Angélica Palma (26). Martín Adán afirma que Segura "no es satírico porque es cómico", lo cual elimina de un plumazo la intención y modo moralizante de la mayoría de las comedias —no de los artículos ni versos— de Segura. Cree a Pardo más bien moralizante (27). Considero excesivo agregar otros criterios, los cuales en sus líneas generales coinciden con los trascritos (28).

Quiere decir, pues, que el costumbrismo encuentra en Segura y Pardo dos exponentes contradictorios, pero ca-

---

(24).—Daireaux, Max, *Panorama de la littérature hispano-américaine*, Ed. Kra, París, 1930, p. 64.

(25).—González-Prada, Manuel, "El Tonel de Diógenes", México, 1945, p. 126.

(26).—Palma, Angélica, "Pancho Fierro, acuarelista", Lima, 1935.

(27).—Martín Adán (Rafael de la Fuente), art. cit.

(28).—Cf. Cortez, D., "Parnaso Peruano", Valparaíso, 1871, pp. 549 y 733; —Porrás, Raúl, "Don José Joaquín de Larriwa", cit., y artículos sobre Pardo, en "Mercurio Peruano" y "Boletín Bibliográfico" cit., y folleto "La Literatura Peruana", Lima, 1918; —García Calderón, V., "La Literatura Peruana", cit., 1914.



bales. Cada cual, según su educación e índole, procede a encarar y describir su mundo exterior, y monta caracteres conforme a ello.

En Segura se refleja la Lima de 1830-50 en sus más fieles rasgos. Nadie lo niega. Si el "don de burlarse" es lo típico de Lima, según el giro de Porras, pocos lo tienen más acabado que Segura. Pardo no le va en zaga, ni mucho menos. Sólo que su burla proviene de distinto ángulo: el uno mira a nivel; el otro, de lo alto.

Los personajes y argumentos de Segura traducen las inquietudes limeñas de la época de una manera tan fiel que no se necesita la historia, una vez leídas sus comedias, para entender el problema de acomodación política y social que se estaba produciendo entonces en la capital de un país tan centralista como era y sigue siendo el Perú. Los militares ambiciosos, insolentes, procaces e inentos, en "*La Pepa*" y "*El Sargento Canuto*"; la irresponsabilidad de la prensa, especialmente del diario "*El Comercio*", en "*Percances de un remitido*"; la afición a las conjuras en "*Un Juguete*"; la jarana criolla, en "*La Mozamala*", "*Lances de Amancaes*" y "*El Canto de Panchita*"; el conflicto espiritual de los criollos, hijos de españoles, ante el triunfo de la independencia, en "*La Espía*"; los prejuicios sociales y sexuales, en "*Las Tres Viudas*"; las cortapisas familiares y políticas en torno del matrimonio, así como la ingerencia de éstas en aquéllas, en "*El Resignado*". . . La gama es riquísima. No para en eso, sino que desde el punto de sentimientos y usos, las poesías y artículos abarcan multitud de problemas. Igual la congoja de las viudas que la inquietud de las muchachas (solteras); la fiesta del Carnaval, que la de Toros; los velorios que los casamientos; el paseo a los Amancaes que el de los Chorrillos; la befa a Pelimuerto que los saetazos de "Los Tamales". La prosa y el verso —y el teatro sobre todo— de Segura cubren una amplia perspectiva localista, sí, pero llena de verismo, de pasión provinciana.

Repito mis conceptos del libro "*El Señor Segura, hombre de teatro*" (1947): no fué cómico, sino satírico. No fué



de muchas lecturas, pero manejó no pocos libros. No traducía del francés, pero lo leía. No era vanidoso, pero tenía fama. No respetaba los títulos nobiliarios, pero su esposa tenía uno. Su vida fué gris; su obra, no tanto. En medio de su llaneza de repentista, pues, casi nunca corrigió sus originales, al revés de Pardo, cauteloso y atildado, suelta de pronto giros felicísimos: he aquí uno:

*Muy temprano se apagó  
la antorcha de tu himeneo,  
¡ay, señora!  
Parece que se citó  
la muerte con el deseo  
a una hora.*

El quinto verso es sencillamente deliciosamente expresivo (29). Su facilidad daña el concepto global de su obra. Mezcla puerilidades y bellezas casi sin darse cuenta:

*Niñas que leyendo aquesto  
mostraran ceñudo el gesto,  
sí, las hay;  
pero que, de lo leído,  
saquen el fruto debido,  
no las hay (30).*

Cuando Palma cree que en “*La Pelimuertada*” malgasta Segura su ingenio, parece como que olvidase la finura de muchas de sus estrofas, su contagiosa alegría y también el motivo sarcástico, probablemente contra un señor Paz Soldán, según entiendo, que inspira la obra. Por el valor humano de los artículos de Segura, quien —y es bueno recordarlo— tenía una nube en un ojo, lo cual le obligaba a usar anteojos negros y a soportar el apodo de “tuerto”, se le podría aplicar lo que Ramón Gómez de la Serna ha dicho respecto a Ramón de la Cruz considerado modelo de Segura: “Goya más intuitivo por gracia del azar, es influído por los primeros

(29).—Segura, “*Artículos, poesías y comedias*”, ed. cit., p. 87. “*A una Viuda*”.

(30).—Segura, “*A las muchachas*”, en “*La Bolsa*”, N.º 130, Lima, 1841. — Reproducido en “*Artículos, poesías y comedias*”, ed. cit.

estrenos de don Ramón de la Cruz, el escritor combatido en otros tiempos y al que no se le quería dejar entrar en el Parnaso, porque se creía confusa y pobre su musa, encontrando indebido el que bajase a las lavanderías, y diese, con toda sencillez, el eco de las riberas, sorprendiendo las meriendas y cuchipandas de la vida" (31). Sustitúyase Goya por el nombre de Ricardo Palma, y Ramón de la Cruz por el de Segura, y el símil es absolutamente válido.

Todo en Segura tiende, espontáneamente, a realzar lo cotidiano, a restar trascendencia a todo, incluso a lo de veras trascendental. Posee la áspera técnica del desgaire. Y aunque, a menudo, la palabra pedestre asoma por ineptia verbal, no rara vez se impone el autor, para conseguir, acaso en impensado alarde de prosaísmo, la ruptura de la solemnidad. Pero si un examen minucioso del fraseario y vocabulario de Segura alejaría definitivamente la sospecha de estar ante un estilista, la revisión acuciosa del estilo de Felipe Pardo demostraría que, no obstante la incansable podadera de su buen gusto, o por ello mismo, no florecen imágenes poéticas ni audaces ni medianas en toda su obra. Expresiones, giros, adjetivos cabales y redondos, sí —y mucho. Imaginación, casi nada. La exageración con ánimo de zumba no implica fantasía creadora; apenas de glosa y alusión. Cuando, como en Góngora, se dan la riqueza verbal con la imaginativa, se genera al instante una nueva escuela: son los casos de la prosa de Gracián o Unamuno, del verso de Rubén. García Lorca, Neruda o Vallejo. Segura y Felipe Pardo mintieron, es decir, ejercitaron algo que podríamos calificar de microimaginación.

Ahora bien, los hombres se delatan en su indumento, y los escritores, en su estilo. También suele ocurrir que el escritor se confunde con el hombre y con la indumentaria, como en los casos de que vengo tratando. Pardo fué cuida-

---

(31).—Gómez de la Serna, R., "*El gran español Goya*", en "*Revista de Occidente*" Madrid, mayo de 1927, p. 193.

doso de expresión y traje. Segura, descuidado de traje y expresión. Cotejémoslos mejor.

Cuando Felipe Pardo regresa al Perú, en 1828, testigo ya de la vuelta a las cadenas encarnadas por Fernando VII, ya había traducido la hermosa oda "A la columna de Vendôme" de Víctor Hugo. He aquí de qué manera saluda a su patria, en el reencuentro:

*Cuanto en mi torno miro  
exhala ¡libertad! su ronco acento;  
¡libertad! clama el hondo de los mares,  
responde ¡libertad! sonoro el viento:  
eco tan-agradable al norte escucho  
y aura de libertad gozoso aspiro (32).*

No le dejan expandirse. La envidia limeña —no el "don de burlarse" de que habla Porras, sino la envidia esterilizante— se le abalanza personificada en el clérigo Larriva, "cojo" y por tanto menos capaz de sentir la generosidad del sano. Ya sabemos cómo fué la polémica en derredor del estreno de "*Frutos de la Educación*", y cómo Larriva, que siempre zahirió a todos, pero que no produjo nada orgánico ni memorable, por muchas excusas con que le disculpemos, trató de hundir al recién llegado. Ayer contra el ridículo Rico y Angulo; hoy contra el aristocrático Pardo, Larriva no atinó sino a tratar de cerrar el camino de los otros, convencido de que no podía transitar por el propio. Muchos quedaron impresionados por los argumentos y zafiedades del clérigo. Al menos, así lo cree Porras, quien asegura: "el público criollo estaba ya convencido de que Pardo era un antipatriota censor de las cosas nacionales". El remoquete de Bernardito le quedó por largo tiempo.

La diferencia entre los dos satíricos se revela en su reacción frente a la festividad del Carnaval. Era un Carna-

---

(32).—Porras, Raúl, "Don Felipe Pardo y Aliaga", en "*Boletín Bibliográfico de la Universidad de San Marcos*", junio de 1926. N.º 5 y 6, p. 16, etc.; — las composiciones de Pardo de entonces las publicó en el segundo "*Mercurio Peruano*", 17 de diciembre de 1828 y 26 de marzo de 1829, Lima.

val bullicioso, en que se perdía toda noción de respeto al prójimo, y se arrojaban proyectiles —cascarones de huevo, llenos de aguas coloreadas, por ejemplo— a los transeúntes, sin miramiento a edad ni clase. Segura aprobaba tácitamente tan desagradable usanza; Pardo la reprobaba con energía. Segura escribió al respecto:

“en fin, a costa de un resfriado, estoy convencido de que no hay cosa mejor para los enamorados que los días de Carnaval, en que, a vista y paciencia de las madres más vigilantes, pueden hacer con el objeto de sus pensamientos, lo que no han podido en todos los días del año” (33).

Pardo reacciona más rotundo que hasta los viajeros franceses, como Botmiliau, Lavandais y Radiguet, de cuyo tolerantes: dice así al final de su invectiva:

*Las usanzas del Támesis undoso  
 hacéis alarde de seguir discretas;  
 ya juzgáis necesario el té, y sabroso;  
 del brindis conocéis las etiquetas;  
 os gozáis muy calladas, muy formales,  
 os gozáis en comer con servilletas  
 ¡y jugáis, sin embargo, carnavales!* (34).

El choque entre “*El Espejo de mi Tierra*” y “*Lima contra el Espejo de mi Tierra*” fué más elocuente aún. No obstante, los dardos de uno y otro han sido eliminados de las respectivas colecciones de supuestas obras completas. Segura inició la batalla con la composición “*Los tamales*”:

—*Taita Camulengue, dile  
 a tu amo Bernardito  
 que me traiga un regalito  
 cuando regrese de Chile;  
 mas, tamal vinagre, no;  
 un poco de pescadilla  
 envuelto en una letrilla,  
 Y la lengua... No; tengo yo.*

---

(33).—Segura, ob. cit., p. 7.

(34).—Pardo, ob. cit., p. 33.



—*¡Mi amo, por'ió! ¡pecá' frito!  
Mejó seá bacalá,  
Que eso só mi amo pecá  
Que le gustaba a mi amito...*

Pardo responde, en el mismo tono en "El Tamalero":

*Aquí hay hombres mil hogaño,  
que en hojas envueltos van,  
de plátano no serán,  
mas, sí, de seda o de paño.  
A veces es un mijano  
el ámbulante tamal,  
y su parte intelectual  
un pedazo de tocino...  
¿Y qué? ¿De gente a esos tales  
el nombre se les aplica?  
La revolución fabrica  
en mi tierra esos tamales.  
Los engulle y los abona  
el pueblo no sé por qué.  
Y el descaro los pregona:  
—¡Tamá!... ¡Tamá!... ¡Tamalé! (35).*

Podrían enfrentarse también el Niño Goyito del artículo "Un viaje", prototipo del engreído limeño, con "Pelimuerto", representante del expósito arribista y descastado. Pardo desconfió siempre de la democracia republicana del Perú; Segura, que no tenía muy buena experiencia de ella, la cual apenas se dignó pagarle una cesantía de 48 soles 36 centavos al mes, la prefería no obstante, por su teórico igualitarismo. Los dos se lanzaron contra el militarismo, pero Pardo lo aprovechó, con Gamarra y Vivanco, mientras que Segura lo sufrió con Santa Cruz y Prado.

En "La Constitución Política" (1859) dirá Don Felipe:

(Relieión)

*Y en pueblo de indios, quiere nuestra dicha  
que el culto nade en piélagos de chicha...*

---

(35).—"El Espejo de mi Tierra" y "Lima contra el espejo de mi tierra". En realidad, éste contestó en su número 1 al Prospecto de aquél, que replica a su turno en su número 1, y así sucesivamente. Lima, 1840.

(Ciudadanía)

*También el manumiso (y allá va eso)  
ejerce en el Perú ciudadanía,  
y, por supuesto, silla en el Congreso  
ocupará, si se le antoja, un día.  
La ley que ve del nacional progreso  
turbia la fuente y sucia en demasia  
el mal remedia de excelente modo:  
lo purifica echándole más lodo (36).*

*Vense hoy las libertades, como impuro  
aborto de las furias del Averno;  
y mañana todo es rojismo puro,  
y el rojo más terrible es el gobierno.  
Mas, no admira en República, aunque es duro,  
este trajín, peloteador eterno,  
pues lo que por más célebre se nota  
tuvo por cuna el Juego de Pelota.*

En la composición "Al Perú" dirá Pardo:

*Pueblo de no trabaja y come guano:  
pueblo de zamacueca y desenfrenos,  
pueblo de cholos, blancos y morenos,  
sin sentido moral ni ciudadano...  
...tu fin es ser manjar de anglos o galos.*

Cuando su hijo Manuel cumple 21 años, le felicita así:

*Dichoso, hijo mío, tú,  
que veintiún años cumpliste;  
dichoso que ya te hiciste  
ciudadano del Perú.  
Este día suspirado  
celebra de buena gana  
y vuelve orondo mañana  
a la hacienda, y esponjado,  
viendo que ya eres igual,  
según lo mandan las leyes,  
al negro que unce tus bueyes  
y al que te riega el maizal (37).*

(36).—Pardo, ob. cit., p. 102, etc.

(37).—Pardo, ob. cit., p. 59.

La bifurcada corriente literaria republicana se caracteriza así. Pardo vive en el salón (de Pando, de Mora, el suyo propio); Segura en la redacción y la puerta de calle, o en el callejón de Mena, en sus postrimerías. Pardo practica la política; Segura la teme. Aquel busca aires extranjeros; éste se satura de los propios. Pardo prefiere el cenáculo culto; Segura, el corral de comedias a donde entra el que paga. Pardo se concentra en Lima; Segura describe Pampas, Huancavelica, la provincia. El funcionamiento imperfecto de la justicia inspira a Segura un artículo jocoso; a Pardo, una letrilla satírica. Segura mira; Pardo compara. Segura critica en Pardo su afán extranjerizante (Béranger, un très bon o un très bien, etc.); Pardo desdeña el fracaso material de Segura: "Un escritor que no puede ser ministro, escribe en el prólogo a *"La Constitución Política"*, ya en 1859, ni representante, ni celador de barrio es un ente privilegiado, en cuyo candor se puede descansar con ilimitada confianza". Segura era sólo un cesante; al año siguiente le harían diputado pero sólo suplente: Pardo había sido Ministro. La ancianidad de Pardo es perpetuada por el pincel de Lazo; la de Segura, nadie; apenas si Ricardo Palma nos informa de que le mataron "sus muchas dolencias". Las obras de Pardo son recogidas en lujosa edición, al año siguiente de su deceso; las de Segura, desde antes, y después, siempre incompletas y en magros y desportillados libros. Pardo, ciego, impresiona con su tragedia doméstica; Segura, tuerto, provoca una sonrisa con su tragicomedia física. Hay algo inevitablemente suelto y plebeyo en Segura: es lo que le caracteriza. En Pardo se destaca algo contenido, desdeñoso; es lo que le da color. Usando términos de un crítico ya citado, el uno "se complace" con lo criollo; el otro "esconde" a duras penas su desprecio. Segura no deja ningún vástago literario. Pardo tiene un hermano escritor y un hijo presidente de la República.

El hermano escritor, se llamó José (José Pardo y Aliaga) (1820-1878), menor que don Felipe, a quien éste dirigió una de sus mejores misivas líricas. José es autor de va-

rias hermosas y bien cortadas composiciones, dentro de la misma tendencia clásica de Felipe. Ganó un concurso literario en Chile, con su oda "*A la Independencia de América*". Se le recuerda, además, en las antologías, por "*La Carta*", escrita en versos de pie quebrado, octosílabos y tetrasílabos, distribuidos en estrofas de 22 líneas cada una. Fué, evidentemente, un hombre bien dotado para la literatura un tanto trivial de oportunidades y alusiones, especie de también hermano menor espiritual de don Felipe, a quien sigue, pero sin su poderoso ingenio, aunque sí, con evidente destreza métrica.

Segura descansa en una modesta tumba, con sobria lápida sellando su boca; Pardo y Aliaga, en un hermoso mausoleo. El teatro peruano no ha superado, empero, el empuje inicial de Segura; la República no ha respondido aún a las críticas de don Felipe.



## CAPÍTULO QUINTO

### I

#### GERMINACIÓN DEL LIBERALISMO: VIGIL, MARIÁTEGUI Y LAZO

Después del frenesí, a menudo declamatorio, de los primeros años de vida independiente, y de la aparición del costumbrismo, signo inequívoco de curiosidad por lo inmediato, matizado de más o menos acentuada ironía, toca el turno a los hombres de ideas. En los días cercanos a la Emancipación sólo se enfocaron los puntos doctrinarios íntimamente vinculados con la organización de la República, o, mejor dicho, con el Poder Ejecutivo. Entre Rousseau y Napoleón, entre el jacobinismo y cierto remedo legitimista, entre la tesis del mando unipersonal y el plural, han transcurrido aquellas primeras controversias. Constituir el Estado fué al comienzo un juego en mucho formal. Los contendientes, fuesen políticos, generales, filósofos o poetas, expresaban ardientemente sus puntos de vista respecto a dicha unidad o pluralidad del Ejecutivo; el origen popular o indirecto del gobierno; las potestades ilimitadas o constreñidas del Legislativo; la manumisión absoluta e inmediata, o absoluta, pero mediata y paulatina ("libertad de vientres", fué el jocoso y gráfico término aplicado a la última en Perú); sufragio universal condicionado por la instrucción y la riqueza, o sufragio universal sin condiciones; predominio, limitación o abolición de la influencia de la Iglesia en la es-

tractura estadual; hegemonía castrense: he aquí los puntos centrales que preocupaban a la "élite" pensante y expresante. Luego, en 1823, cuando en virtud de la proclamación de 1821, parecía asentada la autonomía, surgió el problema obsesionante de vencer ante todo al ejército extranjero-europeo, para lo cual no se consideraban extranjeros a los auxiliares americanos. Coincidiendo con tal punto de vista, no sólo en el ejército, sino en el propio Congreso, tenían acceso gentes no-peruanas, con plenitud de atribuciones, bien fuesen neogranadinos como Tenorio, bien ecuatorianos como Ortiz de Zevallos, o chilenos como Agüero, o argentinos como Otero. Ante el peligro común se unían los anhelos americanos, igual en la lid bélica que en la parlamentaria. Vencido el enemigo común, se vió, en 1826, cómo existía ya cierta "opinión pública", hostil a la Constitución Vitalicia de Bolívar, por considerarla indeseable remedo monárquico.

En 1830, Bolívar, el promotor y beneficiario de aquella Constitución Vitalicia, ha muerto ya. Sus principales capitanes también se desbandan trágicamente hacia la tumba. Han asesinado misteriosamente a Sucre, en Berruecos. El bravo y apuesto general José María de Córdova sucumbe ante un pelotón de fusilamiento en la guerra civil de su patria. El General La Mar purga en el exilio la ingenuidad de haber creído en Gamarra. O'Higgins, libertador de Chile, se extingue silenciosamente en su destierro acogido al generoso amparo del Perú. La definición de campos no obedece tan sólo a los idearios políticos, sino que se alimenta de discrepancias económicas, es decir, que deviene social. Suena la hora de que los adultos pongan en práctica sus lecturas de estudiantes. La egregia memoria del jeronimiano Cisneros exige a sus discípulos algo más que expresarle simpatía: tomar su partido. Ya no basta llamarse republicano o monárquico, ni tan siquiera conservador o liberal, pues lo más importante será averiguar a ciencia cierta, qué se trata de conservar y para qué se defiende la libertad.

Ahora, sí, el ardoroso Francisco Xavier Mariátegui, turbulento carolino de los primeros años del siglo XIX, po-

drá exhibir y propagar sus opiniones al par que el probo Francisco de Paula Vigil, en quien se produce una extraña simbiosis de colonialismo y liberalismo, pues mientras conserva ciertas formas lógicas de la filosofía del virreinato, en el fondo de tan gélido continente arde la implacable llama de un violento espíritu revolucionario. El voluble don Manuel Lorenzo de Vidaurre y Encalada no confesará sus errores del ayer sino para preparar los de mañana. En tanto, emergiendo de su celda de escolástico, urgido por los problemas del momento, don Bartolomé Herrera aguzará el ingenio para dar valor de cambio al yerto tesoro de su ultramontanismo. Los Gálvez, Pedro y José, contienden con sus maestros, muy llenos de respetos pero también de firmeza, sin parar mientes en que estos maestros se llamen Herrera o el mismísimo don José María Pando. Todo aquel desacuerdo fecundo tiene un testigo de excepción: los bellos y penetrantes ojos de Flora Tristán Leisné, "la Paria". La bella y desafortunada francesita, de sangre peruana, ha sido arrojada a las playas de su convulsa patria adoptiva por el oleaje de su miseria material y de sus pujos de grandeza. Trae ella consigo un tesoro de tácita insurgencia que se comunica, poderoso, a todo el que se le acerca. Sin pretenderlo, Flora será una especie de Diosa-Pasión, antípoda acriollada de la Diosa-Razón de los *sans-culotte*. Si Bolívar no hubiese contribuído tanto y a su paradójica manera, a desatar el acallado ímpetu romántico de sus contemporáneos, Flora lo habría hecho. Bolívar con faldas y sin... batallas, posee un temperamento capaz de imponerse a la muerte. Es la época del gallardo, suspiroso y versátil Esteban Echeverría, el primer meteco platense de nuestra historia; regresa el novelero porteño a su Buenos Aires, con las manos llenas de dones literarios europeos, uno de ellos, y no el menos importante, el credo romántico, recién propagado en París, de lo cual ha de hablar gozosamente en el prólogo de "*La Cautiva*". Ambos, Flora y Esteban, coinciden en su loco frenesí por el socialismo utópico de aquel botarate genial que se llamara el Conde de Saint-Simon; el rebelde aristócrata

socialista deslumbra a Echeverría y se deslumbra con la Tristán: así suelen ocurrir las cosas en este y aquel mundo de los románticos.

El Perú entero se transforma al reclamo de insólitas motivaciones. Para colmo de oportunidades, el destino avienta a nuestras playas, en 1841, a un caudaloso joven poeta español, a la vez hombre de empresa: Fernando Velarde. Ese mismo año se inaugura en Lima un plantel de enseñanza, donde se ofrecerá a los muchachos lecciones laicas, de tipo liberal: el Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe. Al año siguiente, arribará Sebastián Lorente, emigrado de España, al filo de los treinta. Con él recibe serio impulso la propagación del ideario liberal. En tanto, se aleja del Perú otro español, como Lorente y Velarde, don José Joaquín de Mora, a quien el turbión político avienta también de Chile, pues ahí no quieren ya, bajo el patronazgo severísimo de Diego Portales, otro conductor intelectual que el clásico, ordenado, austero, reglamentario, tenaz, sabio y conservador don Andrés Bello.

Se ha fundado, en 1839, el diario "*El Comercio*", que contribuye a robustecer el carácter permanente de la prensa. Sirve de mucho, para sembrar inquietudes y desperezar curiosidades, la inauguración del tráfico marítimo a vapor. Hacia el 40 empieza a mancharse el anilino cielo del litoral peruano con las rúbricas de humo de los vapores. Los colegiales de San Carlos no habían discutido nunca tanto, desde las vísperas del estallido del 21, ni hallado ocasiones como esas, para combinar sus ansias de renovación con sus comprobaciones de progreso. La mayoría se lanza al liberalismo, como quien recurre a una panacea. Representan a éste Vigil, Mariátegui, Lazo: pero el que mejor pudo y debió fulgir en aquel período, José Faustino Sánchez Carrión, yace en prematura tumba para siempre mudo. Como tiene que ocurrir en parecidas circunstancias, tal liberalismo se halla saturado del más belicoso jacobinismo. Conviene recordarlo —"jacobinismo", sí— para no caer en innecesarios errores de concepto.



Francisco Xavier Mariátegui (1793-1884) fué también víctima de la persecución en las postrimerías del siglo XVIII, por leer obras prohibidas. Estudió en San Carlos, bajo la dirección de Rodríguez de Mendoza. Cuando sobrevino la Independencia, pertenecía a la redacción de "*La Abeja Republicana*", donde solía mostrarse como uno de los más decididos partidarios del Ejecutivo plural, y enemigo de toda transacción con la monarquía. Desde 1810 ya andaba en conjuras contra el poderío hispánico. No cumplía los 20 años, y ya la policía del astuto Abascal le tenía puesto el ojo encima. Mariátegui, que no le iba en zaga en materia de ardidés al zahorí Virrey, logró conectarse con Lord Cochrane, cuando éste inició sus correrías por el litoral peruano. Constando con tan buenos secuaces como él, no fué tan difícil obtener, como se obtuvo, que el famoso batallón "Numancia", formado en casi su totalidad por pardos, defeccionara de los cuarteles españoles y se pasara a las filas patriotas, abriendo irreparable brecha en el bando realista. Mariátegui fué electo diputado al Primer Congreso Constituyente. Allí pronunció numerosos discursos, en uno de los cuales, repitiendo o glosando una idea de Juan Jacobo, su maestro, dijo:

"El amor a la independencia y a la libertad es muy impetuoso, muy vivo en el hombre (de la naturaleza) para perderlo luego que se une con sus semejantes".

Tales palabras valen tanto como una definición. Ferviente anticlerical; indoblegable republicano, se opuso a San Martín cuando creyó entender que el ilustre argentino se inclinaba hacia la formación de un estado conservador, en vista de las dificultades casi insalvables que surgían para vencer a un adversario en esos momentos superior en armas y número a los patriotas. Odiaba a Monteagudo y a los monárquicos criollos, como los peores enemigos de la Independencia. Por eso fué de los primeros en auspiciar la publicación de "*La Abeja Republicana*", desde cuyas páginas continuó su incansable campaña ideológica.

Mariátegui fué hombre cabal, de doctrina compacta. Su ideología es trabada y firme. Apenas ingresado a la vida pública plena, se le escoge para que en compañía de Luna Pizarro y "el diputado Rodríguez" —es decir, del insigne don Toribio Rodríguez de Mendoza— proponga un proyecto de Constitución peruana en 1823. No obstante, hay un momento en que bajo la tremenda influencia de Bolívar, parece flaquear en su purísimo republicanismo. No dura mucho su vacilación, causada por las fatales circunstancias que pesaban sobre el Perú. Después de 1825, quizás como una compensación, Mariátegui acentúa su liberalismo. Los años le vuelven más radical, hasta el punto de que en 1840, ya viejo, repite sus conceptos de 1823. Por eso, y así debe de ser, los mejores frutos ideológicos de este prócer se dan en su madurez. En 1827, apenas alejado el Libertador, se le escuchan lapidarias censuras contra la Iglesia Católica Romana, más bien en favor de una Iglesia nacional, aunque sin decirlo muy claramente, y, eso sí, muy a las claras, contra toda coacción. Siendo, como fué, Magistrado de la Corte Suprema de Justicia y Ministro de Relaciones Exteriores y de Gobierno, su voz no era valiosa sólo por el pensamiento que contenía, sino que también por los cargos que investía. Mariátegui era, además, un notorio francmasón: en 1823, había acompañado a Bolívar a fundar las Logias "Orden y Libertad" número 2 y "Virtud y Unión" número 3. La Masonería no era entonces una reunión ritualista, sino una convención de espíritus libres y de gentes dinámicas. Durante toda su vida, Mariátegui cumplió fielmente sus deberes masónicos. Ya hacia 1847, cuando la República se encaminaba a su definitiva organización, se le designó miembro del comité encargado de redactar el primer Código Civil del Perú. Durante el gobierno liberal de Castilla, la influencia del prócer fué evidente. El Presidente Echenique, sucesor de Castilla, reaccionó contra el liberalismo e instauró un régimen neoconservador. Entre los numerosos actos administrativos realizados por el nuevo Jefe de Estado, figura la consolidación de la deuda pública, la que fué llevada a cabo bajo forma de

privilegio. Echenique se opuso a la eliminación de la esclavitud del negro y de la servidumbre del indio, y ello produjo la Revolución. Cuanto a política religiosa, pactó con el Papa un Concordato. Mariátegui y Benito Lazo se opusieron a todas estas medidas, en especial a la última que contrariaba sus más íntimas convicciones espirituales. Mariátegui publicó entonces su famosa "*Historia de los concordatos*", eco de las enseñanzas de Vigil. Cuando hubo caído Echenique y nuevamente subió la marejada liberal, con Castilla, en 1855, Mariátegui ingresó otra vez al Parlamento. Sus discursos tajantes, seguros, a menudo empenachados, encauzan el debate ideológico cuyo resultado fué la Constitución Política, de tipo liberal, de 1856. Al ver, dos años después, que Castilla, hombre sin raigambre filosófica, se entrega a los conservadores, Mariátegui se une a un grupo de liberales y fundan "*El Constitucional*", periódico de principios. Pocas planas de redactores como la de aquella hoja magnífica: Vigil escribe los editoriales; y completan el personal nada menos que Lazo, José Gálvez Egusquiza, José Gregorio Paz Soldán y Mariátegui. Difícil hallar elenco más completo.

En 1868, publica don Mariano Felipe Paz Soldán el Primer Período de su "*Historia del Perú Independiente*" (Lima). El prolijo, pero desmañado publicista, narra ahí, con chafado estilo, aunque muchos documentos, los sucesos de 1820, olvidando episodios decisivos en que intervino Mariátegui. No obstante de que el chileno Vicuña Mackenna acababa de editar en "*El Comercio*" (1860) su brillante trabajo sobre "*La revolución de la Independencia en el Perú*", el prosaico Paz Soldán omitió pasajes fundamentales. El anciano Mariátegui, lejos de callar, se pone a escribir de prisa, sus "*Anotaciones a la Historia del Perú Independiente*", libro vivaz, agresivo, pintoresco, lleno de datos amenos y de no poca doctrina. Sin ser un estilista, ni muchísimo menos, Mariátegui impresiona por el delicioso humor de sus relatos y lo escabroso de algunas de sus revelaciones. El libro hizo fortuna. Tres años después (1872), bajo el pseudónimo de "Patricio Matamoros", el prócer publicó otra obra, titulada "*Manual del Rega-*

*lista*". Poco después, en 1875, fallece Vigil. Mariátegui ha cumplido entonces ochenta y dos años. Aun deberá presenciar algunos dolorosos episodios de historia patria: guerra con Chile, Tratado de Ancón, agitación revanchista. El Tratado se ratifica en octubre de 1884: el 23 de diciembre del mismo año concluye su larga vida don Francisco Xavier Mariátegui, a los noventa y uno de su edad (1). Cuando ocurrió la muerte de Mariátegui, los diarios hicieron el vacío al supuesto heresiarca, sin importarles los altos cargos que ocupara en vida, entre ellos el de Presidente del Poder Judicial. El orador que la Corte Suprema designó para pronunciar el discurso fúnebre, apenas se atrevió a elogiar ciertos aspectos del egregio difunto. El Arzobispo de Lima impidió que se enterrase a Mariátegui en sagrado. Sin embargo era en 1884, a muy poco tiempo de la acción que el gobierno de Cáceres tomaría contra los jesuitas, a quienes se expulsó nuevamente del Perú. Dados los prejuicios reinantes, no garantizaba el descanso post-mortem el haber concedido la vida entera al servicio público.

Compañero de andanzas de Mariátegui había sido don Benito Lazo (1785-1862). Tal vez aventajó a aquel en la solidez de sus convicciones liberales y en su inclemente adversión al clero politiquero. Lazo fué insustituible colaborador de Vigil y de Mariátegui. Desde 1810, Lazo trabajó por la libertad peruana y por la República, de que era partidario. Con gran astucia, logró iniciar y mantener relaciones con los conspiradores de Buenos Aires y con los que operaban en el interior del Perú. Cuando en 1814 estalla la rebelión de Pumacahua, secundado por los curas Béjar y Muñecas, Lazo fué auxiliar de este último y de Pinelo, otro rebelde, a quienes acompañó en su expedición sobre Puno. Conviene no ol-

---

(1).—Mariátegui, Francisco Xavier, "Anotaciones a la historia del Perú Independiente", Lima, 1869: — Ibid., "Dos controversias históricas", 2ª ed., Lima, 1925: — Villavicencio, V. M., "Don Francisco Xavier Mariátegui", en "El Comercio", Lima, 6 de agosto de 1923; — Riva Agüero, J. de la, "La Historia en el Perú", Lima, 1910, cap. sobre Paz Soldán.



vidar que Lazo era de Tacna. Ya en 1811, tres años antes de la sublevación de Pumacahua, Lazo se había pronunciado abiertamente contra el poder Real. Fué con ocasión del levantamiento del tacneño Francisco de Zela: con dicha oportunidad escribió "*El Perú esclavizado*", mediocre poema que no se publica hasta 1825, después de Ayacucho. En 1815, después de la derrota de Pumacahua, las autoridades españolas ordenaron el confinamiento de Lazo en Tacna. Era lo mejor que le podía ocurrir, pues estaba más en contacto con los movimientos rebeldes de Chile y Buenos Aires; por eso, en 1819, muy en su punto, pudo enviar una proclama a San Martín, pidiéndole que viniera a libertar al Perú. Esa calidad de sureño, experto en los problemas de su región, fué motivo de que, en 1822, a raíz de la proclamación de la Independencia, le enviaran a la infructuosa "Campaña a Intermedios", como "Secretario del General en Jefe del Ejército Libertador". Por aquel tiempo solía firmar sus escritos con el anagrama de "Tobías León": así continuó firmando esporádicamente, por muchos años. Cayó prisionero de los españoles en aquella campaña, y permaneció en tal condición, a manos de los españoles, hasta 1824, el año de Ayacucho. Fué entonces cuando, hallándose en el Cuzco, conoció al triunfador Bolívar. La admiración que concibió por él no tendría ocaso.

Lazo gustaba que le llamasen "el Robespierre peruano", pues eso refrendaba su adustez, sobriedad e incorruptibilidad. Era rígido y tenaz. Su único tope fué, por mucho tiempo, la ciega devoción que profesaba al Libertador. Diputado por Puno al congreso peruano de 1826, formó parte del rendido grupo de "los persas", o sea de los defensores incondicionales del "sátrapa", en este caso, Bolívar, promotor de la Constitución vitalicia y de todos los planes de Bolívar. Lazo llegó a presidir la Corte Superior de Arequipa y, más tarde, miembro de la Corte Suprema de Lima. Varias veces fué Ministro de Estado y Representante diplomático en el extranjero.

En 1834, Lazo colaboraba en "*El Pensador*" de Arequipa, desde cuyas columnas polemizó ardientemente con el verboso y demagógico Deán Juan Gualberto Valdivia, autor de

"*Las Revoluciones de Arequipa*". Era Valdivia hombre apasionado y fantasioso. De ideas no muy firmes, nadie podría negarle empero su amor a la libertad y a la cultura, según se verá más adelante. Lazo, a pesar de su firmeza jacobina de los primeros años republicanos, no tuvo la previsión de Pardo y de Segura con respecto a la Confederación peruboliviana, durante cuyo desarrollo anduvo desorbitado sirviendo ora a Orbegoso, ora a Gamarra, "ministro de tirios y troyanos", según la amarga pero gráfica expresión de uno de sus biógrafos. Tal desorbitación de Lazo perduró hasta después de vencida la Confederación, pues, siendo Ministro de Gamarra, confió, él, liberal, la Rectoría de San Carlos precisamente al más ardiente de los conservadores, a don Bartolomé Herrera. No se concibe semejante contrasentido sino por razones inexplicables. También fué Lazo quien encargó la dirección de la Escuela de Medicina de San Fernando al doctor Cayetano Heredia, eminente médico peruano.

En 1840, Lazo colaboraba en "*El Correo del Perú*". Seis años después, al plantear Herrera su tesis sobre la "soberanía de la inteligencia", doctrina aristocrática, con ribetes de retrasado iluminismo, Lazo contradujo a Herrera, quien respondió desde "*El Comercio*" de Lima, según se verá más adelante. La polémica se hizo escabrosa por haber terciado en ella gente sin la altura intelectual de los dos contendores. Lazo se retiró para no autorizar con su insistencia los insultos de que se había hecho víctima a Herrera.

Es curiosa la evolución psicológica de Lazo. En su madurez se replegó más bien hacia el liberalismo moderado, lindante con un conservantismo tenue. Pero, a medida que se acercaba a la ancianidad, recuperaba su juvenil radicalismo. Unió su voz a las de Vigil y Mariátegui para atacar el Concordato defendido por Herrera en 1853, bajo el gobierno de Echenique. Cuando el general Castilla, que había pasado al gobierno en 1855, como caudillo liberal, se transformó en caudillo conservador, Lazo, como Mariátegui, le salió al paso. Bueno será, de todos modos, tener en cuenta que el verdadero radicalismo de Lazo fué en materia religiosa, pues en

política contemporizó demasiado, con un "realismo" a menudo lindante con el oportunismo. González-Prada, descendiente espiritual de estos liberales de mediados del XIX les aventaja, salvo a Vigil, en su radicalismo integral.

La obra de Benito Lazo está desperdigada en numerosos folletos y publicaciones periódicas. Sus principales trabajos son la "*Exposición que hace Benito Lazo, diputado al Congreso*", y su valiosa polémica con Herrera (2).

Hermano de Benito fué Francisco Lazo, pintor y escritor. Aunque se destaca por sus dotes de lo segundo, su verdadera personalidad está en las artes plásticas, en que reveló singularísimo temperamento. Sus croquis de la sierra y su "Santa Rosa", así como su Autorretrato constituyen excepción en la pintura peruana de su tiempo.

Ninguno de los escritores citados iguala, sin embargo, ni con mucho, en robustez de ideas, pureza de ejemplo, pertinacia doctrinaria, volumen de obra y ámbito de resonancia, a don Francisco de Paula Vigil (1792-1875), nacido en Tacna, ordenado de sacerdote, abjurante del sacerdocio, campeón del liberalismo, laicista de dieciocho quilates, fuente de importantes corrientes del pensamiento político peruano.

Vigil desempeñó funciones de maestro en Arequipa, la ciudad más clerical y levantisca de los primeros años republicanos. La educación recibida por Vigil le daba singulares facilidades para manejar realidades y teorías. Todo su saber filosófico tenía fuentes escolásticas. No obstante sentía en carne viva las urgencias populares, y así, poco a poco, se alejó de sus inicios eclesiásticos, decidido a defender las prerrogativas del pueblo. Doctor en Teología, de la Universidad de San Antonio Abad del Cuzco (1812), decidió ordenarse de clérigo. Se arrepintió. Durante tres años meditó el paso que

---

(2).—Leguía, Jorge G., "*Bibliografía de don Benito Lazo*" en "*Boletín Bibliográfico de la Universidad de San Marcos*", vol. III, No 6, Lima, dic., 1928, p. 294; — Herrera, Bartolomé, "*Escritos y discursos*", Lima, 1929, tomo I; — "*Boletín del Museo Bolivariano*", Magdalena Vieja, Lima, nov. 1928; — Basadre, Jorge, "*La Iniciación de la República*", tomos I y II, Lima, 1928 y 1930, *passim*.

iba a dar. Al cabo, hacia 1818 decidió hacerse sacerdote. Recibió las órdenes de Presbítero en Arequipa, durante los años de mayor agitación emancipadora. Proclamada la Independencia en Lima, pero derrotados los patriotas en la Campaña a Intermedios, Vigil se retiró a su nativa Tacna (1823). No figura en el Primer Congreso Constituyente. En cambio, concurrió al de 1826, el de Bolívar, como Diputado por Arica, la tierra de Hipólito Unanue. No fué un áulico de Bolívar; al contrario, se opuso a la Constitución Vitalicia y pronunció enérgicos discursos contra el autoritarismo bolivariano. Su malquerencia para con el Libertador fué causa de que se viese obligado a expatriarse a Chile. De ahí volvió, nuevamente diputado por Arica, para participar en los debates de 1827. A los cuarenta años de edad, es decir, en 1832, se graduó de doctor en Jurisprudencia. Miembro también del Congreso de 1834, se distinguió en forma insuperable por su resistencia a la dictadura de Gamarra, y pronunció entonces los más bellos, severos, nutridos, vigorosos y memorables discursos de su existencia y de la historia del Parlamento peruano. Al formarse la Confederación peruboliviana (1836) empezó su obra como Director de la Biblioteca Nacional de Lima, pero no le impidió esto atacar abiertamente al Protector Santa Cruz. El peruanismo de Vigil le empujó a extremos verbales, pero el Protector tuvo que respetar a su adversario en vista de su pureza moral y su vigor dialéctico. Era el de Vigil, un estilo rotundo y elevado. No concedía nada a la ironía. No zahería: argumentaba, objetaba, censuraba. En 1848 atacó con igual entereza a la Curia Romana, tratando de fomentar un sentimiento de orgullo eclesiástico nacional. Era una de las tantas frustradas tentativas para crear el nacionalismo cristiano, que naturalmente, para Roma, constituye un cisma, el peor de los delitos. Atacado por numerosos adversarios desde fuera y dentro del Perú, Vigil, magnífica, solitaria y enhiesta figura prócer consagró en adelante su vida a fundamentar sus tesis, en una suerte de incesante polémica, la cual, aparte de su valor ideológico y patético,



luce un evidente aire colonial por la clase de erudición que exhibía y por la forma en que se produjo.

Vigil creía firmemente que los Gobiernos, el Poder Temporal, debían ser respetados por la Curia Romana, Poder Espiritual, y que de ninguna manera les correspondía someterse a ésta. Por eso abrió campaña contra ciertos aspectos de la actitud del Pontífice, y atacó el Concordato, y a la dictadura política, (siempre apoyada por el clero), y a los jesuitas (defensores de *todo* gobierno constituido), y a la sumisión parlamentaria. El mejor exponente de aquello sería uno de sus discursos, amén de su obra escrita entera. Hasta su muerte, ocurrida en 1875, a los ochenta y tres años, mientras desempeñaba la Dirección de la Biblioteca Nacional de Lima, Francisco de Paula González Vigil se mantuvo incólume, libre de toda mancha, transacción o intriga. Era el suyo un carácter de acero. Carecía de ambiciones personales. Como dijo Martí de Cecilio Acosta: "cuando partió tenía limpias las alas". González-Prada, el mejor retratista de Vigil, y su mejor discípulo, sintetiza la existencia de su maestro con estas breves y concisas palabras: "murió de simple bibliotecario... ¡Solitaria columna de mármol a orillas de un río cenagoso!".

Aparte tan explícito elogio, que sitúa propiamente y sin más a Vigil en medio de la realidad de su tiempo, ¿qué más representó el insigne tacneño? ¿Cuáles fueron sus orientaciones definitorias? ¿Cómo y cuándo las expresó? ¿Se le puede juzgar sólo a través de su peripecia biográfica, por rica que ella sea? (3).

La obra de Vigil, repito, es densa, copiosa y sólida. Sus alcances y relieves escapan a una historia estrictamente literaria; se mezclan con la historia política, religiosa y social.

---

(3).—González-Prada, M., "Vigil", en "Páginas Libres", París, 1894: véase texto definitivo en 3ª edición, Lima, 1946; — Zora Carbañal F., "Vigil", Tacna, 1940; — Leguía, J. Gmo., "Francisco de Paula Vigil", en "Boletín Bibliográfico de la Universidad de San Marcos", Vol. I, Nº 2, Lima, 1924, p. 4 y sig.

No podría afirmarse que Vigil fuese un "escritor", en el sentido estricto y usual de la palabra; es decir, un experto en bellas expresiones. Al contrario: suele distinguirse por cierta pesadez, por cierta inarmonía, a pesar de lo cual la prosa de Vigil logra bellos efectos, producidos por la inspiración, la fuerza interna, la pasión argumental que alienta la obra del gran liberal peruano. En él, en Vigil, el estilo resulta de un proceso biológico; de semilla a corteza, de idea a envoltura; no hablemos de flor, tratando de tan rugoso y fuerte árbol. Consideradas así las cosas, es lícito hablar del estilo literario de Vigil. Por cierto, no le ayudan los temas de que trata, ni el inevitable aparato erudito con que se ve obligado a respaldar sus juicios, siempre sometidos a una dura polémica (4).

Una de las obras de mayor fama que escribió Vigil fué su discurso pronunciado en el Congreso, el año de 1832, contra el presidente Gamarra, quien había decidido prorrogarse en el mando o designar su propio sucesor. Se titula "*Yo acuso*", anticipándose, sin que tal anotación signifique nada más que una comprobación de hecho, seis décadas al célebre apóstrofe de Emilio Zola a propósito de la acusación contra el capitán Alfredo Dreyffus. El propósito prorroguista, impositonista o dictatorial de Gamarra contaba con el apoyo de selectos individuos de las letras, la sociedad y la políticas nacionales, como Manuel Ignacio de Vivanco y Felipe Pardo y Aliaga. Es curioso que conservadores y clasicistas amasen tanto la autocracia. Manuel Bilbao, brillante escritor chileno, que ha historiado aquel período, después de estudiar aquel discurso de Vigil, proclama a éste "el pri-

---

(4).—Vigil, Francisco de Paula. "*Defensa de la Autoridad de los Gobiernos contra las pretensiones de la Curia Romana*". 3 volúmenes, Lima, 1848; — "*Compendio de la Defensa de la Autoridad de los gobiernos*", Lima, 1852; — "*Adiciones a la Defensa...*", Lima, 1852; — "*Los Jesuitas. Compendio*", Lima, 1861; — "*Los Jesuitas*", Lima, 1863 (4 volúmenes); — "*Paz Perpetua en América o Federación Americana*". Bogotá, 1865; — "*Soberanía Nacional*", 1857; — "*Gobierno Republicano*", 1857; — "*Catecismo patriótico*". 1858; — "*Educación Popular*", 1858; — "*Tolerancia de cultos*" (1861-1862), etc.

mer hombre del Perú, por sus virtudes, sus talentos y su vasta capacidad". Será útil, empero, considerar que Bilbao era un fervoroso liberal y que, cuando escribió dicho juicio, se hallaba en el Perú en calidad de proscrito, a raíz de un fallido o supuesto levantamiento político en Chile, en cuya gestación desempeñaron papel principal las ideas liberales propagadas por su hermano Francisco y por Francisco Arcos, fundadores de la "Sociedad de la Igualdad" que funcionaba en Santiago a mediados del siglo XIX. Para justificar o no el entusiasmo de Bilbao por ese discurso, es preferible transcribir algunos de sus párrafos, lo que nos da ocasión de penetrarnos más de las ideas predominantes:

He aquí algunos de sus conceptos:

"Siempre he venerado al hombre, en cuyas manos está el Poder, que le conceden las leyes, y respeto a la autoridad hasta en su sombra";

sin embargo, tal respeto está condicionado al acatamiento a la Constitución, en la cual:

"nada hay pequeño; todo en ella es grande y sagrado, porque todo es constitucional".

Esta aseveración final (de que todo es grande en la Constitución "porque todo es constitucional") refleja la posición cabal de Vigil frente a cualquier conflicto de poderes. Lo explica mejor el siguiente párrafo del mismo discurso:

"Los peruanos no son vasallos de un Rey, cuyas órdenes se ejecutan sin réplica y cuyo disgusto hace temblar; somos ya ciudadanos de un pueblo libre; somos (el Parlamento) el primer poder, y nuestras resoluciones se cumplen; mandamos que vengan los Ministros, y los Ministros vienen; decretamos que el Presidente de la República mande ejecutar alguna cosa, y el Presidente así lo hace, o debe hacerlo; y nosotros, los individuos de esta Cámara, tenemos por la Constitución el especial encargo de atisbar la conducta del Ejecutivo, en cierta clase de materias, y somos los principales celadores de la inviolabilidad de nuestra Carta. Mas, desde luego que se descubren las infracciones de ésta, es deber nuestro *acusar*, sin

que por esto se menoscabe la dignidad del Jefe de la Nación...

¡Desengañémonos, señores! La respetabilidad del Jefe de la República no puede apoyarse en ningún punto que se halle fuera del círculo de sus atribuciones constitucionales...

...Yo entiendo, señores, que el *magistrado* no obra mal, pues él es la obra de las leyes; el que se sobrepone a ellas es el *hombre*, y ese hombre en tal caso es un tirano, y decid entonces que le rodean el terror y el despotismo, pero no le deis el nombre de respetabilidad, porque la respetabilidad no puede nacer de la infracción de las leyes. La paz... ¿puede haber paz en el desorden? ¿O puede haber orden en el olvido de las leyes? Quien mantiene la Constitución no puede turbar la paz...

...Señores: yo he subido a la tribuna para romper una paz mala, y para perturbar esa inacción y ese silencio sepulcral: *yo he venido*, valiéndome de otras palabras del mismo Señor Nuestro, *yo he venido a encender juego, y ¿qué queréis sino que arda?* (5).

Naturalmente, discurso tan claro, perentorio y valiente, no recibió la entera aprobación de la Cámara, dividida entre radicales criterios. El presidente Gamarra, dolido de la tremenda invectiva contra tiranos que pronunciara Vigil, autorizó a sus plumarios a que atacasen al incorruptible. Poco tiempo después, triunfante la Confederación, el nuevo amo, el Protector Santa Cruz, trataría también de tundir a calumnias al insobornable y fiero apóstol tacneño.

Sin embargo de la indudable fama que le dió aquél discurso, a lo que se agregaron otras normativas intervenciones en la Cámara, la celebridad de Vigil creció más a expensas del eco que, desde 1848, despertó su "*Defensa de la Autoridad de los Gobiernos contra las pretensiones de la*

---

(5).—Bilbao, Manuel, "*Historia de Salaverry*", primera edición, Lima, 1858, p. 91-100. Este discurso ha sido reproducido en el número 2 ó 3 de la "*Revista Parlamentaria*", publicada por la Cámara de Diputados del Perú, Lima, 1948. No tengo ejemplar a mano para compulsar debidamente el dato, que es, por lo demás, exacto.



*Curia Romana*". Aunque el alto clero había sido adversario del establecimiento de la República, al triunfar ésta dicho clero pretendió continuar en el disfrute de su hegemonía, de la que gozaba desde el virreinato. Los conservadores, con Bartolomé Herrera a la cabeza, no miraban mal el sometimiento del Poder Ejecutivo al Papado. Vigil, no. Pero, en vez de arrojarse a una campaña declamatoria, Vigil prefirió reconcentrarse en una tarea de exhaustiva documentación. Y fué tan sólido su alegato que el propio Pontífice, Pío IX, lanzó su "*Breve*" de 10 de junio de 1851 contra el audaz heresiarca peruano. Fué esa la circunstancia que determinó a Vigil a colgar definitivamente los hábitos talarés.

Ya, para aquel entonces, había desarrollado activa propaganda en pro de las ideas liberales. Desde las columnas de "*El Genio del Rímac*" (1834) y "*El Comercio*" (1840, 1846, 1851 y 1854) vertía sus opiniones contra el avance de los conservadores y ultramontanos. No amilanó a Vigil la repulsa pontificia. Tampoco le envanecieron los elogios que le tributaron con inusitado calor hombres de la talla del gran líder británico Gladstone y el bravo periodista francés Emile Girardin. Al Papa que, de tan pública manera, le segregaba de la Iglesia, respondió Vigil con nuevos y numerosos ejemplos y razones. El Pontífice hubo de lanzar otro "*Breve*" contra su terco y lejano antagonista. Vigil duplicó en el tomo titulado "*Compendio*" (1852). Poco después lanzaba el nuevo volumen de sus "*Adiciones*".

Es útil advertir que, mientras en Europa, la agitación política se llevaba a cabo teniendo principalmente en cuenta los hechos económico-sociales. Era un nuevo acento. En cambio, tal lucha se desarrollaba en Perú en torno a las diferencias religiosas o, mejor aún, jurídico religiosas. El tono colonial del país se confirmaba hasta en la manera de encarar la discusión sobre los cambios mentales de la sociedad.

Hacia 1856, Vigil colaboraba en "*El Constitucional*". En 1862, esto es, después de haber publicado "*Los Jesuítas*", colaboraba también en "*La América*".

En aquel tiempo, Vigil encarnaba la pasión libertaria, el anticlericalismo como extensión de su antirromanismo, el nacionalismo integral de una Patria recién nacida, y, por tanto, celosísima de todas sus prerrogativas. Tales elementos contribuyen poderosamente a definir y exaltar la personalidad del apóstol. Para él, como para muchos liberales, los jesuítas representaban y representan el ultramontanismo extremo, la penetración politicista del clero. Como buen post-colonial que era, Vigil identificaba la situación de 1860 con la de 1767. La historia de "*Los Jesuítas*", cuyo anticipo es el volumen aparecido en 1861, ocupa cuatro densos tomos, publicados dos años después, en 1863. Coincide el libro de Vigil con el Pacto de Londres, a que la Santa Sede presta su asentimiento y en el cual se combina la ocupación de México por tropas extranjeras, so pretexto de ahogar la Reforma y cobrar deudas impagas; y con la invasión de México por las tropas hispanofrancesas, bajo la aprobación eclesiástica. Pío IX ha prestado su "apoyo moral" a semejante aventura contra la Independencia de unos de los países americanos. El liberalismo continental se subleva contra el clero. En Chile, Francisco Bilbao escribe las candentes páginas de "*La América en Peligro*". Vigil también interviene en la polémica, en la condena airada a la intervención.

No es un acto aislado. Desde mucho antes ha revelado Vigil la reciedumbre y hondura de sus ideas al respecto. Basta revisar su bibliografía, sin penetrar siquiera en su doctrina, para comprobarlo. "*Paz perpetua en América*" se titula uno de sus panfletos, editado en Bogotá, el año de 1856. Los dedicados a "*Gobierno Republicano*" y "*Soberanía Nacional*" datan de 1857; sobre "*Educación Popular*" y "*Educación del bello sexo*", se remontan a 1858; los artículos reunidos bajo el rubro de "*Tolerancia de cultos*" tienen fecha de 1861 y 1862, pues constituyen la réplica de Vigil al propósito triunfante del conservantismo, de incluir en la Carta Fundamental de 1860 un artículo en que se declare religión del Estado, la Católica "con exclusión de cualquier otra". Se infiere de la mera enumeración precedente cómo Vigil se

interesa en los temas de mayor controversia y de más amplia resonancia contemporánea: independencia, soberanía, educación del pueblo, educación de la mujer, asuntos, los dos últimos, en que se anticipa a Sarmiento y a Hostos, dos incansables defensores de dichas ideas.

Es entonces cuando surge la invasión de México, y Vigil, distrayéndose de su campaña en favor de la tolerancia de cultos y la elevación del nivel cultural del pueblo, condena airadamente el atropello.

Jorge Guillermo Leguía, uno de los más eruditos y brillantes exégetas de Vigil comenta el hecho así:

“(Vigil) es, además, uno de los más abnegados y sabios propagandistas de la idea panamericana. Cuando México gemía bajo el poder de Maximiliano, y los países occidentales de la América del Sur eran amenazados por las naves de Isabel II, el Nuevo Mundo escuchó la evangélica palabra del insigne peruano, consagrada por una de las más puras vidas que jamás alentó en estas tierras de Indias”.

Liberal de verdad, en 1862, se opuso a la pena de muerte que el ultramontanismo limeño, aprovechando de las veleidades de Castilla, pretendía resucitar. “En defensa de la Iglesia Católica”, según él pretendía, Vigil censuró al Papa Pío IX, ante lo cual salióle al paso el famoso Padre Gual, quien tenía fama de santo. Vigil aceptó el reto sin gozo, pero sin desmayo.

Después de la victoria del Callao, en 1866, sobre España, y cuando mayor circulación y aplauso recibía el “*Catecismo patriótico*”, publicado por primera vez en 1858, la vida de Vigil empezó a rumbar discretamente al silencio. Seguía desempeñando la dirección de la Biblioteca Nacional de Lima.

Allí, en el vetusto local del que fuera Colegio Máximo de San Pablo, regentado por los jesuitas hasta 1767, Vigil recibía la constante visita de los escritores de la época. Allí le buscó el grupo de los románticos o “bohemos” de que habla Palma. Allí fué en su busca, lleno de admiración, el joven Manuel González-Prada. Desde allí asistió a la pública y vocinglera retractación de Vidaurre; al resurgimiento li-

beral de 1867, y al auge efímero de la extremista constitución de Prado. Allí recibió la noticia de la muerte de Pardo y Aliaga y de Segura. Allí finalmente fué a buscarle la muerte. En sus últimos años, de 1872 a 1875, Vigil colaboraba en "*El Correo del Perú*". No era ya su estilo tan polémico ni su erudición era tan gravosa, pero pensamiento y conducta no habían variado un punto. Fué inútil que le buscaran claudicaciones. Estaba hecho a prueba de deslealtades. Tampoco sería posible descubrir en él, salvo en una que otra página y, eso sí, en casi todos sus escritos, excelencias de estilo. Era sordo a la eufonía, salvo que la pasión le encendiera. Escribía a la manera de fines del siglo XVIII. Por eso he dicho que él, Vigil, nuestro más encendido radical republicano, fué en el fondo un incorregible colonial.

## II

### LOS VIAJEROS: FLORA TRISTÁN

Desde 1700, o, mejor, 1712, comenzaron a llegar ininterrumpidamente casi, viajeros de diversas partes de Europa. Abierto, o entreabierto, el ingreso al "Nuevo Mundo", acudían presurosos notables espíritus científicos. De los primeros fué el ingeniero Amédie de Frézier. Le seguirían tipos eminentes como La Condamine, Bougault, De Jussieu, Bonpland, entre los franceses; Haenke y Humboldt entre los tudescos (aquél bohemio, éste prusiano); Malaspina, entre los italianos... Los franceses fueron los más curiosos. Durante el siglo XIX continuaron visitando nuestras comarcas. Alguno, como Bougainville, dejaría su nombre, poéticamente, en una flor de vivos colores y caprichoso enredo. Otro, como el marino Radiguet, penetraría en las costumbres y nos brindaría una imagen galante de Lima. "*La Revue de Deux Mondes*" de París acogería algunos de los relatos, por ejemplo, los de Lavandais (pseudónimo del diplomático Conde de Sartiges, de quien se ocupa Flora Tristán) y Botmiliau. Cada uno de ellos brindaría una versión sui géneris sobre el



mundo americano. Pero nadie aventaja, por su penetración, patetismo, imaginación y hasta por una especie de ambidextrismo sentimental, a Flora Tristán, a quien legalmente habría que llamar Celeste María Flora Tristán Leisné.

No deja de llamar la atención cómo muchos de los relatos republicanos se concentran, centrífugamente, en derredor de la figura del mariscal Agustín Gamarra, y como ella sirve también de núcleo a varias de las más notables producciones ideológicas y literarias de su tiempo: Vigil, para atacarla, desde su ángulo liberal, a veces, jacobino; Herrera, para convertirla en motivo central de sus tesis autoritarias y ultramontanas, de un nacionalismo a menudo poco cristiano; Flora Tristán, para enfocarla con las luces de su romántico socialismo. Si examinamos más de cerca el "caso", tendremos que Gamarra contó con la colaboración inmediata de José María Pardo, Felipe Pardo y Aliaga, dos absolutistas irreductibles; y fueron sus adversarios, Vigil y Mariátegui, cuya catoniana conducta impuso respeto a sus más tenaces enemigos; le admiró y cantó —post mortem— Bartolomé Herrera, para quien Gamarra fué lo que "El Príncipe", es decir, César Borgia para Maquiavelo, salvadas respetuosamente todas las distancias; el mejor cronista de la época gamarrista fué una mujer: Flora Tristán.

Ningún historiador del Perú (ideas o hechos) puede pasar frente a Gamarra sin consagrarle un buen espacio, considerable tiempo. Por lo común se dedica mayor interés a don Ramón Castilla, lo cual parece muy justificado (6); pero se me antoja también que ello, aparte de exagerado, revela cierta debilidad para dejarse arrastrar por el brillo equívoco del éxito inmediato. Gamarra, lo repito, además de meritorio estratega del ejército español, fué el Jefe de Estado Mayor

---

(6).—Basadre, Jorge, "*Historia de la República*", primera edición, Lima, 1940. Esta primera edición fué casi íntegramente recogida por su autor, a fin de rectificar ciertos pasajes, imponiéndose una singular autocensura. Existe una tercera edición, Lima, 1947, en dos volúmenes. Basadre exagera su elogio a Castilla —hombre del sur como su comentarista—, por ende, al caudillo militar, de que fué Castilla prototipo.

que moldeó la victoria patriota de Ayacucho. Como no le premiaran según se debiera, supo mantenerse en acecho, sin aflojar un ápice su innata energía. Notable por su rigidez disciplinaria, jamás permitió que la astucia le fuera infiel. Como aficionado a las bellas letras que era, solía llevar siempre consigo, aun en campaña, un bello ejemplar del "*Gil Blas*" de Santillana, en francés y en dos volúmenes, que tuve conmigo largos años. Partícipe de la infausta campaña a Intermedios, antes de la llegada de Bolívar, no perdió prestigio por ello. En 1826, llegado el momento, rechazó la presencia de los auxiliares colombianos en el Perú. Empeñóse en derrocar a Sucre de la presidencia de Bolivia, y lo consiguió. Cuando La Mar aceptó las condiciones de Bolívar, en la guerra del 28, Gamarra derribó a La Mar y se hizo presidente. Su estandarte era, en ese instante la irreductibilidad patriótica, pero lo arrió en seguida que alcanzó la plenitud del poder político. Dos veces ocupa la presidencia; las dos, como autócrata. Su intento de poner un sucesor en 1833 le valió perder una innecesaria batalla política. Cuando intenta imponer su voluntad en Bolivia, le va la vida en la demanda. Dos esposas vigilaron sus sueños: la primera, de noble alcurnia, le aburre y finalmente le deja viudo; la segunda, audaz y entrometida amazona, coopera con él en sus ambiciosos planes, pero acaba enamorada de su ayudante, Escudero. Pardo, Segura y Herrera le secundan de una u otra manera, y en uno u otro tiempo. Tengo para mí que en el alma de Gamarra se entrecombatían los motivos más inconciliables. Hasta llego a suponer que hubo en él cierta inclinación literaria, lo cual se insinúa a través de ciertas lecturas y amistades. Al menos, durante su permanencia en Chile, conspirando contra Santa Cruz, sus más asiduos contertulios y consejeros fueron Pardo y Vivanco. Evidentemente Gamarra poseyó algo más que audacia y buena suerte: de otro modo no habría alcanzado tan alta graduación en el ejército español, no obstante haber nacido en el Cuzco; ni habría llegado a Jefe de Estado Mayor de un ejército, como el patriota, en donde militaban individuos de la talla de

Sucre, Miller, Córdova, La Mar y Santa Cruz. Basadre que ha estudiado concienzudamente esa época, aunque dominado —era muy joven entonces— por algunos prejuicios raciales y ciertos apotegmas spenglerianos, ha escrito lo que sigue acerca de Gamarra:

“Era indígena por la resistencia física, por la reserva y por el disimulo; era mestizo por la sagacidad, por la ductilidad y por la actividad; y era blanco, por la actitud reflexiva y consciente. En él se operaba, la transformación caudillesca y militar del descendiente de labriegos, que, en casos corrientes, se convierte en tinterillo o en comerciante. Solapado y tozudo como un campesino, era también listo como un tinterillo y sórdido como un comerciante. Del militar tenía la experiencia en las campañas, la capacidad de actuar, el conocimiento del territorio, el afán de usar de la fuerza para la gloria personal o del país; pero no tenía la marcialidad decorativa, el valor heroico, la disciplina rígida. A todo esto unía la ciencia de un viejo; más de cincuenta años bien vividos tenía en 1839. La nota más resaltante de su carácter es la ambición. Pero una ambición acompañada por un gran disimulo” (7).

Pues bien, Flora Tristán, “la Paria”, como ella gustaba llamarse, llegó al Perú en 1833, un año antes del “*Yo acuso*” de Vigil, cuando se iniciaba una nueva guerra civil, movida tanto por razones personales, cuanto ideológicas. Flora realizaba una especie de simbólico retorno —si es permisible la palabra en este caso— al regazo materno, a una patria que ella no conocía, en la que no había nacido, pero a la que pertenecía su padre, a la que amaba románticamente y en la que tenía puestas sus luego fallidas expectativas de bienestar económico. Es, pues, personaje peruano, por su origen y por una de sus obras principales, la decisiva.

Flora había nacido el 7 de abril de 1803, de la unión de don Mariano Tristán, arequipeño, de conocida alcurnia y cuantiosos caudales, con doña Teresa Leysné (o Leisley), natural de Francia. Parece que ambos se casaron en Bilbao,

---

(7).—Basadre, Jorge, “*La iniciación de la República*”, Lima, 1930, tomo II, p. 407.

y que los documentos matrimoniales se perdieron en el tumulto y desorden de la guerra de resistencia nacional contra la invasión francesa. Es lo que declararon siempre don Mariano y Teresa, y lo que repitió sin variantes, Flora. Mas, la familia Tristán, del Perú, clerical, conservadora adinerada, suspicaz por tanto, resistióse a reconocer plenamente los derechos hereditarios de Flora, cuando ésta llegó a Arequipa a reclamar los bienes paternos. No dudaba la empingorotada familia de la autenticidad de la filiación de Flora, y se hacía lenguas acerca de su parecido asombroso con don Mariano, pero, para soltar la bolsa, quería certificados que no era posible haber.

Don Mariano, pues, había fallecido mucho antes: cuando su hija tenía sólo cuatro años. En esos días, Bolívar, se hallaba en París y visitaba la casa de Tristán, entreteniéndose a veces en azotar destructora y nerviosamente las plantas del jardín. Al morir, don Mariano dijo a Teresa: "Te queda Pío", nombre de su hermano menor, uno de los tipos más característicos del Perú de entonces, pues que habiendo sido el último hechizo virrey —después de Ayacucho—, llegó a ser también Presidente de la República, verdad que bajo el extranjero protectorado del boliviano Santa Cruz, en el período de 1836-38.

Flora tuvo otro hermanito, menor que ella; murió cuando ella tenía quince años. Poco después, su madre, en la mayor de las pobrezas, la obligaba a casarse con el obrero grabador André Chazal, a quien ella no amaba, pero a quien se entregó antes del matrimonio, en un rapto de sensualidad, cansancio, rabia y desdén. La vida conyugal de Flora fué un fracaso espantoso. A los tres años separábase del marido, quien la hacía víctima de inicua persecución. No había cumplido 20 años, esto es, hacia 1823, cuando huérfana de todo apoyo y ansiosa de equilibrio económico, entró en relaciones epistolares con su familia paterna del Perú, la cual se hallaba en tal momento en uno de sus peores ratos, pues las fuerzas patriotas iniciaban la ofensiva final bajo el mando de Bolívar, y se aproximaba la hora de la capitulación d fi-



nitiva que se produjo el 9 de diciembre de 1824, remate del poderío español en América del Sur (8).

Flora había tenido dos hijos de su casorio; sin embargo procuraba no mencionarlos, dada su espinosa condición de mujer separada de su marido, especie de casada-viuda-soltera, al margen de la sociedad, verdadera "paria" en el medio de su época. En tanto, Chazal no perdía la esperanza de reconquistarla. Harta de su persecución, que a veces lindaba con lo trágico y, a menudo, con lo ridículo, Flora decidió quitarse la vida. Nó lo consiguió. Chazal, impertérrito, insistía en reclamar a sus hijos. Finalmente se contentó con llevarse al varón, cuando éste hubo cumplido ocho años: Flora, con su hija Alina, se refugió en Angulema. No usaba ya el apellido del marido, sino el propio: Tristán; igual, su hija. Como tenía que trabajar y, además, acariciaba la idea de dirigirse al Perú donde esperaba recibir ayuda de su familia encargó a una amiga, la señorita Bursac, el cuidado de Alina, la futura madre de Paul Gauguin. Libre de sus hijos, Flora fué a Burdeos, ciudad en que los Tristán tenían un representante comercial o algo así. En aquel tiempo, trabó amistad con Chabrié, marino bonachón y rudo, quien manifestó rápida y profunda simpatía hacia la desdichada mujer. Cuando llegó a Burdeos, Flora buscó a don Mariano de Goyeneche, pariente de los Tristán, de acaudalada familia arequipeña; se presentó a él como soltera. Goyeneche le prestó su ayuda y la embarcó como pasajera a bordo del paquebote "Le Mexicain", que zarpaba hacia América del Sur. La "señorita" Tristán se dió ahí de manos a boca con el capitán Chabrié, de nuevo: era el capitán del buque. Ante él ella se

---

(8).—Puech, J. L., *"La vie et l'Œuvre de Flora Tristan"*, París, s/a. (1928); — Sánchez, L. A., *"Una mujer sola contra el mundo"*, Buenos Aires, 1942; — Lewis, *"Historia del Internacionalismo obrero"*, Santiago, 1934, tomo I, p. 28; — García Calderón, V., *"Vale un Perú"*, París, 1940; — Tristán, Flora, *"Pérégrinations / d'une Paria / (1833-1834) / por Mme. Flora Tristan. / Dieu, Franchise, Liberté / Tome premier, / Paris, / Arthur Bertrand, Libraire-Editeur / Rue Hautefeuille, N° 23 / 1838"*. El tomo II, igual portada. Hay ediciones en castellano, antológica, Santiago, 1943; completa, Lima, 1946; — Todas las citas del texto se refieren a la primera edición francesa.

había presentado antes como “viuda”. “El 7 de abril de 1833, día del aniversario de mi nacimiento, fué el de mi partida”, escribiría ella en sus famosas “*Peregrinaciones de una Paria*” (tomo I, pág. XLIV).

Durante la dilatadísima travesía marítima, Flora realizó, según ella cuenta, serios progresos espirituales. Hasta entonces pensaba que los hombres se dividían en “compatriotas y extranjeros”; mas a partir de ese período descubrió que “tous les hommes sont frères et que le monde est leur commune patrie” (I, p. 29). El capitán Chabrié concibió violenta pasión amorosa por su pasajera. Esta admiraba platónicamente, según se entiende, al teniente David, un hermoso tipo de “dandy” o “lion” del 30, amante del buen parecer, meticuloso y desdeñoso, extraviado en el dudoso ambiente de la marina mercante. El idilio, un idilio romántico, puntuado de suspiros y de clarós de luna, cubrió con su líquido manto de escondidas lágrimas e incontenibles palabras, la interminable travesía. Flora, observando a los marineros en su despreocupado ir y venir, observa significativamente: “Le vrai matelot doit être comme le limaçon qui porte tout sur lui” (9): “el marinero auténtico debe ser como el caracol que lleva todo consigo”. Los diálogos entre Chabrié, David, el piloto Briet y Flora rebozan melancolía y verismo. Algunos alcanzan una belleza conmovedora. La viajera, a medida que se aleja de Europa, siente redoblarse su congénito peruanismo. No es ajeno a esta predilección un sueño turbador: la herencia de un millón de soles que ella imagina deberá recibir muy pronto. Así discurre el viaje. El paso por Bahía, el puerto brasileño; el contacto con un francés tratante de negros; las escenas en casa de éste, parecen páginas arrancadas de una novela. Finalmente, al llegar a Valparaíso, después de ciento treinta y un días de navegación, Flora se sorprende profundamente al encon-

---

(9).—Tristán, Flora, “*Pérégrinations d'une Paria*”, París, 1838, tomo I, p. 91.

trar que muchísima gente en aquel puerto del extremo meridional de América, habla muy buen francés, y sabe que su abuelo, en quien ella cifraba más esperanzas que en su tío Pío, ha muerto en Arequipa.

Las observaciones de Flora acerca de los chilenos distan de ser benévolas. Encuentra a los hombres, fríos y arrogantes; en las mujeres cree descubrir cierta "roideur", evidente laconismo, afición al lujo, pero discutible buen gusto (10). Luego, la costa peruana a la que se acerca acosada, cada vez más de cerca, por el apremiante amor del capitán Chabrié, la llena de congoja por su infinita aridez (11). Preparando el camino a su ambición, escribe entonces una carta preliminar a su tío Pío, a quien refiere, con esa endiablada verba que caracteriza a tan osada mujer, detalles de su niñez, entre otros, que Bolívar, el naturalista Bonpland y el sabio "Robinson" (o sea, don Simón Rodríguez) fueron íntimos amigos de su hogar en Francia: "Il (Bolívar) m'a vu élever par mon père" (12). Al acercarse a Arequipa, en una posada, recibe el cortés saludo de Monseñor Luna Pizarro, "petit Lammenais péruvien, chef du parti républicain". El tío Pío piensa en la Presidencia del Perú. Flora llevada por su insanable curiosidad se vuelca sobre la política del país a fin de compenetrarse de sus peripecias.

Lo primero que la sorprende en Perú, en Arequipa, es la pequeñez del pie de las mujeres. Su prima Carmen luce zapatitos de muñeca. Luego, sufre los efectos de un temblor de tierra, y asiste a la celebración de un "Misterio" que le recuerda el que Víctor Hugo pinta en "*Nôtre Dame de Paris*". También la asombra la riqueza del clero: "l'Eglise péruvienne exploite au profit de son influence, le goût de la population". Otros rasgos para ella nuevos son la "fácil elocuencia" de los nativos y sus usos políticos. En ese punto, Chabrié, decidido a conquistar el amor de la "paria", hace

(10).—Tristán, Flora, ob. cit., ed. cit., tomo I, p. 184.

(11).—Tristán, Flora, ob. cit., ed. cit., tomo I, p. 201.

(12).—Tristán, Flora, ob. cit., ed. cit., tomo I, p. 206.

su aparición en Arequipa. Y como Pío Tristán se niega a reconocerla como hija legítima de su hermano, lo cual le quita derecho a la apetecida herencia, Flora comenta amargamente que el Perú es un país "où la justice se vend" (13).

La ciudad despierta un día estremecida por el estallido de una revolución. Flora describe apasionadamente su desarrollo: la actitud del pintoresco Deán Juan Gualberto Valdivia; los cupos que impone el general Nieto a los habitantes; las vacilaciones del coronel Althaus, hermoso húsar alemán, cuya descendencia llenaría algunas páginas de la literatura y la industria peruanas; la perplejidad del presidente Gamarra. De pronto, un intempestivo impulso romántico, una oleada de amor sacude la obra: "Yo no vivía —escribe Flora—; vivir es amar, y yo no tenía conocimiento de mi existencia sino por esa necesidad de mi corazón que no podía satisfacer" (14).

Sin fe religiosa, privada de entregarse al amor, acosada por el egoísmo de su familia, perseguida del infortunio, tolerada apenas en el seno de la familia de su padre, su único consuelo es, paradójicamente, escuchar las cuitas de su prima Carmen, confiarle las suyas y darla consejos literarios: he aquí algunos de ellos: debería leer la tímida Carmen nada menos que a Homero, Virgilio, Racine y Byron, extraña mezcla que revela un espíritu inquieto, un gusto mal dirigido y cierta proclividad a lo grandioso. Predomina en "la Paria" el aspecto sentimental, la incoercible espontaneidad con que refleja sus impresiones. Nada hay en su alma que coincida con aquella sociedad desconfiada y timorata que hace frías a las gentes.

Dominada por el desengaño familiar y financiero, Flora se entrega a anotar sin subterfugios los contrastes de la realidad en medio de la cual vive. Por ejemplo: "l'Indien préfère se tuer que d'être soldat" (el indio prefiere matarse

---

(13).—Tristán, Flora, ob. cit., ed. cit., tomo II, p. 24.

(14).—Tristán, Flora, ob. cit., ed. cit., tomo II, p. 99.



a ser soldado) (15). Su retrato de "la reina", es decir, de doña Pancha Zubiaga de Gamarra, me parece ejemplar. Flora se interesa sentimentalmente por el coronel Escudero, secretario de doña Pancha. Parece como que el militar era capaz de suscitar la devoción de Flora como había conquistado el corazón de su ama, según insinúa Flora en las últimas páginas de su obra.

La llegada y permanencia en Lima constituye otra sorpresa para la viajera. No tiene ya ninguna esperanza de obtener nada de su parentela. Sus ojos se han vuelto fríos. Lima se le presenta como "aun una ciudad completamente sensual" (16). Flora se aloja en la posada de una ex-actriz francesa, donde los ojos de los parroquianos la violan continuamente con sus voraces miradas, y las equívocas conversaciones la vejan o la exaltan según se trate. Para escapar a semejante atmósfera resuelve consagrarse a observar el desarrollo de la política local. El presidente Orbegoso ("nulidad completa" le llama); el "Marat peruano", o sea el Deán Valdivia; las pizpiretas limeñas ("no son bellas generalmente, pero su fisonomía graciosa subyuga con irresistible ascendiente"); la turbadora saya y el encubridor manto; la meticulosa y cerrada aristocracia virreinal-republicana; las novelescas malaventuras de la princesa be'ga De Looz Coswaren, quien ha casado con el intrigante José Mariano de la Riva Agüero y Sánchez Boquete, al cual nos referimos antes; el drama de la esclavitud en los ingenios de azúcar, en especial en el cañaveral de los Lavalle, cerca de Lima; la a ratos enojosa sensualidad del ambiente: he aquí un conjunto de temas ante los cuales se anonada Flora y que le sirven de motivos inspiradores para muchos de sus pintorescos relatos.

Por fin, llega la hora de abandonar el Perú. Poco antes, entrevista a doña Pancha Zubiaga de Gamarra, a bordo del buque en que ella parte hacia Chile, en donde irá a buscarla

---

(15).—Tristán, Flora, ob. cit., ed. cit., tomo II, p. 123.

(16).—Tristán, Flora, ob. cit., ed. cit., tomo II, p. 343.

la muerte. Desde luego, acompaña a "la Reina" el fiel Escudero, por quien suspira la bellísima Flora. Esta zarpa del Callao el 15 de julio de 1834. Cuatro años más tarde se publicará el libro en que recogiera su apasionante y dramática experiencia peruana.

La aparentemente infructuosa visita de Flora al Perú ha despertado en ella a la luchadora social. En adelante, ignorará el sosiego. Su ardor y su belleza servirán de atractivo a discípulos, correligionarios y devotos. En el París romántico de 1835-1840, en que Jorge Sand impone su contradictoria personalidad, la aparición de esta joven francoperuana, dueña de los más hermosos ojos de su tiempo, ojos enormes, negros y dulcísimos; su arrolladora penetración; su mimo sensual; su hablar exuberante y cantarino, marcaron una época. De seguro allí, ante la fría mirada adversa de Jorge Sand, quien, según Sainte-Beuve, sentía celos de aquella inesperada rival, formuló Flora algunos de los tajantes juicios que incluiría en sus "*Peregrinaciones*". Por ejemplo:

"He dicho, después de haberla conocido, que en el Perú la clase alta se halla profundamente corrompida; que su egoísmo la empuja, con tal de satisfacer su codicia, su amor al poder y otras pasiones, a los intentos más antisociales; he dicho también que la exasperación del pueblo es suma de todas las razas de que se compone" (17)...

"El hombre que carece de oficio no es ya un proletario; salvo que las calamidades públicas le agobien, no deberá tener jamás necesidad de recurrir a la caridad de sus conciudadanos"...

"El Perú es, entre todos los países de América, el de más avanzada civilización"...

"Los hombres son necesarios a la tierra en que viven... cada uno de ellos tiene una misión para la cual ha sido designado por la Providencia".

Estos conceptos aparecen en el preámbulo de la mencionada obra, dedicados "A los Peruanos", y suscritos por "Vues-

(17).—Tristán, Flora, ob. cit., ed. cit., tomo I, p. VII y IX.

tra compatriota y amiga. Flora Tristán", en París, en agosto de 1836.

Consecuente con sus ideas, una de ellas la urgencia de escuelas antes que conventos; otra, la necesidad de que la mujer adquiriera derechos civiles, pues, privada de ellos, es "una paria"; otra, que se requiere una "organización social" para el "progreso de los pueblos", Flora emprende una cruzada efectiva por toda Francia. Jalones de ella serán su vibrante folleto "*La emancipación de la mujer*", en que se pronuncia muy rudamente contra la inferioridad matrimonial del sexo femenino y ataca la gazmoñería ambiente (18); el libro "*Paseos en Londres*", nunca traducido al castellano, aguda crítica a la sociedad británica; la discutida novela "*Mephis*", o sea una combinación de Mesías y Mefistófeles, en que plantea reformas de todo tipo y zahiere los usos imperantes, y, finalmente, en 1843, "*L'Union Ouvrière*", folleto en el cual sintetiza el ideario de la campaña que ella misma, en esos momentos, a costa de su propia salud, de su reputación, de su vida, estaba realizando a lo largo de Francia. Si alguna prueba se requiere sobre el indiscutible interés que despertó la obra de esta bella amiga de Fourier y, acaso, de Marx, de Sainte-Beuve y de Saint Simon, de Quinet y de Lamartine, bastaría el hecho de que, de "*La Unión Obrera*" se tiraron primero 20.000 ejemplares, cifra insólita, y que, al ocurrir la muerte de Flora, en 1844, los obreros franceses costearon el mausoleo que guarda sus restos, los restos de la "Mujer-Mesías", como ella gustaba de ser llamada, en el Cementerio de Chartreux, cerca de Burdeos.

Aline Tristán, hija de Flora, fué la madre de Paul Gauguin (19).

\* \* \*

---

(18).—Este folleto ha sido traducido por primera vez al castellano, en Lima, editorial P.T.C.M., 1948.

(19).—Conviene consultar al respecto: Gauguin, Pola, "*My father Paul Gauguin*", New York, 1935; — Cossío del Pomar, Felipe, "*Vida y arte de Paul Gauguin*", París, 1928, y "*El Hechizo de Gauguin*", Santiago, 1939; — Basadre, Jorge, "*Al margen de un libro olvidado*", en "*Boletín Bibliográfico de la Universidad de San Marcos*", Vol. I, N<sup>o</sup> 2, Lima, 1923, p. 11.

El año que Flora Tristán residió en Perú, fué uno de los más candentes y hasta cierto punto decisivos para el futuro de la Nación. Frente a un denodado propósito por renovar los hábitos coloniales, se erguían influyentes elementos conservadores y ricos, empeñados en restaurar los usos que, al menos teóricamente, se proscribieron con la proclamación de nuestra Independencia. Provenientes de la aristocracia colonial criolla, los directores del Perú en 1833-34 consiguieron fortalecer los prejuicios y aficiones autoritarias del Presidente Gamarra hasta el punto de provocar la altiva y bella repulsa de Vigil, y determinar, a contrapelo, la ausencia de don José María Pando, a quien no se miraba con buenos ojos por su excesiva versatilidad, que recorría la gama entre el hispanismo fernandiano y el republicanismo bolivariano, éste último origen de una larga y pomposa "*Epístola a Próspero*", rendido elogio al Libertador, de donde Pando retornaba a sus antiguos amores hispanizantes, frustrados en flor, pues nadie confiaba ya en él en Madrid ni en Lima.

Don José María Pando había formado parte del grupo dirigido por don José Joaquín de Mora. Este había tenido que abandonar Chile tanto porque sus ideas liberales chocaban con "la noche colonial" a que era adicto el poderoso Ministro-Dictador, Diego Portales, cuanto porque Andrés Bello, entonces recién llegado a Chile repugnaba de toda manifestación romántica, sometido a rígida férula clásica. Desde luego, sería excesivo considerar a Mora cual prototipo de liberales y románticos. Tenía muchos vínculos con clasicistas y conservadores. Por lo demás, ello se comprobaba por su propia trayectoria. Mora fué maestro de don Francisco Martínez de la Rosa, cuyo liberalismo, aunque muy voceado, estaba muy lejos de despertar la confianza de los verdaderos liberales (20). Sin embargo, frente al espíritu colonialesco de los conservadores peruanos, Mora destilaba con lampos

---

(20).—Riva Agüero, J. de la, "*El Perú histórico y artístico*", Santander, 1921, p. 164; — Sosa, Luis, "*Martínez de la Rosa, el Político*", Madrid, 1930, p. 39.



de iconoclastismo y hasta radicalismo. Así lo consideraron nuestros conservadores (Pardo, Pando, Herrera). En cambio, Vigil y sus amigos agrupaban a todos éstos bajo una denominación común, vislumbrando, en el fondo de sus declaraciones de intempestivo amor democrático, un decidido apego a las tradiciones coloniales. Bastaría para confirmarlo, recordar que José María Pando redactó la rígida "*Reclamación de los vulnerados derechos de los hacendados de las provincias litorales del Departamento de Lima*" contra la manumisión de los esclavos (1833), y que, en sus poesías, Felipe Pardo se burlaba de su propio hijo, al cumplir los 21 años, porque ya era "igual / al negro que unce tus bueyes / y al que te riega el maizal".

La aristocracia criolla, secundando al autoritario Gamarra, consiguió que el Parlamento desoyera la voz de su propio Presidente, que era Vigil. Sobre tan aparente descalabro doctrinal, pudo Gamarra asentar su efímera omnipotencia. Pero, en 1834, vió cómo se diluían sus fuerzas, en la trágica ocasión del zarzuelesco "abrazo de Maquinhuayo", después del cual las dos huestes rivales encabezadas por el General Orbegoso, electo Presidente de la República por el Congreso, y el General Pedro Bermúdez, a quien Gamarra pretendía imponer a sangre y fuego, sellaron la paz sin disparar un tiro. Cosas de la superficialidad: Orbegoso, a pesar de su conservantismo congénito, llevó a Vigil a la Dirección de la Biblioteca Nacional de Lima. Si no conocía o no sospechaba los méritos intrínsecos del gran publicista, al menos demostró cierta sindéresis y reconocimiento, al premiar a quien, con su oratoria maciza y ardorosa, había contribuído tanto a deshacer el mito del gamarrismo incontestable.

Fué entonces cuando Flora Tristán llegó al Perú y, viajeros de ida y vuelta, emprendió Pando el regreso a España. Exministro de Gamarra, a quien acompañara en 1833, Pando se retiró a la sierra buscando salud, y, luego, por la vía del Sur, se dirigió a Europa. Contaba cuarenta y siete años de edad. Hacía diez de su llegada de España, ansioso de conquistar, aconsejar y servir. No habían pasado sino ocho de su desatada "*Epístola a Próspero*", en la cual presagiaba

tanto logro importante para el Perú. Ahora, precisamente a punto de despedirse del Perú, su patria natal, escribía a otro conservador, don Felipe Pardo, con fecha 27 de octubre de 1834:

“Siempre temblaré por lo futuro, y deploraré la necesidad que encadena a Ud. en un país tan poco análogo a su honradez, pundonor y talento” (21).

Mala manera de corresponder a tanta generosidad de la Patria, a esa Patria a la que olvidó de niño, a la que volvió ambicioso ya hombre, y a la que abandonaba nuevamente para tratar de que España lo admitiese, apenas empezaban a tocar a fajina las fanfarrias de la política local. Sin embargo, la juventud de Pando distaba de augurar semejante transformación. Una vez, en Roma, lo habían apresado por rehusar rendir homenaje a José Bonaparte, y tal fué la curiosa razón por la que el Rey Fernando VII le llevó a su Secretaría con facultad de dictar decretos (1818). Luis XVIII, en el delirio de la restauración absolutista, expulsó a Pando de París en aquel tiempo. El españolismo del limeño descastado era tan evidente que, aun cuando vino al Perú y se conectó con los patriotas, y los sirvió, el intransigente y fiero Brigadier Rodil, el más terco de los monárquicos, le otorgó permiso para abandonar los Castillos del Callao, en que se refugiara y así pudiera llegar a Lima. Pando había sido Ministro de Bolívar y de Gamarra, dos autoritarios; había tenido poder, ¡y así pagaba al Perú las mercedes recibidas! Malo fué para él que España no perdonara ingratitudes con la misma generosidad con que las perdonara el Perú. Cuando el arrepentido Pando pretendió reincorporarse a la ciudadanía española, le salió al paso Calatrava, Presidente del Consejo de Ministros, quien impugnó la alegada condición de español que lucía Pando. Y éste, en un rasgo que no le honra, protestó indignado contra la “suposición” de que él hubiese renuncia-

---

(21).—Pando, J. M., “Carta”, en “Boletín del Museo Bolivariano”, tomo I, p. 356, Magdalena Vieja, Lima, 1928; — Pazos Varela, Juan Francisco, artículo sobre Pando, en el mismo “Boletín”, tomo I, p. 221.

do en algún momento siquiera a su patria peninsular, de que él hubiese “renegado de España”, “por una miserable agrupación de hombres de todas castas, viciados, desenfrenados, oprimidos, divididos en bandos feroces, envueltos en perpetua anarquía” (22).

Así pagaba Pando la amplia acogida y los honrosos puestos públicos con que le colmara una ingenua república de hombres “viciados, oprimidos, desenfrenados”. Naturalmente, ante semejantes renunciaciones, España acabó abriéndole su regazo. Pando publicaba en Cádiz, el año de 1837, sus “*Pensamientos y apuntes sobre moral y política*”. Murió en 1840, según se ha dicho. El “*Derecho Internacional*” que tanto renombre le dió es obra póstuma.

Lo grave, en el caso particularísimo del Perú, es que el conservador Pando y la socialista Tristán coincidían en la apreciación peyorativa de los hechos y personas del Perú.

### III

#### LA CONFEDERACIÓN PERUBOLIVIANA Y LA MUSA POPULAR

Si en el Perú de 1835 hubiesen reinado efectiva y unánimemente las espantosas pasiones a que alude Pando, el nombre de éste habría desaparecido del todo de todo manual peruano sobre historia, política o literatura. Tampoco habrían tenido oportunidad sus correligionarios para sacar a relucir las ideas de Pando, todas ellas calcadas de retrógrados textos e inspiradas en tortuosos y desapoderados apetitos de dominio. No fué así. Ello demuestra que, a pesar de las pasiones de la hora, se abrió paso el raciocinio y triunfaba la tolerancia, sobre todo en el campo liberal, opuesto a Pando.

Mas, en tanto que Flora regresaba descorazonada y amarga, a Francia, y Pando se volvía rencoroso a España, el bo-

---

(22).—Arona, Juan de, “*Páginas diplomáticas*”, Lima, 1891, p. 92 y 97.

liviano Santa Cruz, aprovechando del caos existente preparaba los planes para reunir a Perú y Bolivia en una Confederación en la que el Perú entraría dividido, mientras Bolivia conservaba su recientísima unidad.

Aparte de los ataques lanzados por ciertos escritores de fuste, como por ejemplo, Vigil, es útil destacar la reacción espontánea de la Musa popular, del verso callejero ante las ambiciones del caudillo boliviano. Esa Musa tenía que ser, y lo fué, muy vibrante, para estar a la altura del general peruano que encarnó la resistencia nacional contra Santa Cruz. El general era buenmozo, joven, improvisador de versos, gallardo guitarrista, buen cantor, valeroso, donjuanesco; en suma, tenía todos los atributos para convertirse en un ídolo popular; se llamaba Felipe Santiago Salaverry. Tenía veintiocho años apenas cuando, después de osado golpe de mano, reaccionando contra las componendas de los políticos, se adueñó de los Castillos del Callao y se convirtió en conductor del sentimiento peruano adverso a la intriga confederal. Los versos con que el audaz general, acompañándose de la vihuela, solía bordar sus amoríos, han sido recogidos por su encandilado y acucioso exégeta, Manuel Bilbao, escritor chileno.

Desde luego, no era sólo Salaverry. Centenares de repentistas hostigaban al boliviano con sus envenenadas saetas. De Norte a Sur florecía en el Perú una nutrida selva de contagiosos himnos insurreccionales, de encogidas endechas románticas, al mismo tiempo. El General Salaverry, padre del que sería el más insigne poeta romántico del Perú, puso en boga la canción siguiente que, al ritmo de una música marcial, dió la vuelta a todo el país y animó a los soldados en las más negras horas de sus infortunios:

#### CANCION

*Vuestras armas, valientes guerreros,  
en honor de la patria envainad,  
que no deben brillar los aceros  
donde reina feliz libertad.*



*Ya el Perú necesita el reposo  
que Minerva y Astrea le dieron  
y que Marte con plácido gozo  
miles veces falaz le ofreciera.*

*Tornad, pues, vuestra lanza en azada;  
grandes surcos abrid a la tierra,  
y esperad que esta madre olvidada  
os dará lo que no os da la guerra.*

*El honor militar no es herir  
los derechos de un pueblo inocente;  
¡que un ejército cria valiente  
porque sepa por ellos morir!*

*El honor militar no prescribe  
a la ley de un tirano ceder;  
el honor militar sólo pide  
en el campo, morir o vencer.*

*La carrera de gloria que hicieron  
los valientes en otras regiones,  
ellos mismos también la perdieron  
por querer erigir Napoleones.*

*Libre América detesta tiranos,  
quiere leyes y constituciones,  
militares que sean ciudadanos  
y héroes que sean Washingtones (23).*

La bandera de Salaverry es irresistible. La siguen tanto el aristócrata Felipe Pardo, como el plebeyo Manuel Segura. Este último es apresado en Camaná, luciendo los galones de capitán, a raíz del inicuo fusilamiento de su caudillo, el romántico general de la "Canción"; aquél, a quien Salaverry nombra simultáneamente su representante diplomático en Santiago de Chile y... en Madrid, se ve forzado a sostener violentas polémicas: primero, con José Mariano de la Riva Agüero, por un asunto burocrático-financiero, y luego con el mismo Riva Agüero y sus agentes, a causa de las diferencias políticas. De todo ello hemos hablado ya. Hay que agre-

---

(23).—Bilbao, Manuel, "Historia de Salaverry", Lima, 1858, p. 89.

gar que, en tal circunstancia, Francisco Xavier Mariátegui prefiere alabar a la libertad in abstracto, que es un modo de encararse a la tiranía fuese quien fuese el que la sostuviera. Vigil no trepida en acusar a Santa Cruz. Y hasta la gente de teatro, por lo regular enemiga de inmiscuirse en enredos políticos, aplaudió a Salaverry, quien dictó, durante su fugacísimo gobierno, medidas en defensa del teatro nacional. Por último, los músicos también exaltan al apuesto y sacrificado caudillo: uno de ellos, Manuel Bañón, que solía tocar solos de cornetín en algunos estrenos de Segura (24), compone, durante los días de la guerra una marcha marcial que Salaverry, entusiasmado, bautiza con su propio nombre, "La Salaverrina", y que la posteridad reconoce —y escucha— con el de "Ataque de Uchumayo", pues en la jornada así llamada las tropas de Salaverry cargaron y vencieron a las tropas de Santa Cruz a los viriles sonos de la bélica clarinada del maestro Bañón. A Salaverry lo hace fusilar Santa Cruz, en la Plaza Mayor de Arequipa, después de la derrota de Socabaya (1836). Por esos días nace también una solemne marcha fúnebre, dedicada a la memoria de un héroe de la Independencia, caído para siempre en una de las tantas escaramuzas de las revoluciones criollas: el general Trinidad Morán. Cedo la palabra al historiador Basadre, quien comenta certeramente ambas composiciones musicales del siguiente modo:

"Nuestra historia republicana sólo podía producir dos clases de marchas militares: el "Ataque de Uchumayo" y la "Marcha Morán": la una nació después del fugaz triunfo obtenido en la campaña de Arequipa sobre el ejército de Santa Cruz, en 1835. Encarna la improvisación, el entusiasmo breve, el arrebatado de la esperanza. Sólo clarines y tambores la tocan; marcha vibrante y agresiva como una proclama, acaso nació después de una loca jarana con arpa, guitarra, cajón, dicharachos, mujeres y alcohol; transformación guerrera de la zamacueca.

---

(24).—Sánchez, Luis A., *"El Señor Segura, hombre de teatro"*, Lima, 1947, *passim*.

La "Marcha Morán" encarna el homenaje tardío, el inútil respeto póstumo, la postergación del bueno y del apto, la tristeza de nuestra república invertebrada" (25).

Sobre la prematura y ensangrentada tumba de Salaverry se fundó la Confederación Perúboliviana, con Santa Cruz a la cabeza, y su cortejo de presidentes títeres, todos ellos pertenecientes a la aristocracia criollo-colonial: Orbegoso, Tristán, Salaverry. En el corto y azaroso período que rige la Confederación (1836-1839) todas las actividades se canalizan hacia la política. Sin embargo, de entonces data una importante disposición que reforma los planes educativos: el 9 de noviembre de 1836 quedan delimitadas las funciones de la Universidad y los llamados Colegios Mayores. Se fijó que el Colegio de San Carlos, cuyo plan duraba ocho años y al cual se ingresaba después de concluir estudios de Gramática Castellana y Latina, abriese cursos de Aritmética, Geografía, Matemáticas, Ciencias Naturales, Historia y Literatura, Lenguas vivas, Latín y Filosofía, Derecho Natural y de Gentes, Derecho Constitucional, Derecho Romano, Derecho Patrio, Derecho Canónico, Economía Política y Diplomacia. No se requería edad alguna para el ingreso. De tal suerte, lo que se llama Letras recibía fugaz impulso.

Reiniciada la guerra en 1838, por los enemigos de la Confederación, no se detendrá ya hasta el año siguiente en que Santa Cruz es definitivamente vencido. Se ha deshecho la Confederación. Ya sabemos la parte que en ello corresponde a Segura y Pardo. Las letrillas de "*La Jeta*", publicadas bajo el pseudónimo de "M. Alphonse Chunga Capac Yupanqui" se ensañaron en el vencido en forma asaz cruel (26) :

*A Lima vuelvo, limeñas:  
el cielo me hace propicio*

(25).—Basadre, J., "*La Iniciación de la República*", tomo II, p. 372.

(26).—Fué publicada en "*El Intérprete*", de Santiago de Chile, y, además, en un folleto especial, impreso por Tadeo López, 1839. Basadre transcribe las coplas en su obra antes citada.

*tan singular beneficio,  
 Dadme los brazos, risueñas,  
 que no los dais a un veleta,  
 pues mi seso  
 tiene aplomo con el peso  
 de mi jeta.*

.....  
*Vestido con elegancia  
 de guerra está don Jinés;  
 penacho ostenta, y arnés;  
 mas la Cruz del Rey de Francia  
 (para él la honra más completa)  
 que al pecho lleva colgada,  
 va tapada  
 con la jeta.*

Los ataques en verso de Pardo, publicados en "El Intérprete" de Chile, fueron respondidos en "El Eventual" y "El Barómetro de Chile" por los agentes de Santa Cruz. Para acallar al elegante letrillero, el Ministro de Bolivia en Santiago, don Juan de la Cruz Méndez, optó por denunciarlo a la justicia, al par que "de acuerdo con órdenes superiores" respondía por medio de otras letrillas, abriendo así una campaña literaria en donde existía un conflicto patriótico. Don Felipe Pardo estaba en su salsa. Entonces, imitando el apretado modo de hablar del altiplano y jugando con el nombre de su denunciante, escribió:

*Mustio y mohino don Mendo  
 así explica su dolor:  
 "Viracocha, Protector,  
 que el conquista está regiendo,  
 anda la Chile dejeste:  
 Don Mendo embarca al momento.  
 Mas no deste la talento  
 cuando el credencial me deste.  
 Con credencial nada saco,  
 ni diplomacia estoy d'estro.  
 Hombre: ¿cuando haces menestro  
 ¿por qué me dejas guanaco? (27).*

---

(27).—Para facilidad del lector no habituado a este modo de ha-



Como surgieran tropiezos para seguir con "El Intérprete", Andrés Martínez publicó "La Aurora" y después "El Popular", editado por Bonifacio Lazarte. En "La Bandera Bicolor de Bujanda" se decía:

*Tirón, ton, ton,  
que viene, que viene  
el cholo jetón...*

Pero, ocurrió lo de siempre. El vencedor Gamarra instaló un gobierno llamado de "la Restauración", durante el cual se llevaron a cabo innumerables abusos. El partido anti-confederal perdió su popularidad, si bien mantuvo sus propósitos nacionalistas. Nadie mejor que un poeta anónimo para reflejar el desencanto popular, en unos versos escritos aparentemente desde las fortalezas del Callao:

*Desde estos muros,  
sobre estas torres,  
lamento y lloro  
de noche y día,  
de los peruanos  
la sangre ilustre  
que el araucano  
derramó en Guía (28).  
¡Gamarra impío!  
Mira ese suelo  
que el vil chileno  
pisa atrevido.  
Esta es tu patria,  
traidor, cobarde,  
do haces alarde  
de felonía.*

---

blar, daremos una versión en castellano corriente: "Huiracocha, Protector / que la conquista estás rigiendo, / anda a Chile (me) dijiste; / Don Mendo, embarca al momento; / Mas no (me) diste el talento / cuando credencial me diste. / Con credencial nada saco / ni en diplomacia estoy diestro. / Hombre: cuándo (me) haces ministro, / ¿por qué me dejas guanaco?"

(28).—Alusión a la batalla de la Portada de Guía, a la entrada de Lima.

*Ya tengo el rayo  
que a tu cabeza  
en mil fragmentos  
convertirá!  
y a esos lamentos  
de viudas tristes  
que causa fuistes  
se vengarán (29).*

Una corrosiva literatura popular cubre el Perú, casi toda ella anónima, dolida o en protesta. Se reacciona contra el absolutismo gamarrino. Y Lima, el centro del país, repite los versos del desconocido:

*Desde estos muros,  
sobre estas torres...*

Y una vez más se tuerce en lamento el vitor de la víspera.

Se dictó entonces orden de clausurar el local de la Comedia, en vivo y lamentable contraste con los métodos del popular y alegre Salaverry. Pesado silencio, un silencio pretoriano, epilogaba el triunfo sobre la Confederación. No tardaría mucho Segura en aludir a ello en su poema "*La Santa-Cruzada*", aunque el odio al boliviano corte a menudo el vuelo de la inspiración.

Algunos poetas, aunque desmañadamente, tratan de amenizar aquella época llena de altibajos. Por lo general, vienen de las provincias. No llegan a volar muy alto, pero son significativos. Destacaré al menos a dos por el relativo mérito literario de su parva obra: José María Sánchez Barra (1806-1855), arequipeño, magistrado honesto, autor de algunas fábulas de clara índole moralizante (30); y Cipriano Cano (1814-1865), también de Arequipa, autor de una "*Carta a*

---

(29).—En "*El Eco de Pachacutec*", Lima, 12 de diciembre de 1838. Véase: Basadre, ob. cit., tomo II, p. 278.

(30).—Cf. Cortez, J. D., "*Parnaso Peruano*", Valparaíso, 1871; — Riva Agüero, J. de la, "*Carácter de la literatura del Perú Independiente*", Lima, 1905; — García Calderón, V., "*Biblioteca de la cultura peruana*", "*Costumbristas y satíricos*", París, 1938, tomo II, p. 63.

*Ballivián*" (caudillo boliviano), un "*Testamento de Castilla*", muy intencionado; y editor de "*Por ahora*", hoja periódica de combate (31).

No es por estas composiciones numerosas, pero efímeras y superficiales por lo que recordamos el período confederal en la literatura peruana. Este perdura a través del claro lenguaje de los ideólogos y de la agrí dulce sonrisa de los satíricos.

---

(31).—García Calderón, V., "*Biblioteca de la cultura peruana*", vol. cit., p. 65.





## CAPÍTULO SEXTO

### LA OPINION PUBLICA: INICIACION ROMANTICA

#### I

#### EXACERBACIÓN POLÍTICA

En 1839, al recuperar el Perú, nuevamente, el libre señorío de su destino, incluido el luctuoso capítulo de la intervención boliviana y de la agresión chilena, trató de darse una forma política, más de acuerdo con sus posibilidades e idiosincrasia. El pueblo contaba poco; predominaban la oligarquía y el militarismo, ávido de cosechar los aún frescos laureles de Ayacucho, y de rectificar en parte los errores cometidos por la ilustre víctima de San Pedro Alejandrino. No es exacto que se definiera entonces un sentimiento unilateralmente jingoísta. Habría desentonado con el aura liberal en levante. Pero, en cambio, sí, es verdad que se desarrolló un nacionalismo al que pudiéramos llamar "integralista", por su firme rechazo a toda idea de escisión, como la auspiciada por el mariscal Santa Cruz, y a toda intervención armada extranjera, de lo que había larga y pesada experiencia, a través de la obra de los ejércitos auxiliares chileno-argentino de 1820, grancolombiano de 1823, boliviano-peruano de 1836 y chileno-peruano de 1838. Tanto es así que, en el lenguaje de la calle, a la Confederación se la conocía como estrictamente "boliviana", a pesar de que con ella anduvieron comprometidos a fondo caudillos peruanos como Pío Tristán,

José Mariano de la Riva Agüero y Luis José de Orbegoso; y en cuanto al movimiento que comandara el general Manuel Bulnes, se lo motejó sólo de "chileno", no obstante la resuelta y decidida parte que en él tuvieron el mariscal peruano Agustín Gamarra, el coronel peruano Vidal y el entonces coronel peruano Ramón Castilla, cuya caballería rubricó la victoria de Yungay sobre los confederados de Santa Cruz. Felipe Pardo y Manuel Ignacio de Vivanco, dos civiles de muchas campanillas y limeñismo indudable figuraron también entre los promotores de la expedición de Bulnes, tal como, antes, en vida de Diego Portales, no fueran extraños al fallido intento del severo ministro, intereses peruanos. Los peruanos motejaban a los unos de "bolivianos" y a los otros de "chilenos" lo cual hace en extremo complicado localizar en donde estaban los "peruanos", cuyo suelo y cuyo destino se jugaba en semejante contienda. El único partido que conservaba en alto el estandarte nacional, al margen de cualquier duda, era el de los antiguos amigos y secuaces del general Felipe Santiago Salaverry, mártir de la resistencia a la invasión boliviana.

Don Ricardo Palma refiere, en su "última tradición", que él vió, siendo muy niño, pasar al fugitivo Santa Cruz, después de Yungay, al apresurado galope de su caballo, en dolorosa retirada. Fué en la calle de Aldabas, de Lima, y a ia indecisa hora del anochecer, en que la vacilante luz de los mecheros de gas agigantaba la sombra de los transeúntes sobre los muros, y más cóncavo, en el naciente silencio, el eco en que se prolongaba el isócrono golpeteo de los cascos.

El derrotado Mariscal y Protector, al verse rechazado hasta por sus compatriotas, se embarcaba desalentado rumbo a Ecuador, primero, y a Francia, después, país éste al que era sumamente adicto, al extremo de merecer las hirientes parodias de Felipe Pardo en "*El Intérprete*" de Santiago. La obra de Bolívar quedaba así, definitivamente sancionada: Bolivia y Perú no volverían a reunirse más que en fugaces horas de riesgo común, como las de 1865 y 1879.

Como siempre, los vencedores acudieron al cómodo expediente de identificar su punto de vista particular con el general del país. Los hombres de Gamarra hicieron una sola cosa de patriotismo y conservatismo, de suerte que la autocracia, ejercida por un caudillo militar y prócer como Gamarra, resultó la panacea... mientras no hubo nada más que hacer. El Mariscal pensaba que había llegado la hora de su desquite. Le habían postergado con irritante porfía. Pudo o debió ser el héroe de Ayacucho, batalla que planeó en gran parte y que dirigió desde su cargo de Jefe del Estado Mayor, mas no le permitieron salir de esta órbita. Debió ser de hecho el caudillo de la guerra contra la Gran Colombia, en 1828, puesto que la provocó con los desplantes de que hizo objeto a Sucre; sin embargo, le fué preciso esperar un minuto preciso para reclamar su primacía, más por medio de un golpe de mano. Pretendió enseguida perpetuar su autocracia, y escogió al general Pedro Bermúdez; el Congreso, acuciado por ese elocuente y honestísimo Vigil, le salió al paso, y designó a Orbegoso. Acechó a Santa Cruz, y cuando, confiando en Blanco Encalada y en Irisarri, pensó que era su hora, el Tratado de Paucarpata finó sus sueños. Tuvo entonces que realizar la peligrosa travesía de Guayaquil a Valparaíso, como segundón en un movimiento extranjero encabezado por Bulnes. Así había llegado de nuevo al poder: cabecilla de una facción mal vista por el pueblo, porque se apoyara en bayonetas extranjeras. Ahora era el Presidente. Gamarra era un vencedor, no un convencedor: en tales circunstancias los vencidos deben esperar el trato que les corresponde. Gamarra imaginó dos expedientes para reforzar su poder: en lo exterior, intervenir en Bolivia, a favor de los enemigos de Santa Cruz; en lo interior, implantar una Constitución conservadora, presidencialista, autoritaria. Lo primero desembocó en el desastre de Ingavi, que costó la vida a Gamarra. Lo segundo, en la Constitución de Huancayo, cuyo texto deja ver la mano aristocrática de don Felipe Pardo, la enseñanza rediviva de don José María Pando, y contra

la cual irguióse, irreductible, el apóstol liberal Francisco de Paula Vigil.

Fué en dicho período cuando don Manuel Ascensio Segura dió principio a su carrera de dramaturgo, y se enredó la primera polémica entre Pardo y Segura, de la cual se ha hablado antes, y que transparenta el choque ideológico y social consiguiente. No he podido encontrar la novela "*Gonzalo Pizarro*", de trama histórica, original de Segura, no obstante de haberla visto en 1928, cuando empezaba mis investigaciones sobre su persona y obra. Eso no me impide juzgar en conjunto la vasta acción de nuestro comediógrafo, representante de la calle frente a Pardo, representante del salón.

El mismo año en que Gamarra lograba que se aprobara la Constitución de Huancayo, para mayor exactitud, el 4 de mayo de 1839 se fundaba en Lima un nuevo diario, titulado "*El Comercio*"; meses después, estrenaba Segura, en el Teatro Principal de Lima, "*El Sargento Canuto*", abierta sátira contra el militarismo: implícitamente Segura se enfrentaba a Gamarra, a quien aconsejaba Pardo.

Ya he descrito la evolución del teatro peruano. Comenzó a funcionar desde el instante mismo de la Conquista. Alcanzó su mayor actividad en la época del Virrey Amat, a fines del siglo XVIII, y con las visitas de los navegantes y sabios franceses y tudescos. Al afrancesarse las costumbres y perderse el control que significaban los jesuítas, empezó nuestro "Despotismo ilustrado". Al alejarse Amat, perseguido por la bizca censura de gazmoños y solapados, decayó a'go el arte escénico. La Perricholi, bien que persistió en tratos con la comedia, no ya como actriz sino como asentista, asociada a su esposo, Echarri, sucesor de Amat en el tálamo y en la actividad teatral. El Santo Oficio, que acechaba la oportunidad, se lanzó a prohibir comedias, entre ellas "*El sí de las niñas*" de Moratín. Paralelamente, los escritores se interesan en asuntos geográficos y científicos. Pero, no des-cuidaron el teatro. Tanto es así que en el "*Mercurio Peruano*" (1791-1794) se inserta una buena reseña sobre el des-



arrollo de la comedia en Lima, expresión de la sensibilidad popular. La abundancia de cafés, periódicos, coliseos de gallos, corridas de toros, conspiraciones, murmuraciones, actividades callejeras, llegadas de barcos, saraos, visitas, etc., canalizaba la atención pública de lo doméstico a lo público. Por cierto, ya se habían reglamentado las corridas de toros y las peleas de gallos, grandes centros de interés popular.

La Guerra de la Independencia tuvo la virtud de concentrar la curiosidad de la gente en la vida extrahogareña. Cuando la vida real ofrece motivos de atracción, no se requiere recurrir a lo ficticio. Se ponen en escena sainetes de Ramón de la Cruz, comedias de Moratín, más tarde dramas del Duque de Rivas. Los autores nacionales prefieren asistir a tales exhibiciones, como espectadores. Si Pardo presenta sus "*Frutos de Educación*" en 1829, probablemente se debió a que, como recién llegado, su mente era aun ajena a los sucesos locales y tenía impreso el sello de lo europeo, no menos cruento entonces que lo americano, pero, al menos, presidido por ciertos principios doctrinarios que aquí eran ignorados. En cambio, Segura tarda en decidirse a estrenar su primera obra. Aunque quizás desde 1833 ó 1834 tenía escrita "*La Pepa*", su verdadera iniciación se retarda hasta 1839, con "*El Sargento Canuto*": la obra llegaba a su tiempo (1).

¿Sentiríase aludido Gamarra por la comedia de Segura? No tenemos ningún dato de que así fuese. Cuesta, sin embargo imaginar tamaña insensibilidad. Porque lo que Vigil clamaba desde la tribuna parlamentaria, entre citas de la Biblia y asordadores vocativos, era ni más ni menos lo que Segura, entre sonrisas y pullas, sostenía en el proscenio.

¿Cuál era la tesis de la comedia de Segura? La fanfarronería de un soldado, ascendido merced a acciones bélicas, muchas de ellas apenas charamuscas antes que guerras. Un soldado que, como los gruñones de Napoleón, pensaba llevar

---

(1).—Sánchez, Luis A., "*El Señor Segura, hombre de teatro*", ed. cit., *passim*.

el bastón de Mariscal en su mochila, o, en este caso, el bastón de Presidente de la República. Oigamos al personaje de Segura:

*¡Vaya! ¡Vaya! un militar  
que ha llegado ya a Sargento,  
no se debe acobardar  
porque un paisano mugriento  
se la quiera barajar.  
Un militar tan sin tacha  
no recula ¡voto a bríos!  
Si ese amorcillo me empacha  
yo llamaré en desafío  
al amante y la muchacha;  
y de mi acero, el rigor  
ha de despacharlos ¡cuernos!  
a los profundos infiernos  
a que allí sigan su amor.*

Implicitamente otro de los protagonistas responde a éste del siguiente modo:

*Si alcanzo con más pericia  
a atrapar a mi Sempronio,  
los talegos, la milicia  
bien puede darla al demonio  
que es para mí una pigricia (2).*

Bueno será, sí, tener en cuenta que Segura, desde sus comienzos, pese a su connatural inclinación al pedestrismo, no desdeñaba emplear ciertos elementos románticos —tal, Mariano José de Larra con su “*El doncel de don Enrique el doliente*”—, por lo cual nuestro dramaturgo se lanzaría, como paso inicial, a ensayar la novela histórica en su “*Gonzalo Pizarro*”.

Según se ha visto, Segura no cesará en adelante de tomar parte, bien que con levedad, en la política, usando el teatro a manera de instrumento de expresión. En realidad,

---

(2).—Segura, Manuel A., “*Artículos, poesías y comedias*”, ed. cit. p. 107.

su registro de temas es pobre: por lo general se reduce a elementos primarios: una muchacha que se enamora de un joven perteneciente al partido opuesto al del padre de ella (*"El Resignado"*); un amor contrariado por alguna intriga periodísticoburocrática (*"Percances de un remitido"*); en suma, de una manera u otra, el amor y la política se entremezclan, se oponen, se secundan, se enredan, de suerte que todo idilio puede convertirse en antesala de revolución.

El palenque de los elogios políticos se traslada de la Universidad a la Comedia. Abundan las petipiezas, loas y cuadros conmemorativos, para celebrar o recordar los triunfos de los caudillos militares. Los discursos panegíricos no necesitan pronunciarse en segunda persona, sino que utilizan la tercera, a través de un protagonista de comedia. En el fondo, subsiste el colonialismo, pero, abierto al aire libre de la plaza pública. Aunque sea muy en la superficie, algo está cambiado ya, poniendo el poder y la inteligencia más al alcance del vulgo. Evidentemente, el Perú se encamina, a la tropezanda, hacia la democracia: trata de poner los óleos al virreinato supestite.

\* \* \*

Semejante evolución no se confina, desde luego, al campo teatral. El periodismo empieza a despersonalizarse, a hacerse más objetivo. Hasta su clásico modo doctrinario es sustituido por una leve tendencia informativa. No basta expresar ni discutir ideas; conviene decir en qué condiciones se producen. Como la vida va acelerándose día a día, no basta ya esbozar el cañamazo ideológico de los hechos, sino que se los debe pintar como acaecen. Cierto que Gamarra es parco en conceder libertad de imprenta, mas, con todo, ésta es mucho más autónoma que bajo el virreinato o que durante la dictadura de Bolívar, o la de Santa Cruz. Comprendiéndolo así, seguros de un apreciable negocio en cierne, el chileno don Manuel Amunátegui y el peruano don Alejandro Villota unen sus esfuerzos y fundan un diario de pequeñas dimen-

siones y carácter estrictamente informativo: "*El Comercio*". Su primer número apareció, según dije, el 4 de mayo de 1839.

La conjunción de un peruano y un chileno en aquellos momentos adquiere indudable elocuencia. Gamarra había venido al Perú con el ejército chileno de Bulnes, comandando la partida de auxiliares peruanos; su simpatía y agradecimiento para dicha nación era una garantía más de éxito para el nuevo diario. Raúl Porras que ha estudiado la historia del periodismo nacional, desde un punto de vista menos formal que Carlos A. Romero, y que conoce dicha época, traza una pintura vivaz de lo que entonces ocurría en el ambiente de las redacciones limeñas, verdad que exagerando a veces los colores en forma que probablemente diste de su actual criterio al respecto:

"En 1839, "*El Comercio*" era un diario de avisos, de muy pocas noticias, tanto faltó de secciones informativas como "*El Mercurio*" o "*El Telégrafo*", cuyo tipo periodístico copiaba. Su poco sentido periodístico era tal que por la falta de secciones apropiadas, hubo vez que se ocupó de los toros en el folletín, y de la crítica de obras teatrales en el editorial. Su fortuna original estuvo en los '*Comunicados*'. Sección repulsiva y amenazante, palestra del insulto y del anónimo, liza a veces de agudos contrincantes, los *comunicados* fueron la crónica que faltaba al periódico, crónica escandalosa y desvergonzada que exhibía como un calidoscopio inmoral, impudores y bajezas que debieron quedar ocultos. Pero, los *comunicados* no fueron la razón de su persistencia; otros diarios podían haberle arrebatado el monopolio deslustroso. Editado por un extranjero, "*El Comercio*", ya fuera por la nacionalidad de aquél, ya por un reflexivo principio de independencia, se mantuvo siempre al margen de nuestra siempre accidentada controversia política. Su lema de los primeros años era: '*Orden, Libertad y Saber*'. Sus editoriales rara vez rozaban la candente actualidad política, que desmenuzaban los *Comunicados*. Desde 1840, en cambio, su voz se levanta con prestigio para defender la dignidad nacional herida por las impertinencias humillantes de los cónsules de las grandes potencias, constituyéndose en nuestro vocero internacional ante el periodismo americano. En esta imparcialidad de "*El Comercio*", en su primera época, y en su preocupación



por asuntos de más efectivo provecho que la política de partido, estuvo la razón de su éxito" (3).

En "*El Comercio*" escribió constantemente Segura, quien, andando el tiempo, hizo suya la tertulia del diario. Allí también se publicaron, no obstante, encendidos artículos en elogio de "*El Espejo de mi tierra*" por Felipe Pardo. Mientras los demás periódicos reflejaban tan sólo las ideas de sus redactores, el nuevo diario trataba de reflejar ante todo las de sus lectores. Desde luego, no es un sistema enteramente recomendable. Da pábulo a excesivos desfogues individuales, pero, a través de ello, deja fluir pasiones sinceramente expresadas, aunque a menudo revestidas de innecesaria violencia. Muchos debates literarios tuvieron por palestra aquel periódico. Este prefería que los lectores, previo pago —o nó— utilizaran sus columnas, aunque apeñasen a mezquindades. Tal género de periodismo, hasta cierto punto libre de la pasión sectaria o familiar de antiguos periodistas, constituyó novedad en el ambiente peruano, novedad discutible desde el punto de vista literario, pero no tanto desde el histórico y político. Aquella aparente imparcialidad, inspiró confianza a los lectores. Desde 1839, "*El Comercio*" imprime trabajos de toda índole, algunos de sumo interés como, por ejemplo, "*Defensa de los carolinós de la doctrina de la doctrina de la soberanía de la inteligencia*" (1846), las cartas de "El hombre del Pueblo", dirigidas por don Domingo Elías a los lectores (1853), las de Francisco Bilbao a propósito de la esclavitud y el librepensamiento, las de don Sebastián Lorente sobre educación y liberalismo, las de don Gregorio Paz Soldán, etc.

Como quiera que se lo juzgue "*El Comercio*" de Amunátegui y Villota, como más tarde el de Carranza y el del primer Miró Quesada, (colombiano), en sus comienzos, repre-

---

(3).—Porrás, Raúl, "*El Periodismo en el Perú*", en "*Mundial*", Lima, 28 de julio de 1921 — Romero, Carlos A., "*El Periodismo en el Perú*", Lima, 1939.

sentaba evidente propósito de acercarse al público lector, por lo que, entendiéndolo así, la mayor parte de los escritores de entonces le prestaron en una u otra forma su concurso.

A participar de los goces de la libertad de prensa, apareció por el mismo tiempo la efímera y breve, pero enjundiosa hoja de Felipe Pardo "*El espejo de mi tierra*", así como la respuesta que le dieran Segura y el chileno Soffia, conforme se vió antes (1840-41). El mismo Segura insiste en el periodismo mediante "*La Bolsa*" (1841-43), de índole más bien epigramática. Anteriormente, los insignes repúblicos, Vigil y Lazo, prototipos del más severo liberalismo, desarrollan, desde las columnas de "*El Correo*" (1840) violentos ataques contra la autocracia y el despotismo. De tal suerte, gracias a tan encontrados criterios y tan abierta publicidad, van definiéndose los campos doctrinales en dos frentes bastante nítidos: conservadores y liberales. Y así como en Chile, del conservatismo de Bello surgió el liberalismo de su discípulo Lastarria, así en el Perú, del conservatismo de Bartolomé Herrera emerge el liberalismo romántico de José y Pedro Gálvez: maestro y discípulos utilizan como palestra el Convictorio de San Carlos, en otros términos, una parte fundamental de la Universidad.

## II

### "VIDAURRE CONTRA VIDAURRE"

Requiere párrafo aparte, por su innegable singularidad y su eco, la evolución operada en el ánimo y la obra de don Manuel Lorenzo de Vidaurre y Encalada, el fogoso autor de "*El Plan del Perú*" y "*Cartas Americanas*" anteriormente mencionados.

Vidaurre había sido combatido ya en 1827, por Vigil, quien entrevió la inestabilidad ideológica del ardiente liberal de antaño, sumiso después a los caprichos de Bolívar, en quien se encarnaba entonces el absolutismo redivivo, por

gracia de la Constitución Vitalicia. Sin embargo nada definitivo había aun brotado de la pluma de Vidaurre, que justificase tan, sin embargo, oportuna prevención. Debía llegar el año de 1839, apaciguarse, al parecer los hervores de la contienda civil, para que Vidaurre, dando rienda suelta a su bulimia de publicidad, lanzara un libro, cuyo mero título encerraba un cartel de desafío a la voracidad del lector y a la honestidad doctrinaria: "*Vidaurre contra Vidaurre*" (4).

Vidaurre no ha cambiado sus rasgos psicológicos desde los tiempos de las "*Cartas Americanas*". Continúa blandiendo el mismo frenesí, la misma ingenua vanidad, la misma venginglería, el mismo confesionalismo insistente, la misma exuberante tristeza —tristeza a pulmón herido— que antes. "*Vidaurre contra Vidaurre*" resulta así como un enorme mosaico de sonoras frases:

"Embriagado en el tormento; queriendo aniquilarlo, a fuerza de sentirlo... . . . Me determino a abandonar el centro de Lima, y retirarme a una quinta. Jaula de cristal con vistas diversas al campo y los montes, descubriendo por un engaño óptico, como muy a lo lejos, las elevadas torres de la capital. Mil quinientos volúmenes, todos selectos, y que contienen lo más exquisito de la literatura hasta el año treinta" (5).

Sigue lindando con el ridículo y la insania el buen señor. En su inmensa vanidad, apela a los más viciosos ardides para justificar su retractación temerosa de su antiguo liberalismo. Atribuye a las almas de Juliano el Apóstata, de Espinosa "el mal judío" y de Voltaire la paternidad de su cambio, pues ellas fueron las que le

"obligaron a escribir lo que ellos, con sacrílega audacia dictaban. No, no es obra mía; no la reconozco, la niego. Me retracto de cuanto en ella se halla escrito contra el Antiguo y Nuevo

---

(4).—"*Vidaurre / contra Vidaurre. / Volumen 1º / Curso de Derecho Eclesiástico: dedicado / al señor doctor don José Manuel Pasquel, canónigo / y vicario general de esta santa Iglesia Metropolitana de Lima. / Por M. L. Vidaurre / etc. Lima, Imprenta del Comercio, por J. Monterola, 1839*".

(5).—"*Vidaurre contra Vidaurre*", ed. cit. p. 7. y 9.

Testamento. (Su liberalismo antaño fué) “eco de protestas y libertinos, no (por) racional convencimiento” (6).

¡Qué denegación tan simple y dolorosa! Una enfermiza hipertrofia del yo le mueve a ser pertinaz en sus hipérboles, como lo advertía J. G. Leguía. El mismo vano alarde de “*Cartas Americanas*”, obra veinte años anterior. No parecen haber pasado para nada los años sobre el ya maduro magistrado: oigámosle, si no:

“Queden tranquilos Bossuet y Fénelon: las doctrinas de ellos no varían un punto de las mías” (7).

Y como los jesuitas reciben su libro en juzgamiento, él agrega: “Cristo va a dictar su sentencia”.

Con todo, a pesar de ese mínimo Canosa de un frustrado emperador criollo, Vidaurre no puede desterrar todas sus ideas acerca de la religión y el sistema político imperante. Verdad que no era aun dogma el de la infalibilidad del Papa, definido como tal sólo por Pío IX, a propósito de su lucha con el Poder temporal y del brote heterodoxo del Modernismo. Vidaurre afirma, a riesgo de ser excomulgado como Vigil:

“en el Concilio y no en el Papa está la infalibilidad y la soberanía. En una República, si la soberanía está en la nación, no está en el jefe por sí solo. Lo que este jefe haga contra la voluntad de la Nación es un crimen” (8).

No se podría hallar mucha diferencia entre estos asertos de Vidaurre y los de Vigil en su celeberrimo discurso de 1833 contra Gamarra. Sería exagerado tildar a Vidaurre de antipapista, pero peor sería considerarlo como un incondicional de Roma. Su formación liberal, la incipiencia de la Democracia, cierto tinte jacobino inevitable, lo acercan insensiblemente a los orígenes de su personalidad literaria y política, y le hacen confundir la asamblea cívica, de que

(6).—“*Vidaurre contra Vidaurre*”, ed. cit., p. 19 y 42.

(7).—“*Vidaurre contra Vidaurre*”, ed. cit., p. 171 y 185.

(8).—“*Vidaurre contra Vidaurre*”, ed. cit., p. 71.



emana todo poder por representar a la colectividad, con el Concilio, cuerpo aristocrático y de cepa religiosa. La posición de Vidaurre se revela así como antidictatorial y anti-absolutista, pese al arrepentimiento que denota el título de su obra.

Contemporáneamente, el Perú asiste a otro espectáculo novelesco: una mujer, la Mariscala, a quien admira Flora Tristán, domina la situación política y militar. Impone su voluntad con arrogancia. Cruza a foetazos el rostro de un oficial insolente; acude de noche a un cuartel a punto de sublevarse, y sofoca la insurrección con sólo exigir ella misma un vitor a su marido, Gamarra; se enamora, a lo que parece, del coronel Escudero, y marcha impávida al destierro, con el presentimiento de su pronta muerte. Mientras, a primera vista, triunfa de nuevo la autocracia, en el fondo fermenta, como nunca, el credo liberal. Aunque Riva Agüero y Osma pretenda que nuestra literatura es no más que “eco de ecos y reflejo de reflejos”, en insólito alarde de sumisión a Gabriel Tarde, la verdad es que nuestro 1829 sintió muy atenuadamente el impacto de los sucesos europeos. Algún viajero alerta, el caso de Esteban Echeverría en Argentina, regresará con las manos repletas de “trouvailles” intelectuales, como, por ejemplo, el relato del estreno de “*Hernani*”, las enseñanzas del Conde de Saint-Simon, los devaneos amorosos de Chateaubriand; o será Flora Tristán, bella como un ángel caído, quien relatará las pasmosas aventuras en torno al romanticismo recién inaugurado en Francia (9). Sin embargo, predominan los hechos inmediatos. Como los militares y aristócratas coloniales han vuelto a la autocracia, se levanta una oleada de jacobinismo. Si el Pacto Social se rompe, hay que acudir a Juan Jacobo —de Jacobo, jacobino— en demanda de consejos y remiendos. Tras de

---

(9).—Tristán, Flora, “*Pérégrinations d'une Paria*”, París, 1837, tomo II, passim. — Valdelomar, Abraham, “*La Mariscala*”, Lima, 1915. — Basadre, Jorge, “*La Iniciación de la República*”, ed. cit., tomo II.

cada ideología se esconden intereses concretos (10). En vano se vocea a todo grito ésta o aquella doctrina. ¿Por qué, si nó, por qué si no es por el interés, los hispanizantes propietarios coloniales se agrupan en torno del aindiado y plebeyo Gamarra a quien colocan cual mascarón de proa de su piratesco navío? ¿Por qué gente de reciente linaje se define como liberal, partidaria de la Independencia en su más puro sentido? La Confederación peruboliviana, con su desorientación ideológica y su recargado acento antinacional, extravía a unos y otros. Luego de vencida, eliminada la anteojera patriótica quedan al desnudo prejuicios e intereses. Conservadores y liberales reciben constantes refuerzos, y es en el campo educativo donde con mayor ahinco se miden ambos bandos. Frente al de San Carlos, dominado por Bartolomé Herrera en sus altas cimas, se yergue el flamante Colegio de Guadalupe, vivero de inquietudes liberales.

Este Colegio había sido fruto dilecto de los esfuerzos financieros y la fe liberal de don Domingo Elías, rico hacendado de Ica, a quien los azares de la política elevaron a la categoría de Presidente de la República; y del afán civilizador del español don Nicolás Rodrigo, largo tiempo avecindado en el Perú, comerciante acaudalado y liberal como Elías. Convencidos de que la juventud peruana necesitaba nuevos rumbos y nuevos métodos educacionales, Elías y Rodrigo resolvieron financiar un nuevo Colegio, el cual, bajo la advocación de Nuestra Señora de Guadalupe, la patrona de los "pelados" mexicanos, abrió sus puertas el 7 de febrero de 1841, teniendo como su primer director al marino don Ramón Azcárate. Contaba el plantel con 40 alumnos. Los fundadores, dándose cuenta de la importancia de su obra, buscaron un hombre que respondiera ampliamente a los fines que se proponían. Lo hallaron en don Sebastián Lorente,

---

(10).—Leguía, J. G., "El Perú de 1848", en la revista "Estudios", Panamá, 1924; — Herrera, Gonzalo, "Vida de D. Bartolomé Herrera", en el tomo I, de "Escritos y Discursos" por Bartolomé Herrera, Lima, 1929.

maestro español, de filiación liberal, malquisto con las autoridades de su patria en aquellos infaustos días de desatado militarismo. Lorente llegó al Perú en 1842. La reina que lo estimaba de veras, lo despidió con sinceros parabienes.

Entre tanto, en el Perú se sucedían hechos muy graves. El odio de Gamarra contra Santa Cruz era tal que se negaba a admitir, aunque fuese pasajera, el predominio de nadie que tuviera relación con él, no ya en Perú, sino en Bolivia. Con el propósito de aplastar a un caudillo amigo de Santa Cruz, provocó la guerra con Bolivia en 1841, fracasado que fué su intento de encender la guerra civil en dicho país. No habrían podido resistir los bolivianos al aguerrido ejército y la depurada táctica de Gamarra, pero, en el primer encuentro, cuando sonaban los primeros tiros, y el Presidente y general peruano se dirigía a una cabaña en busca de agua, un disparo aislado le hirió mortalmente. No tardó la muerte. Gamarra sucumbió sobre el propio campo de batalla de Ingavi, noviembre de 1841, con lo cual concluyó la guerra y se pactó la paz.

El trágico e inesperado fin de Gamarra ha dado lugar a múltiples discusiones. Las ha resumido, dando su propia versión, Alfredo González-Prada, en un libro amenísimo lleno de enjundia histórica y sagacidad crítica, aunque tal vez no corresponda a la realidad de los hechos (11).

Al conocerse la noticia de la muerte de Gamarra, sobrevino el caos en el Perú. Tres personajes —Menéndez, Vidal, Torrico— se enredan en bizantinas disputas y absurdas campañas. No bien triunfa uno sobre los otros, le sale al paso el general Vivanco, académico, autocrático y militar, a quien solieron apodar “el Presidente bonito” por su apostura y elegancia. Había sido compañero de Felipe Pardo y de Gamarra, en Chile, cuando la lucha contra la Confederación Peruboliviana. Antes de que Vivanco consiga ocupar por cierto tiempo el Gobierno, el Perú se estremece de amarga risa y

---

(11).—González-Prada, Alfredo, “*Un crimen perfecto*”, New York, 1941.



sonrojo al ver que los Jefes de Estado se suceden con vertiginosa repidez, y que mientras un probo magistrado, el doctor Figuerola, enfurecido ante la grito populachera, ordena a su hija arrojar la insignia presidencial a los gritones, por otro lado circula la bochornosa noticia de que un negro facineroso, capitán de bandidos, de esos de trabuco naranjero, aprovechándose de una salida de tropas, se ha colado en la capital, ha tomado Palacio y se sienta insolentemente en el sillón presidencial.

Tamaño desorden exige drásticos correctivos. Los conservadores creen en la eficacia de su panacea: poder absoluto, a cualquier precio. Más sagaz, astuto y cultivado, don Bartolomé Herrera comprende la conveniencia de una teoría justificatoria y de una juventud adicta que aumente y propague el caudal de sus maestros. Así nace nuestro partido conservador doctrinario. Las exequias del Mariscal Gamarra sirven de ocasión propicia para definirlo y divulgarlo.

### III

#### DON BARTOLOMÉ HERRERA Y EL CONSERVATISMO

Bartolomé Herrera (1808-1864) tenía treinta y cuatro años cuando pronunció su magnífica Oración Fúnebre ante la tumba del Presidente de la República, caído en Ingavi. Herrera había hecho sus estudios en el Convictorio de San Carlos, regido entonces por el monarquista presbítero Pedemonte, a quien nombrara el Virrey Pezuela, en reemplazo del probo Rodríguez de Mendoza. Los maestros de Herrera pertenecían al sector partidario del absolutismo; en 1821, precisamente, y a contrapelo, el año de la proclamación de la Independencia del Perú. En 1823, cuando hacía crisis la autoridad bolivariana, Herrera se graduaba de subdiácono y Doctor en Derecho y Teología. Al año siguiente, coincidiendo con el fracaso peruano de Portete de Tarqui y la insurrección de Gamarra contra La Mar, recibe la investidura de Diácono. Contaba apenas veintitrés años cuando, se-



ducidos por su inteligencia brillante y por su evidente vocación a la enseñanza, sus superiores le nombraron Vicerrector del Colegio de Minería de Huánuco. En 1832, el joven maestro se ordenaba de sacerdote, lo cual le abrió las puertas de una más amplia carrera y permitió que le designaran Vicerrector del Colegio de San Carlos, donde realizara sus estudios, meta de sus aspiraciones magistrales. Pero, no había llegado aun su hora. Había que probarle. Designado Cura de Cajacay, donde hizo práctica en las artes de catequista, tuvo la oportunidad de mostrar su talento y erudición el día que se impuso el palio a Su Ilustrísima, el Arzobispo de Lima, Monseñor Jorge de Benavente. Tanto fué su éxito en el sermón de aquella ceremonia que las autoridades civiles y eclesiásticas, de consuno, acordaron encargarle la dirección del periódico "*El Peruano*" y, poco después, de la Biblioteca Nacional, en reemplazo del pulquerrimo Vigil, a quien el gobierno extranjero de la Confederación alejó, momentáneamente, de dicho cargo, a causa de los incesantes ataques que el Apóstol lanzara contra aquel régimen. El Sermón dedicado a Monseñor Benavente contenía, en esquema, las ideas que más tarde constituirían el nervio de la doctrina y de la oratoria de Herrera. Por cierto que en ese tiempo, parecía éste un tanto tocado de heterodoxia, al menos en lo tocante a la libre elección de los Prelados, por la propia Iglesia local, no por ultramarinas. He aquí sus términos:

"Si en ésto no se ve un reconocimiento solemne de nuestra libertad para elegir pastores, con el que ha querido solemnizar el cielo el día de la consagración de S. I., no podrá dejar de confesarse, al menos, el influjo de Dios...

...En años menos felices, del otro lado del Atlántico venían los Obispos a las Iglesias Americanas; sus nombres sonaban por la primera vez en nuestros oídos, con la noticia de su presentación" (12).

Herrera era partidario de que los prelados que viniesen a

---

(12).—Herrera, Bartolomé, "*Escritos y Discursos*", ed. cit., Lima, 1929, tomo I, p. 9.

América fuesen americanos, limitación evidente a la autoridad sin trabas que el Pontífice se reservaba por lo general. Por eso, no llama la atención que, coincidiendo fugazmente con el peruanismo heterodoxo de Vigil, llamara Herrera a la de Roma, "su respetable hermana, la Iglesia de San Pedro", expresión insólita por muchos conceptos (13).

Herrera había sido partidario de Orbegoso, por lo que, apenas derrotada la Confederación peruboliviana, salió de la Dirección de la Biblioteca Nacional, a la que había llegado demasiado joven, por indudable acto de favor político o simpatía doctrinaria. Vigil fué repuesto en el cargo. Herrera fué enviado entonces al Curato de Lurín, pequeña parroquia de los alrededores de Lima, en donde, como queriendo demostrar su idoneidad para cualquier puesto, contrariar a sus enemigos y ratificar su fe cristiana, llevó a cabo tantas obras y se comportó con tanta sagacidad que convirtió el humilde curato en memorable estancia. Quién sabe por cuanto tiempo más se hubiese estado allí, si no ocurre la trágica aventura de Ingavi.

Los restos del infortunado Presidente Gamarra fueron trasladados del campo de batalla, donde halló inmerecida muerte, a Lima, en cuya Catedral se debían realizar el 4 de enero de 1842, o sea, al mes y medio de la tragedia, unas exequias solemnes. Herrera fué llamado de Lurín para que se hiciera cargo de la difícil Oración Fúnebre.

Era un momento difícil. Por mucho que el acto se realizara en una iglesia, había que considerar el sentimiento nacional herido; la indignación latente. Un orador que se atuviera estrictamente a su cometido formal resultaría pálido e inoportuno. Uno demasiado espontáneo, peligroso e impropio. Había que combinar la inspiración con el deber, lo religioso con lo profano. Precisaba mezclar el impulso católico universal, con el ímpetu peruanista, local y patriótico. No

---

(13).—Herrera, Bartolomé, *ibidem*, tomo I, p. 9.

se podría evitar que la rabia pareciera odio, y aquello disonaría bajo la majestuosa bóveda del templo. Dijo Herrera:

“¡Ah! La nación llora... llora sus hijos sacrificados, llora su honor empañado: la dignidad y el cadáver del Presidente hollados... ¿Quién que tenga sangre peruana pensará en enjugar el justo llanto de la Nación? ¡No! No vengo a eso, señores; vengo a llorar también; a mezclar mis inútiles lágrimas con las de la Iglesia y con las vuestras... Lloremos, señores” (14).

Arrebatado por una soberbia elocuencia, el joven orador —en los treinta y tres años—, prosigue así:

“Por ahora, yo no puedo pensar en esta victoria gloriosa sin que su muerte absorba mi alma de tal modo, que no me deja libertad para ocuparme de su vida. Hablaré de su muerte, castigo nuestro, y él, que ha pasado ya por el juicio de Dios y habita en la mansión de la verdad, no echará de menos esas alabanzas, muchas veces mentidas, como sopro sacrílego apaga la luz, que ciertos sepulcros están destinados a esparcir más que otros sobre las vanidades humanas. Desearía más bien, el grande hombre sacrificado por la salud pública, que su muerte produzca un sólido provecho. Estas razones me alejan del peligro que rodea siempre a la Oración Fúnebre, de cambiar el ministerio sagrado por la vileza de la lisonja. La misión, que me has confiado, Señor, es la de anunciar tu verdad a los hombres”.

Parece este Sermón, aunque no en forma explícita, tácita respuesta a ciertas expresiones de Vigil en el antes citado discurso parlamentario conocido como su “*Yo acuso*”. Herrera enjuicia la evolución política del Perú, subrayando la ausencia de autoridad constituída, lo cual malogró los efectos de la Independencia al par que destacó los méritos de la organización virreinal. De tal coyuntura se valió Herrera para defender su tesis sobre los gobiernos fuertes, que fué siempre su obsesión:

---

(14).—Herrera, ob. cit., tomo I, p. 14.

“El principio de la obediencia pereció en la lucha de la emancipación. Los corazones se hallan, desde el año Veinte, en un estado de habitual rebeldía; y hacen a la autoridad nacional, para su propio daño, una guerra tan ardiente y tenaz ahora, como la que hicieron para su bien entonces”.

He aquí la discrepancia entre Vigil y Herrera, entre los liberales y los conservadores. Vigil había dicho: “la respetabilidad no puede nacer de la infracción de las leyes”. Pero Herrera contestaba afianzando la ley cualquiera que fuese su origen, por ser espejo de la autoridad. El duelo entre los dos ideólogos, ambos directores de la Biblioteca Nacional, ambos tercios y elocuentes, era inevitable. Vigil trataba de impedir que, al amparo de la discutible tendencia a fortalecer la autoridad, se entronizara el despotismo, a lo cual Herrera, como dialogando consigo mismo, concedía alguna razón:

“Está bien que averiguemos la razón de lo que se nos manda; que manifestemos lo que nos parece humano o malo al Cuerpo Legislativo o al gobierno”.

Vigil había expresado:

“Los peruanos no son vasallos de un rey, cuyas órdenes se ejecutan sin réplica y cuyo disgusto hacía temblar; somos ya ciudadanos de un pueblo libre, somos el primer Poder...”.

Herrera coincidirá con Vigil en comprobar el mal que para el Perú significa vivir sin leyes, pero lo excusa en cierto modo, cuando agrega:

“A la bajada del Monte, señores, se han roto las Tablas; porque las pasiones que ciegos adorábamos no eran compatibles con ese don del cielo”.

De “caridad más perfecta que la particular” califica Herrera al patriotismo. Por ser un aspecto de la caridad resulta lícito que se ocupe del patriotismo y de sus implicancias políticas desde la cátedra del Templo. Realmente, Herrera se mostró en aquella ocasión un orador de amplios recursos y patético estilo:



“Esos son, Dios mío, esos son los que asesinan enfermos: ¿triunfarán?... ¿A qué horrorizarnos, señores, con la salvaje algarazara de nuestros enemigos?...

.....  
 ...¡Caed, valientes! ¡Caed entre las bendiciones de vuestros compatriotas! ¡Caed, cumpliendo, obedeciendo vuestros deberes! ¡Caed asombrando al mundo! ¡Pero, caed invocando al Señor, para que vuelen vuestras almas a la altura, donde únicamente pueden hallar premio digno vuestros hechos! ¡Caed, que mientras exista el ser que os comunica ese ardimiento sobrehumano, la patria nada teme! Mas ¡ay!... Cayó también. El fuego de su corazón había vencido ya dos veces a la muerte. Dos veces se había levantado del sepulcro para animar de nuevo a sus soldados, y ese brazo cayó deshecho; y cayó la ignominia sobre la frente del Perú... Nuestras banderas... ¡sólo una se salvó por el brazo de un digno soldado de la patria, bastante animoso para lanzarse en medio del tropel que iba a mancharla, y levantarla pura. Este soldado, que hizo lo que debieran muchos reunidos, tiene ya con justicia el nombre de todo un batallón. Las demás... todas; esas banderas que soltaron trémulas las manos de Bolivia, al instante que vió nuestro semblante airado! esas banderas que ofrecimos al Señor en este mismo templo y que, palpitantes de regocijos y de esperanzas, entregamos a los defensores de la Nación; ¡esas banderas! ...pisadas y manchadas se arrastran a nuevo cautiverio... Un sacerdote extranjero, ¡Dios mío! debiera acabar este cuadro de horror... Yo sucumbo bajo los males, bajo la deshonra que envías a mi patria” (Tomo I, p. 26-27).

Desde el día en que pronunció ese discurso, rebosante de peruanismo, saturado de amor patrio, nadie podía disputar a Herrera un título: el de campeón de cierto nacionalismo agresivo, verdad que sobrecargado de tintes ultramontanos, autoritarios, conservadores, providencialistas. El acento desgarrador de la Oración fúnebre ante los restos del Presidente Gamarra conmovió a la juventud mucho más que los razonamientos más sutiles y los silogismos más decantados. Ahora, quienes tres años atrás pensaron hallar jefe en el paradójico Vidaurre “contra Vidaurre”, tenían un jefe indudable; en su confusa ideología, identificaban la autoridad en sí con la patria. Mas, Vidaurre representaba una actitud vacilante,

una biografía discutible, un espíritu versátil, en tanto que Herrera se erguía monóticamente sólido con su doctrina y su conducta.

La diferencia salta a la vista. No obstante, conviene destacar algunos hechos, por ejemplo éste, referente a cuando Vidaurre dió cuenta de su abjuración:

“¡Ay Dios!... ¡La defensa de la religión de Cristo por ostentación y vanidad! ¡Cómo será juzgada esta misma obra?... Tiemblo, me espanto, me estremezco. Cristo va a dictar la sentencia (15).

Vidaurre temblaba con razón. Sus titubeos no eran figura literaria; obedecían a un sentimiento profundo de su propia limitación, de su tremenda vanidad. En cambio, el joven Herrera aparecía como un doctrinario cabal. Austero y ágil, única contrafigura posible para el laico y polémico Vigil.

De la fecha en que pronuncia dicha Oración Fúnebre, ante el túmulo de Gamarra, hasta el año de 1848 en que tanto se alteran las condiciones sociales y políticas del Perú, Bartolomé Herrera conservará incólume su rigidez dogmática, su tenacidad catequística, su dinamismo político, su absorbente peruanismo todo lo cual, por indetenible deslizamiento, viene a parar en una terca posición antidemocrática.

El fugaz presidente general Francisco Vidal, le designó Rector del Colegio de San Carlos, en 1843. Naturalmente, Vivanco, “el presidente bonito”, académico y aristocrático, autoritario en suma, le mantuvo en ese cargo. Herrera, fijos los ojos en su objetivo, no desperdió oportunidad, aunque fuese discurso fúnebre, para esparcir sus ideas. Así ocurrió en las exequias de Fray Francisco de Salas Arrieta, dignísimo prelado de la Iglesia Peruana. Por lo pronto, quería grabar en todos el principio de supremacía del Poder Espiritual respecto del Temporal. Así robustecía la idea del Concordato y contestaba implícitamente a Vigil, quien escribía su fa-

---

(15).—“*Vidaurre contra Vidaurre*”, éd. cit., p. 195.

mosa obra sobre la materia. He aquí, en última síntesis, el pensamiento de Herrera sobre el particular:

“Los Obispos y, bajo su dependencia, los párrocos son los preladados que el Señor ha puesto a la cabeza de su Iglesia para que, como los depositarios de la sacra doctrina, la difundan y conserven entre los fieles que les están encomendados” (16).

Como se advertirá a través de las polémicas de Herrera con Vigil, Lazo, Mariátegui, Tirado y otros mentores del pensamiento liberal peruano, las ideas de aquel se van definiendo más firmemente en la medida en que cuenta con mayor respaldo para defenderlas, y en esa misma medida influye en la política militante, hasta asumir la Presidencia de la Constituyente Conservadora de 1860.

Poco duró el gobierno del elegante general Vivanco. El país estaba fatigándose de la demagogia de arriba. Un movimiento popular nacido de las entrañas provincianas, encabezado por el bravo y atezado general don Ramón Castilla, soldado de Ayacucho, exteniente de Gamarra y jefe de la caballería de Bulnes en Yungay, derrotó al buenmozo y académico mandatario al año o año y medio de haberse éste instalado en la Casa de Pizarro. Ello fué en 1845, después de la batalla del Carmen Alto. Pues, al conmemorarse el aniversario patrio de 1846, se encargó del Sermón Oficial en el Te-deum de la Catedral de Lima a don Bartolomé Herrera. Ni tardo ni perezoso, el clérigo, habituado a tal laya de lances, y como queriendo significar su desacuerdo con lo vigente, se aprovechó de la coyuntura para proclamar su teoría sobre la “soberanía de la inteligencia”, de donde derivó su larga polémica con Benito Lazo (17).

Desde el punto de vista literario, Herrera ha descendido. Dista mucho este Sermón del tono elocuentísimo del pro-

---

(16).—Herrera, Bartolomé, ob. cit., tomo I, p. 53.

(17).—Leguía, J. G., art. cit., en “Boletín Bibliográfico de la Universidad de San Marcos”, reproducido en “Hombres e ideas en el Perú”, Santiago, 1939; — Herrera, Gonzalo, “Biografía de don Bartolomé Herrera”, en Herrera, ob. cit., tomo I, p. XXXIII.

nunciado con motivo de las exequias de Gamarra y aun el dedicado a Monseñor Benavente, y cuando Monseñor Arrieta. Se advierte que Herrera tenía algo de bestia de presa, a quien traumatizaban y acicateaban las situaciones candentes. Como necesitaba alguien con quien polemizar, para excitar su imaginación, cometió la descortesía, al par que la temeridad, de escoger al régimen de Castilla como la "bête noire" de su discurso. A nadie le sorprendió su implícita defensa de Vivanco. Después de todo, se trataba del panegirista de Gamarra en el gobierno, no de Gamarra el soldado.

He aquí un pasaje de aquel Sermón del 28 de julio de 1846:

"Porque los gobiernos han tiranizado, y porque cualquier ciudadano ha podido servir de instrumento a esta tiranía, se ha convertido a los gobiernos y a los ciudadanos en esclavos de lo que llaman voluntad del pueblo; esto es, gobierno, ciudadanos y pueblo han venido a ser esclavos de la voluntad de los demagogos (18).

Para revestir de mayor rigidez doctrinal al asunto, toma la cuestión desde la época del "*Contrato Social*", el cual sostiene que la autoridad descansa —o procede— en el consenso colectivo. La comunidad humana, mediante un acto soberano, delega sus derechos en una persona. Herrera acepta en línea general el enunciado de Rousseau, pero lo suplementa del siguiente modo:

"supuesto que la soberanía o voluntad pública es un derecho, su origen está en la naturaleza, o, hablando con más exactitud, en Dios".

De ahí resulta, con lógica escolástica perfecta, la tesis de la "soberanía de la inteligencia" (19).

A base del providencialismo bossuetiano, Herrera trata de explicarse a su manera la Conquista del Perú. Dice:

"El valor y el catolicismo de España son omnipotentes, flúido del poder divino"...

(18).—Herrera, Bart., ob. cit., tomo I, p. 67-68.

(19).—Herrera, Bart., ob. cit., tomo I, p. 115, 117 y 131, principalmente.



de donde, cuando el Perú resuelve romper sus vínculos con la Península, el problema no cambia en esencia, por cuanto entonces, el Perú, "libre de la autoridad española, permanece siervo del Señor, y sólo en esta servidumbre puede hallar la verdadera libertad". Para Herrera, la "verdadera libertad" posee caracteres sui géneris, que él comenta así:

"Los hombres son libres. Sí, lo son. Son libres porque están autorizados por Dios para atravesar, luchando con sus propias pasiones y con las ajenas, y venciendo unas y otras, la senda que Su dedo (de Dios) le ha trazado. Son libres, porque ninguna voluntad, ninguna suma de voluntades tiene derecho de dominarlos. Hay, pues, esclavitud, cuando nos dominan nuestras pasiones u otras penas...

"...No puede establecerse la paz y la armonía social sin una autoridad que obligue al ciudadano en lo íntimo de su conciencia, de la que se siente realmente súbdito, y de quien tenga una dependencia necesaria; y esta autoridad es sólo la de Dios soberano del Universo. En el hombre sólo se puede respetar, pues, la autoridad que emana de Dios, como emana, sin duda, la de los jueces, la de los legisladores, la del Jefe de cada Estado" (20).

De lo anterior resulta que el pueblo tiene, como deber primordial, obedecer a las autoridades "constituídas". El origen de éstas es divino, aunque sea a través de la encomienda popular. Al adicionar de esta manera a Bossuet y a Rousseau, Herrera ha descubierto la forma de asentar un nuevo despotismo. No el del pueblo, por cierto, sino el de las "autoridades", que, aunque surgidas de la voluntad popular, adquieren, independientemente de ésta, un sello divino que las exonera de la sanción revolucionaria que Rousseau estableciera implícitamente en su "*Contrato social*".

Don Benito Lazo, tacneño vehemente y austero, protestó sin tardanza contra el Sermón de Herrera. Aquello, decía el ilustre tribuno liberal, significaba un ataque premeditado a uno de los fundamentos de la República, a la "soberanía po-

---

(20).—Herrera, Bart., ob. cit., tomo I, p. 83.

pular"; era un delito de lesa constitución. Lazo puntualizó que el fondo, la verdadera intención de Herrera consistía en identificar la "soberanía popular", "únicamente (con) el sentido de una obediencia a las autoridades, conforme a la ordenación de Dios". Herrera admitió que la interpretación de Lazo era justa, y, por tanto, que su propaganda era inconstitucional. La polémica siguió *in crescendo*, briosa, pero limpia, cuando alguien terció ex-abruptamente en ella, en forma tan inopinada que Lazo, siempre dueño de sí, resolvió suspender por decoro el debate. Otros escritores se lanzaron entonces contra Herrera, quien se vió obligado a tomarles en cuenta. Muchos fueron envueltos por las redes del apasionado debate. Herrera fué acusado de utilizar la cátedra carolina para enseñar doctrinas capciosas, entre ellas que "la esclavitud era derecho natural; que la soberanía no residía en la Nación, y que en la capacidad estaba el derecho de mandar", es decir, "la soberanía de la inteligencia" (21). Herrera replicó diciendo que "la capacidad da derecho a *pretender* el mando por los medios que la ley y la razón aprueban". Haciéndose más explícito, agregó: "el pueblo, esto es, la suma de individuos de poca edad y condición no tiene la capacidad ni el derecho de hacer las leyes".

Tal equivalía a proclamar la bancarrota de la democracia y la invalidez del sistema constitucional vigente. La polémica había obligado a Herrera a mostrar sus verdaderas cartas. Nada quedaba en la sombra. Ya sabía el país en qué consistía "la soberanía de la inteligencia".

Poco después, cuando el examen escolar de diciembre de 1846, se renovó el debate en San Carlos. Prestaron sus columnas "*El Correo Peruano*" y "*El Comercio*". Todo lo inserto en el primero fué atribuído a Lazo, y a Herrera lo impreso en el segundo. De manera oficial, el Colegio de San Carlos replicaba a "*El Correo*". Desde luego, la tesis de la

---

(21).—Herrera, Bartolomé, ob. cit., tomo I, p. 115. Para lo que sigue en el texto, consúltese el mismo volumen en las pp. 117, 131 y 157.

“soberanía de la inteligencia” gozaba de una inobjetable impopularidad. El Convictorio llevaba a cabo una educación sectaria, aristocrática, de “élite”, de minoría, de capacidad contra número, sin conciliar ambos extremos. Naturalmente, en medio de tanto doctoralismo se hizo presente el ingenio criollo. En enero de 1847 aparecía un artículo titulado “*La soberanía y la quina*”, firmado por “Unos carolinos”, donde se burlaban ruidosamente del problema.

A primera vista podría pensarse que Bartolomé Herrera encarnaba la voz del clero peruano. No era así. Un orador sagrado de fuste, Monseñor Charún, tuvo a su cargo el Sermón en el Te Deum del 28 de julio de 1847. El público esperaba anhelante, como antes de una corrida de toros, la exposición doctrinaria del ilustre prelado. ¿Iría a reforzar los argumentos inconstitucionales del clérigo Herrera? Pero, el Sermón, pieza llena de altura y fuego, desvirtuó cautamente los audaces asertos de Herrera. Monseñor Charún puso en claro que la Iglesia Peruana, como tal, carecía de punto de vista oficial respecto a la tesis de la “soberanía de la inteligencia”, la cual no pasaba de ser un criterio personal del rector de San Carlos. De esta manera, con habilidad y tacto, ofrecía una rama de oliva a los liberales, heridos por los excesos oratorios y abusos dogmáticos del predicador del 28 de julio del año anterior. Monseñor Charún especificaba que la soberanía popular, doctrina constitucional y democrática, no guardaba relación de armonía con la soberanía de la inteligencia, tesis subversiva y aristocrática de los herreristas, ultramontanos; creía que eso implicaría acaso un inútil enfrentamiento de las autoridades nacionales a las romanas. En realidad bosquejaba la posibilidad de un cisma innecesario, como el que ya se producía en las aulas de San Carlos, donde los entusiastas alumnos se dividían en facciones según que fuesen constitucionalistas o ultramontanos, conservadores o liberales. La pugna carolina se extendió a todos los campos. Había recrudecido la vieja lucha que en 1826 estremecía al país a propósito de la Constitución Vitalicia.

Era ya en los albores de 1848. Precisamente el 6 de enero de ese año nacía en Lima don Manuel González-Prada, con quien vendrían al Perú las doctrinas radicales, anarquistas y socialistas.

Don Bartolomé Herrera no se desanimó: al contrario se creció con la polémica. Poco después, en 1855, los defensores de la manumisión de los esclavos, entre ellos Lazo y los Gálvez, discípulos de Herrera, unidos a los chilenos Francisco y Manuel Bilbao, José Victorino Lastarria, ganaban, teniendo al general Ramón Castilla como caudillo, la revolución liberal sobre Echenique, a quien Herrera había patrocinado desde 1851. La Constitución de 1856 fué el resultado más tangible del auge liberal. Pero, don Bartolomé Herrera confiaba en la obra de los años. Cuatro años más tarde, en 1860, se le veía presidiendo el Congreso Peruano que promulgó una nueva Constitución de corte conservador, constitución que con pasajeros eclipses (los de 1867 y 1879) rigió el Perú hasta 1920.

La muerte de Herrera ocurrió en 1864, imperando la Carta que él contribuyera a dictar. Aunque no consagraba la "soberanía de la inteligencia", al menos aseguraba el predominio de los poderosos...

#### IV

##### PRELUDIO ROMÁNTICO: EL PRIMER NOVELISTA

La polémica ideológica entre carolinos y carolinos, carolinos y periodistas, periodistas y periodistas, oradores y oradores, no impidió que don Sebastián Lorente, al margen del debate, continuase su obra de coadyuvar a la preparación de la juventud peruana dentro de nuevos moldes, opuestos en mucho a las exigentes normas establecidas por Herrera en el Convictorio. Desde la dirección del Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe, secundado eficazmente por los hermanos Pedro y José Gálvez Egusquiza, admiradores fervientes de Vigil, Lorente ejercía indudable influencia sobre la juventud peruana, entonces ya en inminencia romántica.



El liberalismo, con su exaltación de la individualidad, propiciaba aquella tendencia. El conservatismo adhería más bien a los clásicos.

La literatura empezaba a poblarse de exóticos personajes, de inesperados dramas. Se hablaba de "*Childe-Harold*", de "*Manfredo*", del "*Estudiante de Salamanca*", de *Aben Humeya*, como si fuesen seres vivientes, y se preocupaban los escritores por romper la monotonía del estilo clásico, como si ese fuese el único medio de salvarse de la tiranía de lo consabido, la puerta hacia desconocidos horizontes. En el fondo de cada escritor se agazapaba Lord Byron. Criollos "entablones" y "comodones" resultaban de pronto sujetos de trágicos destinos invisibles. Hasta el clasicista don Felipe Pardo y Aliaga, representante de la veneración a la norma, rendíase al influjo de la nueva escuela. Ya en 1843, en víspera de una de sus más espléndidas épocas de éxitos políticos, se quejaba de este modo, en los melodiosos versos de "*La Lámpara*":

*En mi modesta llama, quizá ejemplo  
De consecuencia encontrarás, sencillo;  
Mas no de gloria y de grandeza el brillo  
Pretendas ver que buscas con afán.*

*Lámpara solitaria, ardí en el templo,  
Y, aunque con luz escasa, ardí constante;  
Y, por siete años que bramó incesante,  
No me apagó una vez el huracán.*

.....  
*Otras las luces son que al puerto aclaran,  
Ya su esplendor en el bajel reparan  
Mil expertos artifices  
La vasta destrucción.*

*La lámpara ya a tantos no aprovecha,  
Mas está de su suerte satisfecha:  
Que en la rada bellísima  
Ya ancló la embarcación (22).*

El tono confesional de tales versos destaca en Pardo un flanco sentimental que siempre había cuidado mucho de velar. Esta suave angustia —a los treinta y ocho años— indicaba coquetería romántica, más que dolores ciertos. El mismo Manuel Ascencio Segura, tan ajeno a las modas literarias, se deja arrastrar inadvertidamente por el naciente romanticismo. Su composición “*A las muchachas*” (1841) y “*A una viuda*”, así como en ciertos pasajes de “*La Pelimuertada*”, cuya variedad de metros y rimas indica la ruptura de la rigidez retórica, inerte ante el avance de la libertad poética proclamada a todo pulmón por los románticos.

De hecho, el romanticismo ha echado a andar en Buenos Aires, con “*La Cautiva*” de Echeverría, que éste publica poco después de su regreso de París, en 1830.

No era, pues, muy temprano ni demasiado tarde para adoptar la nueva escuela. Al comenzar la década del 40, nadie podía sustraerse al influjo de la tendencia que triunfaba en aquellos instantes en Madrid y París, en Londres y en Francfort, en Florencia y en Weimar, en Buenos Aires y Santiago. En este último lugar ya habían roto hostilidades los clasicistas y los románticos, divididos en campos perfectamente claros, cada uno de los cuales, respectivamente estaba dirigido por “Jotabeche” y por Vicente Fidel López; aquél costumbrista chileno y éste novelista argentino. En realidad, tras de ellos estaban midiéndose ceñudos Bello y Sarmiento, la tersura y el arrebató (23).

Justamente en esos momentos, en el climático año de 1848, aparece la primera novela peruana: “*El Padre Horán*” por Narciso Aréstegui (24).

Aréstegui (1824-1869) había nacido en el Cuzco, la tierra del Inca Garcilaso de la Vega. Tenía sólo diez años cuando empezó a circular por la ciudad, vehementemente el

---

(23).—Pinilla, Norberto, “*La polémica de 1842*”, Buenos Aires, 1942.

(24).—Aréstegui, Narciso, “*El Padre Horán, Escenas de la vida del Cuzco*”. Imp. “El Comercio”, Cuzco, 1918, 6 volúmenes. La primera edición apareció como folletín de “El Comercio” de Lima, en 1848.

relato de un espantoso crimen cometido por el fraile Eugenio Oroz, quien, en un rapto de pasión, asesinó a su expenitente don Angel Barreda, de quien estaba celoso. La historia cundió como un reguero de pólvora, impresionando con viveza la fantasía del joven Aréstegui. Este era un lector asiduo de Zorrilla y Bécquer, como lo sería después de Eugenio Sué. Como eran días de auge liberal, privaban los temas de esa índole. El sur del Perú se destacaba ya como contradictoria tierra de fervoroso catolicismo y violenta pugna anticlerical. Aréstegui escribió un relato novelesco de aquel crimen, sobre el cual existe un proceso, con sus respectivos autos, de los cuales, pasadas cuatro décadas, sacaría doña Clorinda Matto de Turner tema para su famosa novela "*Aves sin nido*".

Aréstegui no era un literato profesional. Su carrera era la de militar. Cierta que, entonces, letras y armas, como en el discurso del Quijote, solían andar juntas. Fueron escritores y sirvieron al ejército Manuel Ascensio Segura, Trinidad Fernández, Carlos Augusto Salaverry; Aréstegui sumóse a tan grata tradición. Y aunque su existencia fué demasiado corta, alcanzó a escribir dos novelas, la mencionada "*El Padre Horán*" y la titulada "*El Angel Salvador*", que no apareció sino después de la muerte del autor, en 1872. Aréstegui alternaba sus ocupaciones y preocupaciones militares y literarias con labores políticas. Servía al Estado como Prefecto de Puno, cuando, paseando por el Lago Titicaca, el año de 1869, se volcó su embarcación y pereció ahogado. Aréstegui tenía 45 años (25).

"Además de "*El Padre Horán*" y "*El Angel Salvador*", Aréstegui es autor de "*Faustina*", novela inconclusa, publicada como folletín en el periódico "*La Patria*" de Lima, entre el 11 de diciembre de 1871 y el 2 de marzo de 1872.

---

(25).—Tamayo-Vargas, Augusto, "*Apuntes para un estudio de la literatura peruana*", Lima, 1947, p. 175; — Tamayo, "*Perú en trance de novela*", Lima, 1940.

Es una historia de amor, siempre con tendencia a lo sensacional, muy propio del amanecer romántico. Conviene recordar de nuevo que el autor, el coronel Aréstegui, prefecto de Puno, murió en el Lago Titicaca el 9 de febrero de 1869, sumamente joven”.

Discrepo de quienes tratan de hallar en Aréstegui hue-  
lias balzacianas. Probablemente leyó a Balzac, pero no hasta  
el punto de convertirlo en su secuaz. “*Papá Goriot*” había  
aparecido en 1834, y “*Eugénie Grandet*”, en 1837, mas,  
no obstante, Balzac no se vuelve autor de gran auditorio  
sino hacia 1848, en el Perú, desde luego. Las traducciones  
castellanas se popularizan entonces. Algo más, en Chile, don-  
de se vivía al tanto de la novela, Balzac fué prácticamente  
introducido por Alberto Blest Gana, en la segunda época de  
su carrera. Blest Gana había nacido en 1830; su plenitud  
data de aproximadamente 1870. Aréstegui se hallaba más  
bien influenciado por el pseudorealismo de ciertos folleti-  
nistas españoles y franceses, para quienes realidad e idea-  
lidad valían poco ante la suprema importancia de lo feo,  
común denominador de sus empresas. Mucho menos cabe  
compararlo, como alguien ha insinuado, con Flaubert. Tengo  
para mí que el problema psicológico de Aréstegui es mucho  
más simple. Pertenece a una generación liberal, a la que  
Vigil estaba enseñando a libertarse de prejuicios religiosos,  
por lo cual nada tan oportuno como subrayar los errores del  
clero. Por otra parte, Vigil, como hombre del Sur-Perú, con-  
taba con más numerosos seguidores en aquella región. El  
Cuzco se ha caracterizado siempre por un evidente laicismo.  
Debido a la abundancia de la población indígena y a los  
grandes latifundios, los explotadores (el Prefecto, el Juez y  
el Cura, unidos al gamonal) ejercen una tiranía oprobiosa.  
Como rechazo había empezado a fructificar el mito indi-  
genista. Aréstegui era oriundo de aquella tierra y, hasta  
donde entiendo, de aquella raza. Librepensador, antifeuda-  
lista, anticlerical, partidario de la expresión directa, no titu-  
beó en contribuir a su manera en la tarea de condenar el



crimen del Padre Oroz y destacar la cruenta suerte de Barrera. De ello extrajo el argumento de su obra.

Ahora bien Aréstegui, cuyo vocabulario es pobre y sin galanuras de construcción, bronco, reiterativo, posee un mérito adicional, y no el menor: fué nuestro primer novelista. El realiza entre nosotros lo que Lizardi hizo en México, Echeverría y Mármol en Argentina, Lastarria en Chile. Cier to que su estilo, repito, carece de galas, pero, en cambio, el asunto que escogé para su obra es muy superior y más osado que los otros. Mármol desfoga su pasión política; Echeverría apenas atina a un cuadro de la sociedad porteña bajo Rosas; Lizardi sigue los pasos de los picarescos españoles; Aréstegui se ciñe a su asunto y sin que ésto constituya un mayor mérito literario, no deja de ser una circunstancia digna de ser tomada en cuenta para medirlo exactamente. Ninguno se había atrevido a escoger un asunto tabú; un argumento riesgoso desde todo punto de vista; ni a afrontar, como afrontó Aréstegui, el inevitable olvido sistemático que la gazonería ambiente y la Iglesia todopoderosa tenderían en derredor de su obra. De los pocos que se atreven a mencionarlo y elogiarlo, mucho más tarde, es Ricardo Palma, masón, librepensador y anticlerical, más devoto de "*El Padre Horán*" por tales causas que por las estrictamente literarias (26).

La técnica de Aréstegui es defectuosa, primitiva. Se le ve escritor de pocos recursos; en cambio tiene fino el ojo y la sensibilidad despierta. No abusa del procedimiento de yuxtaponer y mechar historias y más historias. Repito: es un escritor directo. Sus fallas se olvidan por la veracidad y grafismo de sus descripciones. Es el Cuzco de comienzos de siglo el que allí aparece en toda su lóbrega sordidez espiritual. ¡Qué amargas son sus palabras cuando encara la miseria de los cuzqueños, y plantea la dura suerte del indio, sometido a feroz explotación! ¡Cómo destaca la tremenda

---

(26).—Palma, Ricardo, "*Apéndice a mis últimas tradiciones peruanas*", Barcelona, 1910.

melancolía de sus cuadros al describir el campo cuzqueño, donde el indio sobrelleva una existencia de bestia! ¡Con qué vivos colores pinta la escena en que un colegial del famoso Colegio de Artes del Cuzco, se suicida a las puertas de éste, a causa de que su padre le había abofeteado en público! No es Dios el que preside aquella existencia de agonía; no puede ser Dios, ni invocar Su nombre quienes cooperan con la explotación del campesino peruano. Desde el corazón de 1848, cuando no se anunciaba ni mucho menos la tendencia indigenista que iría a dar como fruto novelas tan ásperas como "*Aves sin Nido*" (1889), "*Pueblo sin Dios*" (1928) y "*El Mundo es Ancho y Ajeno*" (1941), Aréstegui abre las puertas de la literatura al indigenismo en su forma de reivindicación social, de protesta, de dramática protesta contra las injusticias imperantes.

Conviene tener presente que por aquel tiempo escriben sobre análogo problema Gertrudis Gómez de Avellaneda y Anselmo Suárez Romero, pero la obra de éste, "*Francisco*", permanece inédita mucho tiempo, y en cuanto a "*Sab*" carece de ámbito por largos años en nuestro medio. Ambos abordaban el tema del negro en Cuba, sujeto a explotación semejante a la del indio en el Perú. Todo ello resultaba del choque entre la sociedad colonial y la incipiente republicana, verdad que por mucho tiempo detenida en la isla antillana. "*El Padre Horán*" es el producto de aquella hora indecisa, en que aun se rinde tributo a España, pero se ataca al clero. No se tiene aun concepto exacto de la patria. Aréstegui hará decir a uno de sus personajes: "(El Perú) es muy rico, pero ¡ay! son muy pobres los peruanos!". La paradoja implícita en tal exclamación traduce fielmente el drama del cambio político. Predominan sentimientos pequeños y locales. Aréstegui describe la época de la Confederación, con vivos colores, pero si rinde homenaje a Gamarra, un autócrata, lo hará no por aprobación a sus ideas políticas, cuanto por tratarse de un cuzqueño como él.

"*El Padre Horán*" vale por todos estos y otros conceptos, sin olvidar, por cierto, la audaz originalidad de su argu-

mento. Preludia una etapa en que se da rienda suelta al sentimiento. Describe caracteres inconciliables, sin preocuparle su armonía potencial, dejándolos manejarse a su antojo, como actúan en la propia vida. Hace de la antítesis, la imprecación, la deprecación y la hipérbole sus más socorridos recursos literarios, como los románticos. Después de lo dicho, ¿habrá alguien que no descubra en esta obra los elementos primordiales, los más primitivos y básicos, de un auténtico despuntar romántico?

Fin  
del Quinto Tomo





## INDICE DE AUTORES CITADOS

### A

- ABREU, Manuel: 65.  
ACOSTA, José de: 8.  
ADAN, Martín (Lafuente Benavides, Rafael), 115, 123, 133.  
AGUILAR, José Gabriel: 46, 47.  
ALBERDI, Juan Bautista: 70.  
ALCEDO, José Bernardo: 50, 61, 62.  
ALTHAUS, Clemente: 93, 122.  
ALVARADO, General Rudecindo: 67.  
AMARILIS: 6, 14, 16, 115.  
AMAT Y JUNIENT, Virrey: 5.  
AMUNATEGUI, Manuel L.: 89, 93, 97, 119, 193.  
ANCHIETA, P.: 8.  
ANTEQUERA, José de: 46.  
ARANDA, Ricardo: 73, 74, 75, 76.  
ARESTEGUI, Narciso: 216, 217, 218, 219, 220.  
ARIAS, Manuel de: 61.  
ARCE, Mariano José de: 44, 74.  
ARONA Juan de: (J. P. Paz Soldán y Unanue): 96, 123, 177.  
ASCASUBI, Hilario: 94.  
AZCARATE, Ramón: 200.

### B

- BACON: 66.  
BALZAC, Honorato de: 218.  
BAÑON, Manuel: 180.  
BARZUM, Jacques: 9, 11.  
BAQUIJANO Y CARRILLO, José: 18, 37, 44.  
BARRANCO, Fr. Diego: 46.  
BARREDA, Felipe: 48, 111.  
BASADRE, Jorge: 127, 153, 163, 165, 173, 180, 181, 184, 199.  
BEAUHARNAIS, Josefina de: 10.  
BEJAR: 150.  
BELLO, Andrés: 89, 92, 97, 146, 174, 216.  
BENAVENTE, Monseñor Jorge: 203.  
BENTHAM, Jeremías: 11.  
BERMUDEZ, General Pedro: 175.  
BILBAO, Francisco: 195.  
BILBAO, Manuel: 107, 156, 157, 160, 178, 179, 214.  
BLEST GANA, Alberto: 218.  
BOLIVAR, Simón: 11, 14, 36, 37, 38, 42, 52, 57, 60, 68, 71, 73, 74, 77, 78, 79, 80, 82, 83, 84, 85, 86, 88, 90, 91, 92, 93, 94, 96, 98, 99, 100, 101, 104, 114, 144, 145, 148, 151, 154, 164, 188.

BONAPARTE, Napoleón: 10.  
 BONPLAND, A.: 9, 162.  
 BOTMILIAU: 162.  
 BOUGAINVILLE: 162.  
 BOUGAULT: 162.  
 BOUVIER, A.: 15, 100.  
 BRAVO DE LAGUNAS: Tori-  
 bio: 6.

BRÜCKNER, A.: 33.  
 BUENO, Cosme: 29.  
 BULNES, Gonzalo: 35, 47, 50,  
 58.  
 BYRON, Lord: 10, 25, 46, 104,  
 215.

## C

CANO, Cipriano: 184.  
 CAÑETE, Manuel: 81, 93.  
 CARLYLE, Tomás: 9.  
 CARO, J. E.: 81.  
 CARRILLO, Sotomayor de, Ma-  
 nuela: 16.  
 CASOS: 109.  
 CASTILLA, Ramón: 148, 149,  
 152, 163, 188, 209, 214.  
 CAVERO Y SALAZAR, José:  
 97.  
 CAVIEDES, Juan del Valle: 6,  
 8, 17, 25.  
 CEJADOR Y FRAUCA, Julio:  
 58, 80.

CIEZA DE LEON, Pedro: 117.  
 CISNEROS, P. Diego de: 43,  
 109.  
 CISNEROS, Violante de: 16.  
 CORBACHO: 83.  
 CORDOBA, José María de: 144.  
 CORPANCHO, Manuel Nicolás:  
 64, 83, 93, 122.  
 CORTES: 123.  
 CORTEZ, J. D.: 133, 184.  
 COSSIO DEL POMAR: Felipe:  
 173.  
 CRUZ, Ramón de la: 135, 136.  
 CRUZ, Sor Juana Inés: 14.  
 CUNEO VIDAL, Rómulo: 19.

## CH

CHABRIE, Capitán: 167, 168,  
 169.  
 CHARUN, Monseñor: 213.  
 CHATEAUBRIAND: 7, 10.  
 CHAVEZ DE LA ROSA, Pedro  
 José: 18.

CHAZAL, André: 166.  
 CHENIER, André: 25, 46.  
 CHOCANO, José Santos: 115.  
 CHOQUEHUANCA, José Do-  
 mingo: 84, 85, 86.

## D

DAIREAUX, Max: 13, 133.  
 DE JUSSIEU: 9, 162.  
 DE LA CRUZ MENDEZ, Juan:  
 182.

DEL RIO, Guillermo: 68.  
 DEVOTTI, Félix: 59.  
 DIDEROT: 9.  
 DREYFFUS, Alfredo: 156.

## E

ECHAGÜE, Fco. Javier de: 61.  
 ECHEGARAY: 53.

ECHENIQUE, Rufino: 148, 149,  
 152.

ECHEVERRIA, Esteban: 41,  
145, 146, 199, 216, 219.  
EGUIGUREN, Luis Antonio: 19.  
EGUREN, José María: 115.

ELIAS, Domingo: 195, 200.  
ESPINOSA MEDRANO: (ver  
Lunarejo, El).

## F

FEDRIANI, Carlos: 119.  
FERNANDEZ, Trinidad: 217.  
FERNANDEZ ALMAGRO: 13.  
FERNANDEZ DE VIANA, Ma-  
ría Josefa: 120.  
FERNANDEZ MADRID, José:  
89.  
FERREYROS, Manuel B.: 65,  
77, 83, 125.

FERREYROS, Pepita: 36.  
FIGUEROLA, Justo: 75, 77, 83.  
FLAUBERT: 218.  
FRANCIA, Gaspar Rodríguez  
de: 9, 98.  
FRANKLIN, Benjamín: 10, 11,  
66.  
FREZIER, Amedié: 162.  
FULTON: 10.

## G

GALVEZ EGUSQUIZA, José:  
149.  
GALVEZ, Pedro y José, (her-  
manos): 145, 196, 214.  
GAMARRA, Agustín: 90, 95,  
118, 124, 144, 152, 156, 158,  
163, 164, 174, 175, 183, 189,  
190, 194, 199, 200, 201, 204.  
GAMIO PALACIOS, Fdo.: 61.  
GANGOTENA Y JIJON, Cris-  
tóbal: 75, 83.  
GARCIA CALDERON, F.: 19.  
GARCIA CALDERON, Ventura:  
123, 131, 132, 133, 167, 184,  
185.  
GARCIA DEL RIO, Juan: 62,  
65.  
GARCILASO DE LA VEGA,  
Inca: 7, 9, 100, 109, 115, 117.  
GAUGUIN, Paul: 167.  
GAUGUIN, Pola: 173.  
GIDE Y RIST: 72.

GIL FORTOUL, J.: 36.  
GIRARDIN, Emile: 159.  
GISLAS, Condesa de: 36.  
GLADSTONE: 159.  
GOMEZ DE AVELLANEDA,  
Gertrudis: 220.  
GOMEZ DE LA SERNA, Ra-  
món: 135, 136.  
GONGORA Y ARGOTE, Luis  
de: 7.  
GONZALEZ DE LA REGUE-  
RA, Arzobispo: 12, 45, 104.  
GONZALEZ PRADA, Alfredo:  
201.  
GONZALEZ PRADA, Manuel:  
115, 123, 133, 153, 155, 161,  
214.  
GOYENECHÉ, Mariano de: 167.  
GRANJA, Conde de la: 20, 100.  
GUAL, Padre: 161.  
GUTIERREZ, Juan María: 80.

## H

HAENKE, Tadeo: 9, 162.  
HALL, Basilio: 58, 61, 63.  
HELVECIO: 66.

HERAS, Monseñor Bartolomé de  
las: 61.  
HEREDIA, Cayetano: 152.

HERRERA: 36, 37, 47, 49, 52,  
61, 64, 65, 83.  
HERRERA, Bartolomé: 145, 152,  
153, 159, 163, 164, 196, 200,  
202, 203, 204, 205, 206, 207,  
208, 209, 210, 211, 212, 213,  
214.

HERRERA, Gonzalo: 200, 209.  
HIDALGO, Bartolomé: 52, 64.  
HOBBS: 66.  
HUGO, Víctor: 137, 169.  
HUMBOLDT, Alejandro von: 9,  
162.

## I

IRVING, Washington: 108.

ITURREGUI: 36.

## J

JEFFERSON: 66.  
"JOTABECHE": 216.

JUAN, Jorge: 5.  
JUSTINIANI, Justo: 46.

## K

KING, Rufus: 10.

KÖRNER: 13.

## L

LAGUNAS, Conde de las: 61.  
LAS CASAS, Bartolomé de: 57.  
LA CONDAMINE, C. M. de: 9,  
12, 162.  
LA MAR: 90, 124, 144, 164.  
LAMARTINE: 10.  
LARRA, Mariano José de: 105,  
107, 108, 109, 192.  
LARRIVA, José Joaquín de: 34,  
43, 45, 53, 59, 60, 80, 99, 104,  
105, 107, 108, 111, 112, 113,  
114, 115, 119, 125, 126, 137.  
LASTARRIA, Victorino: 214,  
219.  
LAVALLE, J. A.: 30, 109.  
LAVANDAIS, (Conde de Sarti-  
res): 162.  
LAZARTE, Bonifacio: 183.  
LAZO, Benito: 65, 109, 143, 146,  
149, 150, 151, 152, 153, 196,  
209, 211, 212.  
LAZO, Francisco: 153.

LECUNA, Vicente: 89.  
LEGUIA, Jorge Guillermo: 37,  
38, 48, 71, 153, 155, 161, 198,  
200, 209.  
LEIBNITZ: 66.  
LEON, Fray Luis de: 27, 28, 30.  
LERY, Jean de: 8.  
LEWIS: 167.  
LISTA, Alberto: 103, 104, 124.  
LIZARDI: 219.  
LOCKE: 66.  
LOPEZ, Vicente Fidel: 216.  
LOPEZ LISSON: 83.  
LORENTE, Sebastián: 146, 195,  
200, 201, 214.  
LORWIN, L.: 11.  
LUCA, Esteban de: 50, 52, 64.  
LUNA PIZARRO, Fco. Javier  
de: 44, 61, 74, 76, 148.  
LUNAREJO, El: 7, 8, 100, 115.  
LUZURIAGA, Mariscal Toribio  
de: 67.

## LL

LLANOS, F.: 65.

LLEDIEZ, F.: 34, 48, 83.



## M

- MAESTRO, Matías: 12, 104.  
MALASPINA: 162.  
MANCINI, Jules: 11.  
MARIATEGUI, Fco. Xavier: 44,  
74, 75, 143, 144, 146, 147, 148,  
149, 150, 152, 163, 180, 209.  
MARIATEGUI, José Carlos: 19,  
115.  
MARK, Karl: 10.  
MARMOL: 219.  
MARMONTEL: 7, 8, 9.  
MARTINENCHE, Ernest: 11.  
MARTINEZ, Andrés: 97, 183.  
MARTINEZ, Mariano R.: 36.  
MARTINEZ DE LA ROSA,  
Fco.: 109, 174.  
MASIAS, José: 68.  
MATHIEZ, Albert: 13.  
MATTO DE TURNER, Clorin-  
da: 217.  
MAUROIS, André: 11.  
MEDINA, José Toribio: 44.  
MEJIA, Carlos: 46.  
MELENDEZ VALDES: 109.  
MELGAR, Mariano: 14, 16, 17,  
18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25,  
26, 27, 28, 29, 32, 41, 44, 46,  
47, 58, 101, 109.  
MENDIBURU, Manuel de: 47,  
80, 93.  
MENENDEZ Y PELAYO, Mar-  
celino: 11, 19, 30, 81, 94, 96,  
124, 130, 131, 132.  
MERA, J. de D.: 44, 80, 88.  
MERINO, Rosa: 64, 71.  
MILLER: 59, 67.  
MIRANDA, Fco. de: 10, 11, 71.  
MONCLOA Y COVARRUBIAS,  
Manuel: 61, 123.  
MONTE ALEGRE, Marqués de:  
61.  
MONTEAGUDO, Bernardo de:  
52, 67, 68, 69, 71, 147.  
MONTESQUIEU: 21, 66.  
MORA, José Joaquín de: 30, 97,  
104, 125, 141, 146, 174.  
MORAN, Trinidad: 180.  
MORATIN: 66, 103, 104, 190.  
MORENO, Mariano: 47, 67.  
MOULD TAVARA, F.: 83.  
MUÑECAS: 150.  
MUSSET: 13.

## N

- NARIÑO, Antonio: 47.  
NEWTON: 66.

## O

- OBIN, Manuel Jesús: 73, 74,  
75, 76.  
ODRIOZOLA, Manuel de: 60, 99,  
111, 114.  
OLAVIDE, Pablo de: 9, 30, 31,  
34.  
O'LEARY: 83.  
OLMEDO, José Joaquín: 10, 43,  
44, 45, 52, 74, 77, 78, 80, 81,  
82, 83, 84, 86, 87, 88, 89, 90,  
91, 92, 97, 102, 109, 111, 125.  
ORBEGOSO, Luis José de: 171,  
175, 188.  
ORTIZ DE ZEVALLOS: 83, 144.

## P

- PAEZ, General: 90.  
PALMA, Angélica: 133.  
PALMA, Ricardo: 41, 44, 53,  
54, 109, 122, 130, 131, 135,  
141, 188, 219.  
PANDO, José María: 52, 77, 80,  
94, 95, 96, 98, 103, 109, 125,  
145, 163, 174, 175, 176, 177, 189.  
PARADO DE BELLIDO, An-  
drea: 35.

- PARDO Y ALIAGA, Felipe: 97, 103, 104, 105, 108, 109, 114, 115, 116, 117, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 156, 162, 163, 164, 165, 179, 181, 182, 188, 190, 191, 195, 196, 215, 216.
- PARDO Y ALIAGA, José: 141.
- PARDO Y OSMA, Manuel: 123.
- PAZ SOLDAN, J. P.: 37, 109.
- PAZ SOLDAN, José Gregorio: 149, 195.
- PAZ SOLDAN, Mariano Felipe: 59, 61, 62, 83, 149.
- PAZOS VARELA, J. F.: 96, 176.
- PEDEMONTTE, Carlos: 48, 202.
- PERALTA Y BARNUEVO, Pedro de: 6, 115.
- PEREZ DE TUDELA, Manuel: 44, 60, 83, 98.
- PEREZ DE VARGAS, José: 33, 34, 48, 77, 94.
- PERRICHOLI, La: 14, 24, 190.
- PINELO: 150.
- PINILLA, Norberto: 216.
- PIÑEYRO, E.: 81.
- PIO IX: 161.
- POLIT, P. Guillermo: 80.
- POLO, José Toribio: 45, 48, 64.
- PORTALES, Diego: 97, 146, 174.
- PORRAS, B, Raúl: 37, 59, 60, 83, 94, 98, 111, 112, 113, 114, 123, 124, 133, 137, 194, 195.
- PRADO Y UGARTECHE, Javier: 131.
- PREVOST, Abbé: 7, 10.
- "PRUVONENA" (Ver: Riva Agüero y Sánchez Boquete, José de la).
- PUECH, J. L.: 167.
- PUMACCAHUA, Mateo García: 18, 32, 150, 151.

## Q

- QUINTANA, Manuel José: 13, 44, 66, 109.

## R

- RADIGUET: 162.
- Ramírez, Brigadier: 18.
- RAVAGO, Simón de: 61.
- RAYGADA, Carlos: 62.
- REBAZA, N.: 48.
- RICO Y ANGULO, Gaspar: 59, 60, 112, 113, 137.
- RIO, Guillermo del: 32.
- RIVA AGÜERO, José de la: 7, 11, 19, 30, 37, 80, 94, 99, 115, 116, 123, 131, 150, 174, 184, 199.
- RIVA AGÜERO Y SANCHEZ BOQUETE, José M.: 54, 55, 56, 67, 73, 75, 127, 171, 179, 188.
- RIVAS, Duque de: 109.
- RIVEROLA, Pantaleón: 32.
- ROBERTSON, W.: 11.
- RODRIGO, Nicolás: 200.
- RODRIGUEZ, Simón: 78.
- RODRIGUEZ DE MENDOZA: 37, 44, 47, 48, 68, 74, 111, 147, 148, 202.
- ROJAS, Ricardo: 11, 32, 52, 64, 67, 68.
- ROMERO, Carlos A.: 60, 194, 195.
- ROMERO, Fernando: 30.
- ROSAS, Juan Manuel de: 110.
- ROUSSEAU, Juan Jacobo: 7, 9, 11, 66, 100, 211.
- RUIZ, Bernardino: 44, 45.

## S

- SAENZ, Manuelita: 14, 36, 78.
- SAINT-PIERRE, Bernardín: 7.

- SAINT-SIMON, Conde de: 145.  
 SALAVERRY, Carlos Augusto: 122, 217.  
 SALAVERRY, Felipe Santiago: 118, 127, 178, 179, 180, 181, 188.  
 SAN CRISTOBAL, Evaristo: 19.  
 SAN ISIDRO, Conde de: 61.  
 SANCHEZ, Luis Alberto: 11, 13, 19, 33, 36, 44, 45, 48, 65, 67, 75, 80, 83, 86, 94, 99, 117, 127, 167, 180, 191.  
 SANCHEZ BARRA, José María: 184.  
 SANCHEZ CARRION, José Faustino: 43, 48, 65, 68, 69, 70, 71, 72, 74, 75, 76, 77, 83, 98, 102, 113, 146.  
 SAN MARTIN, José de: 35, 52, 57, 58, 60, 62, 67, 68, 71, 73, 74, 147.  
 SANTA CRUZ, Andrés de: 127, 128, 154, 164, 178, 180, 181, 182, 187, 201.  
 SANTA ROSA DE LIMA: 17.  
 SANTA TERESA DE JESUS: 14.  
 SANTANDER, General: 90.
- TAGLE, Marquesa de: 36.  
 TAMAYO VARGAS, Augusto: 19, 217.  
 TAURO, Alberto: 19, 33, 128.  
 TERRALLA Y LANDA: 6.  
 TIRADO: 209.  
 TORRE TAGLE: 73, 95.  
 TORRE UGARTE, José Benigno de la: 50, 61, 62.
- SANTOS DEL CORRAL, María (Ver: Silvia).  
 SARMIENTO, D. F.: 70, 216.  
 SEGURA, Manuel Ascencio: 108, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 122, 123, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 162, 164, 179, 181, 184, 190, 191, 192, 195, 196, 216, 217.  
 SIERRA DE LEGUIZAMO, Mancio: 57.  
 SILVA, Remigio: 50.  
 SILVA PAZOS, Vicente (Pazos Kanki, Vicente): 67.  
 SILVIA: 16, 18, 20, 24, 25, 26.  
 SOFFIA, Bernardo: 119, 129, 196.  
 SOLITARIO DE SAYAN, El (Ver: Sánchez Carrión, José Faustino).  
 SOSA, Luis: 174.  
 SUAREZ ROMERO, Anselmo: 220.  
 SUCRE, José Antonio de: 52, 90, 144, 164.  
 SUE, Eugenio: 217.
- T  
 U
- UNANUE, Hipólito: 29, 44, 61, 74, 75, 83, 97, 154.
- VALCARCEL, Luis E.: 21.  
 VALDELOMAR, Abraham: 199.
- VALDIVIA, Juan Gualberto: 151, 152, 170.
- V

- VALDES, José Manuel: 29, 30, 31, 65, 102, 103.  
 VALDIZAN, H.: 49.  
 VALVERDE, Manuel: 46.  
 VALLE INCLAN, Ramón del: 34.  
 VALLEJO, César: 115.  
 VALLENILLA LANZ, Laureano: 50.  
 VALLES, Fco.: 61.  
 VARGAS, Nemesio: 59.  
 VARGAS UGARTE, Rubén: 11, 17, 34.  
 VEGA, Lope de: 6.  
 VEGA, Ventura de la: 103.  
 VEGA DEL REU, Conde de la: 61.  
 VELARDE, Fernando: 104, 146.  
 VICUÑA MACKENNA, Benjamín B.: 54, 113, 149.  
 VIDAL, Francisco: 208.
- VIDAURRE Y ENCALADA, Manuel Lorenzo de: 17, 32, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 55, 94, 97, 98, 101, 145, 161, 196, 197, 198, 199, 207, 208.  
 VIGIL, Francisco de Paula: 109, 143, 145, 146, 149, 150, 152, 153, 154, 155, 156, 157, 153, 159, 160, 161, 162, 163, 175, 178, 180, 190, 196, 204, 205, 206, 208, 209, 218.  
 VILLAFUERTE, Marqués de: 61.  
 VILLAVICENCIO, V. M.: 150.  
 VILLOTA, Alejandro: 193.  
 VIVANCO, Manuel Ignacio de: 97, 109, 129, 156, 164, 188, 201, 209.  
 VIZCARRO Y GUZMAN: 10, 27.  
 VOLTAIRE: 10, 80.

## W

- WIESSE, María (Myriam): 19, 24.

## Z

- ZARATE, Fco. de: 61.  
 ZEBALLOS, Estanislao S.: 32.  
 ZEGARRA ARAUJO, Uladislao: 85.  
 ZELA, Fco. de: 32, 151.
- ZOLA, Emilio: 156.  
 ZORA CARBAJAL, F.: 155.  
 ZUBIAGA DE GAMARRA, Francisca (Doña Pancha): 171.



# INDICE GENERAL

	<i>Pág.</i>
<b>CAPITULO PRIMERO</b>	
INQUIETUD Y REVOLUCIÓN .....	5
I Aparición de la Mujer: Pre-Romanticismo .....	5
II Dos Criollos: El Poeta de los Yaravies y el Traductor del Salmista .....	16
III El Frenesí Revolucionario: Manuel Lorenzo de Vidaurre .....	32
<b>CAPITULO SEGUNDO</b>	
EL FERVOR REVOLUCIONARIO .....	43
I Estudiantes, Periodistas y Mártires .....	43
II Salones, Cafés, Periódicos y Conspiraciones .....	49
III Hacia la Poesía Republicana .....	60
IV La Oratoria y el Periodismo: El Solitario de Sayán .....	65
<b>CAPITULO TERCERO</b>	
I Bolívar y la Exaltación Romántica .....	77
II El Nacionalismo Descriptivo .....	99
<b>CAPITULO CUARTO</b>	
DE LA REGIÓN AL UNIVERSO .....	107
I El Costumbrismo: Larriva .....	107
II El Debate del Criollismo: Pardo y Segura .....	115
<b>CAPITULO QUINTO</b>	
I Germinación del Liberalismo: Vigil, Mariátegui, Lazo .....	143
II Los Viajeros: Flora Tristán .....	162
III La Confederación Peruboliviana y la Musa Popular ..	177
<b>CAPITULO SEXTO</b>	
LA OPINIÓN PÚBLICA: INICIACIÓN ROMÁNTICA .....	187
I Exacerbación Política .....	187
II "Vidaurre contra Vidaurre" .....	196
III Don Bartolomé Herrera y el Conservatismo .....	202
IV Preludio Romántico: El Primer Novelista .....	214

220010

860.985

521 li

1949

860.985 S21LI 1949 V05



a39001 008093067b

Date Due






cial y típica, "consonante y acordada con la emoción, la psicología, el panorama y el anhelo de la nacionalidad". Hubo "literatura peruana" solamente hasta llegados los primeros cincuenta años de la conquista española. Después advino la sobreposición inmigratoria, la imitación, la superficialidad postiza, la rapsodia; interregno que dura siglos, hasta hace poco más de tres décadas. A partir de 1915-16, una "literatura peruana" reaparece, vuelve a crearse. Interpreté fiel de la vida, la vida la rescata automáticamente y la impone como todo cuanto la interpreta un día, cualquiera sea la forma de expresión que adopte.

La literatura peruana, la más rica entre todas las del período colonial y una de las más pobres en un siglo de vida republicana, es, después del primer cuarto del siglo XX, una de las más promisoras, porque llegó a retomar con sentido actual al juicio y autenticidad de sus remotos comienzos.

Es una gloria para el Perú que esa nación cuente como muy pocos de nuestros países, con una obra capital referida al proceso de su cultura. Más aún si se tiene en cuenta que *La Literatura Peruana* es un trabajo extraordinario de erudición y erudición, en el que se decanta una larga experiencia mental. Su ilustre autor la ofrece hoy a su patria y a toda América después de haber entregado a la cultura continental, a través de su fecunda vida intelectual y militante, más de treinta libros vigorosos.

LIBRERÍA DEL PLATA S. R. L.  
Capital \$ 170.000 m/n.  
Lavalle 558 T. E. 31-0267  
Buenos Aires

